

CRÓNICAS DE LUZ Y OSCURIDAD
HECHIZO NOCTURNO

ENCANTO DE MEDIANOCHE B. J. CASTILLO

LIBRO DOS



Joven Lectura

Índice

[Prólogo ACUERDO DE SANGRE](#)

[Primera parte COSAS OSCURAS](#)

[Capítulo 1 UN ALMA PERDIDA](#)

[Capítulo 2 LA BÚSQUEDA](#)

[Capítulo 3 YACER EN LA OSCURIDAD](#)

[Capítulo 4 HERMANOS Y HERMANAS](#)

[Capítulo 5 HOGAR](#)

[Segunda parte CEREMONIAS NOCTURNAS](#)

[Capítulo 6 ACERCA DE LA SALVACIÓN](#)

[Capítulo 7 PENTAGRAMAS](#)

[Capítulo 8 LO QUE ESTÁ OCULTO](#)

[Capítulo 9 LA PRUEBA DE QUE VIVIMOS](#)

[Capítulo 10 DIABOLUS IN MUSICA](#)

[Capítulo 11 ENCANTO DE MEDIANOCHE](#)

[Capítulo 12 CUERPOS](#)

[Tercera parte CAER, MORIR, SIN RETORNO](#)

[Capítulo 13 Y LA MUERTE REINÓ](#)

[Capítulo 14 ESTÁBAMOS PERDIDOS](#)

[Capítulo 15 SANAR](#)

[Capítulo 16 ARCO Y FLECHA](#)

[Capítulo 17 TENEMOS CONFIANZA](#)

[Capítulo 18 HALLAMOS LUZ](#)

[Capítulo 19 DE VUELTA A LA OSCURIDAD](#)

[Capítulo 20 LOREEN](#)

[Capítulo 21 EMANCIPACIÓN](#)

[MIENTRAS, EN EL BOSQUE...](#)

[Apéndice](#)

[Agradecimientos](#)

[B. J. Castillo](#)



CRÓNICAS DE
LUZ Y OSCURIDAD

La serie Crónicas de Luz y Oscuridad

CRÓNICAS DE LUZ Y OSCURIDAD

Lunas Caídas
Estrellas Danzantes
Soles Rotos
Noches Eternas

CRÓNICAS DE LUZ Y OSCURIDAD: HECHIZO NOCTURNO

Hechizo Nocturno
Encanto de Medianoche
El Conjuro Negro (próximamente)

CRÓNICAS DE LUZ Y OSCURIDAD: PODERES OSCUROS (próximamente)

Poderes Oscuros
Título por definir
Título por definir

Y

Antes del Amanecer
El Seguidor Caído
Heddir

**ENCANTO DE MEDIANOCHE (CRÓNICAS DE LUZ Y OSCURIDAD:
HECHIZO NOCTURNO #2)**
EDICIÓN KINDLE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sea electrónico, mecánica, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo, y por escrito de los titulares *copyright*.

© B. J. Castillo, 2019

Diseño de portada

JB Design (Jordan Bellis)

Edición

Grupo Joven Lectura

Primera edición: Marzo de 2019

Esta es una novela original.

Este va para Robert Louis Stevenson, Oscar Wilde, Bram Stoker y
Mary Shelley, que pusieron los cimientos de *Hechizo Nocturno*.

“Los ojos son la lámpara del cuerpo; así que, si tus ojos son buenos, todo tu cuerpo tendrá luz; pero si tus ojos son malos, todo tu cuerpo estará en oscuridad. Y si la luz que hay en ti resulta ser oscuridad, ¡qué negra será la oscuridad misma!”

SAN MATEO – 6, 22

Prólogo
ACUERDO DE SANGRE

Mayo de 1875

—¿Qué te parece Gertrudis? —sugirió Anne, reposando la cabeza en el dobléz del brazo de su esposo. Yacían en la cama matrimonial. La familia Treddaway.

—¿Gertrudis? —Agustin sonrió—. ¿El nombre de mi madre? No estoy seguro de que sea el indicado —comentó con un gesto entre sorprendido, divertido y espantado. «Pobre criatura», pensó. Sabía que a su madre, en paz descansa, le disgustaría—. Además, no sabemos si realmente será una niña.

—Pero Val...

—Vallery Atwood puede equivocarse.

—¿Y si no? —Anne era insufrible. Ladeó el cuerpo; el vientre hinchado se prensó contra el costado de Agustin, quien, a su vez, se invirtió para tenerla de frente. Y la contempló. Su esposa era una belleza de brillante melena castaña oscura y enormes ojos añiles. Sería una lástima que aquellos rasgos se perdieran, pues era bien sabido que los de los Treddaway, dorados y azul intenso, tendían a prevalecer—. Si es una niña podría llamarse como... —Bajó la mirada, tribulada.

Agustin le acarició el contorno de la fina mejilla con la yema del pulgar.

—¿Cómo quién, cariño?

—Abby. —Y añadió alzando los ojos—: ¿Qué tal Abigail? Todos tendríamos las mismas iniciales, y es un nombre precioso, fuerte; quiero que ella sea fuerte.

—Es hermoso, sí —afirmó Agustin—. Y si es niño... Mi padre se llamaba Peter, así que no funcionaría lo de las iniciales. —Lo dijo con tanta naturalidad que no reparó en ello. Peter Treddaway había muerto a

finales del invierno pasado, sorprendido por una apoplejía, a los cincuenta y cinco años—. ¿Qué tal cómo tu padre? Seguiríamos teniendo las mismas iniciales.

—¿Estás seguro? —preguntó Anne con mucho cuidado. Había conocido al padre de Agustin antes de su muerte, y durante todo ese tiempo pareció que ambos se llevaban de maravilla—. Peter es un nombre precioso.

—Estoy seguro —dijo Agustin. Y se inclinó para besarla... Pero, al oír un estridente alarido, despertó bruscamente.

Se irguió, como alma que lleva el diablo, moviendo la cabeza de un lado a otro, buscando el origen de aquel angustioso quejido. Tardíamente, comprendió se había quedado dormido, sentado en una silla de madera en la sala. Prorrumpió otro alarido estridente. Eso significaba una cosa: su esposa había despertado, y con ella, los dolores de lo que posiblemente fuera un parto prematuro.

Se levantó.

El ambiente que prevalecía en la habitación matrimonial era denso, cálido y abrumador. Su esposa estaba tendida a su largo en la gran cama. Tenía el rostro contraído y las manos afianzadas en el pronunciado vientre. Profirió otro alarido. Agustin se quedó tieso en el umbral, preso de miedo. Aida Katterblack, quien hacía de partera, estaba sentada junto a la mujer en lumbres. Le hizo una seña a Agustin para que se acercara cuando notó la presencia de este en el quicio de la puerta.

Él parpadeó y avanzó unos pasos antes de quedar petrificado. «Oh, mi querida Anne», suspiró desolado.

Su esposa tenía la cara ladeada sobre la almohada, perlada de sudor, y respiraba espasmódicamente. De pronto se irguió como una gata y profirió otro largo y penetrante alarido que pareció sacudir las gruesas vigas del techo. Agustin se estremeció. «Debo ser fuerte —pensó, tratando de enfundarse valor—. Por ella y por la criatura.» Respiró hondo. Luego se acercó a su mujer y le tomó la mano, ciñéndola fuertemente entre las suyas. Ella presionó y lo miró con ojos vidriosos.

Agustin le sonrió y le acarició los húmedos mechones que le surcaban las sienes como sanguijuelas.

—¿Qué ocurre? —le preguntó a Aida, que se movía de un lado a otro llevando compresas de agua balsámica, y luego se inclinaba para echar

un vistazo entre las sábanas rojizas a la entrepierna de la esposa de Agustin—. ¿Dónde está Vallery?

Aida se detuvo y se limpió el sudor de la frente con el dorso de la mano. Exhaló hondo.

—Es evidente que no está aquí —expresó secamente la mujer hadúna.

—¿Y dónde...?!

Anne se tensó y vociferó. Agustin sintió una fuerte presión en su mano.

—Con los Blackfell —indicó Aida, alzando su voz por encima de los alaridos de la mujer en el lecho—. Hoy nacerá el primer hijo de Elio Blackfell.

—¿Qué hay de nuestra pequeña? —preguntó inquieto Agustin, y le echó una mirada a su esposa, que apretaba los párpados y se sacudía como conteniendo un estallido en su interior—. ¿Hoy es el día?

—No. —Aida relajó sus facciones; parecía más descansada—. No hay coronamiento. De momento. —Y tras una mirada por encima del hombro de Agustin, añadió—: Además, Anne se está quedando dormida otra vez.

Cierto. De pronto, todo volvió a la calma. Agustin le acarició la frente a su esposa, todavía enrojecida por el esfuerzo, y le apartó algunos mechones húmedos, mientras ella se volvía a recostar parsimoniosamente sobre las almohadas. «Hoy nacerá el primer hijo de Elio Blackfell —le había dicho Aida—. El mío no nacerá aún.» Debería sentirse aliviado, ¿no? Su esposa aún tenía tiempo, igual que el pequeño retoño.

Anne, con los ojos cerrados, bostezó y se hundió plácidamente entre las almohadas.

Agustin alzó la vista y halló a Aida viéndolos con una fijación conmovedora. «Piensa que va a morir.»

—Qué jóvenes —la oyó decir—. No nacerá hoy, Agustin, eso supone una oportunidad de vida para la pequeña y una menos para la madre. —Desvió la mirada hacia la mujer en cuestión—. El esfuerzo está desgastando a la pobre Anne, y me temo que con eso no hay nada que pueda hacer. Si... si eso llega a ocurrir, espero que suceda después del alumbramiento, o la vida de tu pequeña podría estar en peligro.

«Mi pequeña», pensó Agustin.

—Pero tú eres un ser hada —afirmó él con tono febril y una mirada vibrante de esperanza—. Podrías utilizar tu *hada-sanación* con mi esposa.

—Agustin, bien sabes cuan asequibles somos las hadas cuando traemos vida al mundo de la luz y la oscuridad. —Su voz se oía profundamente triste. Se pasó un pañuelo por la frente y el cuello, perlados de sudor—. Vallery os dirá lo mismo, os lo aseguro. Hace años estuve a punto de morir cuando daba a luz a mi segundo hijo, William. —Sonrió trémula ante el recuerdo—. Silas no quiso que volviera a arriesgarme así, de modo que sólo nos quedamos con dos; eso fue todo.

—Pero Anne no es un ser hada —indicó Agustin abatido, con la mirada puesta en su esposa—. Es humana. Y los humanos son más resistentes.

—Qué equivocado estás.

—¿Qué quieres decir?

—Las hadas podemos sanar nuestras heridas gracias a la magia que corre por nuestras venas, y aun así somos vulnerables a la vejez y al parto. —Se acercó a la cama y miró a la durmiente—. Los humanos carecen de esa magia. Y sí, hay humanas fuertes que podrían concebir dos docenas de vástagos, claro está, si tuvieran el tiempo suficiente para procrear aquella cantidad. —Una sonrisa lúgubre revoloteó en sus labios—. Otras, en cambio, son febriles como hojas de otoño —añadió, más seria.

—¿Y no hay nada que pueda hacer para salvarla? ¿Una solución mágica? ¡He oído de pociones lunares!

—Eso no servirá —dijo Aida.

—Debe haber algo —insistió Agustin, ferviente.

Hubo un instante de silencio.

—No —suspiró finalmente Aida Katterblack—. Lo siento.

Una vez solos, Agustin se tendió junto a su mujer, con sumo cuidado para no perturbar su preciado sueño reparador. Iba a necesitar todas las energías posibles para cuando volvieran las contracciones. Su respiración se oía profunda y tortuosa, notó él, como si cada inhalación supusiera un breve tormento.

«Debo ser fuerte —se dijo—. Por ti. Por la criatura.» Apretó los párpados.

«Hay una posibilidad, Agustin», aseguró Loreen.

Agustin abrió los ojos. Anne seguía dormida, la habitación perduraba en silencio. Y la armonía permaneció incólume cuando Agustin se levantó y se deslizó entre las sombras de la recámara hasta la puerta. Apuró el paso furtivamente a través del pasillo y la salita de estar de la cabaña.

—¿Adónde vas?

La voz lo interrumpió en el momento en que abría la puerta del porche; una ráfaga de viento, gélido como el último vestigio del invierno pasado, entró a la cabaña a través de la rendija que mantenía abierta. Era Aida, estaba en la cocina, de dónde provenía un tuvo aroma a bálsamo de jengibre. Agustin, tenso, no se molestó en volverse para verla junto a la encimera con una taza humeante en su mano.

—Al bosque —dijo simplemente. Y se marchó.

Llovía, y el único abrigo de Agustin Treddaway eran las copas de los árboles que hacían una especie de túnel por donde pasar. Se preguntó si aquel detalle correspondía a la Líder del Bosque, o era un gesto de misericordia concedido por la Madre en manifiesto. Nunca lo sabría.

Se detuvo. Suspiró hondo y recargó su peso en el frío tronco de un roble que halló en su camino. No sabía cuánto tiempo llevaba caminando por aquel extenso terreno boscoso, pero sentía que estaba por decaer de agotamiento en cualquier momento. «Debo seguir —pensó, intentando mantenerse inútilmente en pie—. Ella me está esperando.» Se giró, descansó contra el tronco, cerró los ojos y aspiró profundamente.

—¿Agustin Treddaway? —preguntó la voz de una mujer.

Él abrió los ojos, acostumbrados a la oscuridad, y fue recibido por un golpe de luz. Se los cubrió con el dorso del brazo, aguzando la vista a través de la luz y las sombras para intentar ver de quién se trataba —esperaba que fuese la mismísima Loreen—, y asintió varias veces. Había parado de llover.

—So-Soy yo —tiritó. Apenas podía dejar de mover los labios, la lluvia había amainado pero el frío persistía.

¿Cuánto tiempo habría estado recargado contra aquel árbol?

Se irguió mientras la silueta enaltecida de la centaura cortaba el incandescente resplandor, dando así un poco de alivio a la febril visión de Agustin.

—He-he venido a ve-er a vuestra...

—Lo sé. —La voz de la centaura se volvió un susurro. La llama de la antorcha que sostenía en alto osciló con el soplo del viento gélido de la noche—. Me ha enviado a por ti, Agustin. Sígueme.

Agustin obedeció. Mantuvo su paso tanto como pudo al de la centaura para recibir un poco de calor de la antorcha que abría la oscuridad ante ellos. Sus pisadas se hundían en la tierra húmeda, provocando un siseo quedo y estremecedor en medio de aquel mar silencioso.

Continuaron, precedidos por aquel silencio. Hacía frío. Mucho. Agustin se abrazaba a sí mismo. Ojalá hubiera traído más abrigo que aquella suelta camisa de lino sin teñir o aquellos pantalones, pensó con enfado. Sin capote se sentía desnudo. La oscuridad, copiosa, se cerraba en torno al hombre y a la centaura como una estancia negra y circular colmada de enormes columnas grises y pardas. A veces, esas columnas se movían. «Ogros», se tranquilizó Agustin. Los ogros no eran tan malos como contaban las historias. Sin embargo, sentía que aquellas no eran las únicas criaturas que lo observaban desde las sombras. Entonces comenzó a ver el destello de cientos de ojos.

«Están aquí —pensó, temblando—. Están en todos lados.» Se acercó más a la centaura, a la antorcha.

«Me ven.»

—No tengas miedo.

Agustin meneó la cabeza.

El suave rostro de la centaura era impasible. Su nombre era Henna, como bien recordaba Agustin. Se había convertido en la líder del clan de los centauros gracias a sus hazañas hacía cinco años, cuando el Gran Amo Blackstarr y los suyos irrumpieron por primera vez en River Town. La increíble participación de Henna, después de la reciente muerte de su antecesora a manos de uno de los hijos de Blackstarr, fue de vital importancia para ganar aquella batalla.

—No temo —aseguro él, cuando, bien sabía, era lo contrario. Tenía mucho miedo.

—Pero has estado muy callado, Agustin —comentó Henna con la vista al frente.

—Tú también —se atrevió a responder Agustin—. Y además, eso no quiere decir que tenga miedo.

—Claro que no.

Agustin creyó ver un amago de sonrisa en los rosáceos labios de Henna. Obviamente, no lo creía.

—Nuestra líder parecía impaciente por vuestra llegada —siguió Henna sin apartar la vista del camino. En la oscuridad que los rodeaba, las siluetas de los hijos del bosque comenzaban a vislumbrarse, precedidas por los bellos luceros de sus ojos—. Me parece que lleva mucho tiempo esperándote, Agustin. Más tiempo del que ambos pensamos.

«Desde luego. —Agustin sabía la razón—. Lleva esperando mucho tiempo a alguien como yo. Estoy por entregarle mi alma a la Líder del Bosque a cambio de la vida de mi esposa y de la bebé.» Era un sacrificio que bien valía la pena.

—Pensó que te habías perdido —dijo Henna.

—¿Y por eso te ha enviado?

Henna asintió tras un breve vistazo, y añadió:

—Debí traerte un abrigo. —Sus ojos oscuros, como la melena que le cubría el torso descubierto, relucieron en su dirección. Henna era una criatura hermosa, de rasgos preciosos y la constitución de una mujer humana... siempre que se mirase de la cintura para arriba—. De verdad lo lamento.

—No sabías que yo vendría tan vulnerable a mi encuentro con la Líder del Bosque; no hay nada que yo deba perdonarte. —Lo decía sinceramente—. No obstante, haz traído un poco de fuego; eso ya es algo. Hoy hace una noche particularmente oscura.

—Está prohibido el fuego en el bosque —aseveró la centaura inexpresiva—. Un ascua soplada por el viento sería más que suficiente para convertir nuestro hogar en una hoguera. La luna siempre nos provee de la luz necesaria, como bien sabes, sobre todo aquí, en el corazón del bosque.

—Pero no hay luna esta noche —repuso Agustin. Y alzó la vista para ver si había salido un vestigio mientras atravesaba la espesura de los árboles.

—No, en efecto.

—¿Por eso la has traído? La antorcha.

—Fue entera disposición de la Líder. —Se encogió de hombros con

mucha naturalidad—. Quizá yo no preví que necesitarías un poco de abrigo, pero ella sí. Además, el bosque está húmedo por las recientes lluvias. Hará falta más que un ascua para prender uno de estos gélidos troncos.

—Tienes razón —afirmó Agustin. En otras circunstancias se habría reído del elocuente comentario de la centaura.

Luego pensó en el riesgo al que Loreen le estaba dando rienda suelta ordenando que prendieran una antorcha sólo para iluminar su camino hasta ella. «Hay una posibilidad, Agustin —se dijo, evocando las palabras de Loreen—. Una oportunidad de salvación, para ambas.»

—Hemos llegado —anunció Henna.

Agustin se detuvo, y, echando un vistazo, lo confirmó.

El suelo crujió bajo sus pies. Era un pasto verde y voluminoso como una colcha esponjosa que se extendía sobre una pequeña colina en el corazón despejado del bosque. El cielo era negro, pero descosía una luz lóbrega y sobrecogedora que mantenía a raya a su propia oscuridad. Había criaturas, hijos del bosque, en torno al pie de la colina; entre ellos, preciosos unicornios, nacidos de la magia de los Primeros Seguidores, que pastaban el suelo. Algunos alzaron la cabeza y se alejaron, apaciblemente, cuando el hombre y la centaura pasaron cerca de ellos.

—La Líder te espera —dijo Henna levantando la antorcha y apuntando hacia la cima de la colina. Su mirada era un enigma.

¿Sabrá de la propuesta que le había hecho Loreen?, se preguntó Agustin. No, seguramente.

La Líder se había mostrado recelosa con que se mantuviera en secreto la naturaleza de aquel ominoso acuerdo. Loreen se había aparecido hacía dos noches en la puerta de la cabaña donde vivían Agustin y su esposa luego de que esta empezara a sufrir los estragos de un parto que podía acabar con su vida y con la de la criatura que llevaba en su vientre. Agustin abrió la puerta y allí estaba ella, blanca impoluta y sonriente.

Loreen entró, sin invitación, seguida por un revuelo de tul blanco y cabellera dorada clara mecida por el viento.

«Sé muchas cosas, querido Agustin —le había dicho la Líder del Bosque—. Y ese conocimiento tiene un precio.»

«Lo que sea —Agustin se desmoronó—. Haré lo que sea por Anne; lo

que sea.»

Y allí estaba. La Líder le había dado tres noches para pensar, aceptar o no la propuesta.

Tuvo el descaro de verse sorprendida al verlo llegar hasta ella, acompañado por Henna con la antorcha. Loreen no estaba sola, ahí en la cima de la colina, la acompañaban un fauno de rostro fofo y una joven sátira que más parecía una niña con piernas velludas y atrofiadas.

—¡Agustin! —se regocijó Loreen; blanca, luminosa y virginal, su aspecto era muy disímil al de su esposa; ambas compartían una belleza estremecedora, debía admitir. Era baja, de larga cabellera rubia clara como el oro blanco y la tez tan nívea como la de un fantasma. Lucía su habitual vestido de tul y lino blanco, ajustado entre los senos y la cintura con una cuerda de cáñamo—. Me alegra tanto que hayas venido.

Se aproximó y le besó la mejilla, suavemente.

Luego, Agustin dio un paso hacia atrás, inseguro, y soslayó a los otros dos hijos del bosque.

—Espero no interrumpir.

—No, no —aseveró Loreen—. Salim y Misa ya se iban, ¿no?

La sátira y el fauno asintieron solemnemente y se marcharon, cada quien en una dirección distinta. Agustin siguió con la vista al fauno de rostro fofo, pues su mirada y expresión eran tan suaves como amenazadoras, a su manera era tan peligroso como Rumos, uno de los jóvenes centauros del clan que presidía Henna.

—Agustin —suspiró Loreen. Una vez solos (al menos apartados del resto de los hijos del bosque), era increíble la sensación de ser la única persona en el mundo cuando se miraba en las cuencas insondables de un ser tan maravilloso como la Líder del Bosque—. Temía que no vinieras. Y una vez supe que venías, temí que os perdieras en la oscuridad y la espesura. Envié a Henna a por ti, ¿te dijo? —Hablaba deprisa, alegre; no aguardó su respuesta—. He oído tantas cosas sobre tu...

—Anne está bien —afirmó Agustin, bruscamente. «Al menos de momento.»

—Es bueno saberlo —dijo Loreen, y sonrió—. Además, si su estado fuera más... —hizo una pausa para buscar la palabra apropiada, pero Agustin no creía que la hubiera— funesto —terminó diciendo— no estarías aquí, ¿o sí?

—Mi esposa está bien —repitió Agustín—. Aida y Vallery se están haciendo cargo del parto. Pero no podrán demorar más lo inevitable.

Loreen bajó los párpados un instante y contrajo los labios. Una ráfaga de viento levantó varios mechones de su preciosa cabellera dorada. Agustín se estremeció ante la gélida embestida de aquella ráfaga; Loreen, en cambio, enaltecó la vista, impassible, y avanzó un paso hacia él.

—Lamento oír eso —dijo. No parecía lamentarlo en absoluto—. Pero sé de una forma para evitar lo inevitable, como ya te dije, y por eso estás aquí: para descubrir esa forma. —Suspiró—. La hay. Te daré lo que deseas —puntualizó—, pero sólo salvaré dos almas de la muerte.

Agustín frunció el ceño.

—¿Dos? —repitió, algo desconcertado—. Pero si es todo lo que quiero.

—Qué bien. —Loreen sonrió con lasitud—. Te daré doce años, Agustín. Doce años. Y una vez se cumpla ése periodo, vendrás a mí una noche y yo te enviaré a tu misión —indicó al tiempo que se acercaba a Agustín, serena como una sombra—. Doce años. Luego, me servirás.

«Doce años», pensó Agustín. Ciertamente no se había esperado aquel repentino cambio de parte de Loreen.

—¿Por qué doce años? —quiso saber.

—Porque alguien deberá cuidar de tu familia, claro, al menos durante ese corto periodo. —Suspiró—. Tómallo como una especie de consuelo antes de la partida. Por supuesto, Agustín, nadie debe saber que vendrás a mí cuando llegue el momento.

—Sí. —Agustín no estaba seguro; había, más allá de lo usual, algo extraño en la mirada de Loreen.

—Entonces —preguntó ésta—, ¿aceptas es nuevos términos?

Agustín asintió. Con doce años tendría suficiente tiempo para planear una huida de River Town, llevarse a Anne y a su pequeña lejos del dominio de Loreen.

Loreen amplió la sonrisa.

—Enhorabuena —dijo después—. Voy a necesitar un poco de tu sangre como garantía.

—¿Mi sangre? —Agustín dio un paso atrás.

—Sí —confirmó la Líder—. Un poco, no más. Es... para sellar nuestro

trato.

—¿No te basta con mi palabra?

—Oh, cariño —suspiró Loreen, danzando en torno a Agustín seguida por un revuelo de tul blanco—, no sería la primera vez que un hombre honrado rompe sus votos. ¿Quién sabe cuántas cosas podrían pasar en doce años?

«Maldita sea.» Loreen se había anticipado a sus planes.

—Oh, vamos, Agustín —dijo Loreen—. ¿Acaso mis términos no valen las dos vidas que te aseguro? Es la única oportunidad que tienes para obtener la salvación que deseas. Sólo te pido un poco de sangre y una promesa, a cambio de dos vidas; sólo eso.

Agustín se miró las manos, turbado; luego, percibió el silencio a su alrededor, como si el bosque entero aguardara su respuesta. No había nada más que pensar, se dijo, había tomado una decisión mucho antes de pisar los límites del bosque.

—Acepto.

Primera parte
COSAS OSCURAS

Capítulo 1
UN ALMA PERDIDA

Nunca se había sentido tan perdido como en ese momento, rodeado de vacío y oscuridad.

En la oscuridad imperaban sombras densas que amenazaban con tragarlo entero; espesas nubes vaporosas de un silencio gélido que giraban en ominosos torbellinos a su alrededor como una danza de espectros invisibles. ¿Eran sus demonios? Todos los hombres tienen sus propios demonios, bien lo sabía, aunque en su mundo los llamaban *sombras*.

La sombra de Andrew nacía de las densas tinieblas: tenía un rostro blanco inmaculado, ojos color jade y labios carnosos cuyas comisuras eran doradas como vetas de oro que se ensanchaban en una sonrisa. «Si continúas con las mismas intenciones —decía su sombra una y otra vez—, su marca se corroerá hasta ti». Aspiró hondo y percibió el sabor de la bilis descendíéndole como una candelilla por la garganta.

«Olvida a la muchacha, la voz me lo ha dicho... Sufrirás por su culpa, Andrew.»

Y Andrew no había oído la advertencia.

¿Se arrepentía? Se hacía la misma pregunta una y otra vez, sin hallar una respuesta. Había acudido a ese lugar con un cometido: encontrar al joven Samuel Cartwright y Elio Blackfell y salvarlos. En efecto; los había encontrado, y nada más.

Mahlon West lo había sometido. Luego de hallarlo intentando liberar a Blackfell, Andrew y el nigromante se habían enfrentado duramente en un combate. Ninguno de sus servidores, por orden del propio West, intervino en la contienda. Mahlon cerró la puerta de la celda. Blackfell yacía en el piso, rehuendo del nigromante como un ratón del gato; de aquel hombre solo quedaba su sombra, o eso había pensado Andrew al

momento de encontrarlo. En la celda estaban únicamente Andrew y el nigromante de la cicatriz y el parche, exceptuando a Blackfell.

Andrew ya empuñaba sus dagas *nuxus*; en cambio, Mahlon se había hecho de un momento a otro con una *adamantus*. El choque del acero contra el acero fue inevitable; saltaron chispas doradas y se profirieron suspiros quedos, gruñidos, y una risita que siseó el nigromante. West le sonrió a la cara; lo golpeó en un costado con una rodilla, lo que causó que Andrew se arqueara hacia adelante; sin embargo, casi de inmediato, retrocedió hacia atrás, esquivando así la siguiente carga del nigromante.

Mahlon se reía como un payaso, y el parche y la cicatriz parecían cobrar vida con el cambio de expresión. Andrew, jadeando, se irguió de golpe y arremetió una vez más contra el oscuro. «Me divertiré contigo», siseó el nigromante. Andrew soltó un gruñido bestial y, danzando las dagas ante sí, fue propinando golpes que el nigromante contrarrestaba ágilmente con su sable. Mahlon West había asesinado a Margot Treddaway, a pesar de que ella lo había herido gravemente en el rostro, o eso decían; era de esperarse que fuera un combatiente extraordinario. Entonces pensó que tal vez no era tan bueno y su triunfo ante Margot solo había sido cuestión de suerte.

Pero se equivocó.

Una vez más intentó moverse, pero las piernas le flaquearon. West había hecho que lo encadenaran con grilletes de hierro que le impedían levantarse o estirar los pies; las argollas, enormes aros incrustados en el suelo, tintineaban con cada movimiento. Y por si eso no fuese suficientemente malo, cada vez que se movía el hierro le mordisqueaba la piel y le provocaba calambres terribles. Andrew gruñó entre dientes. Si uno de sus movimientos era muy brusco, el fuerte sonido de las argollas atraería a uno de los fieles subordinados de Mahlon West para comprobar que el cautivo no estuviera intentando liberarse. ¿Y cómo podría?

En efecto, conocía algunos hechizos, entre otros métodos, para liberarse de los grilletes... si fueran grilletes ordinarios, claro está. Pero no: estaban hechos con el mismo material que las armas de los servidores, el mismo hierro forjado por los gnomos, y templadas con encantamientos sombríos que contrarrestaban cualquier rastro de magia blanca. Eso, al menos, explicaba por qué Elio Blackfell no se había

liberado anticipadamente de sus ataduras. Aún podía recordar claramente el momento en el que entró a su celda y lo encontró demacrado y encadenado de la misma forma que estaba Andrew ahora.

Gruñó. Otro espasmo de dolor le cruzó la espina dorsal, como un relámpago de fuego rasgando el hueso. Debía moverse. Debía hallar una forma de salir. Una voz dentro de su cabeza le decía que ya no había esperanzas para él.

«Me divertiré contigo...» Cerró los ojos y recordó.

Mahlon West lo había contrarrestado. Andrew perdió sus *nuxus*, aunque no todo en absoluto; aún tenía un par atado en cada talón; debía buscar el momento correcto para desenfundarlas. «Pero ya no había más tiempo —se dijo—. Era tarde.» Se sentía profundamente cansado, agotado física y mentalmente; tenía la cara perlada de sudor y la respiración exaltada hasta el punto del ahogamiento; le ardía la mejilla, donde el sable del nigromante había trazado una línea de fuego, y también en el pecho, a un lado del corazón. Este le pulsaba bruscamente bajo la fina piel: primero tan acelerado que amenazaba con estallarle, luego se sosegaba. Cayó de rodillas ante el nigromante, rendido; habría rezado pero hasta entonces no había sido devoto a ninguna religión salvo al código de los seguidores de la luz, y cerró los ojos aguardando la estocada final...

Nunca llegó.

Un rugido...

Cuando Andrew volvió a abrir los ojos Elio Blackfell se había abalanzado sobre la espalda del nigromante. Elio nunca se había interesado en el arte del combate; es más, había permitido que Lance Greystar instruyera a su primogénito en las disciplinas de combate y dominación. Con todo, de algún lugar, Blackfell había sacado las fuerzas para arremeter contra el nigromante. Andrew se había puesto en pie para ayudarlo, pues que aquella pugna no duraría mucho. Pero cuando hizo ademán de avanzar, la puerta de la celda se abrió estruendosamente y Nycro, uno de los vástagos del último Spicer, se precipitó dentro y atravesó a Blackfell por la espalda con un sable.

Elio Blackfell embistió el suelo como un pesado saco de papas, la mirada puesta en Andrew. «Lloyd», era la palabra que parecía bosquejar sus labios.

Después de eso, Mahlon se aproximó a Andrew a una velocidad impresionante, y le golpeó en el costado de la cabeza con el pomo de la *adamantus*. El mundo se oscureció para Andrew Treddaway. Ese golpe era el que ahora causaba la punzada que hendía contra su cráneo cada vez que viraba el cuello para seguir el sonido de un corretear entre las sombras. Su celda estaba dotada de oscuridad, una que emulaba un cielo nocturno sin luna o estrellas. Pero no había estado allí al principio.

Cuando Andrew despertó la primera vez, estaba sentado en una silla de madera de alto cabezal con las manos y los pies atados a los brazos y patas del asiento. Después de un largo y tortuoso descanso, percibió un hormigueo reptándole por las vértebras. ¿Dónde estaba? ¿Cuánto tiempo había estado inconsciente? ¿Elio...? Al menos sabía la respuesta de aquella última pregunta: «Está muerto.»

Una vez entendió que era imposible zafarse de las ataduras que lo mantenían inmóvil contra el asiento, Andrew respiró hondo y terció la vista intentando comprender dónde estaba. Las ruinas de la fábrica Cartwright; lo supo con mucha seguridad. El corazón del muchacho latía pesadamente, a un ritmo que lo hería bajo la piel. Ya había estado en ese lugar, recordó, antes de entrar al pasillo de las celdas. Era la sala de elaboración. Allí había presenciado, desde las sombras, la discusión entre Mahlon West y Nycro.

Estaba vacío. Aparentemente. No estaban los nigromantes ni los subordinados. Tenuemente iluminada por lo que podía ser la quebradiza luz del amanecer penetrando las lumbreras, la sala de elaboraciones lucía escalofriante. Andrew había alcanzado a oír el goteo de una filtración y el corretear de un insecto; la mayor parte del lugar estaba cubierto por sombras, así que no había modo de saber a qué se enfrentaba.

Fue la primera vez que pensó en Loreen. Su rostro precioso y cano surgió de entre la densa y oscura niebla. «Si continúas con las mismas intenciones, su marca se corroerá hasta ti.» Apretó los puños y ahogó un bramido. «Maldita seas —había pensado con los ojos nublados por lágrimas de fuego. Ahogó un gemido—. Siempre lo supiste. Maldita seas. Así es como quieres castigarme por no amarte, ¿no?»

Oyó pasos que venían de la zona oscura frente a él, y se tensó como una tabla.

Mahlon West apareció inmediatamente después.

—Andrew Treddaway —suspiró el nigromante. Lucía más impecable que después del combate, ciertamente; su cabello negro estaba brillante y bien peinado hacia atrás, su rostro casi tenía un aspecto humano, con un pálido rozagante que realzaba las curvas afiladas de sus mejillas y la nariz. Vestía un elegante traje en tono ceniciento y zapatos de piel de reptil; el parche parecía emular el brillo del único ojo del nigromante, que relucía en la penumbra insondable de su cuenca—. Oh, una vez más nos encontramos cara a cara, Andrew.

Andrew escupió a los pies del nigromante. El escupitajo salpicó el impecable calzado de piel de reptil de Mahlon West.

—Guarda eso para después, Treddaway —dijo divertido—. Ya tendremos tiempo.

—¿Qué quieres? —interpeló Andrew.

—Ya te lo dije. —Mahlon dio un par de pasos hacia el joven—. Quiero divertirme contigo, antes de cortarte la cabeza y enviársela a los Katterblack, a tu hermana y a la dulce Mary. —Sonrió—. Solo imagina su rostro cuando la vea, nada me complacería más que estar en ese momento. Y tú hermana... Oh, tu preciosa hermana seguramente sucumbirá ante el dolor de perder a su mellizo. La conoces mejor que nadie. Dime, ¿crees que se corte las venas o que se ahorque en uno de los árboles del jardín Katterblack?

Andrew no respondió. Mahlon tenía razón en una cosa: conocía a Abby mejor que nadie, sí; en cambio, erraba en otra: Abigail no acabaría con su propia vida, fue una promesa que se hicieron años después del repentino abandono de su padre. Su silencio pareció complacer al nigromante, pues éste ensanchó la sonrisa y levantó una ceja. Acto seguido, se acercó a una mesa vacía que parecía adsorber todo el polvo de la sala, y cogió una silla más simple que la que ocupaba Andrew. Con un hondo suspiro, plantó la silla ante su interlocutor y se sentó de lleno. Entonces guardó silencio por un largo y tortuoso momento.

Al final se irguió hacia adelante.

—¿Reconoces esto? —Trazó con uno de sus largos dedos la línea blanca y escarpada de la cicatriz que le cruzaba la cara desde la frente hasta la comisura del labio, pasando por encima del ojo cubierto con el parche. Sonrió—. Sabes quién hizo esto, ¿verdad? Seguro que sí. Fue una

Treddaway. Margot Treddaway.

Andrew bufó.

Mahlon no se inmutó por su gesto grosero; se enderezó y cruzó los brazos ante el pecho, aplastando un reluciente pañuelo escarlata en el bolsillo de su chaleco. Un brillo oscuro resplandeció en su único ojo, con un fulgor soñador y maligno.

—Era una joven bellísima y prometedor, pero, por desgracia, estaba enamorada del insípido de Frederick Startclyde. ¿Qué le vio a ese imbécil?

—Un poco de luz, claro está —escupió Andrew—. Ya sé quién era Margot Treddaway y sé que estabas enamorado de ella; todo el mundo lo sabe: en River Town no hay lugar para los secretos. —Se curvó hacia adelante con la expresión de un perro rabioso y soltó—: Haz lo que vayas a hacer conmigo y acabemos con esto de una vez.

Esta vez, cuando escupió, el salivazo salpicó la mejilla incólume del nigromante.

Mahlon se mantuvo impasible, al punto sonrió inmensamente complacido; la saliva de Andrew le descendía lánguidamente por el costado del rostro. Pasó los dedos por la humedad, después los contempló con regocijo y se los llevó a la boca dando un chupetón desagradable. Andrew frunció el ceño.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó, asqueado.

—A ti —murmuró Mahlon—. Te quiero a ti, Andrew. Tú me recuerdas mucho a Margot; incluso más que tu hermana o la hija de Margot, Grace Startclyde. Te quiero a ti de la única forma que jamás pude tenerla a ella. —Se irguió nuevamente hacia adelante y acarició el muslo del joven, lascivamente—. Te deseo, Andrew Treddaway.

«¿Qué...?», pensó Andrew absorto, y sacudió la pierna donde reposaba la mano de Mahlon, como si su tacto lo quemara.

—Pues —espetó Andrew—, si quieres tenerme así, será mejor que me mates primero; ¡mátame primero! ¡De otra forma, no me tendrás!

Mahlon West se enarboló y la expresión soñadora que había enmascarado su espantosa cara hacia un momento desapareció como una sombra espantada por la luz. Andrew inspiraba espasmódicamente; había oído cosas terribles sobre el nigromante, ¡aún peores de las que se contaban frecuentemente en River Town!, cosas que iban mucho más

allá de la trágica muerte de Margot Treddaway; familias hadúnas ultrajadas por la ávida lubricidad del nigromante.

Ahora esas historias que se narraban por lo bajo se cristalizaban ante los ojos de Andrew. Mahlon West quería poseerlo, en cuerpo y alma.

El nigromante terció la mirada.

—En ese caso —dijo secamente—, tendré que asesinar al joven Samuel Cartwright y en consecuencia te dejaré vivir para que le entregues su tierno y desfallecido cuerpecito a su hermana, nuestra querida Mary. —Se puso en pie—. Créeme, Andrew, no quiero forzarte a entregarte a mí, quiero que lo hagas porque lo deseas...

—¿Dónde está Sam? —lo interrumpió Andrew.

—Está seguro —contestó el nigromante dándole la espalda— en La Última Morada.

«Newt», pensó, estupefacto. La posadera le había mentido; aquel niño que había encontrado en el despacho de Claudine era realmente Samuel Cartwright.

—Veo que ya sabes de quién te estoy hablando —repuso West. Cuando Andrew enfocó otra vez la mirada en el nigromante, vislumbró que éste se había girado nuevamente hacia él y bosquejaba una sonrisa terrorífica que distorsionaba las sombras de su rostro—. Claudine se ha encariñado mucho con el jovencito, ¡hasta le ha puesto un nombre! —Se echó a reír. Luego añadió—: La posadera lo traerá a mí si te rehúsas, Andrew, así al menos tendré el placer de ver tu cara cuando asesine al niño justo frente a tus ojos...

—¡NO! —restalló Andrew.

Mahlon dio un paso hacia Andrew.

—¿No? —inquirió seriamente—. ¿Y quién lo evitará? ¿Tú y cuántos más? Estarás sentado en esa misma silla mientras todo pasa frente a ti, Andrew, y no podrás hacer que puedas evitarlo.

West se acercó tanto a Andrew, que éste casi se asfixió con el punzante aroma a hollín que desprendía el nigromante.

—Mírame, Andrew, te dejaré pensarlo si quieres. —Mahlon lo tomó con firmeza por la barbilla, contra su voluntad, y los labios gélidos del nigromante le recorrieron tenuemente la mejilla hasta las comisuras de los labios, donde se detuvo e intentó meter su lengua entre ellos. Andrew los apretó férreamente. Mahlon inhaló hondo—. Incluso tu olor me

recuerda a Margot.

Se irguió y se llevó dos dedos a la boca. Silbó.

Entonces cuatro subordinados emergieron de las sombras, desataron a Andrew y lo llevaron bruscamente a la misma celda Mahlon donde habían confinado a Blackfell. Y allí había perdurado hasta ahora, cercado por una oscuridad absoluta, encadenado, solo.

«Olvida a la muchacha, la voz me lo ha dicho. —El fantasma de Loreen besó su mejilla—. Sufrirás por su culpa, Andrew.»

¡Vaya, cómo quería estrangularla!

Quizá no fue culpa de la Líder del Bosque. Para empezar, meditó, no debió haber ido a ese lugar solo. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Si hubiese permitido que Abigail lo acompañara, entonces ella también estaría encerrada o, mucho peor, muerta por intentar protegerlo, como hizo Elio Blackfell. Tampoco se habría atrevido a involucrar a ningún amigo o conocido. Y pensó que si el Gremio hubiese sabido de sus pretensiones, entonces le habrían prohibido participar.

Aunque muy probablemente todos los miembros del Gremio habrían podido contra Mahlon West y sus subordinados: Elio Blackfell estaría vivo, por ejemplo; Sam estuviera con su hermana, Andrew con la suya y además libre, incluso Frederick Startclyde habría podido vengar la muerte de su primera esposa asesinando a Mahlon West.

«¿Qué he hecho? —se preguntó, azorado por una creciente ira hacia sí mismo—. Fui egoísta: debí prever que todo esto pasaría, debí salvar a Samuel cuando tuve la oportunidad, debí haber cumplido mi promesa. —Una vez más se le anegaron los ojos de lágrimas—. De nada sirve lamentarse. —Se agazapó a un lado, tanto como se lo permitieron las cadenas que lo apresaban—. Ya es demasiado tarde.»

Nunca se había sentido tan solo y perdido como ahora. Abigail. Su hermana... Se preguntó cuánto tiempo pasaría hasta que Abby se preocupara lo suficiente para salir en su búsqueda, ¿sería tarde entonces? Además, no quería que nadie arriesgara su vida para salvarlo, ya estaba perdido. Su alma estaba perdida. En aquella oscuridad solo quedaban él y su sombra. «Sufrirás por su culpa, Andrew.» Por culpa de Mary.

—Mary —murmuró.

El recuerdo de aquella noche en el jardín Katterblack estaba fresco en

su memoria.

Fue maravilloso. Andrew no había experimentado el romance con nadie más, porque, ciertamente, sus encuentros con la Líder del Bosque no habían sido en absoluto románticos... En cambio con Mary había sido mágico, más que cualquier hechizo o poción; por fin conocía aquel sentimiento del que había oído hablar tantas veces a su hermana. «Y lo haría de nuevo —le había dicho—. Mil veces más.» Lo había dicho en serio.

Aun cuando cerraba los ojos podía evocar el tenue fulgor de las luciérnagas poblando la noche.

La puerta tronó. Uno de los subordinados de West entró abruptamente a la celda; llevaba en las manos un plato y una jarra de metal que seguramente contenía agua. Andrew se irguió, afanoso, al tiempo que el subordinado se inclinaba a medias y soltaba las cosas en el piso, cerca del cautivo.

Cuando el subordinado se marchó, Andrew se arrojó sobre los escasos alimentos en el plato: pan duro, papilla y zanahorias trozadas. El agua recorrió su barbilla como una pequeña catarata cuando Andrew la vertió ansiosamente sobre sus labios. ¿Cuánto tiempo llevaba sin tomar agua? ¿O comer?

Era imposible saber si fuera era diurno o nocturno; si llovía o hacía un calor abrazador, ni siquiera cuánto tiempo llevaba ahí. Lo que quizás fuera un día y medio, para Andrew había sido una pequeña eternidad. En su celda solo reinaba una oscuridad perpetua, perenne, fría. Únicamente hallaba consuelo evocando los suaves labios de Mary. «Tú lo dijiste: me has salvado la vida, en más de una ocasión.» Después de aquel breve paseo, ella y Andrew habían regresado a la mansión Katterblack. Andrew había estado a punto de decirle sobre sus planes de encontrar a Sam, pero lo consideró mejor. «¿Y si no lo encuentro?», se había preguntado entonces, mientras contemplaba los enormes y verdes ojos de la muchacha. «¿Y si es demasiado tarde para el jovencito Cartwright?»

Andrew se había alejado de Mary, sin volver la mirada. Vaya que sí hubiese querido volverse para verla una última vez. «Pero entonces no sabía que sería la última.» En algún momento entre sus reflexiones, sus párpados cedieron ante el soporífero cansancio, y se durmió.

Soñó con un espacio era tan vasto y negro hasta que un halo de luz

destelló en la distancia. Hasta entonces Andrew no había sido consciente del frío cruento que quemaba su piel con cada soplo, ni del millar de ojos que titilaban en la distancia. De pronto aparecieron montículos de nieve entre sus pies; el montón fue calando hasta que le llegó a las rodillas. En ese momento Andrew estaba avanzando hacia el halo de luz.

«Ven, Andrew...» Se detuvo súbitamente y miró. ¿De dónde había venido aquella voz?

Abrigándose así mismo entre sus brazos, continuó avanzando hacia el halo de luz. «Ven, Andrew... Se acerca el amanecer.» Andrew empujó la nieve con sus pantorrillas, avanzando, una y luego otra. Cada vez más cerca.

Y a medida que se acercaba, la luz refulgía con más intensidad, y Andrew empezó a distinguir una silueta. Un joven. Estaba seguro. El haz de luz hería sus ojos a dos metros de distancia. El millar de ojos no era eso realmente, sino estrellas parpadeantes y lejanas que colmaban un cielo tan negro como la brea.

«Se acerca el amanecer...» Andrew se preguntó qué ocurriría entonces.

«Se acerca...»

Andrew alzó el brazo para que su sombra sosegara el ardiente brillo que emanaba del muchacho. Se parecía a Philip Holbrooke, al menos el poco contorno de su rostro que alcanzaba a distinguir entre el reflejo ardiente de la luz. Estuvo a punto de llamarlo por ese nombre cuando todas las luces se apagaron y cayó una vez más en la oscuridad.

—¿Quién eres? —preguntó a nadie.

Silencio.

Andrew intentó avanzar: era como estar en la oscuridad de su celda, pero sin las ataduras.

—¿Qué eres? —repitió—. ¿Qué ocurrirá cuando amanezca?

No esperó que alguien respondiera. Sin embargo...

«Despertarás. —La voz era un eco en su cabeza—. ¿Quieres despertar, Andrew?»

—¿Quién eres? —fue la respuesta del muchacho. Quizá la luz se había ido pero persistía el frío. Andrew hacía lo posible para no tiritar.

«Te muestro el camino —dijo la oscuridad— hacia la salvación.»

Andrew no supo qué decir. Era consciente de que estaba soñando.

Suspiró hondo.

«No temas, Andrew Treddaway —siguió la voz en la oscuridad—. Ellos vienen por ti.»

—¿Quiénes?

«Salva al muchacho...»

—¿A quién?

«Se acerca el amanecer...»

—¡¿Quién?! —profirió Andrew.

«... y debes despertar.»

Cuando despertó, fue como si no lo hubiese hecho. Continuaba oscuro. Hacía frío.

Sus huesos crujieron cuando movió el dorso para erguirse cuando se lo permitieran sus ataduras; el sonido de sus vértebras maltrechas y sus tripas rugiendo desde dentro de su cuerpo, creaban una extraña y tortuosa cacofonía. Mahlon West le había dicho que lo dejaría pensar en su propuesta: su cuerpo a cambio de la vida de Samuel Cartwright. Pero cuánto tiempo más aguardaría. Tal vez hasta que muriese de hambre. Sin embargo, había enviado a uno de sus subordinados con comida en lo que parecía hacía cien años.

Dolorido y cansado, se recostó contra la fría y dura pared, sintiendo un hilillo de humedad en la espina dorsal como el cosquilleo de unos suaves dedos. Una vez más pensó en Loreen. «Olvida a la muchacha, la voz me lo ha dicho. —Las doradas comisuras de sus labios se abrían más y más con cada palabra—... Sufrirás por su culpa, Andrew.» Apretó los ojos y ahogó un grito. Estaba cansado de Loreen. Estaba cansado de Mahlon West. Y estaba cansado de...

«Salva al muchacho...», le había dicho la voz. Se preguntó qué había querido decir con ello, y si se refería al hermano de Mary. Tal vez sea una locura y no fue más que un sueño. Pero había sido tan real. Además, y no podía dejar de pensar en ello, ¿qué habría querido decir la voz con que venían por él? ¿Se refería a su hermana o a sus amigos? ¿El Gremio?

«Salva al muchacho...», era el pensamiento que persistía. Cuando le dijo a Mary que lo haría, que la salvaría mil veces más, lo había dicho en serio. Tenía una oportunidad, pero cómo confiar en la palabra de West, ¿cómo saber qué liberaría a Samuel Cartwright después de cumplir con el trato? ¿Cómo sabía de la supervivencia del niño? Tal vez ya se encargó

de asesinarlo mientras Andrew estaba allí, en la oscuridad. Como sea; había tomado una decisión.

Alzó el brazo y agitó las cadenas.

Un instante después, uno de los subordinados de Mahlon entró precipitadamente por la puerta.

—Así que ya has tomado una decisión —suspiró el nigromante cuando llevaron al cautivo ante él. La sala de elaboración estaba menos ominosa que la última vez; quizás era de día, fuera. Mahlon se irguió hacia adelante desde la silla de alto cabezal donde antes había estado atado Andrew—. Cuéntame, ¿qué has decidido? ¿Morir o vivir por un breve momento?

—He decidido salvar la vida de Samuel Cartwright —aseveró Andrew—. Pero debo tener garantías de que cumplirás con tu parte del trato.

West sonrió, complacido.

—Elegiste bien, muchacho —dijo—. No puedo proporcionarte ninguna garantía más que mi palabra.

Andrew bufó.

—Entonces no hay trato. Yo muero.

—¿Y también Sam? —Mahlon alzó una ceja. Había dado en un punto sensible.

Andrew sabía que su perdición también suponía la perdición del hermano de Mary.

—Pero haré algo por ti —repuso Mahlon. Y se puso en pie—. De alguna forma debo deshacerme del cuerpo de Elio Blackfell, que ya está bastante descompuesto en la bodega. —Hizo una mueca de asco y agregó—: Enviaré el cuerpo de Blackfell hacia River Town en una carreta, ¿y adivina quién será el conductor?

—¿Cómo sé que lo harás? —quiso saber Andrew. Estaba atado de las muñecas con una prieta cuerda de cáñamo y flanqueado por un par de subordinados que lo tomaban fuertemente por los antebrazos. En otra circunstancia se habría sentido alagado de que lo consideraran una amenaza con su aspecto demacrado y febril... Bueno, no tan febril. Si tuviera un par de *nuxus* al menos acabaría con el par de subordinados que lo custodiaban.

—Lo haré. —West se aproximó al cautivo a un paso tortuosamente lento—. El muchacho sería descubierto tarde o temprano en la posada

de Claudine. Además —añadió el nigromante, haciendo un ademán para quitarle importancia—, el niño ya no sirve de nada para los propósitos de Darkling.

«Darkling.» Andrew no había pensado en aquel nombre desde que estuviera en cautiverio.

—¿Dónde está él? —inquirió presuroso.

—Aquí no, claro. —Sonrió—. Te has perdido de los últimos acontecimientos en River Town, Andrew.

—¿A qué te refieres?

—Eso no importa. —Como si fuera posible, Mahlon volcó aún más su atención en Andrew. Extendió un brazo hacia adelante y le acarició el contorno de la mejilla al muchacho con anhelo—. Eres bellissimo, Andrew. Un sueño. —Su sonrisa fue casi un suspiro—. Ya entiendo por qué la Líder del Bosque está enamoradiza de ti.

—¿Qué quiere Darkling de Mary? —preguntó Andrew, apretando los labios. El tacto del nigromante le escocía allí donde lo rozaba.

Su pregunta debió disgustar a Mahlon, pues quitó bruscamente la mano.

—Quiere su vida —dijo West secamente y se apartó. Su espalda era amplia y, por mucho, un mejor frente que su desfigurado rostro—. Así como yo quiero la tuya. —Se sentó una vez más en la silla de alto cabezal y desde allí contempló a Andrew durante un rato—. No sabía si aceptarías —afirmó mientras hacía una seña hacia un extremo muy oscuro del lugar—, por eso he ordenado que lo trajeran aquí.

Un subordinado salió de las espesas sombras llevando en brazos lo que bien podría ser el cadáver de una persona. «No es un adulto —pensó Andrew—. Es un niño.» Era Samuel Cartwright. El mismo muchachito que había encontrado haciendo cuentas en el despacho de Claudine, a quien ésta había llamado Newt.

—¿Qué le has hecho? —preguntó Andrew con voz queda.

—Nada —respondió Mahlon West—. Sólo está dormido. Estará así hasta que cumplas con tu parte del trato, Andrew. Si te resistes, él muere. Si intentas alguna estupidez, él muere y tú también. Cuando tú y yo acabemos, mis subordinados llevarán nuevamente al jovencito a la posada de Claudine con la orden de enviarlo a River Town en una carreta con el cuerpo de Elio Blackfell.

Mahlon hizo un gesto con la mano. Uno de los subordinados liberó a Andrew de su atadura y luego se marchó con el resto. También el que llevaba a Sam en brazos se disipó en la oscuridad. Entonces quedaron solo Andrew y el nigromante.

Mahlon West se inclinó contra el respaldo y cruzó los dedos ante sí.

—Entonces comencemos —dijo suavemente. Su único ojo tenía un brillo sombrío—. Quítate la ropa.

Capítulo 2

LA BÚSQUEDA

—Andrew —murmuró Abigail. Y la carta cayó de sus manos como una febril hoja de otoño.

La expresión en su rostro después de leerla era de profundo desosiego. Mary lo sabía bien, había tenido el mismo efecto en ella cuando la leyó en su habitación. El mensaje confirmaba tres cosas, una más terrible que la anterior: el señor Blackfell estaba con vida, pero agonizaba; Sam y Andrew eran cautivos de Mahlon West, y Darkling estaba vivo.

—¿Qué dice...?

Grace Startclyde se inclinó para recoger la carta de los pies de Abigail y luego proceder a leerla.

La mirada de Abby encontró la de Mary gradualmente. Mary podía imaginarse cuántas cosas terribles pasaban por la mente de la joven, ¡cosas inimaginables y oscuras!, porque ella había tenido aquellas mismas ideas después del rapto de su hermano hacía unas semanas.

—Maldito sea —exclamó Grace, atrayendo así la atención de las otros dos jóvenes. Luego se acercó a Abby y le frotó el hombro con un gesto de infinita ternura—. No te preocupes, Abigail, lo vamos a encontrar.

La salita de estar estaba tenuemente iluminada y reinaba un ambiente cálido, pese al desafortunado descubrimiento. Azorada, el primer impulso de Mary tras leer la carta de Darkling fue acudir a la cabaña de los Treddaway, detrás los jardines de la mansión Katterblack, donde sabía que hallaría a la hermana de Andrew. El día anterior, Mary se había encontrado con Abigail en los jardines, desde entonces ella tenía conocimiento de la peligrosa misión que había emprendido Andrew para encontrar a Sam. «Y lo haría de nuevo. Mil veces más.»

Sintió un escalofrío. Hacía apenas unas noches, Andrew y ella habían

recorrido los jardines de Katterblack a mitad de la noche, para contemplar un millar de luciérnagas. Fue la misma noche que Andrew dejó el pueblo para buscar a Sam, comprendió. Mary no podía evitar aquel sentimiento de culpa, si bien jamás se habría imaginado que Andrew haría cometería una locura.

«Y lo haría de nuevo. Mil veces más —pensó dolida—. Lo está haciendo por mí.»

Mary levantó la vista y se acercó con vehemencia a Abigail y Grace.

—Darkling me quiere a mí; lo dice en la carta. Yo estoy dispuesta a entregarme...

—¡No! —la cortó Abby—. Darkling no se detendrá hasta que todos en el pueblo hayan muerto; contigo o sin ti, los planes de Darkling no serán dejar River Town después de tenerte. —Soltó una exhalación—. Además, Andrew no querría que te inmolaras por él.

—Es lo que él ha hecho por mí.

—Es diferente. Y Andrew debe tener la convicción de que eres mucho más importante para Darkling que él.

—Pero no es verdad... —Resopló impaciente y agitó las manos de una manera poco impropia. Céline se habría escandalizado—. El caso es que debemos encontrar a nuestros hermanos. Darkling quiere que me entregue a cambio de ellos, pero en la carta no dice dónde debo hacerlo.

—Probablemente sabe que puedes encontrarlo, de alguna manera. —Grace se encogió de hombros—. Habría que leer la carta pródicamente para descubrir alguna pista...

—¡Pero no hay tiempo! —increpó Abby—. ¡MI HERMANO! Andrew está en peligro, ¿quién sabe qué cosas terribles le estaría haciendo el monstruo de Mahlon West?

—¿Por dónde empezar? —inquirió Mary.

—La carta —insistió Grace.

—No. —Abigail tenía un brillo vidrioso en los ojos—. Yo sé dónde debemos empezar: en el bosque.

—¿En el bosque? —musitó Mary, absorta. La última vez que había puesto un pie en el bosque fue hace tres días, antes de los sombríos eventos con Darkling en la mansión Katterblack. En el bosque había estado a punto de morir en las garras de los lobos Ferirs. Era un lugar peligroso al que habría preferido no regresar nunca—. ¿Por qué?

—Yo sé qué hacer —afirmó Abigail, en cambio. Evitando la pregunta de Mary sin un poco de sutileza, miró a la joven Startclyde—. Grace, envía un mensaje mágico a Lloyd y a Ulises. Diles que nos reuniremos en el camino del bosque: que Andrew está en peligro y que nos necesita.

Grace asintió y se fue a un rincón de la estancia para concentrarse y murmurar el mensaje que pedía Abby.

—¿Por qué el camino del bosque? —le preguntó Mary a Abigail.

Ésta se acercó a ella y la tomó de los hombros. Le contó cómo su hermano se había hecho con la pista que lo condujese hacia el posible paradero de Sam y de Elio Blackfell. Al parecer, Loreen, la Líder de los Hijos del Bosque, estaba profundamente enamorada de Andrew. Andrew le prometió que le correspondería de nuevo si le ella concedía dicho conocimiento. Loreen, por supuesto, aceptó.

—¿Loreen? —dijo Mary, incrédula, cuando Abby hubo acabado su relato—. ¿Loreen? —repitió tontamente, con la voz más aguda de lo habitual.

—Sí. La Líder del Bosque. —Abigail asintió—. Fue ella quien entregó a Andrew a Mahlon West.

Mary no lo podía creer. Había escuchado, y por un instante creído, que Loreen era malvada y traicionera, que tenía oscuros intereses en quienes despertaban su atención. Pero, luego de su último encuentro con la líder del bosque, había pensado que tal vez los demás estuvieran equivocados y no la conocían tan bien como creían; que era buena pero incomprendida. No obstante, después de la revelación de Abigail, ya no sabía qué pensar. Quizás Richard Katterblack no le había mentado en una cosa, y eso era Loreen.

«Loreen es mi tía —pensó Mary—. La hermana de mi madre. Y el ataque de los Ferirs pudo ser más que una coincidencia.»

—¿De qué hablas, Mary? —le preguntó Abby, que la estaba viendo con las cejas en alto y los ojos enfocados.

Mary había dejado escapar el pensamiento; aún no terminaba por comprender aquello de la telequinesis y el don de la luz de los seguidores.

Abigail tenía la mirada inquieta puesta en ella.

—Sí —repuso Mary. Ya no podía ocultar la verdad—. Loreen es la hermana de mi madre; hasta hace poco no sabía que lo fuera; ella es el

único familiar de verdad que me queda... Me quedaba —se corrigió, a su pesar, y sacudió la cabeza—. Pero te lo contaré después de...

—... encontrar a nuestros hermanos, cierto —atajó Abby—. Debo buscar armas.

—Ya está listo —afirmó Grace—. Lloyd y Ulises ya van hacia el lugar indicado. —Miró a Mary y luego a Abigail—. ¿Me he perdido de algo?

—Le decía a Mary que debo buscar armas —repuso Abby—. Tal vez te pueda prestar el par de *daxarus* que tanto te fascinan.

—¡Sí! —exclamó Grace con una vocecita aguda, y cuando Abby se alejó para buscar las armas, el rostro de la muchacha se sosegó y su mirada se tornó sombría—. No lo puedo creer —dijo en voz baja, aunque Mary apenas pudo escucharla—. Al fin lo encontraré; encontraré al asesino de mi madre, y la vengaré.

—Grace —dijo Mary en voz baja.

—¿Sí? —La chica se irguió súbitamente y se volvió—. Yo no debí...

—Sé lo de tu madre —soltó Mary, intentando no sonar cortante—. Y lo lamento. Pero esta vez se trata de Andrew... —«Y mi hermano», pudo haber dicho, pero la joven no lo conocía, así que Sam debía significar poco para ella comparado con la venganza por la muerte de su madre—. Y por Abigail.

Guardaron silencio.

—¿Cómo llegó la carta a ti? —preguntó finalmente Grace.

—La encontré en mi cuarto.

—Alguien tuvo que haberla puesto allí.

—Supongo.

—Quizá fue una de las criadas.

Mary se la quedó viendo.

—No, no lo creo posible —alegó después de cavilar un instante. No podía imaginarse a ninguna de las criadas de las Katterblack siendo partícipe de los planes de Darkling.

—¿Por qué estás tan segura? —siguió Grace—. Son mitad hada; con las hadas nunca se sabe.

—Yo soy mitad hada —dijo Mary volviéndose despacio hacia la ventana—. Y mitad seguidora de la luz.

* * *

«Qué oscuro», pensó Mary, dando un paso tras otro, apoyando una mano en el hombro de Lloyd Blackfell para no tropezar con los lodazales. Nunca imaginó que retornaría a ese lugar tan pronto, no después del terrible suceso de la última vez.

El bosque estaba húmedo por la reciente diluviada. Los árboles y arbustos estaban cubiertos por el rocío de la lluvia, del cual la luna arrancaba bellos destellos que eran como pequeños luceros caídos del cielo. Había cierta belleza en el ominoso entorno, debía admitir. El suelo estaba lodoso; cada cuanto sus botas se hundían en un pozo oscuro y resbaladizo, invisible en las penumbras de la noche. Por suerte, Lloyd se había ofrecido cortésmente a hacerle de apoyo. Sin embargo, y quizás lo peor de todo, era el frío, cruel e inexorable, que los rodeaba como un manto intangible. Mary se frotó las manos enguantadas en suave algodón y luego se las llevó juntas a la boca para condensar su respiración. Lloyd se detuvo y la miró con inquietud.

—¿Estás bien? —preguntó en un murmullo.

Ella asintió.

Lloyd no pareció convencido de su vaga respuesta, pero sonrió de igual forma. Continuaron.

Lloyd Blackfell y Ulises Witheford, como se acordó, aguardaron por ellas en el camino del bosque. Habían pasado dos horas desde que Mary descubriera la carta en su habitación y acudiera a Abby; tres días y sus noches, contó, desde que Andrew desapareciera, y quizás un poco menos desde que fuera capturado por Mahlon West. Como fuese; Mary opinaba que el tiempo corría demasiado lento.

Finalmente el grupo llegó al corazón del bosque, tal como ella lo recordaba de su última visita. Una pequeña colina sin árboles coronada por un precioso árbol de sabino blanco.

Arriba, esperaba Loreen, la Líder del Bosque. Era fácil reconocerla a la distancia, pues de ella parecía proceder una especie de aurora blanca y mística. No estaba sola —y sus acompañantes tampoco suponían un misterio para Mary—: Salim el viejo fauno de mejillas fofas; Henna y Cleo, la líder del clan de centauros y su hija; y Misa, la joven sátira de rasgos infantiles y piernas corvas y velludas.

«No es mentira si se guarda en secreto, y no es secreto si este se permanece profundamente en tu corazón.» Aquellas palabras

enfundaron a Mary de rabia, que se iba acrecentando a medida que ella y el grupo ascendían la pequeña colina escoltados por el hostil centauro, Rumos.

La Líder del Bosque se aproximó a ellos con las manos abiertas y esbozando un cínico gesto de zozobra, seguida por un revuelo de tul blanco de su vestido.

—Escuché las noticias...

Se interrumpió abruptamente. Mary se adelantó unas zancadas y le cruzó la cara a Loreen con una bofetada, que le dejó una huella rojiza impresa en la mejilla.

—¡Señora! —exclamó Salim.

—¡Líder! —profirió Rumos al mismo tiempo.

—¡Mary! —soltaron Abigail, Grace y Lloyd al unísono.

Hecha una furia, Mary no pudo contenerse: la había abofeteado por haberle mentido, por haber enviado a Andrew directo hacia a la guarida de Mahlon West, y por haberle ocultado su verdadera paternidad. Mary había pensado en ello mientras iba de camino al bosque. Loreen, cuyo puesto de honor entre los Hijos del Bosque parecía conferirle cierto conocimiento de «todo», seguramente sabía aquel secreto, que prefirió guardar por alguna razón. Quizás se lo había prometido a su madre, había meditado Mary, o quizá el mismo Richard Katterblack la había amenazado para que no dijese nada. Fuera cual fuese la razón, estaba muy enojada con Loreen por el asunto de Andrew.

El bosque entero pareció paralizarse tras soltarle el bofetón a la Líder del Bosque. Esta se llevó una mano a la mejilla sonrojada; se mantuvo impávida y soltó la respiración. Al verla tan sosegada, Mary casi temió por lo que fuera a decir a continuación.

—Esta ofensa es impermissible, jovencita —se adelantó el fauno Salim—. Tal atrevimiento debe ser pagado con la mano que realizó el acto. La cortaré...

—No —prohibió Loreen. Alzó una mano. Sus ojos jades estaban puestos fijamente en Mary—. Nadie cortará nada a nadie.

—Pero, mi señora... —empezó el fauno.

Loreen se giró y le dirigió una mirada fulminante. El viejo fauno pareció encogerse.

—Puedo adivinar a qué ha venido todo esto —siguió la Líder; miró a

Mary un instante y luego a los demás que estaban a espaldas de ésta—. Veo que todos están aquí por la misma razón. Siento tanta hostilidad, furia y miedo en el aire... —Suspiró hondo—. Lamento lo que ha pasado —añadió con abatimiento, bajando la mirada—. Siento lo que le ha ocurrido al dulce Andrew. Le advertí de los peligros antes de... antes de que partiera en la búsqueda de mi pequeño sobrino. Se lo dije, lo juro por mi hermana.

—¡No metas a mi madre en esto! —estalló Mary. Avanzó un paso y alguien la cogió por la muñeca con firmeza.

—Pero es la verdad —insistió Loreen. Tenía los ojos anegados de lágrimas.

—¿Sobrino? —dijeron Salim y Misa al unísono.

Loreen se volvió hacia ellos.

—Sí. Tuve una hermana y ella tuvo dos hijos —explico. Levantó la vista y la fijó en Mary, con tanta pasión como si delante tuviera a Sylvia Cartwright, la hermana en cuestión—. Aquí está uno de ellos. —Señaló a Mary con la mano extendida; luego, la bajó—. El más pequeño fue raptado por un perverso nigromante que alguna vez ensombreció nuestro hogar: Mahlon West.

Los Hijos que estaban reunidos junto a su líder en el corazón del bosque en el momento de la llegada de Mary y su convoy ahogaron una exclamación. Lo ocurrido hace algunas semanas, durante su llegada a River Town, era bien sabido por toda la Comunidad Mágica del pueblo y sus alrededores, de modo que Mary se permitió aventurar que aquella exclamación ahogada se debía más al profundo terror que causaba el nombre de Mahlon West que a cualquier otra cosa.

—Es una larga historia —añadió Loreen al final—. Y por lo visto, el tiempo apremia.

—Si sabías dónde encontrar a Samuel Cartwright desde el principio —restalló la voz de Abigail—, ¿por qué no informaste al Gremio?

—Yo... —Loreen bajó la mirada con profunda tristeza y suspiró con un sollozo—. La Madre no lo aludió hasta que Andrew acudió a mí hace algunas noches... Tal vez notó la vehemente disposición del muchacho por encontrar a mi sobrino, que se compadeció. Y finalmente me dijo dónde debía buscar...

—¿Queremos saber dónde están nuestros hermanos?

Abigail afianzó su posición colocándose junto a Mary.

—¿Nos dirás? —preguntó el joven Witheford con voz queda, carente de la sucinta decisión de Abigail.

Loreen pestañeó y permaneció en silencio un instante.

—He enviado a Andrew hacia un pueblo cercano llamado Collin's Meadow —respondió por fin—. Allí se iba a encontrar con Magdalena, cuyo verdadero nombre es Claudine, y es de sangre hada, que es propietaria de una posada, La Última Morada, el lugar al que envié a Andrew.

—¿Quién es Claudine? —quiso saber Grace.

—Eso no lo puedo decir, o ella morirá —dijo Loreen—, y con ella, la pista que los llevará hasta el joven Andrew.

—¿Cómo pudiste? —soltó Mary.

Loreen volvió la vista hacia ella y se mantuvo inexpresiva.

—Pudiste haberme dicho la verdad desde el principio —siguió la muchacha—. Pudiste decirme quién era realmente mi padre, y preferiste quedarte callada. —Loreen intentó decir algo, pero se contuvo al notar que Mary no había terminado—. Sedujiste a Andrew, cientos de años más joven que tú. Y siempre supiste dónde podíamos encontrar a Sam... y también callaste.

Mary no pudo contenerse más y empezó a sollozar. Alguien fue hasta ella y le brindó su pecho; bastó con que le susurrara «Shhh, tranquila», al oído mientras le acariciaba el cabello, para saber de quién se trataba.

—Estarán bien —dijo Lloyd, estrechándola—. Tranquila, Mary, los encontraremos sanos y a salvo. Te lo prometo.

* * *

Cuatro horas más tarde, amanecía, y Ulises Witheford anunció que aún quedaba una hora de viaje hacia Collin's Meadow. Al parecer, era el único del grupo —además de Mary— que había visitado ese misterioso pueblo.

Mary intentó recordar los eventos durante su breve parada en aquel lugar, durante su viaje hacia River Town, en lo que parecía hacía un siglo. Entonces iba acompañada por su hermano y la señorita Green, que había insistido que no dejara el carruaje. Mary y su hermano no bajaron, claro,

pero vieron a través de la ventana. El lugar era mísero, como el pueblo fantasma de alguna historia de terror, y el aire era tan árido que azoraba las mejillas con cada soplo. ¿Qué había estado haciendo la señorita Green en ese lugar?, se había preguntado Mary cuando la mujer reapareció, ¿y por qué no los dejó bajar del coche?

La parada se había prolongado media hora, y cuando Green retornó al coche con los dos jóvenes a su cuidado, tenía las mejillas arreboladas y una mirada turbada que fue desapareciendo a medida que retomaba sus labores de costura.

—¿Qué? —musitó Mary, que había estado demasiado ensimismada para oír lo que Lloyd decía.

—Decía que si crees que mi padre podría estar en Collin's Meadow —repitió éste.

—Sí. Eso decía la carta.

Elio Blackfell, el padre de Lloyd, había desaparecido del pueblo tras el planeado incidente del baile del solsticio en la mansión Katterblack. Más tarde, y después del acontecimiento del mercado donde una escena macabra que involucraba un caballo y el cadáver de Joseph Westwick, se supo que Elio había sido raptado por Darkling durante la velada. El señor Westwick no se había salvado, pero el señor Blackfell aún tenía posibilidades de salir con vida.

«En sus últimas», fueron las palabras que manejó Darling para describir la situación del padre de Lloyd. Mary, Abigail y Grace prefirieron omitir aquel fragmento estremecedor de la carta para no sumar más tensión a la peligrosa incursión.

El cielo comenzaba a esclarecer; el negro perpetuo era hendido por tonalidades más claras del azul, mostrando amagos de nubes grises y un fino fulgor naciente en el horizonte. Amanecía, sí. Pero sentía una terrible corriente de frío calándole la piel, un murmullo etéreo que le erizaba cada vello hasta la nuca. Mary compartía la montura de Lloyd. En otras circunstancias, ella habría pensado en lo alarmante que era, estando sus cuerpos muy próximos. Pero no eran esas las circunstancias.

Ulises Witheford encabezaba la marcha, montando un pequeño alazán gris con motas pardas; Abby y Grace, lo seguían, compartiendo el lomo de *Sombra*, el enorme jamelgo negro que Abigail había acogido como propio tras la muerte de su propietario durante el intento de rapto

de Mary por parte de Mahlon West y sus subordinados. Detrás, Lloyd y Mary cerraban la marcha, sobre la montura de un castaño majestuoso que pertenecía a los establos de Blackfell.

—¿Conoces la historia que se cuenta sobre Collin's Meadow? —le dijo Lloyd a Mary.

Ella negó con la cabeza.

—Dicen que está maldita —comentó Lloyd—. Ha pasado por años duros. Su población mengua a causa de una peste que cegó centenares de vidas... —Hizo una pausa y sus hombros se tensaron. El silencio se prolongó un instante—. Ahora que lo recuerdo, hay una historia sobre tu familia, los Cartwright, que está ligada a ese lugar.

Cartwright. Aquel nombre ya no era el suyo. ¿Quién era entonces? Recordó su discusión con Céline durante la cena de la otra noche, y sí, aunque habían arreglado sus diferencias esa tarde, Mary aún pensaba en sus palabras con profundo dolor. Su hogar, su familia... todo se había caído en pedazos cuando Céline reveló la verdad. Jamás lo olvidaría. «Hornwood —pensó Mary, estremecida, mientras Lloyd le contaba los detalles del trágico incendio que arrasó con la fábrica de botones de los Cartwright—. ¿Esa soy yo ahora? ¿De verdad? —Aspiró hondo—. ¿Mary Hornwood?»

El nuevo nombre le resultaba raro, desconocido, a sus propios oídos.

El paisaje se abría ante ellos en una inmensidad que parecía infinita y vacía; el camino de tierra serpenteaba por tenues laderas, como las caderas de una mujer, a través de un vasto campo abierto cubierto por un manto verduzco muy hermoso y brillante pese al penumbroso ambiente. El amanecer iba a la par con los sentimientos de los que atravesaban el amplio paisaje en una hilera: si bien las tenues tonalidades prometían una magnífica mañana, imperaban aún el frío aire madrugador y un albor opaco que calaban hasta los huesos.

—Y hay historias sobre Mahlon West, ¡maldito sea! —decía Lloyd cuando Mary volvió en sí. Al parecer, todo sobre el sombrío enigma de Collin's Meadow había terminado—. ¿Oíste lo que pasó a la madre de Grace? —inquirió en tono muy bajo.

—Sí. —Mary se estremeció—. Mahlon la asesinó y ella le dejó una horrible cicatriz antes de morir. —Aún recordaba el siniestro brillo del único ojo del nigromante que raptó a su hermano—. Su nombre era

Margot Treddaway.

—Dicen que West estaba enamorado de ella —comentó Lloyd por debajo. Echó un vistazo hacia adelante, donde Grace y Abigail. La chica Startclyde parecía adormilada, con la cabeza ligeramente recostada en el omóplato de Abby, quien llevaba las riendas de *Sombra*—. Entonces Margot era joven y preciosa, con los bellos rasgos dorados y azules de los Treddaway. Y se cuentan historias aún más macabras sobre Mahlon West, y sobre sus aprendices.

—¿Sus aprendices? —Mary frunció el ceño.

Lloyd sonrió. Era imposible que hubiera visto la expresión de la joven, pero seguro notó una leve tensión en los brazos con los que ella le rodeaba el abdomen.

—El peor de todos se llama Spyder —afirmó Lloyd en tono sombrío—. Y tiene un hermano, que lo sigue en crueldad. Vástagos de Yllian Spicer, uno de los nigromantes más temibles que haya pisado las tierras de este país.

«Spicer.» Mary repitió el nombre para sus adentros con un poco de aprensión. Había escuchado ese nombre antes, en alguna parte, aunque no lograba recordar dónde.

—¿Y qué pasó con él? —preguntó Mary.

Lloyd se irguió y guardó silencio un brevísimo instante.

—¿A quién te refieres?

—Yllian Spicer.

—Fue asesinado por los sirvientes de Mormont. ¿Sabes quiénes son los Mormont?

—Por supuesto.

Lo dijo con la misma seguridad que una experta en historia y linajes de los Seguidores de la Luz. Había escuchado cosas atroces sobre los Mormont, que posiblemente fuera el clan nigromante más poderoso (y peligroso) de la Comunidad Mágica. Según la Enciclopedia, fue un Mormont el que masacró a cientos de sus pares seguidores de la luz y empezó así la guerra del eclipse rojo, hace casi cien años.

—¿Y Mahlon West de dónde viene?

Mary apreció que la curvatura de la espalda de Lloyd se tensaba por un momento; luego, que se estremecía.

—¿Estás bien?

—Sí. —La voz de Lloyd estaba crecida de acritud—. Mahlon West viene de la nada y a la nada regresará.

—¿Vas a matarlo?

—Voy a salvar a mi padre. Y si ese nigromante se interpone en mi camino, no lo dudaré.

Una tenue luminiscencia destelló en las alturas acompañada por un siseo estridente. Mary se sobresaltó y ahogó un respingo cubriéndose la boca a tiempo. Alzó la vista y las pestañas se le anegaron de un ligero rocío, la proclama de una llovizna. Se caló la capucha y, mientras descansaba la cabeza en el hombro de Lloyd Blackfell, se preguntó si ella lo dudaría.

* * *

Finalmente. Collin's Meadow. El lugar continuaba tan inerme y abandonado como Mary escasamente lo recordaba. Si bien en sus tiempos no había sido gran cosa como pueblo, luego de la peste solo quedó lo que el grupo estaba contemplando en ese momento: una calavera apenas existente de lo que nunca llegó a ser.

Llovía tenuemente. El pueblo pobremente reunía un montón de casas de dos plantas y al menos una docena de edificios derruidos que difícilmente se mantenían en pie. El aire sobrecogedor, como la ausencia de habitantes, era fantasmagórico. Mary compartió una mirada llena de zozobra con sus compañeros. Escucharon un corretear al final de la calle principal, lo que atrajo súbitamente la atención de todos. Grace desenfundó una de las *daxarus* a una velocidad impresionante.

—Solo son niños —los calmó Ulises Witheford.

Tenía razón. Era un grupillo de niños que no superaban los nueve años; algunos escasamente tenían piel sobre los huesos y color en las mejillas; desnutridos y pálidos por el frío, la imagen que conferían era deprimente. Mary sintió que le faltaba el aire. De un salto, bajó de la montura que compartía con Lloyd Blackfell e hizo ademán de avanzar hacia los niños que jugaban con palos al final de la calle. Su hermano podía estar entre ellos.

—¡Mary! —oyó decir a Abigail desde atrás.

—¿Adónde va? —masculló Grace.

«Sam», pensó Mary, y una mano se cerró en su muñeca y le impidió la marcha.

—Tu hermano no está allí —dijo Ulises en tono suave cuando ella se volvió para mirarlo—. Son huérfanos de la peste.

Mary suspiró hondo y se mantuvo quieta, alternando la mirada con sus compañeros: Abby había bajado de la montura, Grace también, y además había enfundado su arma; Lloyd seguía sobre su castaño con la vista turbada puesta en ella. Otro suspiro y se volvió hacia el grupo de niños.

Estos no habían parado sus juegos, aunque algunos veían muy quietos hacia donde estaban Mary y sus compañeros. La joven todavía guardaba esperanzas de hallar a su hermano. No obstante, ninguno de aquellos niños tenía el rostro de Samuel. Qué estúpida, pensó ella con un golpe de abatimiento que le dobló las rodillas y cayó al suelo de tierra. Desde luego que Sam no estaba allí, Mahlon West lo tenía en algún lugar oscuro y frío... Y Andrew...

«Debo ser fuerte —dijo para sus adentros al tiempo que se enjuagaba los ojos con el dorso de la mano—. Sam y Andrew me necesitan.»

Unas manos la abrigaron por la espalda. Mary se sobresaltó, solo un poco, hasta que se dio cuenta que se trataba de Abigail.

—¿Estás bien? —le preguntó suavemente a Mary.

—Sí. —Se puso en pie y se sacudió la tierra de la falda. Había dejado de llover—. Debemos encontrar la posada.

Abby sonrió.

—No creo que eso suponga un problema —dijo. Y señaló con un dedo más allá de Mary.

Mary se volvió y miró. «LA ÚLTIMA MORADA», rezaba el cartel de madera, mecido por los embates del viento. El edificio del que pendía era chato y cuadrado, con una fachada descolorida donde imperaba el óxido y el polvo. Quizás era la estructura menos escalofriante del lugar, a simple vista. Aunque nadie podía asegurar lo que había allí dentro. Mary compartió una brevísima mirada con sus compañeros antes de avanzar con vehemencia hacia La Última Morada.

Una vez dentro, Mary sintió que se le erizaba la piel. La iluminación era exigua rayana en lo oscuro absoluto; las ventanas estaban cubiertas por pesadas cortinas, y el abandono se percibía en el aroma que pululaba

la sala principal: un almizcle seco y penetrante, una fétida mezcolanza entre el vómito rancio y el olor a cigarrillo. En efecto, era un lugar aciago y deprimente como todo, al parecer, en aquel pueblo.

—¿Qué más se puede esperar de un sitio en medio de la nada y a esta hora de la madrugada? —incredó Lloyd contemplando todo con un gesto de absoluto desagrado. Seguramente había olido el vómito rancio.

—¿No hay nadie? —inquirió Ulises a nadie en concreto.

Pero alguien respondió. La voz vino de entre las sombras, en un extremo de la barra donde yacía el que parecía ser el único cliente de la taberna.

—¿Qué hacen aquí?

La mujer emergió, con una expresión en el rostro que emulaba el tono agrio de su voz.

Mary había ahogado un sobresalto al momento de la inesperada irrupción. Se fijó en el resto de sus compañeros antes de que Abigail se adelantara hacia la barra; la mujer que estaba tras el largo y polvoriento mesón era muy alta y repolluda, con una papada robusta y tambaleante como una cortina de piel. Sus ojos eran negros... al menos esa era la impresión que daba desde la distancia.

—¿Tú eres Claudine? —le preguntó Abigail con firmeza.

—¿Quién pregunta?

—Abigail Treddaway. Y busco a mi hermano.

Grace se adelantó y se plantó como un tronco junto a la otra joven.

—Ella no hace las preguntas, Abigail —espetó. Desde ese ángulo, Mary no alcanzaba a ver la cara de la chica Startclyde, pero se podía imaginar aquellos fieros rasgos taladrando el rostro de la posadera—. ¿Eres Claudine? Loreen nos ha enviado contigo.

La mujer se inclinó hacia adelante y colocó las manos sobre la barra; con el ceño fruncido, estudió a cada uno de los desconocidos. Lloyd primero, luego Ulises, y después Mary, donde la mirada se demoró un poco más pero se mantuvo impasible. Finalmente, observó a Grace y a Abigail, a quien dedicó una reluciente sonrisa.

—Tu hermano, sí —respondió—. Se parecen mucho, ahora que reparo en ese rostro tan bello que tienes, muchacha. —Profirió una risita escalofriante; la papaba osciló—. El joven Treddaway estuvo aquí hace cuatro días. La Líder del Bosque se está cobrando al doble el favor que

me hizo, y no es justo.

—¿Adónde lo enviaste? —preguntó Abigail. La voz le salió más trémula de lo habitual.

—No muy lejos.

—¿Dónde?!

Si el exabrupto de Abby sorprendió a Claudine, ésta no dio muestra alguna. Igualmente respondió:

—Las ruinas de la fábrica Cartwright —Se encogió de hombros con descaro—. El joven y guapo caballero quería encontrar a un niño llamado Samuel Cartwright. No sé quién es.

«Es mi hermano», se contuvo de decir Mary con las palabras en la punta de la lengua. Tragó aire.

—¿Por qué lo enviaste a ese lugar? —intervino Lloyd, acercándose a las dos jóvenes—. ¿Allí está Samuel Cartwright?

Mary se acercó más y logró a ver mejor los rasgos de Claudine, apenas pudo dominar la sorpresa cuando advirtió enormes ojos jades en las sombras. Claudine sonrió en su dirección, como si acabase de notar la fijeza de la muchacha.

—¡Tú! —exclamó la posadera. Le brillaban los ojos—. Eres una de nosotros.

—¿Te refieres a un ser haduno? —repuso Grace con acritud—. Sí, eso ya lo sabemos. ¿Andrew y Samuel siguen en las ruinas de la fábrica Cartwright?

Claudine tornó los ojos.

—No —increpó—. El nigromante se los ha llevado hacía dos días. Hizo una parada aquí.

—¿Mi hermano estaba con él? ¿Qué hay de Samuel? —Abby se adelantó, acelerada, excitada por la posibilidad.

—¡Ah! Ya estoy harta de preguntas —Claudine golpeó la mesa y balbució una sarta de maldiciones en el idioma perdido de las hadas; sus lecciones con la señorita Atwood ayudaron a Mary a comprender cada una de ellas—. Váyanse ya, o van a despertar al pobre Angus —dijo, y señaló al hombre que dormitaba sobre la barra con una botella de ron ante el rostro aplastado.

—No nos iremos —gruñó Grace mientras sacaba las *daxarus*— hasta que hayas respondido todas nuestras preguntas.

—No responderé nada más —interpeló la posadera con aire despreocupado—. ¿Qué harán al respecto?

Grace avanzó unos pasos con disposición, pero se detuvo al oír su nombre en una voz estrangulada.

—Grace —murmuró Ulises.

Cuando todos se volvieron, hallaron al joven Witheford entre los formidables brazos de un hombretón que amenazaba con quebrarle el cuello. Ulises se había mantenido más atrás que el resto y también más silencioso, y era evidente por qué; tal vez el resto no había notado la presencia de aquel hombre. Un pálido reluciente y fantasmal había calado rápidamente el rostro del muchacho, y su expresión era de auténtico terror. El corpulento que lo apresaba era el hombre más formidable que Mary hubiese visto en su vida, tanto que Ulises parecía un niño de siete años entre sus brazos.

El corazón de Mary empezó a latir con rapidez. Oyó una risita agria desde la barra y se volvió, para advertir que el resto también se giraba hacia Claudine.

—Les presento a Brutus —dijo, e hizo un gesto con la mano hacia el hombre que retenía a Ulises—. Y a Moray. —Señaló hacia la oscura esquina de la que había salido; un hombretón, tan corpulento y calvo como el primero, emergió de la penumbra—. Son mis hijos. Mis dulces y queridos hijos. Tienen una oportunidad para marcharse. —Se encogió de hombros—. Si quieren vayan a las ruinas de Cartwright o regresen a casa, les estoy dando una única oportunidad (irrepetible, os advierto) de marcharse de una vez de mi posada.

Su mirada se oscureció.

Mary aspiró hondo y le sostuvo la mirada, dado que la mujer la veía intensamente. Se preguntó qué había querido decir con era una de ellas. Las *daxarus* de Grace, desenfundadas, relucían en la oscuridad emitiendo siseos bajísimos que no parecía intimidar a la posadera, así como la joven no se intimidaba de la presencia de aquellas moles que Claudine había presentado como sus hijos.

El aire se había impregnado de una tensión tan punzante que se podía cortar con un suspiro. Mary temía tanto a lo que fuera a hacer Claudine como a lo que fuese a pasar con Ulises en consecuencia de los vigorosos impulsos de Grace Startclyde.

—Está bien —dijo por fin Lloyd. Se había mantenido silencioso y parecía conservar la misma serenidad de siempre. Lanzando una mirada aplacadora a Grace y a Abby, hizo un gesto conciliador con las manos—. Nos iremos.

—¿Qué dices? —estalló Grace.

—Sí. —Suspiró profundo—. Si mi padre y sus hermanos siguen en las ruinas de la fábrica, debemos acudir de inmediato. No hay tiempo que perder —añadió apremiante.

—¿Sus... hermanos?

La voz vino de la barra, donde Claudine tenía una expresión de intensa consternación en el rostro. Entonces su mirada se cruzó nuevamente con la de Mary. Claro, la mujer hada no sabía que Samuel Cartwright, el niño que había estado buscando Andrew, era en realidad su hermano; nadie lo había mencionado.

Aumentó la tensión. Algo extraño había cambiado en la postura de aquella mujer hada, percibió Mary.

—¡Brutus —ordenó finalmente Claudine—, Moray, asesínalos a todos! ¡Asesínalos!

De pronto, antes de que cualquiera hubiese hecho algún movimiento, se oyó que una puerta se abría. La sombra de una pequeña persona cruzó el lado contrario de la barra corriendo hacia Claudine, a quien abrazó fervientemente. La mujer hada abrió los ojos de hito a hito, albergando una expresión de intenso espanto. Las armas de Grace destellaron. El ambiente se tornó asfixiante. Mary apenas pudo contenerse cuando aquel jovencito encumbró sus enormes ojos color jade hacia el grupo de desconocidos que se hallaba en la estancia.

—¿Mary? —dijo con voz aguda y apartándose del resguardo de Claudine.

—¿Lo conoces? —le preguntó Lloyd a Mary.

—Es Samuel —afirmó ella. Avanzó un paso y otro, extendiendo los brazos—. Mi hermano.

Capítulo 3
YACER EN LA OSCURIDAD

Era una mañana gélida, pero encantadora, con un cielo amplio y brillante que dimitía un claro haz de luz a través de la ventana. Podía ver despejadamente cada espacio de su habitación gracias a la luminosidad matutina. Suspiró hondo. Con todo, Philip se había despertado muy descansado, tiritando por el frío matinal y oyendo el sosegado repiquetear de las gotas de lluvia contra el cristal de la ventana.

Se frotó los ojos con los puños cerrados y se levantó con otra exhalación. Sus pies desnudos palparon el piso, tan frío como un iceberg. Se estremeció.

Alguien tocó la puerta: un par de golpes que agitaron tanto la tersa madera como una cortina de la ventana.

—Philip —dijo una voz al otro lado—. ¿Estás despierto?

—¿Qué ocurre? —replicó bruscamente.

—Alguien viene.

Philip se calzó, cruzó hacia la puerta, dando largas y decididas zancadas, y abrió.

—¿Quién? —preguntó a Horace.

Christian Sawyer, el jefe de oficiales del pueblo, era un hombre de mediana estatura y próximo a cumplir el medio siglo; aunque su aspecto era adusto, a veces imponente, era agradable al trato y fácil para las sonrisas atentas. Además, tenía una de las mejores barbas de todo River Town: poblada, pero bien cortada, de un tono bermejón oscuro salpicado de hebras grises. Cuando Philip abrió la puerta, el oficial estaba sereno, rociado levemente por la llovizna, y esbozó una de sus atentas sonrisas.

—Oficial —saludó Philip. Luego se hizo a un lado para que Sawyer entrara, refugiándolo así del frío de la mañana, aunque Phil no creía que su hogar, actualmente, albergara calidez alguna. Cerró la puerta y lo guio

hasta la salita de estar, donde aguardaba Horace de pie junto al largo sofá.

Phil no sabría decir qué le parecía más extraño: si la repentina visita del oficial Sawyer al lóbrego hogar Holbrooke, o la presencia de aquel hombre ermitaño. De una forma u otra, sabía que estaba por descubrirlo.

El oficial compartió una mirada patidifusa con Philip, como preguntándose si el hombre en la sala era quién creía que era. El joven asintió, soltando los hombros, y le hizo una seña al oficial hacia los muebles. Se sentaron. En la sala no había hoguera, de modo que mientras Phil recibía a Sawyer en la puerta, Horace se había adelantado a la estancia y encendido las lámparas de gas para armonizar el espacio.

El silencio se prolongó. Al parecer, la presencia de Horace (que era bastante extraña) no solo incomodaba a Phil. Este se aclaró la garganta.

—Dígame, oficial, ¿qué lo ha traído aquí? —preguntó.

Cuando Sawyer, por lo visto, cayó en la cuenta de su estado de mutismo, parpadeó como despertando de un sueño y clavó sus pequeños ojos castaño claros en el joven. Y sin más, narró los sombríos hechos que lo habían llevado a visitar a los Holbrookes esa mañana.

—¿De verdad? —repuso Philip, pasmado por los detalles más escabrosos del relato, cuando el oficial hubo terminado de hablar. No pudo evitar proyectar una mirada fugaz a Horace, que estaba sentado a su lado, aparentemente tranquilo.

—Sí —alegó Christian Sawyer—. Fueron hallados esta mañana en la celda de Kenneth Hornwood. Creemos que Kenneth y la hija de Stephen Reedstter tenían un amorío, aunque Stephen lo niega férreamente. Caroline tenía marcas en el cuello, la causa de su muerte. Ken tenía el cuello roto además de la muñeca. —Bajó la mirada, meditabundo—. Hay quien asegura haber visto a Caroline y a su hermano Ian en la taberna de Hornwood días antes de lo ocurrido en la mansión Katterblack.

—¿Creen que haya sido Darkling? —quiso saber Philip.

—Posiblemente —confesó Sawyer—. Pero ¿por qué querría Darkling asesinar a su forma corpórea?

Tenía razón. ¿Por qué?

Philip no había pensado en el relato de la maldición de los Hornwood hasta ese momento. Se estremeció.

—Tal vez halló uno nuevo —intervino Horace. Era la primera vez que

hablaba desde que el oficial Sawyer entrara a la salita de estar de la casa Holbrooke. Philip se fijó en la postura de su tío: rígida como una tabla—. Un nuevo cuerpo, quiero decir —añadió, aclarándose la garganta.

Sawyer encumbró una ceja.

—Philip me contó sobre la confesión de Kenneth Hornwood —se apresuró a decir Horace. Fluctuó una risita y siguió—: Podré estar encerrado día y noche, oficial, pero estoy enterado de los últimos acontecimientos en el pueblo gracias a mi sobrino.

Sawyer dirigió una mirada inquisitiva a Philip, que asintió con mucha vehemencia. Sin embargo, el joven apenas pudo disimular su estupefacción: en absoluto le había contado nada a Horace de lo sucedido el día anterior.

El día anterior, al llegar a casa después de la reunión del salón de los Viejos Conjuros y haber escuchado la turbadora confesión de Kenneth, Phil apenas había podido mantenerse en pie. Es más, estuvo cerca de resbalar en las escaleras intentando a llegar a su habitación. Si hubiera confrontado a Horace esa misma noche, habría perdido el enfrentamiento. Y aún seguía guardando silencio. ¿Por qué? Podía aprovechar la presencia del oficial Sawyer, quien, además, era miembro activo del Gremio de River Town. Podía desenmascarar Horace, allí y en ese momento, con eso pondría fin a muchos misterios sobre Darkling y el secreto que aquel hombre ermitaño guardaba en el ático.

No obstante, Phil era consciente de que una fuerza inexplicable lo detenía. La noche que Wallace, el cuidador del cementerio, hizo una visita nocturna a la casa Holbrooke, y Philip lo descubriera, Horace le había pedido, en nombre de su madre, que confiara en él y que no dijera nada sobre la visita del sepulturero y su macabra entrega. «Porque anhelo que hayas heredado al menos eso de tu madre.»

Philip reprimió otra mirada a su tío y puso su entera atención en mantenerse ecuánime. Kenneth había muerto, sí; jamás fueron los mejores amigos, pero había sido un buen joven. Y Caroline Reedster no era muy agradable, pero no merecía morir. «Además —se preguntó Phil para sus adentros—, ¿cómo sabía Horace de la confesión de Kenneth?

Eso significaba una cosa: si Darkling estaba vivo, después de todo, había visitado a Horace no hacía mucho.

—¿Dónde estuviste anoche, Philip? —preguntó Sawyer.

Phil parpadeó.

—¿Qué?

—Anoche, ¿fuiste algún lugar después de la reunión en el salón de los Viejos Conjuros?

Hubo un instante de silencio. Horace lo rompió.

—¿Piensa que mi sobrino tiene algo que ver con la muertes? —restalló.

—No —se apresuró a decir Sawyer. Y cuadró los hombros, notablemente tenso; su mirada se alternaba gradualmente entre el joven y su tío—. No quise decir... bueno... lo que trataba de decir es que...

—Estuvo aquí —manifestó Horace—. Toda la noche. Me contó la historia lo que narró el joven Hornwood. Luego cada quien se fue a su habitación... Bueno, yo me fui al ático. Philip no tiene nada que ver con ese Darkling.

La seguridad en su voz hizo estremecer a Philip.

—Philip, ¿recuerdas lo que pasó aquella noche en la mansión Katterblack? —Se refería al momento que entraron al estudio, en medio de aquella nube de humo fantasmal con la amarga risa de un hombre desvaneciéndose en torbellinos. Phil asintió—. Tal vez Horace tenga razón, y Darkling halló un nuevo cuerpo, en alguno de los que estuvimos presentes aquella noche.

—¿Quieres decir que se transfirió la maldición?

Philip se frotó las manos; las tenía heladas.

—Exactamente. —El oficial Sawyer suspiró profundo. Parecía incómodo—. Antes he visitado a otros testigos, pero empecé con alguien que no estuvo esa noche: el joven Clayton Hornwood, hermano menor de Kenneth. Si el relato de Kenneth es enteramente cierto, entonces al morir, la maldición pasa al siguiente varón de la familia. Pero la señora Hornwood asegura que Clayton estuvo toda la noche atendiendo la taberna, y además hay testigos que pueden confirmarlo.

—Y si la maldición no se transfirió a Clayton —caviló Phil—, quiere decir que... —No pudo más, las palabras se amontonaron en su garganta hasta el punto de enmudecerlo por completo. Su corazón latía tronante bajo la febril capa de piel y huesos de su pecho.

Kenneth Hornwood había sido confinado a una celda tras los acontecimientos en la mansión Katterblack, en parte para instar al joven

a decir la verdad, en parte para evitar que aquella extraña manifestación dañase a alguien más en el pueblo. Pero Darkling nunca apareció. Ni el menor avistamiento. Se sabía que la única manera de revocar una maldición era asesinando al que la había impuesto, o haciendo que este la revirtiera, por propia voluntad o a la fuerza si era necesario.

Ambas cosas eran imposibles. La banshee que había maldecido a los Hornwood hace casi cien años, había sido asesinada por Frank Hornwood. Y su muerte no supuso el fin de la maldición, por lo visto. Eso quería decir una cosa: había un ancla de la banshee muerta en algún lugar que mantenía vigentes las palabras que dieron vida a Darkling.

Sawyer se levantó, tenso, pero conforme. Quizás la expresión de deliberación de Philip lo liberó de las sospechas del Gremio.

—Lamento haberlos molestado —se disculpó el oficial—. Stephen está destrozado por la muerte de su hija, y ha exigido que sea el inquisidor de la investigación de su muerte. —Se encogió de hombros con lánguida soltura—. No pude negarme.

Philip se puso en pie también.

—¿Qué hay del señor Katterblack? —dijo sin pensar. Quizás se trataba del padre de Elise; pero era el sospechoso más directo, después del joven Clayton, a ser poseído por aquel ente—. Fue él quien apuñaló a Darkling —añadió, turbado.

—Lo sé —afirmó desganadamente el oficial—. Ahora mismo visitaré la mansión Katterblack. Richard y su hija estuvieron en el estudio cuando Darkling desapareció. Y como dices, fue Richard quien empuñó el arma que acabó con Darkling.

Philip acompañó a Sawyer hasta la puerta. El hombre la cruzó hacia el exterior y se volvió hacia Philip. El cielo había esclarecido y ya no estaba lloviendo, observó el muchacho antes de centrar su atención en el oficial.

—Sólo son sospechas, Philip —afirmó. Y le puso una mano en el hombro—. Ni siquiera tenemos la certeza de que Darkling siga con vida.

* * *

Odiaba los días lluviosos. Hacía mucho frío y el cabello de Céline adquiría el aspecto de un nido de pájaros, como si aquellos pobres animalitos hubieran sido ahuyentados por una fuerte e inminente precipitación.

—Más fuerte —ordenó.

Olee, mordiéndose el labio inferior, franqueó con brusquedad el cepillo por la intrincada cabellera. Céline gritó.

—¡No, no! —dijo. Le arrebató el cepillo a la regordeta criada con un ademán brusco y le mostró cómo hacerlo con delicadeza, tomando la hebra desde la parte superior y peinando hacia abajo, desde la altura del agarre, con la mano siempre firme, inmóvil—. ¿Ves? Así.

Olee asintió, alegre e inmutable, y cogió el cepillo que Céline le tendía de vuelta. Siguiendo los pasos de su ama, peinó la cabellera tal y como se lo había solicitado. Céline descansó la espalda contra el respaldo de la silla frente a la peinadora, siguiendo el diligente trabajo de la criada con la mirada distraída. «Debería escribirle a Rolan, sí —deliberaba—, y podríamos vernos esta noche. Aunque padre...»

Su padre se había estado comportando extraño últimamente; apenas abandonaba su lecho, la comida entraba y salía casi intacta de su alcoba, y su aspecto era demacrado rayano en lo enfermizo. Y todo empezó aquella terrible noche que Darkling irrumpió en la mansión.

—¿Qué dijo, señorita? —preguntó Olee.

Quizás había murmurado alguna idea en voz alta. A veces lo hacía.

—Nada, Olee —dijo desganadamente—. ¿Sabes si mi padre ha despertado?

—No sé, señorita. —Se encogió de hombros, deteniendo su faena por un brevísimo instante—. Sutr es quien lleva el desayuno al señor, le preguntaré si lo desea.

—No. ¿Sabes a qué hora regresó mi padre anoche?

El día anterior, el Gremio se había reunido en el salón de los Viejos Conjuros para escuchar la confesión de Kenneth Hornwood, algo que causaba especial curiosidad en Céline. Se estremecía cada vez que traía al recuerdo aquella noche. Aún podía ver el rostro de Kenneth cambiando antes de atravesar la puerta.

—Medianoche, señorita —repuso Olee. Miró a Céline a través del reflejo del espejo que tenían en frente y sonrió; luego rodeó a la muchacha y dejó el cepillo sobre la mesa de la peinadora—. Sutr y yo estuvimos aguardando por él hasta muy tarde, señorita, pero el señor llegó apresurado; cruzó velozmente el recibidor y subió las escaleras sin que Sutr y yo pudiéramos verle el rostro. Por un momento pensé que se

trataba de aquel hombre...

—¿Te refieres a...? —preguntó Céline a medias. No podía decir el nombre.

Y no fue necesario. Olee asintió.

—Sutr y yo subimos a su habitación y tocamos, señorita —siguió la rolliza criada. Hasta entonces Céline no había percibido la inexistencia de su permanente sonrisa—. El señor contestó; era su voz; dijo que estaba muy cansado, y eso fue todo.

Céline se quedó pensativa. «Así que a medianoche. ¿Dónde habrá estado?»

—El señor está muy triste por la partida de la señora Alice —afirmó Olee.

En efecto; la señora Katterblack había partido temporalmente después que —por culpa de Céline— se revelara abruptamente la verdadera paternidad de Mary, un secreto que durante años había ocultado celosamente su esposo.

—A quien sí vi fue a la señorita Mary —soltó Olee.

Céline frunció el ceño.

—¿Mary?

—Sí, salió de la casa pocas horas antes, como alma que lleva el diablo.

—Pero ¿adónde iba?

—Tal vez con el señorito Andrew —dijo Olee, que era buena para el cotilleo, y sus mejillas regordetas se tiñeron rojas como manzanas. Entrando en detalles, le contó a Céline que ya un par de veces había visto a Andrew visitando la alcoba de Mary entrada la noche—. Creo que tienen un romance —agregó, profiriendo un suspiro risueño.

¿Mary y Andrew? ¿Quién se lo habría imaginado? En otras circunstancias se habría reído.

—¿Sabes si está en su habitación?

—No, señorita. Creo que su prima ha pasado la noche en la cabaña de los señoritos Treddaway.

—Ya veo.

Céline apenas daba créditos a las palabras de la criada. Si bien había notado un extraño comportamiento entre Andrew y Mary, Céline habría apostado todo a que su prima había acabado enamorada de Philip. Debía admitir que se sentía aliviada porque no fuese así, pues su hermana

llevaba años enamorada de Phil y ella había planeado, indiscriminadamente, acabar con las esperanzas de Elise.

Por otro lado, la horrorizaba pensar que Mary fuera capaz de enredarse con alguien como Andrew Treddaway. Sí, era guapo, el más guapo del pueblo, claro está (después de Rolan Falahee), pero era rústico y poco caballeroso, y carecía de la clase que tenía su Rolan...

Tocaron la puerta.

—Entra —dijo Céline.

Se levantó del banco de la peinadora y se volvió hacia la puerta al tiempo que esta se abría lentamente. Qué suerte que Olee había hecho un buen trabajo con su cabello.

—Señorita, abajo aguardan su hermana y su padre —informó la criada personal de Elise, Tara, que asomaba su cabeza por la abertura—. El oficial Sawyer también espera. Y parece que trae terribles noticias.

* * *

Horace no estaba en la salita de estar cuando Philip regresó. No obstante, oyó un golpeteo metálico que procedía de la cocina, de modo que se dirigió al lugar.

—¿Qué haces? —preguntó fríamente.

—Quiero un poco de té. Debimos ofrecerle un poco al oficial Sawyer, ¿no crees?

—¿Importa?

Horace, que había estado girando la palangana para llenar un recipiente con agua, se detuvo y lo miró con estupor.

—¡Philip Holbrooke! —exclamó alarmado—. No pensé que fueras tan desconsiderado, y mucho menos, poco cortés. Sawyer se tomó la molestia de venir aquí a informarnos de las buenas nuevas...

—¿Buenas? —Era el turno de Philip de alarmarse—. El oficial Sawyer vino a averiguarme por qué dos jóvenes fueron asesinados atrozmente. Y uno de ellos, te aviso, era mi amigo. ¿Qué tiene eso de bueno?

Horace se mantuvo quieto un largo instante, como una estatua; luego, se encogió de hombros con soltura.

—No sé —dijo displicente. Y continuó su labor: puso a hervir el agua y luego empezó a moler las hierbas para el bálsamo con un enorme

mortero de hierro que bien podría usarse para neutralizar a un enemigo con un cachazo en la sien—. Supongo que el pueblo estará a salvo sin la presencia de ese muchacho endemoniado, y todavía más, de la joven Reedstter.

—¿Qué quieres decir?

Philip cruzó los brazos ante el pecho y alzó una ceja, bajo el umbral de la puerta. Era ése el momento correcto para sacarle la verdad a Horace.

—La joven Reedstter... estoy seguro de que heredó la índole sombría de los de su estirpe. Su padre tampoco es buen hombre, lo recuerdo bien. Y ya sabes lo que dicen de Liam Reedstter, que incendió la fábrica de los...

—No —lo interrumpió Philip. Horace no había detenido su faena de machacar, pero se lo notaba más tenso—. ¿Me refiero a lo de «muchacho endemoniado»? ¿Cómo sabes qué dijo Kenneth ayer en la reunión con el Gremio? —Alzó los hombros—. Y aún más curioso, ¿quién te lo dijo?

Horace golpeó duramente la mesa con el mortero; el trueno habría sobresaltado a Philip, si este no lo hubiese esperado. Pero sabía, mediante la tensa postura de su tío, que él acabaría explotando de un momento a otro. El pecho de Horace subía y bajaba en respiraciones violentas.

—Ahora soy yo a quien están averiguando —dijo con la vista en la mesa; su voz no tenía matiz de furia o nerviosismo, y cuando levantó la mirada su expresión era tan estoica como siempre—. ¿Qué tratas de decirme, Philip? —inquirió con mucha sequedad, y se irguió.

—Tú trabajas para Darkling —soltó sin preámbulos. No era una pregunta, pues ya había reflexionado sobre todas las posibilidades mientras volvía a casa la noche anterior. Tras un hondo suspiro, continuó—: Ya lo sé, Horace. Sé lo que estás haciendo realmente en el ático, además de habitarlo, claro está. Intentas hacer un cuerpo para Darkling. Un cuerpo propio.

—Darkling está muerto —replicó Horace mecánicamente.

—¿En serio? —Philip avanzó un par de pasos hacia el centro de la cocina—. ¿Cómo sabes lo que Kenneth Hornwood reveló ayer en la reunión? —reiteró la pregunta anterior. Y agregó una más—: Fue Darkling, ¿verdad?

La sombra de la duda cruzó por un momento los grandes ojos

castaños de Horace.

—No —dijo finalmente, con una firmeza que no daba lugar a dudas.

Philip apenas pudo esconder su sorpresa. ¿Por qué seguía ocultándolo?

—No fue Darkling, Philip —ratificó Horace.

—Entonces ¿cómo?

Se miraron largamente.

—Esta casa guarda muchos secretos —fue la respuesta que recibió el muchacho.

Ya se oía el burbujeo del agua en ebullición.

Se oyeron pasos. De inmediato Phil se acordó de sus hermanos. Y aún no había preparado el desayuno.

Lucas entró al primero, arrastrando los pies descalzos por el piso de madera y frotándose los ojos con los puños. Había crecido notablemente los últimos días, quizás por los entrenamientos con el orador Greystar. El pequeño Sam ya no era tan pequeño, estaba casi a la altura de Jason, y unos sesenta centímetros por debajo de Philip.

Jason entró luego.

Si alguno de sus hermanos notó el tenso ambiente que reinaba en la estancia, ninguno dio muestra de ello. Se sentaron en la mesa circular de la esquina, esperando.

—¿Qué se supone que voy a comer? —espetó al descubrir que su hermano no había preparado el desayuno—. ¿Y qué es eso?

—Té —respondió Horace con naturalidad. Lo había preparado a una velocidad impresionante mientras los recién llegados se instalaban en la estancia—. ¿Quieres un poco?

—¡Puaj!

—Oh, no, muchacho, está bastante bueno —aseguró Horace; aunque aún estaba soplando la humeante superficie de su taza.

—Como sea —dijo Jason, haciendo un ademán, y clavó sus ojos en Philip—. Tengo hambre.

—¡Si tienes tanta hambre podrías hacer tu propia comida! —increpó Philip—. Y además —añadió en tono jocosos mientras se sentaba en la mesa junto a Lucas—, también podrías hacerle un poco al resto.

—¿Qué? —El rostro de Jason traslució una mezcla de emociones que iban entre alarma, horror y confusión—. Yo no... yo...

—Philip está bromeando contigo, Jason —repuso Horace—. Yo haré la comida, ¿no es cierto?

—¿Sí? —dijo Philip.

—Qué bien —soltó Jason, notablemente aliviado.

—Sólo espera que tome mi té y empezaré...

—¡Tengo hambre! ¡AHORA!

Horace se llevó la taza a los labios y dio un sorbito. Luego sugirió:

—Si tienes tanta hambre podrías...

—Esperaré —lo cortó Jason, entornando los ojos y torciendo la boca. Por lo visto, había caído en la cuenta que era mejor no tentar a la suerte.

Phil se habría reído si aún no estuviera azorado por la reciente conversación con Horace.

Guardaron silencio. Cuando el cocinero designado de aquella mañana terminó de beber su bálsamo, buscó los ingredientes para preparar la comida; después empezó a freír unos huevos y a baldearle la sal a unos trozos de cerdo fileteado para freírlo también. No era la primera vez que Horace se hacía cargo del desayuno, así que Philip no temía que el hombre hiciera un auténtico desastre. Horace se movía con destreza de un extremo a otro, y cualquiera que lo viese en ese momento pensaría que llevaba haciéndolo toda la vida.

—El oficial Sawyer estuvo aquí más temprano —comentó Philip para sosegar un poco el silencio. Además, sus hermanos tenían que saberlo también—. Kenneth Hornwood y Caroline Reedster fueron asesinados.

—Oh, vaya, uno más uno menos —dijo Jason, con fastidio—. ¿Qué importa? ¿Y por qué Sawyer vino hasta aquí?

Philip dirigió una mirada a Horace, y descubrió que él también lo estaba mirando.

—¿Creen que fuiste tú? —bufó Jason—. Pero si eres incapaz de matar a una mosca.

Su tono hizo enojar a Philip.

—Ahora soy miembro del Gremio de River Town —repuso con toda la suntuosidad posible—. Y debo estar enterado.

Sabía que lastimaría el orgullo de su hermano; pues era algo que Jason nunca tendría, y Philip sí, por ser la cabeza de la familia. Sin embargo, Jason disimuló muy bien su irritación y entornó los ojos con un suspiro. Como que sí tenía bastante hambre después de todo.

—No es la única visita inusual que hemos recibido recientemente — comentó con desgana.

—¿A qué te refieres? —quiso saber Philip.

Aquello pareció elevar el ánimo de Jason.

—¿No sabes? —dijo en tono burlón—. Richard Katterblack estuvo aquí.

Algo se estrelló escandalosamente contra el piso. Todas las miradas se volvieron hacia el origen. Horace parecía un fantasma en estado de profundo estupor, pálido y tieso, junto a la mesa de la alacena.

—Lo siento —fluctuó, claramente nervioso. Y se inclinó para recoger la escudilla con huevos que había dejado caer.

Aquello hizo que Jason estallara de indignación y enojo, su preciado desayuno se había volcado. Lucas arqueó las cejas cuando su hermano empezó a farfullar, visiblemente inhibido por el acto involuntario de su tío. Aunque Phil estaba seguro de que no había sido «involuntario» en absoluto.

* * *

Después de la partida del oficial Sawyer, su padre retornó a su habitación como una sombra rehuyendo de la luz del día. Céline y Elise habían compartido una mirada extrañada mientras el hombre subía a zancadas las amplias escaleras del recibidor. Por otro lado, ella aún seguía sin creer las noticias que trajo el oficial aquella mañana; además, claro, de una levísima sospecha hacia su padre como posible autor de las muertes.

—Caroline está muerta —musitó Céline, absorta.

La mayor de los Reedstter no fue una de sus mejores amigas, y si bien siempre se había comportado como una (aunque tal vez algo tuvieran que ver los negocios entre sus padres), si bien de vez en cuando le hacía malas caras a Céline cuando creía que ésta no la veía, y, además, tampoco miraba con buenos ojos su amorío con Rolan Falahee, del que le había hablado con entera confianza.

—Pobre Kenneth —dijo Elise con voz queda. Se acercó a Céline para recostar la cabeza en su hombro—. ¿Crees que padre asista al funeral? — le preguntó.

—Funerales —la corrigió Céline—. Padre tiene negocios con Stephen

Reedstter, además de una estrecha amistad. —«Aunque la amistad fuera otro negocio», dijo para sus adentros—. Y Kenneth era hijo de otro amigo de nuestro padre; seguramente asistirá... Bueno, eso es lo que se espera.

—Padre ha estado extraño —comentó Elise.

Se llevó el dorso de la mano a las mejillas para enjuagarse las lágrimas.

—Sí —concertó Céline, recordando sus cavilaciones de esa mañana mientras Olee la peinaba.

—Quizás extraña a nuestra madre. Deberíamos enviarle un mensaje a Leo.

Buena idea. Su padre siempre estaba de buen humor cuando Leonard estaba cerca.

—Tienes razón —asintió Céline, entusiasta—. Después del desayuno le enviaré un mensaje mágico. —Y hablando del desayuno—. ¿Has visto a Mary esta mañana?

Elise levantó la cabeza y la miró fijamente, frunciendo el ceño. No hizo falta que respondiera para saber que no. Céline no había visto a su prima desde la húmeda tarde anterior. Era el momento de enviar a una de las criadas a la cabaña Treddaway, o de ir en persona.

—Ahora que lo pienso —dijo en voz alta—, hacía varios días que no veo al insoportable de Andrew.

—Cierto —convino Elise—. No estuvo aquí aquella noche.

«Es verdad —pensó Céline—. Y el Andrew que conocemos no se perdería una batalla como la que ocurrió la noche que irrumpió Darkling.»

* * *

La llama de la vela oscilaba ante el menor atisbo de aire. Andrew debía mantener la respiración serena si no deseaba volver a la oscuridad.

«Pero ya estoy en la oscuridad —pensó melancólicamente. Y recostó la cabeza contra la pared, cerrando los ojos—. Nadie me salvará, o a Sam.»

Obviamente, no podía confiar en que Mahlon West cumpliera con su parte del trato.

Al menos no mataría al niño frente a sus ojos, pensó él en un intento de hallar algún poco de consuelo. Si alguna vez llegaba a ver a Mary... «No, eso jamás pasará», descartó el pensamiento moviendo la cabeza de un lado a otro. Jamás volvería a ver a Mary, o a su hermana, ni a Lloyd, ni al resto de sus amigos. Ni siquiera volvería a ver otra luz más que la febril llama de aquella vela, se dijo en el instante que reabría los ojos.

Y allí estaba: la última luz de su vida, parpadeando. Andrew empezó a hiperventilarse, fruto de aquel lóbrego pensamiento, con lo que la llama comenzó a agitarse ante las embestidas de su respiración. Debía calmarse. Pronto acabaría. Aspiró hondamente y logró sosegar su aliento antes de que la oscuridad, el vacío y la sombra de Loreen volvieran a colmar su mundo. Es curioso: no había oído o visto a la Líder del Bosque desde que lo llevaran de vuelta a su celda.

¿Acaso era un momento de paz antes del final? ¿Habría hecho las avenencias con sus demonios?

Siquiera, tenía la certeza de que Mahlon West cumpliría una de sus promesas.

Andrew no saldría en absoluto de aquel lugar; de manera que debía buscar la forma más cómoda de morir. West le había dicho que acabaría con su vida, rápida e inesperadamente; a lo mejor enviaría a alguno de sus sirvientes o iría en persona, y como fuera, entraría de modo inesperado a la celda y blandiría el arma mortal contra él. Y ya está: el final para Andrew Treddaway.

Cómo lo ansiaba.

Andrew buscó la mejor manera de morir. Lo habría preferido en alguna batalla, como Lucas Holbrooke y muchos otros seguidores combatientes, de pie y con un arma en las manos. Claro, no estaba en ninguna batalla, salvo contra sí mismo y la oscuridad; tampoco tenía un arma, y con aquellas cadenas tan cortas, lo mínimo que podía hacer era sentarse y recostar la espalda contra la pared, así al menos estaría erguido.

Intentaba no concentrarse en el dolor de su cuerpo y despejar el de su mente, una abrupta laceración que seguía sangrante en lo más hondo de su subconsciente. Se sentía abismalmente exhausto, sus miembros laxos desparramados a los costados de su cuerpo palpitaban en silencio, ansiando que dejara de doler. «Pronto, pronto.»

Abrió los ojos. El atisbo de calor que desprendía la vela acariciaba sus mejillas, muy tenuemente. Con aquella escasa luz podía ver la evidencia de su sacrificio, lo que provocó una punzada en su pecho y comenzó a sollozar silenciosamente. Estaba desnudo, sí, salvó por una manta tosca que pobremente le cubría parte de la entrepierna. Tenía leves marcas rosadas en los muslos y a lo largo de sus piernas, también en el abdomen y la espalda. El trasero lo sentía en carne viva. Y su miembro viril...

«No, no pienses en eso», lo reprendió su subconsciente. Pero no podía.

—Si piensas en el dolor, dolerá —le había dicho Mahlon. Se acercó suavemente a Andrew por la espalda y le puso una mano en el hombro, haciendo que él se inclinara hacia adelante sobre una mesa—. Cierra los ojos, bello Andrew, respira profundamente, y todo acabará pronto... —murmuró. En seguida vino la primera embestida.

Andrew apretó los labios. La palma fría del nigromante seguía presionando su hombro, incluso aquel tacto lo había perseguido hasta la celda cuando todo hubo acabado. El primer pensamiento de Andrew había sido que deseaba morir; el segundo, que fuera pronto.

—Si eso quieres —ronroneó Mahlon, sonriente, después de haber obtenido su parte del trato—. Yo te habría conservado vivo una temporada más; eres un deleite, Andrew...

—¡No! —protestó el muchacho, que temblaba como una hoja de otoño agitada por el viento, un viento glacial, intentando cubrir vagamente sus desnudes con sus manos—. ¡AHORA! —exigió, como si de él dependiera la última palabra—. Quiero morir ahora, pronto.

«Pronto, pronto», dijo una voz en su cabeza.

—¿Por qué? —dijo el nigromante, tratando de parecer escandalizado. Estaba tan desnudo como Andrew, sentado en la silla de alto cabezal, sin pudor alguno. Andrew sabía que los subordinados habían visto todo desde las sombras—. ¿Acaso no te gustó? —agregó con una risita.

—No —gruñó Andrew con vehemencia—. Pronto.

En el rostro de Mahlon se reflejó una mueca de decepción, aunque Andrew sabía que no lo estaba en absoluto; el nigromante se estaba regocijando en su sufrimiento, sí, eso era lo que quería. Y Andrew no estaba dispuesto a dárselo, menos en aquellas circunstancias.

—Bien —dijo West finalmente. Y se puso en pie—. Haremos un

último trato, Andrew. —No era una pregunta, de modo que no esperó respuesta alguna para continuar—. Yo te prometo que morirás rápido e inesperadamente, que acabaré con tu tortuosa existencia tan veloz como un parpadeo, a cambio... —hizo una pausa, bajando la mirada, y sonrió. Luego levantó la cabeza y le hizo una seña de acercamiento a Andrew—. Ven aquí, Andrew querido, y arrodíllate.

—¿Qué...? —murmuró el joven con voz queda. Cuando bajó la mirada, notó que el nigromante ya estaba listo... otra vez—. No, no...

—Mis subordinados están cerca —amenazó Mahlon West—. Vendrán con una señal y acabarán con el jovencito ante tus ojos, ¿eso quieres?

Andrew no lo quería. Entonces nada habría valido la pena, nada...

Se aproximó vacilante a Mahlon West, se arrodilló y... en aquel momento se dobló a la mitad y comenzó a vomitar una flema verdosa. Fue una breve sensación de liberación que no duró mucho. Mahlon no se inmutó, parecía más satisfecho que asqueado, y lo instó a que continuara.

Minutos después, Mahlon hizo llamar a los subordinados con una señal y éstos acudieron con premura, como Andrew había previsto que lo harían. Se había preguntado por qué no lo habría matado allí mismo mientras lo llevaban desnudo y a tientas hacia su celda. Luego pensó que lo mantenía vivo por la misma razón por la que a Blackfell: para manipular al Gremio.

Suspiró hondamente.

«Pronto, pronto», murmuró en la oscuridad. Ya casi podía percibir la agradable sensación de un cuerpo indoloro, lleno de energía, y si cerraba los ojos, percibía el calor de la llama de la vela en sus párpados, atrayendo el recuerdo de sus días de entrenamiento en el patio trasero de los Greystar, bajo la luz del cálido sol veraniego.

Al oír el sonido de la puerta que se abría, Andrew soltó una honda exhalación y apagó la vela. Sabía que había llegado su fin, que moriría en aquella oscuridad sin haber peleado por su vida hasta el último momento. Se preguntó si conocería a su madre o si volvería a ver a su padre.

«Pronto, pronto, ¡pronto!», repetía la voz en su cabeza.

La puerta se abrió, finalmente, y un par de siluetas entraron a su oscuridad, precedidas por un tenue haz de luz azulada. «No —pensó

Andrew, infundado por sus últimos bríos—. Esto no puede acabar así, no puedo acabar así.» Se agitó, haciendo tintinar las cadenas. Oyó murmullos.

—Ven, cabrón —interpeló Andrew—. Estoy indefenso, ven y acaba con esto de una vez, hijo de puta.

—*nuxus* —susurró una voz.

Una centella blanca lo cegó.

Un instante después, cuando cesó un poco el brillo, dos rostros conocidos emergieron de entre las espesas sombras. Uno de ellos se adelantó.

—Deberías cuidar tus palabras —le dijo—. Y esa no es forma de llamar a nuestra madre.

Capítulo 4

HERMANOS Y HERMANAS

Abigail y Ulises precedían la marcha, Lloyd la cerraba; los tres camuflándose en el silencio sepulcral que imperaba en el recinto. Mahlon West había abandonado su guarida, tal y como lo habían planeado, pero no estaban seguros de que se llevara consigo a todos sus subordinados. Probablemente no. Si su hermano estaba en ese lugar, pensó Abby, alguien debía vigilarlo.

Dieron con el primero de ellos antes de doblar la esquina.

Por primera vez desde que Abby conociera a los subordinados, vio en uno de ellos una emoción auténtica además de la habitual mueca impertérrita de siempre: sorpresa. Sin embargo, permitió que Lloyd se hiciera cargo de neutralizar al adversario antes que éste tuviera oportunidad de parpadear más de dos veces.

Una vez lo obtuvieron, continuaron.

«Debe estar por aquí», pensaba Abby ansiosa. Casi podía sentir la presencia de su mellizo conduciéndola por el camino correcto. Casi podía estrecharlo entre sus brazos y sentirse completa otra vez. Su corazón, dando impetuosos golpeteos, amenazaba con atravesarle el pecho. La fábrica había sido destruida parcialmente por un incendio, que, según se rumoreaba, había sido provocado por Liam Reedster y su don de la luz, hacía medio siglo.

En ese momento, el trio estaba pasando por lo que alguna vez fue la sala de elaboración (o eso pensó Abby que era), un espacio amplio y sobrecogedor, tan oscuro como las fauces de un lobo que pareció con tragarlos entero. En el techo había varios tragaluces, si bien ninguna luz parecía atravesarlos, lo que era curioso, se dijo Abby, pues fuera dominaba un albor blanco refulgente provocado por la lluvia matutina. «Hay algo oscuro en este lugar —pensó—. Muy, muy oscuro.» Se

estremeció.

«Debo encontrarlo.»

Había al menos seis subordinados en el centro de la sala, moviéndose en un perímetro de dos metros a la redonda, dando pasos mecánicos como autómatas. Abigail estaba preparada con sus *nuxus*, aunque no serían necesarias. Ella y sus camaradas entraron a un pasillo contiguo a la sala, sombríamente iluminado por un extenso tragaluz que se extendía de principio a fin por el angosto pasaje.

—Puertas —anunció Ulises en un murmullo, como si ella no se hubiera dado cuenta.

En efecto: había puertas flanqueando los laterales.

—¿Qué huele así? —dijo Lloyd, arrugando la nariz.

Era un olor fétido lo que colmaba el amplio y ancho del pasillo, y no se trataba de hollín ni nada por el estilo. Abby tuvo un fuerte estremecimiento al pensar en lo que ese olor podía significar: un cadáver.

—Ulises, aguarda en el umbral —indicó en voz baja—. Lloyd y yo revisaremos las puertas.

Ulises asintió.

La primera puerta estaba cerrada a cal y canto, y Abby murmuró un hechizo. Dentro no había nada más que botones esparcidos en el suelo empolvado. En la siguiente, no había nada en absoluto. La tercera puerta estaba tan cerrada como la primera. Abigail acercó la oreja y oyó un levísimo sonido que posiblemente fuera un sollozo.

«Andrew», pensó.

Luego se inclinó y susurró el hechizo anterior a la cerradura, como un secreto, y se oyó un chasquido.

Dentro había oscuridad recién adquirida, pero tan espesa como en el resto de las celdas. Sin embargo, Abigail escuchó un tintinear de cadenas y bizqueó una silueta en las sombras. Lloyd estaba a su lado. Podía ser una criatura, pensó, y eso la detuvo de susurrar el nombre de su hermano. Lloyd masculló algo ininteligible en voz baja. Abby desenfundó una de sus dagas.

—Ven, cabrón —interpeló una voz conocida—. Estoy indefenso, ven y acaba con esto de una vez, hijo de puta.

—*nuxus* —murmuró Abby. Y la daga se encendió en su mano como

una llama blanca y cegadora en medio de la basta oscuridad. Abigail se adelantó.

—Deberías cuidar tus palabras —le increpó a su hermano mientras el brillo de la daga cesaba gradualmente—. Y esa no es forma de llamar a nuestra madre.

Andrew la contempló desde abajo con sus enormes ojos azules. Ella acercó el brillo de la daga hacia él. «Oh, no —pensó, horrorizada—. ¿Qué le ha hecho?» El aspecto de su hermano era mísero. No fue capaz de disimular su perturbación: quedó tan tiesa como una estatua del jardín de Katterblack.

—¿Abby? —dijo su hermano.

—Andrew —musitó ella. Y fue como si despertara de una terrible pesadilla. Parpadeó y le entregó la daga a Lloyd, luego ayudó a su hermano a ponerse en pie. Una manta rústica cayó al suelo, develando su sucia y demacrada desnudez. Si Andrew se sintió apocado por esto, no dio muestras de ello; por su expresión, era evidente que aún no creía que ellos estuvieran allí—. Sí, Andrew, soy yo. Soy Abigail.

Ella se inclinó y recogió la manta rústica, en el momento que su hermano parpadeaba para despertar también. Miró a Abby y a Lloyd alternadamente, hasta que detuvo su fijación en el rostro del muchacho.

—Tu padre... —dijo con voz rasposa.

—¿Dónde está el señor Blackfell? —preguntó Abby.

—Está... él...

«Está muerto», eso quería decir. Abby lo escuchó en su pensamiento. Escuchó lo mismo en Lloyd.

—Tranquilo, Andrew —repuso Lloyd, sereno, alzando la daga y poniendo una mano en el hombro de su amigo—. Te sacaremos de aquí.

Y eso estaba intentando cuando oyeron un grito. Ulises corría hacia ellos por el pasillo, gritando y agitando las manos. Más atrás, venían los subordinados. Eran más de seis, no hacía falta contarlos para saber que superaban esa cantidad. Se acercaban como una mareada oscura, con sus ojos dispares reluciendo tenebrosamente como el reflejo mortal de sus armas.

Lloyd se apartó de Abby y Andrew, adelantándose a la huida de Ulises, y se interpuso entre ellos y los subordinados. «¿Qué está haciendo?», se preguntó Abby. Echó un vistazo a su hermano, que tenía la mirada

distante. El Andrew que ella conocía le habría pedido una de las *nuxus* para sumarse al combate, pero, al perecer, aquel Andrew no estaba allí. ¿Qué le habían hecho?

Abigail retornó la mirada hacia Lloyd, que alzaba sus brazos hacia adelante, como si intentara partir el mar de subordinados a la mitad para abrirse un camino, pero los subordinados estaban casi sobre él, cada vez más cerca...

Y, de pronto, se detuvieron.

* * *

Las gráciles ráfagas de viento hacían gemir las hojas de los árboles en aquel bosque que les hacía de refugio. Las ruinas de la fábrica Cartwright estaban a un kilómetro, saliendo del bosquejo y más allá de un campo abierto circundado por los restos abrasados de la fábrica que dejó el paso del fuego. Grace se movía de un lugar a otro entre la separación de unos árboles, intranquila, sosteniendo en cada mano una *daxarus*.

—¿Estarán bien?

Sam balanceaba los pies, sentado en el borde de la carreta, su mirada hacia abajo.

—Sí, lo están —dijo Mary, confiando que fuera cierto. Ya los había visto luchando, no una sino dos veces—. Sólo se trata de subordinados, ellos...

Se interrumpió abruptamente cuando su hermano levantó la mirada, frunciendo el entrecejo. Samuel había pasado las últimas semanas bajo el resguardo de una mujer hada, pero Mary aún no sabía cuánto conocía su hermano sobre el mundo mágico, más allá de las historias que les contaba su madre.

—Subordinados —repitió Sam, no como una interrogante—. Sé lo que son los subordinados, Mary, ahora sé muchas cosas —Sonrió infantilmente y paró de balancear los pies—. Las historias son reales, ¡reales, Mary!

—Sí —asintió ella, contagiada de la risa de su hermano. Luego recordó lo que estaba ocurriendo en las ruinas de Cartwright, y su risa se desvaneció.

Sam debió observar su turbación, pues paró de reír también, y volvió

la mirada a sus manos recogidas en el regazo. Mary se giró hacia Grace Startclyde, la febril luz de la mañana arrancaba destellos de las hojas de las *daxarus* cada vez que la chica caminaba de un extremo a otro.

Mary cruzó los brazos ante el pecho, en parte para reprimir un fuerte estremecimiento. No llovía, lo que era un avance para un día tan brumoso como ese. Ella se sentía profundamente cansada, pero satisfecha a igual medida, pues, finalmente, había encontrado a su hermano, ¿o él la encontró a ella?, y nada más podría mejorar aquello salvo que Andrew también estuviera sano y a salvo. «Mil veces más...»

Grace, advirtió Mary tras un parpadeo, se detuvo recta entre el espacio de un tronco y otro, con vista a las ruinas de la fábrica, cruzando la extensión vercosa. Extendió las dagas a los costados, sin murmurar sus nombres, y se mantuvo impasible. Mary se acercó a ella, haciendo crujir el pasto bajo sus pies para hacer que la joven la advirtiera aproximarse.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mary.

—Ya lo saben —murmuró Grace. Sus ojos dorados miraban fieramente hacia la fábrica.

—¿Quiénes?

—Los subordinados. Ahí —indicó, apuntando una parte casi indemne de la estructura— había tres subordinados haciendo guardia, pero se marcharon precipitadamente. Creo que ya saben que estamos aquí.

—¿Y qué haremos?

Grace la miró.

—Esperar.

—Pero pueden estar en aprietos.

—Sólo son un montón de subordinados, no suponen un gran reto contra Abigail y el resto.

Había tanta vehemencia en su tono. Mary pensó que tal vez estaba exagerando, pues Abigail y su convoy ya la habían salvado a ella de los subordinados más de una vez. Además, Mahlon West no estaba cerca.

Lloyd tuvo la idea de distraer al nigromante luego de que él y sus compañeros acabaran con Claudine y sus hijos en un caótico combate. Mary y Sam se habían resguardado detrás de una mesa volcada mientras los seguidores de la luz se hacían cargo de los malos; oyeron embates y estallidos de cristal, golpes ahogados, gritos, gemidos de la mujer hada.

«Eres una de nosotros», le había dicho Claudine. ¿Qué habría querido decir?

Cuando todo acabo, y Mary y su hermano se pusieron en pie, contemplando el desastre, llevaron a Claudine, cegada por el don de la luz de Lloyd, hacia el centro de la estancia. La mujer había suplicado de rodillas, con la mirada en blanco y las fosas nasales dilatadas, rogando, llorando como una bendita. Y Mary, para sus adentros, sólo la oía decir «eres una de nosotros», una y otra vez hasta que se secó.

Grace hizo las preguntas, y Claudine las contestó, entre sollozos, esperando un poco de la misericordia que los seguidores no tuvieron con sus hijos. Había enviado a Andrew a las ruinas de la fábrica porque sabía que West lo iba a descubrir, y cuando eso ocurriera, ella se llevaría el crédito, porque sabía cuánto le iba a gustar a Mahlon. Además, la mujer había esperado con eso que el nigromante la dejara conservar a Sam.

Mary habría querido hacerle más preguntas; por ejemplo, ¿conocía a la señorita Green? ¿Y qué quería decir con que «era una de ellos»? Pero antes de que Mary tuviera oportunidad de decir una sola palabra, la daga de Grace Startclyde siseó y le abrió la garganta a la mujer había como una segunda boca. Y lo más curioso es que Angus, el borrachín de la barra, no despertó ni siquiera por el alboroto de la batalla.

—Está muerto —anunció Abigail tras un rápido examen—. Se ahogó con su propio vómito, debe llevar aquí un día o dos.

—Se me ha ocurrido algo para salvar a Andrew y a mi padre —indicó Lloyd con un entusiasmo evidente—. ¿Qué tal si sacamos a Mahlon West de su guarida? Una distracción, quiero decir.

—¿Cómo? —quiso saber Grace.

—Haciendo una hoguera. Una enorme. —E hizo un gesto teatral hacia la posada.

Sacaron el cadáver de Angus. Aquello había sido una petición de Sam, que aseguraba que el viejo borrachín no tenía nada que ver con Claudine más allá de la habitual relación entre proveedor y cliente. Todos estuvieron de acuerdo, salvo Grace Startclyde, que asintió a regañadientes. A continuación, Lloyd, Ulises y Grace se encargaron de esparcir todo el alcohol necesario dentro y fuera de la propiedad, mientras, en la parte de atrás, Abby y Mary, guiadas por Sam, se hacían con un par de carretas del cobertizo y liberaban a *Cola* y *Ceniza*, los

alazanes de la posadera de La Última Morada.

El incendio destellaba como una estrella matutina a medida que se alejaban hacia las ruinas de la fábrica, vadeando el camino frecuente, mediante el bosque cercano, para impedir un posible encuentro con el nigromante y sus sirvientes. Negras cortinas de humo que rozaban el cielo ceniciento eran claramente visible a la distancia. Aquello provocó un fuerte estremecimiento a Mary, que entonces se aferró fuerte a la mano de su hermano.

El plan funcionó. No habría hecho falta vadear el camino, pues vieron partir a Mahlon y a una docena de subordinados cuando llegaron a su discreto refugio en el bosquejo. «Bueno —pensó Mary—, es mejor no tentar a la suerte.» Y no había tiempo que perder, Mahlon West podía regresar en cualquier momento, y aún debían salvar a Andrew y al señor Blackfell. Se decidió que Grace aguardaría con Mary y Sam en el bosque, lo que no complació en absoluto a la muchacha.

—Que se quede Ulises —había protestado—. Yo debo ir, estoy más preparada.

Era evidente lo que molestaba a Grace: evitar un posible encuentro con el asesino de su madre.

—Exactamente —dijo Abby, suavemente, puso sus manos en los hombros de Grace—, y por tanto, es indispensable que seas tú quien los proteja, Grace. Volveremos pronto, con mi hermano y el señor Blackfell, y todo debe estar preparado para huir con mucha premura. ¿Entiendes?

Grace asintió.

Y ahí estaban: aguardando el regreso del resto del grupo con los rescatados..., o la aparición de Mahlon West y sus sirvientes; lo que ocurriera primero. Si era lo primero, y Mary esperaba con todas sus fuerzas que así fuera, Grace debía preparar todo para huir de la zona antes del arribo de Mahlon y los suyos. Si era lo segundo, Grace debía huir con Mary y su hermano en una de las dos carretas y una montura, *Sombra*.

El cielo empezaba a aclarar cerca del mediodía, con amagos de nubes grisáceas y rosa tenue, ahí donde las rozaba los tímidos rayos del sol. Mary suspiró profundo, un poco sobrecogida por el panorama. Se envolvió en sus propios brazos en busca de cobijo. Cuando volvió la vista hacia su hermano, éste tenía la cabeza inclinada hacia atrás y observaba

con una fina sonrisa las copas de los árboles, como si nunca los hubiese visto. La brisa soplaba más ligera, cálida, en absoluto glacial como hacía unas horas.

—Ahí vienen —anunció Grace. Y apuntó con el dedo sombras negras que se deslizaban entre los matorrales del campo hacia ellos.

El corazón de Mary bombeaba rápidamente. La muchacha bajó el brazo lentamente con una expresión absorta, incluso de horror, impresa en el palidecido rostro. Mary bizqueó las sombras que se aproximaban con más fijeza, y advirtió que se movían muy rápido y con una soltura impresionante, impropia de humanos. Ahogó un grito.

«Argones.»

—Corre —le dijo Grace—. Ve con tu hermano.

Mary obedeció. Cuando echó un vistazo hacia atrás, Grace se adelantaba al encuentro con los argones blandiendo las *daxarus*, que arrojaban bellos reflejos como espejos oscilando bajo la luz. Sam tenía la cabeza ladeada cuando ella volvió la vista hacia él. Se detuvo. Algo gruñó a pocos metros de distancia. Las tres monturas empezaron a inquietarse, *Sombra* más que ninguna. El corazón de Mary pulsaba aceleradamente.

Un argón salió de uno de los troncos, como si llevase oculto en aquel lugar todo ese tiempo. Mary lo contempló profundamente horrorizada, pues la criatura estaba a pocos metros de la carreta donde estaba su hermano. Sam volvió la mirada hacia ella, con espanto, y Mary hizo un gesto apaciguador con las manos. «Calma, calma», gesticulaba en silencio. El gruñido quedo de la criatura aventajaba el murmullo de las hojas de los árboles. Era la primera vez que Mary contemplaba a uno de los hijos de Isidora así de cerca y a plena luz del día, si a aquel fulgor opaco se le pudiera llamar luz. El argón era la mitad de grande que cualquiera de las monturas, pero más negro incluso que *Sombra*, con una forma corpórea alargada que acababa en un filoso anzuelo de escorpión. El bosque se reflejaba perfectamente en su superficie oscura como vidrio quemado, y en sus ojos negros como densos estanques de brea.

El gruñido que nacía de aquel animal era quedo, parecía manar de sus entrañas: una mezcla entre un ladrido canino y un oso de enormes proporciones. Su cola trazaba un arco hacia su lomo, que se arqueaba como el de una pantera. El aguijón tenía un brillo mortífero.

Mary sabía cuán peligrosas eran aquellas criaturas, lo sabía de primera mano, pues había sido picada por un argón la noche del baile del solsticio. Y si bien había sobrevivido a la picadura por la magia-sanadora en su sangre, nada habría garantizado que, de tener más tiempo con ella, el argón la habría destripado en la sala común de Katterblack, como sucedió con algunos invitados.

El argón la miraba detenidamente, con un gruñido feroz que se ensanchaba cada vez más en su hocico chato.

Mary se palpó el pliegue de la falda, a la altura de la cintura, allí donde tenía oculta una daga. El argón debió prever lo que hacía, pues dio un saltó amenazador hacia ella y bramó estruendosamente, lo que provocó que Mary se estremeciera como una rama azotada por el viento. Azorada, intentó calmarse y pensar, pero cuando Sam bajó de un salto de la carreta, el argón echó a correr hacia él.

Mary gritó.

Lo que sucedió luego fue tan extraño como desconcertante. La criatura se acercó al jovencito y se detuvo a olisquearlo de arriba abajo mientras Sam, sonriente, acariciaba la parte superior de su aterradora cabeza como si de una mascota se tratara. El argón parecía complacido por las caricias.

—Tranquilo, amigo —decía Sam—. Aquí nadie te hará daño, no, claro que no.

—¿Sam? —Mary tenía una mano presionada contra el pecho—. ¿Sabes lo que es?

Sam la miró con una leve arruga en el entrecejo.

—Por supuesto, ya te he dicho —apremió él—. Él es un argón, y era de Claudine. Se llama *Buffer*. Quiere decir «fuego-negro» en la lengua perdida de las hadas. —Levantó una mano y le hizo una seña—. Ven, acércate, Mary, no te hará daño ahora que sabe que estás conmigo.

—¿Estás seguro? —preguntó nerviosa. Distinguió que las tres monturas ya no estaban inquietas como antes, aunque el alazán de Ulises se agitaba como si quisiera zafarse de las riendas que lo mantenían fijo a uno de los árboles. «Deben suponer que ya no hay peligro. ¿Debo yo también?»

No estaba tan segura, pero se acercó, más para estar junto a su hermano que cerca de aquella temible criatura que le traída

perturbadores recuerdos. Respiró hondo y permitió que Sam llevara su mano hacia el lomo escarpado del argón, que se tensó ante su tacto. Era estremecedoramente frío y liso.

—¿Siempre es tan dócil? —preguntó Mary a Sam, dando algunas caricias inseguras a la criatura que le olfateaba los zapatos.

—No. Únicamente conmigo. Estamos ligados, ¿sabes? Hay un lazo de sangre entre nosotros.

—¿Qué quieres decir? —Mary lo miró con el ceño fruncido—. Y si sabías que no era peligroso, ¿por qué te asustaste?

—Porque pensé que era uno de ellos —dijo Sam. Y señaló con una mirada hacia los argones contra los que se enfrentaba Grace en ese momento—. Ellos sí que son peligrosos, pues le pertenecen al hombre de la cicatriz.

* * *

Céline no recordaba la última vez que estuvo en ese rústico lugar. La cabaña de los Treddaway. Inspiró hondo y se metió un mechón de cabello tras la oreja. Después se recogió las faldas para que el bordecillo no se le empapara con la tierra lodosa, consecuencia de las lloviznas de esa madrugada. Elise, menos cuidadosa, le llevaba ventaja.

—Vamos, Céline —apremió, frente a la puerta de la cabaña—. Un poco de suciedad no te hará daño.

—Este vestido es nuevo —protestó. Casi nuevo, querría decir, pues era la segunda vez que lucía aquel modelo, pero su hermana seguramente no habría notado aquel detalle aunque lo utilizara todos los días durante un mes. Resopló y continuó, encrespada por el húmedo calor que la impregnaba.

Finalmente, llegó. Elise dio un par de aplausos.

—No creo que haya nadie —dijo volviéndose—. Ya he tocado un par de veces.

—¿Estás segura?

Elise asintió.

—Déjame intentar. —Céline se aproximó y golpeó la puerta, con delicada firmeza.

Nadie respondió.

—Qué extraño —comentó. Y después de otro par de golpecitos, frunció el ceño y dijo—: ¿Crees que hayan salido?

—Es evidente, ¿no? —repuso Elise, temerosa. Echó una mirada alrededor y se estremeció—. No debimos venir aquí solas.

El bosque en torno a ellas brillaba de humedad; abundaba una luz clara y friolenta, saturada de olores que hablaban de tierra mojada, plantas, naturaleza. El silencio y la quietud eran absolutos, aunque un poco espeluznantes, debía admitir Céline.

Quizá Elise tenga razón: no debieron ir a aquel lugar solas. Recordó, con un espasmo friolento, la aterradora historia que hacía años había contado Leonard a sus hermanas asustadizas, sobre el antiguo jardinero de los Katterblack que había sido destripado por un argón en aquel mismo bosque. «Sólo era eso: una historia para asustar a las chicas», se dijo para sosegar su repentino temor. Y en un arranque de bríos, empujó la puerta.

—¿Qué haces? —inquirió Elise, sobresaltada.

—¿No ves? Está abierta.

—Pero...

—Y no hay nadie.

Céline giró sobre sus talones y entró a la cabaña. «¿Qué huele así?» Se preguntó cuándo fue la última vez que los Treddaway limpiaron aquella pocilga. Elise entró en pos de Céline, temerosa de lo que le pudiera depararles dentro.

—¡Abigail, Andrew! —llamó Céline, dirigiendo el timbre de su voz hacia el corredor contiguo que muy probablemente conducía a las habitaciones—. ¿Hay alguien?

Nadie contestó.

—¿Adónde habrán ido? —preguntó a nadie en cuestión.

Y lo que era más inquietante, pensó, Mary tampoco estaba en ese lugar como había asegurado Olee.

Cuando Céline dio vuelta, halló a Elise leyendo una hoja de papel, que seguramente había tomado de la mesita del recibidor. Céline se acercó a ella, atraída por la concentración de Elise en lo que fuera que estuviera leyendo. Ladeó la mirada, otra vez hacia la mesita, y tomó el sobre que seguramente había resguardado la carta que leía Elise.

Céline reunió las partes del sello lacado que en otrora había cerrado

el sobre; identificó las iniciales «MW», aunque no sabía a quién correspondían. Estaba intentando adivinar, cuando oyó a su hermana.

—¡No puede ser! —exclamó Elise. Bajó la carta, con una expresión de profundo terror en la cara—. Está vivo.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Céline.

Elise parpadeó, saliendo de un brevísimo estado de estupor, y tendió la carta.

—«Querida Mary Cartwright» —leyó Céline en voz alta—. «He pasado los últimos días buscando las palabras correctas para expresarte mi profundo descontento de la otra noche, hasta que comprendí que nada de lo sucedido ha tenido que ver contigo, dulce palomita de la inocencia. Todo ha sido culpa del desagradable Richard Katterblack y sus tantos enemigos en el pueblo, quienes me llevaron a hacer lo que acometí aquella noche...»

Siguió para sus adentros.

«... Entrégate a mí, y salvarás la vida de tres inocentes; no te entregues, y cada día recibirás una rosa negra junto a algún miembro mutilado de tu pequeño hermano, de Treddaway o Blackfell, que está en sus últimas. Entrégate, Mary, y sé su salvación... y la mía. Tuyo...»

—Darkling —terminó Céline con voz queda.

* * *

Pasado el mediodía, se convocó una reunión en el salón de los Viejos Conjuros.

—Entonces, Wallace —empezó Félix Oakwater, que presidía el círculo de hombres del Gremio. Su mirada abrupta escrutaba al sepulturero, que se hallaba sentado en el centro, en una silla de madera de alto cabezal—, ¿sabes por qué te hemos convocado hoy aquí? —le preguntó.

—No. —dijo indiferente. Se encogió de hombros con mucha naturalidad—. Me hacía la misma pregunta.

—¿Sabes quién es Darkling? —soltó Frederick Startclyde sin preámbulos.

—No. ¿Quién es?

—¡Mientes, cabrón! —interpeló el señor Reedstter, rubicundo de

furia. Se lanzó hacia el sepulturero, pero el oficial Sawyer le cerró el paso y lo instó a volver a su lugar. Stephen lo hizo, no sin escupir—: Habla, pedazo de mierda, ¿quién es el hombre que te ha pedido los cadáveres?

—¡Stephen! —le espetó Arnold Greystar, con voz vibrante y poderosa.

Por primera vez, Phil Holbrooke se arrepentía de formar parte del Gremio. Apenas podía mantenerse en pie, temeroso de lo que el sepulturero pudiera decir. Respiró hondo. Pero su corazón amenazaba con abrirle el pecho a martillazos. «Calma, Philip —le había dicho Horace —, Wallace Flint no soltará una sola palabra, así lo encierren cien años en las celdas encantadas del pueblo.» Se había fijado en la cara de su tío cuando había dicho aquello, y la expresión en ella era tan serena como la de un frío cadáver en su lecho.

«Y si el sepulturero habla demás —pensó Philip—, Horace no será el único que habite un lecho en el cementerio de River Town.»

—Bien, Wallace —continuó Félix Oakwater en tono solemne—. Disculpa el exabrupto de nuestro estimado Stephen, que, tal vez aún no lo sepas, acaba de sufrir una terrible pérdida. —Stephen resopló groseramente. Luego, Félix continuó—: El asunto que nos trae aquí es imperioso, pues se te acusa de una grave transgresión contra la honradez y las buenas costumbres.

—Pero eso ya lo sabes, ¿no? —quiso saber Eudoxio Belwolf.

El sepulturero profirió una carcajada seca, carrasposa.

Ante esto, el señor Belwolf se santiguó y arrojó a Wallace una mirada recelosa.

—Ah, ¿sí? —Wallace parecía sombríamente divertido. Tenía entre labios una espiga de maíz—. Te escucho.

Oscar Witheford, con un semblante tan purpúreo como el de Reedstter, se adelantó un poco.

—Se te acusa de mancillar las tumbas de aquellos a quienes has brindado santa sepultura —dijo fríamente. El sepulturero no se encogió, pero torció los agrios labios en una mueca despectiva—. ¿Cómo te declaras?

—Inocente, claro —dijo Wallace con simpleza.

—Eso ya lo veremos —afirmó Frederick Startclyde con una sonrisa seca—. El Gremio ha decidido exhumar los cuerpos de los seguidores de la luz que han muerto en el último año. Sabemos, aunque lo niegues, que

has estado proporcionando esos cuerpos a uno de los lacayos de Darkling para hacer uno propio. ¿Quién es ese hombre, Wallace?

—No sé.

—¿De verdad?

—Ya se los he dicho: no sé de quién están hablando, ni por qué me han traído aquí. —Miró al señor Reedstter—. Supongo que querrá ultimar los detalles funerarios para la sepultura de su querida hija.

—Maldito... —empezó Reedstter.

—De manera que lo sabías —se adelantó Lance Greystar.

—Claro, imbécil, nuestro estimado alcalde acaba de decirlo —replicó Wallace. Su voz condensaba ácido.

El joven Greystar se adelantó un paso hacia el sepulturero, un paso lento y amenazador. Philip, tardíamente, comprendió el error que había cometido Wallace.

—No es así —dijo Lance—. Lo que dijo Félix es que Stephen acaba de sufrir una terrible pérdida. Sin especificar quién. Tal vez se trataba del gato de la familia. ¿Quién sabe? —Acompañó su pregunta retórica con un jovial encogimiento de hombros. Luego clavó sus ojos en el sepulturero—. Al parecer, tú sí, Wallace. Habla y te aseguraremos tu libertad.

—Mi libertad ya está asegurada, muchacho —rió Wallace—. Yo no he cometido ninguna trasgresión, como aseguran, mis considerados señores. No podrán acusarme de nada, nada, y si profanan las tumbas de sus pares, no habré sido yo quién cometió una grave falta contra las buenas costumbres —aseguró. Y escupió al suelo la espiga antes de añadir—: Además, este pueblo es muy pequeño, y sabes lo que dicen de River Town: aquí no hay lugar para los secretos. Ya sabía de la muerte de la joven Reedstter antes de que hallaran su tierno cuerpecito en la celda de hijo de Hornwood.

El salón de los Viejos Conjuros guardó silencio tras la abrupta réplica de Flint. Una expresión de arrepentimiento cubrió tardíamente el rostro del sepulturero. Philip sentía los latidos de su corazón en la garganta. «No digas nada, por favor», rezaba para sus adentros.

—¿Sabes dónde está Lloyd? —le susurró Lance al oído. El orador Greystar se había situado junto a Philip tras lanzar su sarta de preguntas a Wallace, que en ese momento parecía una estatua de hielo.

—No —respondió Philip. Hasta entonces no había notado la ausencia

de Lloyd Blackfell en la estancia. «Y no es el único que se ha ausentado misteriosamente —pensó Phil, turbado, volviendo la vista al frente—. ¿Dónde está Richard Katterblack?»

Startclyde, con los brazos cruzados ante el pecho y ceñudo, se acercó Wallace.

—¿Cómo supiste de antemano lo ocurrido en la celda de Kenneth Hornwood, Wallace? —preguntó—. ¿Soy yo, o ese es un claro testimonio de tu conexión con Darkling y Mahlon West? Extraño, porque tu hogar queda a muchos kilómetros de la comisaría del pueblo, donde ocurrieron los hechos. Si estoy equivocado, entonces ¿cómo posees tal conocimiento? —Startclyde se inclinó sobre Wallace para acentuar su punto y fulminarlo con una de sus aviesas miradas—. Vamos, habla.

—¡Habla! —vociferó Stephen Reedstter, que tenía los ojos vidriosos y un leve temblor en los labios, antes de hacer otro intento infructuoso por llegar a Wallace que fue detenido por Startclyde y el oficial Sawyer—. Habla, maldito. Habla...

La voz de Reedstter se interrumpió por una serie de sollozos descontrolados. Estaba rojo como una granada. Philip jamás creyó que llegaría el día en que sentiría pesar por Stephen Reedstter, o por ningún Reedstter en particular. Y ahí estaba el pobre hombre, sollozando contra el hombro de Oscar Witheford por la muerte de su hija, y no pudo evitar preguntarse si sentiría un dolor igual si algo les llegara a pasar a sus hermanos.

—Yo... no... —empezó Wallace.

Philip se adelantó.

—Yo sé cómo el señor Flint se ha hecho con esa información —se oyó decir. «¿Qué diablos estoy haciendo? —se reprendió—. Si abro la boca, Wallace dirá la verdad sobre Horace.» Sin embargo, otra vez decidió confiar en la palabra de su tío y esperó que aquel hombre no hablara aunque lo encerraran cien años—. Sabemos que el cementerio es el lugar más vulnerable para convertirse en un nido de sombras, ¿no es cierto? —añadió cuando se fijó que la atención de todos, incluso del sollozante señor Reedstter, estaba puesta en él.

Hubo un gesto de asentimiento general. Philip pensó bien sus siguientes palabras, evadiendo la mirada del sepulturero en todo momento. En aquel instante, Wallace ya debía saber que era de su

conocimiento su arreglo con Horace Holbrooke para la causa de Darkling. «Espero que tenga razón.»

—¿Adónde quieres llegar con eso, muchacho? —inquirió el viejo Greystar.

—Sí, Philip —lo secundó su hijo: Lance Greystar, su orador de combate, tenía una expresión tan ambigua como el resto de los miembros del Gremio en la estancia—. ¿Qué quieres decir?

—Wallace tiene espías —afirmó Philip. Y empezó a contar la historia del día que siguió a su tío al cementerio de River Town. Claro, con algunos ligeros cambios. Para empezar, no incluyó a Horace en su relato, con el fin de no levantar ni siquiera un atisbo de sospecha hacia él—. Un día llevé flores a las tumbas de mis padres en el cementerio del pueblo —dijo en cambio—. Cuando regresaba, ya había anochecido, y advertí que una presencia me seguía...

Cuando acabó de contar la mentira, Philip proyectó una fría y prolongada mirada a Wallace para dogmatizar su relato. Los turbios ojos del sepulturero, como dos profundas lagunas, lo reflejaron con imperturbable quietud. Horace tenía razón: aquel hombre no iba a decir nada sobre Darkling o la participación en su causa, quizá por un temor al terrible ente creado por la maldición de los Hornwood. Fuera esa o cualquier otra la razón, Philip no tenía interés en descubrirlo.

—¿Es cierto lo que acaba de contar Philip? —quiso ratificar Oscar Witheford.

—¿Por qué mentiría el muchacho, Oscar? —Eudoxio Belwolf frunció el ceño.

«Para salvarle el pellejo al desgraciado de Horace Holbrooke, por ejemplo.» Philip se mantuvo impasible mientras todas las miradas del Gremio lo escrutaban desde las sombras.

—Sólo intento asegurarme de que Philip no haya omitido un detalle de su historia. —Se volvió hacia el sepulturero—. ¿Es todo cierto?

Wallace Flint confirmó la historia del muchacho con un rígido asentimiento. Y, al final de la reunión, el oficial Christian Sawyer y sus hombres se lo llevaron detenido a las celdas encantadas de la comisaría del pueblo. Ya no había vuelta atrás, pensó Phil. Estaba perdido.

* * *

Mary se bajó la capucha y echó un vistazo al cielo encapotado, que prometía aclarar avanzada la tarde. Una bandada de pájaros, negros a contraluz con el gris claro del cielo, sobrevolaba sobre los viajeros en una línea ampliamente organizada. Reparó que Lloyd, con quien compartía nuevamente la montura, también echaba un vistazo arriba.

—Vienen del Este —aseguró, y miró a Mary por encima del hombro—. Y por la línea irregular del vuelo, seguramente fueron espantados, ¿no te parece?

Mary se encogió de hombros. No era una experta en el vuelo de las aves.

—¿Quién las pudo haber espantado? —le preguntó a Lloyd. Recordó lo que éste le había dicho antes: que venían del Este—. ¿Te refieres a Mahlon West? ¿Crees que lo haya descubierto ya? ¿Vendrá por nosotros? —Habló muy rápido.

Lloyd se estremeció en una carcajada.

—Tranquila —dijo después—. Indudablemente, Mahlon West ya descubrió el asalto a su guarida. Y sí, no está en duda que vendrá por nosotros, pero ya le llevamos mucha ventaja a él y sus subordinados. De modo que deberá aguantar la regañina de su Gran Amo Darkling cuando descubra que le hemos quitado de las manos a Andrew, a tu hermano y...

Se interrumpió bruscamente. «Mi padre», había estado a punto de decir el muchacho; Mary no necesitaba poseer el don de los Treddaway para saber que eso era lo que cruzaba por la cabeza de Lloyd. Sabía perfectamente por lo que él estaba pasando en ese momento; la primera fase de la pérdida era la negación, por eso Lloyd se mostraba de buen ánimo de vez en cuando y olvidaba el deceso de su padre.

«Sé exactamente lo que sientes —dijo ella para sus adentros. Puso su mano en el hombro de Lloyd para transmitirle su apoyo más que para decirlo; lo que uno menos quiere en esos momentos es que haya personas diciéndote *lo siento* a cada instante—. Y no se vuelve mejor, ni menos doloroso.»

Lloyd la miró por encima del hombro y sonrió fugazmente antes de volver la vista al frente.

«Al parecer River Town no es sólo un lugar sin secretos, sino un lugar para huérfanos.» Y lo pensaba por Philip y sus hermanos, por los hijos del señor Hornwood, por Andrew y Abigail, por los hijos del señor Westwick,

y los demás.

Mary lanzó un vistazo hacia su hermano, aunque incrédula de su inesperada reaparición. Sam estaba arrullado como una cría de ternera, en la carreta que tiraba la montura de Lloyd, entre una manta de fieltro que rescataron de la posada de Claudine. Desde ese ángulo, Mary no alcanzaba a ver si estaba dormitando o si sólo contemplaba el camino que dejaban atrás, temiendo que su captor estuviera cerca para llevárselo de vuelta. Cuando meneó la cabeza, alerta (confirmando que era la segunda figuración de Mary), su cabellera castaña oscura reflejó opacas ondulaciones de aquella lóbrega luz diurna.

«Qué diferente será todo ahora que estás a mi lado», pensó ella con entusiasmo. Ya quería contarle a Sam todo lo que había aprendido esas últimas semanas sobre el Mundo Mágico del que les habló su madre en historias; ansiaba ver las caras de sorpresa de las primas Katterblack cuando los vieran llegar juntos, sanos y a salvo. «¡Y las cartas!», recordó súbitamente. En definitivo se las iba a enseñar a su hermano, pues con el dicho popular sobre River Town, Mary no le veía el caso ocultarle la verdad que había escrita en ellas.

El chico Witheford avanzaba en su montura entre las otras dos de mayor tamaño. En el viaje de vuelta, Grace se hacía cargo de guiar a *Sombra*, que tiraba de la otra carreta. En ella viajaban Abigail y Andrew. Los hermanos le daban la espalda, con vista al final del camino, envueltos por una rígida manta de lino grisácea, otra adquisición de la última Morada, y sus capas verdes oscuras. Andrew descansaba la cabeza sobre el hombro de su hermana, que lo envolvía entre sus brazos como una madre.

«Mil veces más.»

Andrew no había dicho una sola palabra desde que Abigail y los demás volvieran con él al bosque, huyendo de un grupo de subordinados bastante numeroso. «Ni siquiera me ha mirado —pensó Mary, dolida. La gélida indiferencia de Andrew la intranquilizaba. Pero ya habría tiempo para hablar—. ¿Debería agradecerle lo que intentó hacer por Sam (y por mí), o abofetearlo por casi causarse la muerte?» Pronto lo descubriría.

De momento, y en eso no había discusión, lo más importante era llegar a casa.

Capítulo 5

HOGAR

—¿Deberíamos entregársela al Gremio?

—Todavía no.

Elise miraba la carta de Darkling con profunda desconfianza, como si fuera un veneno.

—¿Por qué? —insistió, volviendo la vista hacia Céline.

Ésta resopló y torció los ojos. Se podía imaginar el revuelo que causaría el contenido de aquella carta en el Gremio y en el resto de seres mágicos en el pueblo. «Entrégate, Mary, y sé su salvación... y la mía.» Céline se preguntó qué habría querido decir Darkling con aquello.

—Quiere a Mary —señaló Céline. Y se volvió para clavar en su hermana una mirada vehemente—. Eso ya lo sabíamos, pero tú viste lo que decía la carta sobre «su salvación»; no sabemos lo que quiere decir con eso, pero es sobre seguro que inquietará mucho a los miembros del Gremio.

Puso una mano en el hombro de su hermana.

—Debemos actuar con cuidado, Elise.

Elise la miraba impávida, o como si se hubiera vuelto loca. Guardaron silencio.

Acababan de regresar de la cabaña Treddaway después de buscar un indicio del paradero de su prima o de los hermanos, pero aquella búsqueda fue infructuosa, salvo, claro, por la perversa carta que confirmaba la supervivencia de Darkling, entre otras cosas. «Pronto nos uniremos, y serás una reina de las sombras, como debió ser tu madre.» Al recordar aquellas palabras, Céline se estremeció.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Elise, volviendo la vista hacia su hermana.

Céline meditó un instante.

—Ahora —dijo más calmada— lo mejor sería llevarle la carta a nuestro padre. Él sabrá qué hacer. —Aunque tenía serias dudas sobre aquello, dado al extraño comportamiento de los últimos días del señor Katterblack.

—¿Y qué hay de Mary? —atajó Elise, inquieta—. Se supone que estaría con Abby y Andrew, pero no fue así. Deberíamos, al menos, reportar al Gremio la desaparición de Mary, Andrew y Abigail. Si Darkling está vivo y libre... ellos quizás... —Se interrumpió con un estremecimiento. Suspiró.

Céline frunció el ceño.

—Pero... ¿está libre? —dijo, lentamente.

Un énfasis, bastante marcado en la pregunta, hizo que Elise imitara su ceño fruncido.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

«Ahora, el joven Treddaway se encuentra prisionero de Mahlon West, que planea hacer de él picadillo para los argones», afirmaba Darkling en la carta. Céline sentía una dolorosa aprensión en el pecho. Si bien Andrew y Abby jamás fueron de su especial cariño, no podía evitar sentir una punza de lastima por ellos, que habían perdido a sus padres y habían tenido que hacerse cargo de sus vidas cuando estas apenas empezaban.

El corredor de las habitaciones y Elise aguardaban en silencio, expectantes a su respuesta. Céline arrojó una mirada furtiva a los lados, luego tomó a su hermana por el codo y la condujo hacia su habitación. Cerró la puerta.

—Kenneth es Darkling —comenzó Céline—. Y Kenneth está encerrado en una celda mágica en la comisaría del pueblo. ¿Cómo podría estar vivo y libre al mismo tiempo? Aún no sabemos qué ocurrió ayer en la reunión del Gremio. —«¿Y cómo lo sabríamos? Padre sigue sin salir de su habitación»—. Quizá todo sea una pantomima de Mahlon West para hacernos caer en una trampa. En la carta asegura que tiene a Andrew, y que él encontró a nuestro primo. —Su voz sonaba más aguda de lo habitual—. ¿No lo ves? Está intentando que Mary vaya hacia él, provocándola, y por su repentina desaparición, lo más probable es que lo haya logrado. Quizá... quizá... —Dándole la espalda a Elise, pensó en otra opción. Cuando la obtuvo, se volvió en redondo—. Quizás Philip pueda decirnos qué ocurrió ayer.

—¿Philip? —barbotó Elise.

Por lo visto aquel nombre tenía el don especial de devolverle la voz.

—Sí —explicó Céline—. Philip Holbrooke ahora ocupa su lugar como miembro del Gremio de River Town. Él nos podría decir qué ocurrió ayer.

—Aún temo que algo le haya sucedido a Mary. Y a Andrew.

—Yo también —dijo Céline. Lo decía en serio—. Pero debemos esperar un poco.

—¿Cuánto? —insistió Elise.

Céline no sabía la respuesta.

* * *

Hogar. Aquel lugar se había convertido en unas semanas en eso para ella, pensó Mary. Ella esperaba que también lo fuera para su hermano, aunque estaba casi segura de que así sería. Había visto un resplandor especial en los enormes ojos jades de Sam mientras atravesaban las calles de River Town.

La señorita Atwood le había dicho que aquél lugar poseía un encanto muy atrayente para las criaturas mágicas. Mary estaba segura de ello.

Próximos al ocaso, llegaron al pueblo, con una afluente de personas bastante escasa. Quizá por el tiempo ominoso, ya que había quien creía que un día gris auguraba eventos negros. Quizá por el natural temor de los habitantes de River Town al asesino que ha venido haciendo de las suyas en el último año; primero, la muerte de Henry Hornwood, luego los acontecimientos del baile del solsticio y las muertes que acaecieron esa noche, y la macabra escena de Joseph Westwick atravesando el mercado del pueblo. Sobraban las razones para temer. Había una conocida frase entre los seguidores de la luz, y que Mary encontraba particularmente adecuada para aquellas circunstancias. «Tiempos oscuros están por venir», decía. Era un augurio estremecedor.

El viaje de regreso a River Town no fue tan escabroso como habían anticipado, dado que transcurrió sin que Mahlon West les hubiera seguido el rastro u ocurriera una persecución continuada por un encuentro que acabaría con algunos muertos. En definitiva, no fue así. Mary estaba agradecida por ello.

Lloyd, con quien compartió la montura durante el trayecto, le narró los detalles de lo que sucedió en la ruinas de la fábrica Cartwright. Tuvieron uno que otro enfrentamiento con los subordinados de Mahlon West, sí; pero el nigromante estuvo como el sol en aquel lóbrego día: sin aparecer. Después de hallar y liberar a Andrew, una mesnada de subordinados intentó atacarlos cuando se disponían a escapar.

—Eran tres a uno —apuntó Lloyd.

Y por si fuera poco, el espacio era reducido para hacer todo alarde de sus conocimientos de combate. La única oportunidad de salir se le ocurrió en medio del aprieto, afirmó Lloyd con un ápice de orgullo. Se le ocurrió cegar los sentidos de los subordinados, vista y oído, con el don de la luz de los Blackfell. Aquello supondría un lapso de tiempo bastante limitado para huir de sus perseguidores, antes de que la magia oscura que los ataba a su adiestrador acabara imponiéndose.

—Entonces ¿qué ocurrió después? —inquirió Mary absorta por el relato.

—Salimos por la parte posterior —repuso Lloyd—. Pero cuando mi campo visual de los subordinados quedó interrumpido, también lo quedó mi magia. Por eso, ellos aún iban tras nosotros cuando avanzábamos hacia el bosque. Lo demás, ya lo sabes.

Más que saberlo, Mary había presenciado cuando su hermano azuzó a *Buffer*, su argón, para que atacase a los subordinados, y así creara una distracción que diera tiempo suficiente a los jóvenes de reunirse en el bosque y escapar, con una ventaja inexorable contra sus perseguidores. Aunque era evidente la alegría que sentía su hermano de volver a su lado, había permanecido callado, tal vez temiendo que su único y verdadero amigo durante su estadía en Collin's Meadow hubiera muerto en la incursión. «¿Quién lo habría imaginado? —pensó Mary, ensimismada—. Un niño y un argón como su mascota.» Se preguntó si su hermano sabría la historia de la conquista de Uron y sus argones en el Imperio Umbrío.

La primera parada que hicieron, una vez en River Town, fue en el hospital, que presidía el padre de Grace.

Frederick Startclyde no estaba en ese momento, pero otro de los médicos, de nombre Hiram, cuya naturaleza hadúna Mary descubrió gracias a sus enormes ojos jade purpúreo y la resplandeciente sonrisa que mantenía en sus labios. Era apuesto, desde luego.

—Siento pena por Hiram cuando mi hermano despierte —comentó Abigail. En efecto; habían dejado a Andrew en una de las habitaciones del hospital mientras éste estaba profundamente dormido—. Odia estos lugares. Pero si lo hubieran sentido, estremeciéndose contra mí como un pequeño, no habrían pensado en un lugar mejor para llevarlo. Temo que Mahlon West lo haya quebrado. Apenas me reconoció cuando yo entré... y...

Se calló, abatida por una fuerte sacudida. Grace se acercó a su lado, y permitió que la otra chica sollozara contra su hombro, mientras la arrullaba y le susurraba palabras de consuelo. «Estará bien», y cosas del mismo carácter. Aquella muestra de cariño se ganó algunas miradas hastiadas de las personas que colmaban la sala de espera.

Mary no había reparado mucho en Andrew, más allá de su aspecto que era bastante preocupante. Ni siquiera habían cruzado una mirada, como si el muchacho evitase aquella nimia casualidad por temor a herirla o herirse. ¿Qué le habría hecho Mahlon West? Andrew estaba demacrado, sí, un poco magullado, unos pocos golpes aquí y allá, desnutrido y en extremo pálido por la falta de luz en su celda. Si bien no lo había estudiado por completo dada la complejidad de su rescate y la huida, Mary había visto lo suficiente para darse cuenta si había muestra alguna de una tortura funesta, como mutilación de algún miembro o flagelación, incluso Andrew había llegado a la zona de resguardo en el bosque por sus propios medios, caminando aunque algo irregular.

—¡GRACE!

La voz tronante llegó del otro extremo de la sala. Todas las miradas se volvieron. El señor Startclyde, con su impecable bata blanca de médico, se hallaba absorto en el umbral.

—Papá —musitó Grace. Ya entonces se había apartado de Abby, pero Grace tenía su brazo sobre el hombro de la otra, y ahí lo mantuvo incluso ante la presencia de su padre. Fue Abigail quien puso un poco más de distancia—. ¿Qué ocurre?

Startclyde se aproximó.

—¿Dónde has estado? —inquirió, preocupado, tomó a su hija con suavidad por los hombros antes de que la chica tuviera alguna oportunidad de responder, luego la estrechó contra sí con una ferocidad paternal que enterneció a Mary. Una vez apartados, Startclyde repitió—:

¿Dónde has estado? No te he visto en todo el día, y Eloise dijo que no has estado en casa desde anoche... Estaba preocupado... yo... —Hablabas con rapidez.

—Papá —lo cortó Grace con firmeza—. ¿Qué sucede? Estoy bien.

Por primera vez, el señor Startclyde dirigió una mirada a los acompañantes de su hija.

—¿Dónde han estado todos? —preguntó a nadie en particular—. ¿Y por qué están aquí?

—Es una larga historia, papá —dijo Grace—. Ya habrá tiempo de contártela, estamos aguardando a Andrew.

—¿Andrew? —Startclyde miró a Abby—. ¿Qué le sucedió a tu hermano?

—Mahlon West —graznó Abigail. Sus ojos desbordaban una furia tan profunda como un océano—, eso fue lo que le sucedió. —Suspiró hondo—. Y no es lo peor —añadió—, Darkling está vivo y está libre.

Si aquella revelación sorprendió al señor Startclyde, este no dio muestra de ello.

—Ya lo sabemos —dijo finalmente—. Han estado todo el día fuera que no se han enterado de las muertes. —Paseó la mirada por la estancia, a fin de asegurarse de que nadie los estuviera viendo. Luego continuó en voz baja—: Alguien asesinó a Kenneth Hornwood y a Caroline Reedster. Hasta entonces no teníamos la certeza de que se tratara de Darkling... —Se detuvo y arqueó una ceja—. Pero ¿cómo están tan seguros que se trata de Darkling? —preguntó.

Los chicos cruzaron una mirada.

—Una carta, señor —apuntó Abigail—, del mismo Darkling. Pero me temo que no la traemos con nosotros.

Oyeron unas puertas. Unos segundos después, Hiram estaba con ellos.

—Tú hermano ha despertado —anunció—. No quiere que lo examine, salvo que tú estés dentro cuando lo haga. Y... —Paseó la mirada por el grupo, y la detuvo en Mary—. Supongo que tú eres Mary, ¿verdad?

—Sí —fluctuó ella—. ¿Quiere que yo...?

—Oh, no —la interrumpió el sonriente médico—. Andrew se ha mostrado muy reacio a que no te permitiera entrar a su habitación bajo ningún motivo. Dado su estado, y a que seguramente tu presencia podría

alterarlo, debo mostrarme de acuerdo. Lo siento, señorita.

Dicho esto, Hiram sonrió, giró sobre sus talones y se alejó, no sin antes hacerle una seña a Abigail para que lo siguiera. La joven tenía una expresión absorta en el rostro, murmuró un «Lo siento, Mary» antes de alejarse en pos del médico. Y hasta que no desaparecieron de su campo visual, cuando doblaron otro corredor, Mary no había caído en la cuenta de lo terrible que había sido para ella escuchar aquellas palabras.

«No quiere verme. ¿Por qué?» Se llevó una mano al pecho y bajó la mirada. Sentía como si la hubiesen abofeteado... Así había sido, de cierta forma.

—Mary... —oyó decir a Grace.

Pero Mary ya estaba cruzando la estancia hacia la salida. Antes de atravesar la puerta, tragó una gran bocanada de aire. Afuera la aguardaban Lloyd Blackfell y Ulises Witheford, con las monturas, las carretas y su hermano, y lo que menos quería en ese momento era intranquilizarlos. Una briza fresca le rozó el rostro cuando la puerta se abrió para dejar entrar a un par de visitantes. Mary inhaló profundamente; olía a humedad, sí. Se pasó el dorso de la mano por las mejillas, enjuagó sus ojos y dio otro suspiro más profundo para enfundarse de serenidad.

Si bien a Mary le dolía que Andrew no quisiera verla, más dolor sentía pensar que su sufrimiento tuviera algo que ver con ella. Avanzó un paso y evocó la imagen de la otra noche con Andrew, en el jardín Katterblack. «Y lo haría de nuevo. Mil veces más.» Antes, aquéllas palabras la habían conmovido. Ahora, al pensar en ellas, se estremecía.

Otro suspiró y salió. Había anochecido por completo y las calles del pueblo estaban tenuemente iluminadas por postes de gas; apenas uno que otro viandante caminaba de aquí allá como un ser noctámbulo, aunque eran las siete. Mary se abrazó a sí misma y dejó escapar un vaho blanco, dando pasos rápidos para rodear el edificio, hacia donde la esperaba el resto.

—¿Cómo está Andrew? —preguntó Ulises, intranquilo por el bienestar de su amigo; sus palabras también salieron en un vaho blanco.

—Está bien. —Fluctuó; el frío tenía una mano gélida que le apretaba la garganta. Se frotó las manos en busca de un poco de calor y se las llevó a la boca. Luego añadió con menos oscilación—: Siendo sincera, está

afectado por lo ocurrido con Mahlon West, lo que sea que haya sido.

—De modo que ya despertó, ¿eh? —dijo Lloyd—. ¿Ha roto algunas narices allá dentro?

La nariz de Hiram, al menos, estaba intacta la última vez que lo vio hace un instante.

—No, pero está indispuerto. —Antes de continuar lanzó una rápida mirada a la carreta que ocupaba Sam, dormitando entre un montón de mantas como un bendito—. Abigail acaba de entrar a su habitación. Andrew se niega a que lo examinen, salvo que ella esté ahí. No quiere a nadie cerca...

Se interrumpió abruptamente.

—¿Qué sucede, Mary? —Lloyd se irguió, con el ceño fruncido.

—Nada —mintió. «No quiere verme», quiso decir—. Es hora de volver a casa.

* * *

Media hora después de hacerle llegar el mensaje mágico, Philip se apareció en la mansión Katterblack con una expresión de evidente intranquilidad. Quizás, intuyó Céline, estaba preocupado porque Darkling estuviera intentando hacerse con Mary como ya había hecho en dos oportunidades, ambas en el mismo lugar.

Por otro lado, estaba Elise...

—Philip, lamentamos hacerte venir aquí con tanta premura —dijo Elise en tono solemne—. Pero han ocurrido cosas extrañas y Céline y yo creemos que tú eres el único que puede ayudarnos a saber la verdad.

—No hay problema. —Philip bosquejó un amago de sonrisa—. ¿Dónde está Mary?

—Esa es una de las cosas extrañas —apuntó Céline—. Ha desaparecido.

Philip frunció la cara.

—¿Desaparecido? —repitió absorto.

—Sí. —Céline se apartó un mechón de cabello de la cara—. Y también los Treddaway. Verás...

Le contaron sobre la visita a la cabaña de los Treddaway, el motivo que las llevó a ese lugar y lo que encontraron allí. Céline le entregó la

carta de Darkling a Philip. Claro, cuando la dejó en sus manos no reveló de quién era la misiva. Una vez este lo descubrió, levantó la vista con una expresión de intenso estupor.

—Aún no sabemos lo que sucedió ayer en la reunión del Gremio —continuó Céline—. Hace algunas horas recibimos la visita del oficial Sawyer para comunicarnos la muerte de Ken y Caroline, pero debe haber un error. Y Sawyer no quiso dejar saber muchos detalles. ¿Cómo es posible que Darkling siga vivo si Kenneth está muerto?

—Es posible —afirmó Phil, serio, sombrío.

—¿Qué quieres decir, Philip? —le preguntó Elise con voz aguda e intranquila. El temor era tan visible en su rostro como en el de Céline.

Hubo una pausa. Philip suspiró hondo y empezó:

—En efecto, Kenneth es Darkling... lo era al menos la noche que los atacó. —Luego reveló los detalles que narró Ken en la reunión con el Gremio: sobre la maldición, la transferencia de esta y el origen del mal—. El Gremio cree que si Darkling sigue vivo, no es a través de un Hornwood.

—¿Quieres decir...? —empezó Elise, como una niña asustadiza.

—Sí. —Phil las miraba fijamente—. Darkling cambió de cuerpo, la maldición fue transferida la noche que irrumpió aquí. —Con una ligera mirada soslayó el gran espacio que abarcaba la estancia del recibidor de la mansión Katterblack—. Por cierto, ¿dónde está el señor Katterblack?

—En su habitación —repuso Elise—. No se ha sentido muy bien en los últimos días. Estuvo aquí cuando vino Sawyer, luego volvió a su habitación y desde entonces no ha salido. Mi padre ha estado bastante afligido desde la partida de nuestra madre, ¿verdad, Céline?

«Cambió de cuerpo.» Céline estaba tan absorta por la revelación de Philip, que reaccionó tardíamente. Advirtió que Phil la estaba observando con una extraña e intensa fijeza; si bien Elise no había entendido la indirecta, ella sí. «Mi padre —pensó con horror—. Quiere decir que Darkling está en mi padre.» Y quizá tuviera razón; después de todo ella había estado semiinconsciente cuando su padre le clavó la *Rhiptus* a Darkling; había oído aquella risa impregnando la estancia cuando una misteriosa nube blanquecina lo cubrió todo.

Céline pestañó.

—Debemos hacer algo —dijo con celeridad—. Me refiero a la

desaparición de Mary y los Treddaway.

—Ahora que lo pienso, Lloyd no estuvo hoy en la reunión del Gremio. —«Y tu padre tampoco», era una añadidura tácita en la afirmación de Philip—. El señor Witheford comentó, cuando salía, que no había visto a su hijo en todo el día. Quizás...

Hubo una pausa.

—Es lo mismo que pienso yo —dijo finalmente Céline. Era obvio que Philip había llegado a la misma conclusión—. Han ido a por Andrew y Sam.

—¿Qué? —chilló Elise.

Se oyeron pasos bajando la gran escalera. Los tres se volvieron. Se trataba de Tara y Olee, apresuradas y sonrientes como si las persiguiera el espíritu de la bienandanza. Una continuó su marcha hacia la salida, mientras la otra se detuvo frente a ellos.

—Se trata de la señorita Mary —jadeó Olee, rubicunda por la maratón—. Está afuera. Y no viene sola.

* * *

La calurosa bienvenida estuvo colmada de abrazos y regañinas en partes iguales. Elise y Céline acaban de descubrir que Mary y los hermanos Treddaway llevaban ausentes todo el día (uno de ellos casi una semana), y habían hecho acudir a Philip a la mansión Katterblack para que, de alguna forma, las ayudase en una posible solución.

Al menos eso fue lo que le contaron a Mary cuando la llevaron a parte.

Olee se estaba haciendo cargo de preparar una de las habitaciones para Sam, mientras Tara llevaba al jovencito a la cocina para que comiera algún pábulo. Samuel se mostró notablemente aliviado de finalmente llenar su estómago tras un día entero de huidas y viajes. La atmósfera de la sala de estar de los Katterblack estaba cargada de una fría tensión. Suttr entró y dejó sobre la mesita de centro té, galletas de mantequilla y frutos secos.

Mary no recordaba cuándo fue la última vez que comió algo sustancioso, de modo que se sentó en uno de los sofás y cogió una galleta; luego otra, y otra... Se detuvo cuando notó que era la única que disfrutaba el aperitivo.

—Hallamos esto en la cabaña de los Treddaway —dijo Céline, tendiéndole la carta de Darkling.

Mary, absorta, bajó despacio la galleta. Se le hizo un nudo prieto en el estómago. «Entrégate, Mary —decía una voz amarga en su cabeza—. Entrégate, entrégate, entrégate.» Contuvo el aliento un instante, luego lo soltó paulatinamente. Céline aún sostenía hacia ella la carta de Darkling.

La cogió.

—¿Qué crees que quiera de ti? —le preguntó Céline.

—No... lo sé —vaciló Mary. La carta oscilaba como una hoja de otoño que se negaba a caer.

—¿Y dónde están Abigail y Andrew? —oyó decir a Elise.

Mary dejó la carta en su regazo y levantó lentamente la vista. Phil tenía el ceño levemente fruncido, sus ojos eran de un marrón extraordinario. Céline y su hermana también la reparaban con una mirada que evidenciaba una clara expectación.

—Están bien —dijo finalmente—. Ambos. —Les contó con lujo de detalles (al menos lo que ella sabía) qué sucedió en la posada donde hallaron a su hermano y luego en las ruinas de la fábrica Cartwright, ambos partes en Collin's Meadow—. Apenas logramos escapar; ellos venían tras nosotros... —Pero consiguieron huir, era evidente, y sin ninguna pérdida que lamentar. ¿Habría sido cuestión de suerte? Mary no estaba segura de ello.

Cuando acabó de narrar los eventos, no sabría decir cuál de las hermanas Katterblack parecía más absorta por la historia. Sin embargo, Philip parecía impasible, salvo por la leve arruga entre sus cejas. Había tantas cosas que quería decirle al chico, pensó Mary, cosas que había descubierto poco antes de partir a aquella peligrosa incursión de rescate; por ejemplo, sobre su tío Horace y lo que éste estaba haciendo en el ático de la casa Holbrooke. Se preguntó si él ya lo sabría.

—Deberíamos entregarle la carta al Gremio, definitivamente —apuntó Céline, con una mirada recelosa en el sobre que sostenía Mary.

—¿Qué piensa tu padre? —le preguntó Phil.

—Mi padre no sabe nada. —Céline desvió la vista. De pronto, estaba sombría y nerviosa—. Como ya sabes, Philip, mi padre no ha abandonado su habitación en varios días. Salvo esta mañana, cuando vino el oficial Sawyer.

Céline y Philip compartieron una mirada fugaz y extraña, que, con seguridad, sólo Mary alcanzó a percibir. ¿Qué estaba pasando por las cabezas de aquellos dos? Mary jamás se habría imaginado una complicidad entre ellos. Sin embargo, ahora que mencionaban a Richard Katterblack, recordó la profunda animadversión que sentía hacia él en esos momentos.

—Yo puedo presentar la carta ante el Gremio —se ofreció Phil. Y tendió su mano hacia Mary, que alzó gradualmente los ojos hacia él—. Esto seguramente ayudará a aclarar la muerte de Kenneth Hornwood y Caroline Reedstter. La naturaleza de sus muertes es tan misteriosa como perversa.

—¿Murieron juntos? —preguntó Mary.

Phil bajó la mano, aún vacía.

—Sí —suspiró—. Creen que... había una relación entre ellos, aunque el señor Reedstter se empeñe en negarlo.

—Y con justa razón —señaló Céline—. Conocí a Caroline, y ella nunca se enredaría con alguien como Kenneth. Pobre Ian, era muy unido a su hermana. Debe estar destrozado por su muerte, así como el mismo señor Reedstter.

—Así es —confirmó Philip. Tras otro suspiro y una brevísima mirada hacia Elise, añadió—: Stephen lucía muy demacrado en la reunión de hoy, no paraba de acusar a Wallace de la muerte de su hija ni de discutir con cualquiera de los miembros del Gremio que instara a su ira.

—¿Wallace? —dijeron las hermanas Katterblack al unísono, luego se miraron entre ellas.

—¿Quién es Wallace? —inquirió Mary.

—El sepulturero —repuso Elise—. Wallace Flint se encarga de cuidar el cementerio de River Town. —Se volvió hacia Philip—. ¿Qué tiene que ver en todo esto?

Philip pareció encogerse con la pregunta, pero respondió con un resumen, aderezándolo con algunos detalles que no mencionó de la historia de la maldición de los Hornwood. Mary tuvo que escuchar otra síntesis aún más corta sobre la naturaleza de esa maldición para comprender mejor lo que había ocurrido desde la primera aparición de Hornwood.

Hasta entonces Mary no había caído en la cuenta de que había

perdido a un hermano antes siquiera de conocerlo. Dudaba que el señor Hornwood le hubiera mencionado a su esposa o a sus hijos el amorío que tuvo con la madre de Mary, o que ésta era el resultado de aquel secreto romance. «Seguramente ni mi padre sabía de mí —dijo para sus adentros—. Y si no era así, ¿por qué nunca regresó a reclamar a su hija?» Ella tenía derecho a conocerlo. Con todo, el nombre de Henry Hornwood era ajeno a sus sentimientos, igual a su corazón.

—Ya debo irme —anunció Philip—. Mis hermanos... no debería dejarlos solos mucho tiempo si Darkling está por ahí, ¿no creen? —Sonrió nerviosamente.

Hubo otra mirada extraña con Céline.

—No te olvides de esto —soltó Mary. Y le tendió la carta, que hasta entonces había olvidado que tenía. Cuando se libró de ella fue como si el alma le volviera al cuerpo: había sentido también que una sombra caía sobre ella. Darkling seguía vivo—. Adiós, Philip.

—Adiós —se despidió él.

Elise lo acompañó a la puerta. Mary se disponía a buscar a su hermano, cuando éste y Tara retornaron de la cocina. Sam lucía más rozagante que antes, y más cansado. Para dar prueba de ello, bostezó abiertamente. Céline se mostró más jovial que escandalizada ante aquella falta de cortesía.

Samuel cayó en la cuenta de esto, enrojeció y se disculpó impresionablemente. Las hermanas Katterblack se desternillaron. A Mary le hubiese gustado que estuviese allí la tía Alice, tal vez ella encontraría en Sam un poco más de su hermano fallecido que en Mary, que, naturalmente, no era de su sangre.

Tara se adelantó hacia Mary, solemne como una mariposa en una tormenta.

—¿Segura que no quiere comer nada, señorita? —le preguntó con timidez.

—No. —Sentía muchas cosas, pero no hambre—. Me gustaría un baño y un poco de leche tibia, por favor —dijo. Solo quería acostarse y dormir—. Es todo lo que quiero.

* * *

Yacía de espaldas. Su hermano se estremecía espasmódicamente entre las sábanas, que dejaban descubierta la parte superior de su dorso, allí donde habían líneas blancas como heridas cicatrizadas a la altura de los hombros.

Quizá su agitación se debía al gélido aire que imperaba en la habitación, pensó Abigail. Ella misma estaba empezando a sentir las punzadas de aquel frío en su propio pellejo. Sin embargo, cuando Andrew empezó a balbucir palabras ininteligibles, supo que el frío no tenía nada que ver. Abby se puso en pie y se acercó a la cama.

Andrew se aferraba enérgicamente a las sábanas, con dedos dispuestos como garfios apunto rasgar la tela. Abby tenía miedo de despertarlo, pues era evidente que se trataba de una pesadilla. Y aún peor, temía tocar una de las pálidas heridas de su brazo. «No», decía. Abby se acercó más, intentando auscultar mejor sus palabras. «Ella, no... Mary —dijo. Y se detuvo abruptamente—. No, no... ella...»

Abby no soportó más.

—Andrew —llamó, moviéndolo una y otra vez por el brazo. Pero su hermano se rehusaba, engullido por el manto oscuro que aquella pesadilla suponía en su cabeza—. Andrew, despierta... Andrew, ¡Andrew!

Segunda parte

CEREMONIAS NOCTURNAS

Capítulo 6
ACERCA DE LA SALVACIÓN

Al verla, emociones intensas se le patentaron en el rostro con una mueca bobalicona y una pronunciada «O» en sus labios. Mary se los cubrió pronto con las manos y, un poco avergonzada, desvió la vista hacia Céline. Su prima, radiante como siempre, le devolvía la mirada con igual entusiasmo —aunque, seguramente, ella había estado en ese lugar cientos de veces—, y asintió, indicándole con un gesto que se aproximara a los estantes.

Mary, vacilante, se apartó las manos de su boca y, una vez más, miró la estancia con embeleso. Era un deleite. La biblioteca de los Katterblack. Se preguntó cuán grande sería la biblioteca de los Blackfell. En una ocasión, Céline le había asegurado (con tanta modestia le fue posible) que los Katterblack tenían la segunda mayor biblioteca del pueblo, detrás de los Blackfell. Y ciertamente, aquél parecía un mérito bastante difícil de superar.

El recinto era amplio —quizás el segundo de mayor tamaño de la mansión Katterblack, por detrás de la sala común—, alto y de forma circular, cubiertas las paredes en su mayoría por estantes y libros, que parecían perderse en el borde superior de los muros. Aquello parecía más la torre de un castillo que un simple salón de lectura. Extraño, pensó Mary, recorriendo los lomos de los libros de una repisa inferior con el dedo; que una estructura como esa no se divisara desde la fachada exterior de la mansión Katterblack.

Magia, seguramente.

No tenía galerías para llegar los estantes más encumbrados; en su lugar, un par de escaleras largas que se podían desplazar en rotación siguiendo el curso de la biblioteca, como indicó Céline. Al frente, una extensa ventana con forma de arco y flanqueada por pesadas cortinas de

terciopelo color champagne. En ese momento, estaban abiertas. A través del cristal se tenía una vista frontal y más majestuosa del jardín trasero de la mansión. Mary suspiró, fascinada. La luz, blanca y diáfana, entraba a raudales a la estancia colmando cada rincón y revelando las motas de polvo que flotaban en el aire.

—¿Qué te parece? —preguntó Céline.

—Maravillosa —dijo Mary volviéndose. Su prima seguía cerca de las compuertas, con las manos tomadas delante de la falda del vestido, y una sonrisa inmutable—. Maravillosa, de verdad, Céline. Y todos estos libros... ¿Tratan sobre la magia?

La idea de aprender más sobre el Mundo Mágico, del que había estado apartada la mayor parte de su vida, la inquietaba y la emocionaba en partes iguales. “Un hombre no puede saberlo todo”, era una frase de su padre. Y naturalmente, a ella le tomarían muchos años tener el suficiente conocimiento para defenderse en la magia por su cuenta.

No obstante, y por alguna extraña razón, amaba aprender cada vez más sobre lo que por muchos años había estado cubierto por un fino velo. «Mi padre —pensó—; fue él quien puso ese velo en primer lugar.» Pero lo había hecho para protegerla, protegerla de criaturas como Mahlon West y... Darkling. Se estremecía cada vez que pensaba en ese nombre. Darkling seguía vivo, de eso no tenía ninguna duda; y seguía libre, habitando el cuerpo de alguien más o, simplemente, en el aire.

Aquella posibilidad bien valdría otros estremecimiento.

—¿Qué sucede, Mary?

Céline la estaba viendo, intranquila. Mary no había caído en la cuenta de que había estado ensimismada por algún tiempo.

—Nada —dijo, ocultando sus ominosos pensamientos con una sonrisa—. Estoy bien.

—¿De verdad? —Obviamente, Céline no estaba convencida. Enarcó una ceja.

—De verdad. Sólo estaba pensando... —Sonrió más y desvió la mirada—. Estoy bien.

Más que bien, feliz. Más feliz de lo que había estado en mucho tiempo, indudablemente. Sam estaba de vuelta junto a ella, los últimos tres días tras la incursión a Collin's Meadow habían sido tranquilos como sólo podrían serlos en un pueblo aparentemente en medio de la nada. El río

finalmente parecía volver a su cauce. Pero nada podía ser tan bueno.

Por supuesto, estaba el insigne peligro que representaban Mahlon West y Darkling para la gente común —y mágica— de River Town.

Y, por otro lado, el extraño comportamiento que mantenía Andrew desde su rescate: evitaba ver a la mayoría de las personas —a todas, ciertamente, salvo a su propia hermana— y jamás salía de su habitación. El Gremio, y eso incluía a Philip, tenía conocimiento de lo qué le pasó realmente a Andrew y la causa de su errático comportamiento, pero ninguno (Philip, también) decía una sola palabra al respecto. Algo terrible le sucedió, eso sí, hasta un ciego lo sabría.

—No creo que estés bien —dijo Céline. Otra vez se le notaba preocupada—. Sé que estás pensando en él... Andrew.

Tenía razón. Más que su temor a Darkling o Mahlon, la mayor parte de su azoro incumbía a Andrew. No podía evitar sentirse un poco culpable por lo que fuese que le haya ocurrido durante su cautiverio. «Pero ¿qué estoy pensando? —Era un pensamiento egoísta de su parte—. Esto no se trata de mí, sino de Andrew.» Alguien debía salvarlo.

—¿Qué sabes de él? —preguntó a Céline.

Ésta arrugó el ceño.

—¿Qué podría saber yo, Mary? Y ¿por qué?

—Porque Olee visita regularmente la cabaña de los Treddaway. Y porque tú padre es miembro del Gremio, y ellos saben lo que pasó con Andrew, pues, seguramente, el doctor Startclyde se los contó.

Céline se pasó una mano por el cabello, la parte liza del frente, pues atrás lo tenía recogido en un prieto moño que estilizaba sus afinadas facciones y su respingona nariz; de pronto, notó Mary, tenía la frente brillante.

—Estás equivocada, Mary —dijo en definitiva Céline—. No sé más de lo que tú y el resto saben. Olee sólo entrega sábanas y ropa limpia a los Treddaway en su cabaña, y desde que comenzó a visitarlos, no ha visto una sola vez a Andrew; Olee sólo me contó que Andrew siempre está en su habitación.

Parecía sincera, opinó Mary, aunque con su prima nunca se sabía. Céline sentía particular desprecio hacia los Treddaways, a quienes veía como invasores desde que su padre los adoptó hacía cinco años; en especial, su desprecio caía sobre Abigail, aunque últimamente pacería

sobrellevarla mejor.

—¿Y qué hay de tu padre? —soltó Mary. No tuvo tiempo de pensar en sus palabras, bien sabía que Richard Katterblack pasaba la mayor parte del día en su habitación o en estudio, que llegaba sin que nadie lo viera atravesar los pasillos.

Sobre su padre, Céline no habló. Ya no tenía sentido, seguramente notó en la mirada de Mary que ésta se había respondido a sí misma.

—Te tengo buenas noticias —indicó su prima, volviendo a esbozar su radiante sonrisa. Sus ojos, una extraña mezcla entre castaño y azul, parecían absorber la luz de la estancia, quizá por el ángulo—. Mi madre regresará en dos días, y Leonard vendrá con ella.

—Oh..., esa es una buena noticia, sí. —Mary no había visto a la tía Alice desde hacía una semana, y, claro está, había esperado no verla por un tiempo más dada la razón inicial de su partida—. Sam se sentirá feliz de conocerla por fin.

—Sí. —Céline sonrió. Luego frunció el ceño y preguntó—: Por cierto, ¿dónde está en este momento?

—Mmm...

Y de pronto, como una brisa mágica, la música entró por la puerta de la biblioteca como una estela invisible. Eran Elise y Phil, reanudando sus lecciones de piano. Céline abrió mucho los ojos. Mary se preguntó qué estaría pasando por la cabeza de su prima en aquel momento. Sólo esperaba que no intentara fastidiarla otra vez entre su hermana y su maestro de piano.

—Bien —suspiró Céline—. Te dejaré aquí. Sam debe estar en la cocina, con Adler, ya sabes cómo le gusta al cocinero compartir sus secretos, que ya no son tan secretos. Si quieres tomar uno de los volúmenes, siéntete libre. —E hizo un ademán para señalar la vasta colección—. Podrías leerlos en tu habitación, o en aquéllos muebles de allá.

Como si hubiesen aparecido por arte de magia, Mary se fijó en el conjunto de muebles de estilo inglés que había a un extremo de la ventana.

—Allí la luz favorece —abundó Céline—, al menos durante el día.

—¿Todos tratan sobre la magia? Los libros, quiero decir —preguntó Mary, distraída.

Mary oyó una risa.

—¿Qué sucede? —le preguntó a Céline.

—Es que ya... me hiciese esa pregunta. —Su prima reía por lo bajo.

—Ah, ¿sí? —Frunció el ceño y volcó de nuevo su atención al estante más cercano; allí, notó Mary, los volúmenes eran moles literarias que parecían reunir siete biblias en sus lomos. Contuvo un suspiro.

—Sí, lo hiciste —respondía Céline—. Y te dije que tres cuartas partes de la biblioteca concernían a literatura relacionada con la magia y su erudición. El resto, es literatura de la gente común, que, según mi padre, son mucho más sensitivos en la escritura que los seres mágicos, salvo por los hádunos.

—Vaya. —Mary se hizo con uno de los tomos que llamó su atención; la cubierta era de cuero castaño y la inscripción con el título, en la parte frontal y en el lomo, estaba hecha con hilo de plata que rezaba: *Don Quijote de la Mancha*, por *Miguel de Cervantes*. Era la novela favorita de su padre. Una vez, recordó, hacía muchísimo tiempo, se lo había leído a ella y a Sam, cuando éste tenía cinco años, y Mary, once. Un capítulo cada noche. Entonces habría deseado que no acabara nunca.

Abajo del título, Mary reparó en otro detalle. *Primera edición: 1605*. «Vaya, ¡vaya! —exclamó, encantada, para sus adentros—. Es ¡primera edición!» Eso explicaba que la cubierta estuviera tan gastada, pues, siendo así, tenía casi trecientos años. Emocionada, como si hubiese descubierto un tesoro secreto en la biblioteca de los Katterblack, se volvió hacia su prima. Pero Céline no estaba en la estancia.

La música del piano («Philip, seguramente», pensó) flotaba, constante, sin interrupciones, en el aire rebosante de aquella luz extraordinaria.

Suspiró.

Acto continuo, caminó hacia el conjunto de muebles, apretando el volumen de *Don Quijote* contra su pecho, y ocupó un lugar junto a la ventana. Abrió la cubierta, pensando: «Tenía razón, aquí la luz favorece», y empezó a leer.

* * *

Philip se levantó.

—Lo has hecho fantástico, Elise —apremió a la chica. Quería decir algo más, llenarla de elogios por su notable progreso en las lecciones de piano, y por su belleza. Aquel día, Elise vestía de azul aguamarina y encaje negro, una mixtura que realzaba la claridad de su piel y el contraste que tenía con su oscura melena y sus ojos azules—. Más que fantástico, debo confesar; ni siquiera he tenido que interrumpirte para hacerte las oportunas correcciones.

Elise se sonrojó, aunque intentó ocultarlo ladeando la mirada hacia las teclas del piano.

«Eres preciosa», se limitó a pensarlo. Lo cierto, era que hasta ése momento —que habían llegado al final de la lección del día— había caído en la cuenta de lo sublimemente bella que estaba la joven Katterblack ese día en particular. Si no lo había notado antes no era porque la impresionante luz que entraba a la sala común no le había irradiado en el ángulo correcto, sino porque había estado ensimismado con sus preocupaciones. Horace, su tío, era a quien concernía la mayor parte de aquellos desvelos que lo mantenían descuidado.

—Tuve algunos errores, Philip —repuso tímidamente Elise—. Varios.

—¿En serio? —Entonces, cuando enfocó la mirada, notó que Elise lo estaba viendo fijamente.

—Sí. La mayoría fueron adrede.

—¿Adrede? —repitió él, boquiabierto—. ¿Por qué?

—Estabas distraído. Quería saber cuánto.

—¿Y?

Elise sonrió, aunque confusa, preguntándose qué quería decir Philip con ésa «Y» tan aguda; notó todas aquellas emociones en su preciosa cara.

—Bueno —volvió hablar con timidez—, por lo visto, tienes mejores cosas en qué pensar.

—Lo siento. —Philip suspiró y se dejó caer de nuevo junto a Elise en el banco, como un globo desinflado—. No he podido dejar de pensar en lo que me has contado hace un rato. Sobre... ya sabes quién. —No era capaz de decir el nombre de «Darkling» sin que este le provocara escalofrío.

—Pero ya lo sabías, ¿no es cierto? Sobre... —empezó Elise.

Por lo visto, Philip no era el único que no podía decir aquel nombre.

—Quiero decir —prosiguió ella—, ahora eres miembro del Gremio y

ellos saben lo que ocurrió en Collin's Meadow hacía tres días.

—Cierto. Lo sé. —«Qué estúpido, no puedo ni siquiera mentir — pensó. Y lo peor era que le estaba mintiendo precisamente a Elise por culpa de Horace y su conspiración—. Más vale que no me haga lamentarlo.» Ya sabía de antemano, gracias a su tío, que Darkling no había muerto por la mano del señor Katterblack la otra noche.

—Tranquilo, Philip, todo se resolverá —murmuró Elise.

Phil, de pronto, sintió una mano en su hombro. Giró la cabeza hacia ella. Tragó saliva. Tenía el rostro de Elise tan cerca del suyo como para darle un beso. Nunca habían estado tan cerca, al menos no que ambos estuvieran conscientes de aquella cercanía. Los ojos de la joven Katterblack eran más enormes de Philip lo que había previsto, y más azules también.

Quiso besarla. Tragó salivo —otra vez— y se preguntó si Elise sentiría el mismo impulso, después de todo, y porque Mary se lo había dicho, la joven correspondía a sus sentimientos. «Pero no quiero ser un atrevido, no —se mortificó—. ¿Y qué diría el señor Katterblack si nos descubre?» Seguramente, prescindiría de sus servicios como maestro de piano.

No, no. Phil no estaba dispuesto a perder las lecciones de piano, el poco e invaluable tiempo que tenía de Elise. Se irguió de golpe hacia atrás, poniendo distancia. Fue como si el aire abandonase la estancia por un segundo. Respiró hondo.

Maldijo a Horace mientras se ponía en pie y reunía los textos musicales en una sola resma.

—¿Es cierto que vendrá un *perito* de los Altos Seguidores al pueblo?

La pregunta de Elise lo tomó desprevenido. Philip metía los textos en su maletín de cuero cuando ella habló; se detuvo y alzó los hombros, reflexionando si era correcto o no hablar sobre el tema con la joven Katterblack, dado que estaba prohibido divulgar los argumentos tratados en las reuniones que se llevaban a cabo en el salón de los Viejos Conjuros.

—Es cierto. —Terminó de guardar los textos a la vez que añadía—: Posiblemente, llegue hoy a River Town y se hospede en la mansión de los Blackfell. Y no viene solo, según nos informó, lo acompaña Gustaf Wolfgang. Vienen a indagar sobre la naturaleza de la maldición de los

Hornwood y a fijar si esta ha desaparecido por completo.

—¿Y cómo lo harán? —dijo Elise—. Me refiero, a lo de fijar si ha desaparecido.

Cierto. Kenneth Hornwood había sido asesinado en su celda hacía más de tres días, y, dado los eventos recientes, el Gremio de Seguidores presumía el que asesinato (incluyendo el de Caroline Reedstter) había sido perpetrado por Darkling reencarnado.

—No sé, Elise —contestó Philip, turbado—. Supongo que algo se les ocurrirá.

Elise lo acompañó hasta el recibidor. Phil, a punto de cruzar la puerta y macharse, recordó:

—Por cierto, Elise, ¿cómo está tu padre?

* * *

Igor Fedyenka, *perito* enviado por los Altos Seguidores, arribó a River Town pasado el mediodía. Como su nombre claramente lo sugería, era ruso; por no decir su apariencia, era bastante alto y de piel blanca y brillante. Tenía dos bolas rubicundas por mejillas y labios gruesos como un par de gusanos bien alimentados. Cuando se quitó el gorro (de piel de mapache, advirtió Lloyd), develó su cabello bien cortado color cenizo y su frente abrigada.

Llevaba un pesado capote, que no tuvo reparos de entregarle a la criada de los Blackfell. En River Town hacía un día cálido, y era asequible que alguien venido del norte —tan al norte como era posible— sufriera las consecuencias de un clima como aquel. Igor lo soportaba con elegancia.

—Tú debes ser el primogénito, ¿cierto? —le preguntó a Lloyd con su marcado acento natal. Sus ojos, pequeños y hundidos, tenía un brillo tenebroso.

—Así es, señor. —Lloyd hizo una breve inclinación—. Lloyd Blackfell, para servirle.

Igor resopló.

—Ya veremos. Y tú debes ser...

—Peter, señor. Peter Blackfell. —El hermano de Lloyd imitó la breve inclinación—. Para servirle.

El delegado arqueó una ceja, altivo, y ladeó la vista mientras entregaba su gorro de mapache a la criada que ya estaba cargada con el pesado capote. La criada se marchó y, en seguida, apareció la señora —viuda, más bien— Blackfell, que había estado tan afanada con los preparativos para hospedar al delegado de los Altos Seguidores que no había reparado en los mechones de cabello que se le escapaban gorro.

—Lamento vuestra pérdida, señora —repuso Igor Fedyenka en tono solemne pero sin un ápice de auténtica lamentación—. Supe lo del señor Blackfell apenas hace unos días, espero... eh... ¿cuál es la palabra? ¿Oscurecer? —murmuró algo en ruso (una expresión grosera, Lloyd lo habría apostado). Acabó diciendo—: Espero no... eh... ensombrecer más vuestro luto.

—No, señor, para nosotros es un honor servirle cómo sus anfitriones —afirmó Lloyd. No había tenido elección, claro está. Ahora era «el señor Blackfell», y por ende, era uno de los nuevos miembros del Gremio, y éste había dispuesto que el delegado se hospedara en la mansión Blackfell.

Igor lo escrutó un instante. Con aquellos ojos tenebrosos, Lloyd no se habría sorprendido por que fuera un telépata como Abigail. En ese caso, se habría sentido avergonzado por los pensamientos que habían pasado por su mente sobre el delegado desde que este pusiera un pie en su casa.

—Reedstter se ha mostrado... eh... —repuso Igor— se mostró insistente en que yo y mi subalterno nos... hospedásemos en su hogar.

El oficial Sawyer, el alcalde Oakwater y Stephen Reedstter fueron los encargados de recibir a los delegados en el pueblo y, a continuación, enviarlo al hogar de los Blackfell. El señor Reedstter, por lo visto, no había perdido su oportunidad.

—Claro que no —masculló Lloyd, sin disimulo, y fijó de nuevo su atención en el delegado—. Cierto es, señor, que los Reedstter también están pasando por una pérdida —informó mientras lo escoltaba a la sala de té, seguidos por su madre y Peter—. La hija mayor, Caroline Reedstter, fue encontrada muerta hace tres días por el Gremio.

—¿Y vuestro padre, muchacho? —preguntó Igor, a la vez que ocupaba, suntuoso, uno de los muebles de la estancia. La criada, que se había ocupado del capote y el gorro felpado, apareció más rápido que un colibrí con una taza de té humeante dispuesto en un fino juego de porcelana—. Según los últimos reportes, el señor Blackfell fue

secuestrado por ese... eh... ser maligno que dicen que cayó sobre la familia... eh...

—Hornwood, señor —le recordó Lloyd, sentándose también. Luego se negó al ofrecimiento del té que le hacía la criada, con suma cortesía. Notó, por el rabillo, que tanto Peter como su madre no estaban en la estancia. Lloyd no pudo evitar un poco de orgullo por ser, ahora, la cabeza de la familia; sin embargo, aquello había costado la vida de su padre, por eso bien habría esperado algunos años más—. Mi padre, señor, también fue encontrado hace tres días, en una incursión en la que yo mismo participé, en Collin's Meadow, un pueblo adyacente a River Town.

—Collin's Meadow, sí —murmuró Igor, absorto, sorbiendo de su taza, que humeaba; su marcado acento natal endurecía hasta las frases más cortas, igual que aquél ceño claro y patente que robustecía constantemente su rostro—. Estuvimos allí, sí, de paso, mi subalterno y yo. Es un lugar... eh... ¿miserio?

—Miserio, sí, es correcto —asintió Lloyd—. Disculpe, señor, pero ¿dónde está el joven Wolfgang? Ciertamente, no está aquí.

Igor bajó un poco la taza y mostró un atisbo de algo que podía pasarse por una sonrisa.

—Está con Reedstter —afirmó, y dio otro sorbo al té—. Es muy insistente, ése hombre.

—Sí —estuvo de acuerdo Lloyd. «Una comezón en el culo», habría dicho, pero su padre lo habría desaprobado; tal parece que la muerte de su primogénita no hizo cambiar la indigna actitud del señor Reedstter.

«Se lleva en la sangre, Lloyd —le había dicho su padre en una ocasión—. Las personas así no cambian de naturaleza como se cambian las estaciones del año.» Se preguntó si el joven Gustaf Wolfgang, quien era descendiente de una Reedstter, conocida en la Comunidad Mágica por ser la amante de Ben Holbrooke hace ochenta años, era tan indigno como el resto de sus parientes.

Igor se inclinó, finamente, hacia adelante y dejó la taza sobre el platillo en la mesa de centro; ya no humeaba, por lo que Lloyd concluyó que se había acabado su contenido. Evidentemente, Igor no estaba dispuesto a servirse a sí mismo otro taco del que había en la tetera de porcelana.

—Bien, cuéntame —dijo Igor—, ¿fue aquella maligna criatura de la que me contaron en el último reporte la que truncó la vida de vuestro padre?

Lloyd exhaló, se inclinó y sirvió té, esta vez para ambos.

—No —empezó—. Lo hizo Mahlon West.

* * *

—¿Mary?

La voz era aguda, infantil. Mary entrecerró el libro y aguzó la vista hacia la puerta, donde, en ese instante, aparecía su pequeño hermano. Cruzó la estancia hacia ella, aunque no era su hermana lo que veía.

—Este sitio es enorme —suspiró Sam—. Madre decía que era un castillo. Ya empiezo a creerlo.

—Sí. —Mary sonrió—. Llevo más tiempo aquí, y apenas hoy conozco este lugar.

Sam la fijó.

—¿Qué estás leyendo? —Se inclinó hacia adelante, curioso, y sus ojos color jade se profundizaron ante la luz que atravesaba el ventanal—. Don Quijote. Mi padre...

—Lo sé —se adelantó Mary.

Sam sonrió, brevemente, luego bajó la mirada; era habitual cada vez que recordaban a sus padres: al principio, todo había sido llanto, sonrisas y nostalgia; después, se volvieron momentos silenciosos como ese.

—Por cierto, Sam, ¿dónde has estado? —preguntó Mary.

Sam se encogió de hombros, la sonrisa pícara había vuelto a sus labios, y se sentó de lleno en un mueble contiguo al de Mary, donde empezó a jugar (nada en concreto) con los dedos sobre los apoyos.

—¿Cómo no lo sabes? —rió Mary—. Acaso, ¿te secuestraron las hadas?

Sam frunció el ceño y la miró.

—Lo siento —se disculpó ella. Claro, no era una buena broma, dado el último paradero de su hermano—. Pero en serio, ¿dónde estabas?

—Sutr me llevó con el señor Katterblack —respondió—. Dijo que se moría por conocerme.

Mary, de pronto, sintió que los dedos se le engarrotaban en los apoyos del mueble. Nadie, salvo el mayordomo, había visto al señor Katterblack los últimos días. Ni siquiera Céline, que se decía de la entera confianza de su padre, había conseguido entrar a su recámara. Además, Mary y sus primas tenía la funesta sospecha de que Darkling...

—¿Qué ocurre?

La voz de Sam la arrancó de su ensimismamiento. Parpadeó y, sin planearlo, se irguió hacia adelante. La novela de *Cervantes* golpeó duramente el piso, sobresaltando tanto a la joven como a su hermano.

—Lo-Lo ss-siento —tartamudeó Mary, absorta, inclinándose para tomarlo de vuelta. Cuando alzó la vista, reparó que Sam la estaba observando como si ella se hubiera vuelto loca. Y estaba en su derecho.

«¿Por qué ahora? —se preguntó. Su hermano había llegado a la mansión hacía tres días, y el señor Katterblack no había estado presente en su venida como sí estuvieron sus hijas y los criados—. ¿Qué intenta probar?» Ciertamente, Mary y sus primas no tenían pruebas de que Darkling hubiese retornado en el cuerpo del señor Katterblack, más que la carta que el mismo Darkling dejó oculta en la habitación de Mary y cuya procedencia parecía indicarlo.

Tal vez estaba deprimido. La señora Katterblack había dejado temporalmente su hogar hacía más de una semana, para pasar una temporada fuera del pueblo junto a su hijo Leonard, su nuera y su nieto de un año, en Nueva Orleans.

Como fuese, era muy extraño que —tres días después de su llegada— el señor Katterblack haya solicitado ver en privado a Sam.

—¿Qué te dijo? —le preguntó Mary.

Poco. El señor Katterblack parecía enfermo, según describió Sam, pues yacía en su cama cubierto por un montón de sábanas y las cortinas cerradas. Finalmente lo conocía, había dicho el señor Katterblack, Michael le había hablado mucho de su joven Samuel. Tocía y respiraba dificultoso. El aire, en la habitación, era denso y olía a azufre.

—¿Qué más? —instó Mary.

—Mencionó a... —Frunció el ceño—. ¿Andrew?

—¿Andrew? —repitió ella—. ¿Qué comentó sobre Andrew?

Sam caviló un instante, apretando el ceño que había heredado de su padre. «Al menos —pensó Mary, lóbregamente—, él sí es hijo de Michael

Cartwright.» Aún no le había dicho a Sam que sólo compartían la sangre de su madre.

—Preguntó por Andrew —dijo Sam. Él no había sabido que decirle en ese momento, incluso Mary desconocía el estado actual del joven Treddaway, pero contestó tardío con un «bien, en casa»; sin embargo, Katterblack continuó hablado de Andrew como si no hubiese prestado atención a la afirmación de Sam—. Decía... Decía ¡sálvalo! —citó las palabras de Katterblack con el mismo tono de urgencia que captó en la voz del señor—. Tú, Mary, decía que tú debías salvar a Andrew, que tú eras la única que podías. ¡Sálvalo, sálvalo! —exclamó.

—¿Yo? —inquirió ella, vagamente, para sí.

Lo salvaría, sin duda. Mil veces más.

Pero, para empezar, no sabía de qué exactamente. Andrew se negaba a verla.

No podía salvarlo, se dijo, si permanecía sentada. Se levantó.

De pronto, mientras cruzaba la estancia oyendo los pasos de su hermano tras los suyos, supo la respuesta. Mahlon West había quebrado el espíritu de Andrew, de alguna forma, de eso no había duda; por tanto, Mary debía salvarlo... de sí mismo.

Pero ¿qué sabía ella acerca de la salvación?

* * *

Abby caminaba de un extremo a otro de la sala. Grace empezaba a impacientarse.

—¡Podrías... parar! —exclamó.

Abby, confundida, se detuvo y la miró fijo apretando el ceño. Tenía rastros, notables, de la falta de sueño de los últimos días. Como le había contado, su hermano apenas dormía por las noches y sufría de terribles calambres y pesadillas. Abby acudía siempre que lo oía —al menos a sí fueron los primeros dos días desde su rescate; la noche anterior, por ejemplo, había pernoctado en una rustica silla junto a la cama de Andrew — y permanecía toda la noche a su lado.

Pobre. Bien sabía, porque se lo contó Eloise tras su recobro de la picadura de argón, que Abigail había pasado largos momentos junto a ella mientras estaba inconsciente. Grace no pudo evitar sentir

compasión hacia ella.

Abby, en ese momento, seguía sin decir nada, lo que puso la piel de gallina a Grace.

—Lo siento —se disculpó ésta—. De verdad. No quería, pero, como tú, ya estoy bastante nerviosa. Andrew... —Se acercó con premura a la otra chica y la envolvió entre sus brazos, aunque Abby se mantenía en un rictus impassible—. Él estará bien, sólo debe...

—¿Qué? —espetó Abby, bruscamente—. ¿Esperar que pase el tiempo? Y si... ¿Y si no cambia, Grace? Dudo que algo como lo que le ha hecho Mahlon West se le olvide a mi hermano simplemente con decir un *lo siento*. —La voz se le quebró, pero ni así se entregó a los brazos de Grace por un poco de consuelo—. Andrew jamás lo olvidará. Tienes que ver su mirada, algo ha cambiado en él, como si hubiese perdido el alma. —Con la mirada desenfocada, se estremeció, como si estuviese viendo el fantasma de aquel recuerdo allí mismo.

Andrew, que se encontraba despierto a esa hora de la tarde, estaba sentado junto a la ventana de su habitación, mirando sin ver el paisaje del bosque que limitaba el terreno posterior de la mansión Katterblack. O eso le había dicho Abigail cuando Grace le preguntó.

—Tienes razón —dijo Grace, y se contuvo de decir «lo siento» otra vez. Nadie, ni siquiera ella, podría imaginarse lo que sentía y estaba atravesando Andrew en ese momento. Le preguntó a Abby, en parte para cambiar de tema y disipar las tensiones, si ya había comido esa tarde.

—Sí —afirmó—. Olee, la criada de Céline, trae ropa y sábanas limpias y también comida de la casa grande. No sobras, como es usual. Y no creas, las sobras de los Katterblack serían suficientes para alimentar a toda la clase baja del River Town.

Su propio comentario le arrancó una brevísima sonrisa de Abby. Más que breve, apagada.

—Muy amable de parte de Céline —dijo Grace—. Y un tanto extraño.

—Sí —murmuró Abby.

—¿Crees que sepa lo que le ha sucedido a Andrew? ¿O Mary? —Aquél nombre llamó la atención de Abby, que alzó de pronto la mirada, tan rápida como una flecha—. La pobre chica estaba destrozada, tenías que ver su rostro, Abby; supongo que ella tampoco lo sabe.

—No. —Abby desenfocó otra vez la mirada.

Los miembros del Gremio, y Abby y Grace, era los únicos que conocían la terrible naturaleza de los daños que sufrió Andrew en su breve estadía en la guarida de Mahlon West en las ruinas de la fábrica Cartwright. El padre de Grace, que era del Gremio, se había enterado de lo ocurrido a través de Hiram, otro de los doctores del hospital del pueblo que atendió a Andrew, y había tenido que dar informe de lo sucedido ante el Gremio. Grace estuvo presente en aquella reunión, junto a Lloyd y Ulises, sus compañeros en la incursión a Collin's Meadow. Brindaron al Gremio los detalles que acaecieron durante aquella funesta visita.

Ninguno de los participantes de la incursión —por mutuo acuerdo entre ellos— mencionó que Darkling seguía vivo y que lo sabían gracias a la carta que éste le dejó a Mary en su habitación. La razón, arguyó Abby, era proteger a Mary temporalmente de los miembros del Gremio que apoyaban cederla a Darkling a cambio de una paz poco prometedora para los habitantes de River Town. «Temporalmente», porque antes debían aclarar sus sospechas de quién podría ser el nuevo cuerpo que sirve de refugio a la oscura sombra de Darkling.

No obstante, y aunque la supervivencia de aquel maligno no fue confirmada, a su llegada a River Town se encontraron con las muertes de Kenneth Hornwood y Caroline Reedster. El Gremio, en una sesión, sostenía la teoría de que podría tratarse de otro ataque de Darkling o Mahlon West, quien fue descartado de las sospechas tras el relato de la incursión a Collin's Meadow. Como fuese, habían encerrado a Wallace Flint, encargado del cementerio del pueblo, por actuar en contra de los seguidores de la luz, y se había establecido una pequeña comisión para descubrir quién era el misterioso hombre que estaba haciendo un nuevo cuerpo para Darkling a partir de partes de cadáveres.

Los funerales —de Kenneth, Caroline y el señor Blackfell— se llevaron a cabo dos días después. Grace estuvo allí; el cementerio estaba repleto por una multitud de espectadores y chismosos, familiares y amigos. Kenneth fue enterrado junto a su padre y su tío Weston, ambos malditos por el espectro de Darkling. El señor Blackfell fue sepultado en la cámara fúnebre donde estaban los restos de todos sus antepasados desde que Simond Blackfell —apodado el Tres-dedos— pisó ese maldito pueblo hacía casi ochenta años.

—¿Por qué crees que los asesinó? —preguntó Grace. En ese momento estaba en la cocina, preparando un poco de té. Echó un vistazo a Abby, que estaba cerca de la ventana, mirando nostálgica el exterior. Al verla, Grace pensó que tal vez no la había escuchado, pero Abby suspiró hondo, volviendo la cabeza, y dijo:

—¿De quién hablas?

—Kenneth y Caroline.

—No creo que Darkling necesite razones para matar. Mahlon West tampoco. —Cuando volvió la vista hacia la ventana, frunció el ceño y su mirada se oscureció. El agua para el té estaba hirviendo, pero Grace no le prestaba atención, se fijaba en Abby, que se apartaba velozmente de la ventana y se acercaba con premura a la puerta.

—¿Qué ocurre? —preguntó Grace.

Abby, aparentemente, sólo miraba por la puerta abierta. Un instante después, apareció Mary.

Capítulo 7
PENTAGRAMAS

Abby, silenciosa, se hizo a un lado y le permitió a Mary entrar a la salita de la cabaña sin hacerle ninguna pregunta (aunque no era difícil suponer la razón de su visita), pero sabía que llegarían tarde o temprano. Entonces todo marchaba bien. Abby cerró la puerta. Mary observó el resto de la estancia y no le sorprendió descubrir que Grace Startclyde estaba allí, impávida, viéndola acercarse sin que aquello alterase su percepción del mundo.

Mary se detuvo.

—¿Por qué has venido, Mary? —preguntó finalmente Abigail. Su voz, tan suave y febril, como no la había oído antes, sorprendió a Mary.

—Vengo a ver a Andrew —dijo.

—No puedes.

—¿Por qué? —quiso saber.

Abby tenía una expresión inflexible; con todo, echó un vistazo hacia Grace, como pidiendo su intervención.

—No quiere verte —soltó la joven Startclyde.

«Eso ya lo sé», pensó Mary. Apartó aquel extraño sentimiento con una profunda exhalación y encaró a la melliza de Andrew. Abby la miraba absorta, seguramente había escuchado el reciente pensamiento de Mary.

—¿Por qué no? —preguntó. Miró fijamente a Abigail. «Todo esto es mi culpa, ¿verdad?», le dijo mentalmente. «Lo hizo por mí, debo salvarlo.»

—¿Salvarlo? —Abby, confusa, relajó su expresión; su voz, un poco exaltada al principio, bajó algunos tonos. Tenía profundos círculos purpúreos bajo los ojos, observó Mary, como si llevara varios días (tres, concretamente) sin haberse entregado al sueño con entera plenitud.

—Sí. —Mary estaba decidida, sólo ella podía salvarlo, aunque no

sabía cómo lo haría. Tal vez debió pensar en algo mientras atravesaba el jardín Katterblack a paso veloz hacia la cabaña de los Treddaway, pero entonces su mente había estado inundada de recuerdos de la noche que recorrió aquel mismo jardín junto a Andrew. «Mil veces más», recordó. Y, tardía, asentó de nuevo su mirada en Abby, que claramente lo había escuchado.

—¿Él te dijo eso? —preguntó en tono contrito.

—Sí. Fue la noche que partió.

Abby, notablemente afectada, apartó la mirada y se volvió, dándole la espalda a Mary. Resopló y se sentó de golpe en uno de los sofás de la estancia. Grace, mirándose las uñas con aparente despreocupación, estaba reclinada contra una de las paredes del umbral que conectaba aquella sala con las habitaciones. Mary se habría atrevido a cruzarlo, sin más, y entrar al cuarto de Andrew, que podría ubicar fácilmente.

—Yo sabía que lo haría, vaya sí lo sabía —empezó Abby con la cabeza entre las manos—. Mi hermano es tozudo como nadie, eso también lo sabía. Debí ir con él, nada de esto hubiese pasado si yo...

—No —dijo Grace. Se había erguido, absorta, ante el cambio de ánimo de Abby—. No es tu culpa, o de Andrew, Abigail. Fue Mahlon West... Él... —Hizo una pausa. Sus ojos se oscurecieron. Avistó Mary con un estremeciendo. Luego continuó—: Ése cabrón hizo... le hizo...

Vaciló, interrumpiéndose una vez más. Echó un vistazo a Mary y luego a Abby, que tenía el cuello erguido, una expresión en el rostro y en la línea de sus hombros, tensa. No hacía falta tener el don telepático de los Treddaways para saber qué estaban ocultando algo terrible, pensó Mary.

—¿Qué? —preguntó. Tenía que saberlo, de otra forma jamás podría salvar a Andrew. Cruzó la estancia de una zancada y se plantó frente a Abby—. ¿Qué le hizo Mahlon West? Dime, Abigail. Quiero saberlo.

Abby la miraba desde abajo, fija; parecía, más bien, encogida ante las palabras inminentes de la otra joven. La chica Startclyde tenía una expresión de espanto en el rostro, pronunciada por las sombras del umbral que caían sobre ella. Mary, suspirando, volvió su mirada a Abigail.

—No puedo —dijo en voz baja.

—Andrew... Mahlon West ¿qué le hizo? —titubeó Mary. Tenía un

sollozo en la garganta, queriendo escapársele. Abby la miraba con una fijación estremecedora, como si intentara responderle a través del pensamiento. Dios, los ojos de Abby eran de un intenso azul índigo, en ese momento tan parecidos a los de Andrew que el similitud la estremeció.

Y lo vio. Sí. Claramente. Abby se lo estaba mostrando, a través del dolor que se reflejaba en sus ojos. Era la imagen de Andrew, yaciendo en la oscuridad, atormentado por el nigromante. Aquella imagen se empañó, a causa de la densidad que anegaba los ojos de la joven. Mary sintió como si un puñal al rojo se le clavara en las entrañas, las piernas le flaquearon. Se habría caído si Abby no la hubiese sostenido por los antebrazos. «Mil veces más», recordó de nuevo, esta vez aderezado la sensación del puñal en su vientre. «Andrew.»

Abby suspiró. «Debes salvarlo, sí», decía su mirada. «Sólo tú puedes salvarlo, Mary. Por favor.»

Mary asintió. Y súbitamente, la conexión telepática que había entre ellas pareció fragmentarse cuando la mirada de Abigail se desvió más allá del hombro de Mary. Una brisa fría, mortuoria, colmó la sala. Mary giró sobre sus talones. Ahí estaba él. Andrew. Los brazos parecían colgarle laxos a los costados del cuerpo y su mirada carecía de enfoque, lóbrega. Era hermoso, de eso no había duda, pero algo había cambiado. Más allá de su mirada disoluta y su extrema palidez, sólo quedaba la sombra del chico de la capa verde que la salvó en el camino del bosque.

Grace, pasmada, estaba junto a Andrew en el umbral, viéndolo como si se tratase de un fantasma. Y no podía culparla. Salvo por sus ojos — que todavía conservaban amago del azul índigo de los Treddaways—, era toda blanco, gris y negro. Tenía bolsas oscuras bajo los ojos, como su hermana, y labios fibrosos que parecían a punto de pulverizarse con el menor movimiento. Había sufrido heridas graves, de las torturas de Mahlon West y sus servidores, Mary las había visto de camino a River Town; aquellas heridas no suponían un desafío para un ser haduno y su *hada-sanación*, como, en efecto, había hecho Hiram para sanar las heridas de Andrew.

Sin embargo, Mary había leído en Hechizos Sanadores que había otro tipo de heridas que no eran tan fácil de sanar. Heridas del alma, del corazón, de la memoria; humanos y mágicos podían padecerlas por igual,

pero, en un seguidor de la luz, esas heridas tendían a causar mayores estragos.

—Abigail —dijo Andrew. Su voz sonaba más mellada de lo que Mary recordaba—. ¿Qué sucede?

Miró a su hermana con los ojos entrecerrados como rendijas. Abigail, tontamente, meneó la cabeza para despabilarse; había permanecido así, en *shock*, como las otras dos chicas, después de la inesperada aparición de Andrew.

—Nada —contestó Abby—. Vuelve a la habitación. Mary ya se iba...

—Andrew —se adelantó Mary. Andrew, por otro lado, separó un poco los párpados al oír su nombre, como si se tratase de un hechizo.

—¿Qué haces aquí, Mary? —dijo él, secamente—. Mi hermana ha sido bastante clara, no quiero verte.

—Yo... —empezó Mary, pero las palabras se amontonaron en su garganta. Sentía que estaba por desfallecer, allí mismo, quizás en los brazos de Andrew como alguna vez lo hizo. Pero Andrew estaba muy lejos de ella, mucho más de lo que parecía a simple vista, y no llegaría a tiempo para atraparla.

—No quiero verte, Mary. Nunca más. —No había expresión alguna su rostro.

Otra vez, sintió Mary, el puñal en sus entrañas. Quiso replicar, pero las palabras salieron en tropel de su boca y sólo consiguió balbucir «Andrew... debo...», una y otra vez, antes de que Abigail interviniera.

—Será mejor que te vayas, Mary —dijo amablemente—. Yo te acompañaré a la salida.

—¡NO! —estalló Mary, harta. Miró a Andrew, vehemente—. Si quieres que me marche, lo haré.

—Me parece bien —dijo Andrew.

—Pero volveré mañana —repuso Mary—. Y al día siguiente. Todos los días. No te perderé, Andrew Treddaway, no te perderé otra vez. —Su voz osciló un instante, pero no se interrumpió—, Vendré cada día, te lo prometo.

Giró sobre sus talones y salió de la cabaña, sin ceremonia. Caminaba por el sendero que cruzaba el jardín de los Katterblack hacia la mansión cuando una ráfaga helada hendió contra ella; algunos mechones de cabello escaparon de su tocado y los velos hondearon hacia atrás. Se

detuvo. Las lágrimas acumuladas en sus párpados le escocían la visión. Se pasó el dorso de la mano y se las enjugó.

Se halló a escasos pasos de la fuente de la trucha, donde había visto el fantasma de su madre. No recordaba haber llegado allí, ni siquiera haber atravesado el bosque hasta el inicio del sendero. Ciertamente no recordaba mucho de lo sucedido después de abandonar la cabaña de los Treddaways. Se sentó en el borde de la fuente, anhelando que el sonido del agua sosegara sus confusos pensamientos.

Sopló una brisa fresca. Mary respiró profundamente. Estaba atardeciendo. El cielo empezaba a matizarse de colores rosados y purpúreos, las nubes se desvanecían hacia su refugio celestial y el sol empezaba su descenso. Mary reflexionó sobre sus palabras, las que dijo en la cabaña, y se preguntó cómo conseguiría salvar a una persona que no quería ser salvada.

—Mary.

La voz vino del otro extremo del jardín.

Mary, ligeramente sobresaltada, meneó la cabeza y vio a Abby caminando hacia ella mientras las ráfagas de viento agitaban su rubia cabellera, los volantes de su blusa, y también sus pantalones de hombre.

Se sentó en la fuente, junto a Mary, profiriendo una violenta exhalación.

—Lo lamento —la oyó decir al cabo de un minuto—. Lo que ocurrió hace un rato.

—No entiendo —dijo Mary—. ¿Por qué no quiere verme? ¿Y qué le hizo Mahlon West?

Hubo silencio.

Mary ladeó la mirada; Abigail tenía la vista al frente, con un brillo inexorable en sus ojos. No la miraba a ella, y era evidente que tampoco miraba los setos bien cortados que estaban a escasos pasos de ellas, sino a la quimera de Mahlon West. Había odio, sí, y tristeza, cansancio en su mirada, pero el odio prevalecía y parecía devorar a las otras dos.

—West quebrantó el alma de mi hermano —dijo finalmente, con los labios apretados; por el odio, por el pesar, Mary no sabría decirlo—. Lo mantuvo encerrado en una celda oscura, noche y día, sin comer.

Y en ese momento su mirada halló la de Mary. Mary puso una mano sobre la de Abigail, que estaba aferrándose del borde de la fuente.

Continuó:

—Luego sus subordinados llevaron a Andrew a una estancia amplia de la fábrica, donde Mahlon West le reveló el paradero de tu hermano. Andrew había visto a Sam en la posada de Claudine, como *Newt*.

Claudine le hizo creer que se trataba de otro de los niños huérfanos que pululaban por todo el pueblo abandonado a causa de la peste. Andrew no reconoció en Newt al niño que raptó Mahlon West aquella noche en el camino del bosque; de lo contrario, su misión habría acabado enfrentándose únicamente a la propietaria de la posada y sus hombretones, y no como prisionero de West.

Mahlon le hizo una propuesta a Andrew, que si no cumplía, acabaría por asesinar al niño. Para que no hubiera duda de su amenaza, hizo que uno de sus subordinados llevara al pequeño, dormido, ante ellos... Hasta ese momento Mary había escuchado todo con una expresión boquiabierta en el rostro y una sensación helada en el corazón. Todavía no entendía una cosa.

—¿Qué propuesta? —preguntó.

Una vez más, Abby volvió la mirada y sus ojos rápidamente se vieron anegados de lágrimas.

—Oh, Mary —musitó, y le tomó las manos; las tenía frías—. Mahlon West... West... le pidió que se entregara a él, no, que le entregara su cuerpo. Y lo hizo, ¡lo hizo!, por la vida de tu hermano.

* * *

En la casa Holbrooke imperaba el silencio. Philip entró y cerró la puerta muy despacio. Dejó su sombrero en la pecha y también el maletín de cuero. Suspiró para sus adentros. Por un instante creyó que no había podido llegar en mejor momento. No había nadie más en la casa, además de Horace, que, naturalmente, estaba en el ático. Jason y Lucas estaban en las lecciones de combate con Lance Greystar; aunque estaba atardeciendo, pensó, y no tardarían en llegar.

Debía darse prisa. Caminó hacia la cocina, intentando que sus pisadas no rebotaran sonoramente contra el piso. No quería que Horace advirtiera de su arribo.

Aquella había sido una tarde larga y fructuosa. Luego de las lecciones

de piano en la mansión Katterblack, Philip decidió hacer algunas ocupaciones finales para la empresa que iba a realizar esa noche.

—¡Oh, Philip, cariño! —había exclamado Vallery Atwood. Fue su primera visita de aquélla tarde. La casa de Atwood estaba en el centro del pueblo, y había sido un viaje largo desde la mansión Katterblack. Alegre, Val tendió sus brazos hacia él y lo estrechó en un caluroso abrazo —. ¡Qué sorpresa! ¡Qué dicha! Con esta luz te pareces mucho a tu padre. —Siempre decía lo mismo sobre Lucas Holbrooke y su primogénito—. Hacía años que visitabas a esta pobre mujer.

Tenía razón, reconoció Philip mientras Val lo conducía hacia la salita de estar, seis años exactamente. La salita estaba tal y como la recordaba: ataviada con avasallantes colores, encajes florales y estantes con libros. Los libros, objetos de gran valor sentimental para Vallery, estaban en todos lados: en los muebles, en las repisas de la ventana, un viejo diván, setos florales, en pila sobre la mesita de centro y los soportes de los sillones.

Vallery, aceptando la vergüenza por el desorden literario, le hizo lugar a Philip en uno de los sillones y lo dejó aguardando allí un instante. Regresó, dos minutos después, con tazas de chocolate caliente humeando. Phil aceptó la suya, ¡y cómo no!, mientras Val hacía lugar en un sillón contiguo y procedía a sentarse también, con una taza en su mano.

Ella sonrió.

—Bien, Phil —dijo dulcemente—. Cuéntame, ¿qué te ha traído aquí?

Philip dio un sorbo al chocolate; estaba caliente, y la lengua se le entumeció. Aquello le causó gracia a la mujer hada. Como Val había dicho, llevaba años sin visitar su casa. Antes de la muerte de su madre, Philip recibía erudición en conocimiento, dominación, conjugación e idioma con la señorita Atwood en su casa. Cuando la señora Holbrooke murió, Phil dejó de asistir a sus lecciones para ocuparse de sus hermanos.

Vallery, inversamente, lo conocía desde mucho antes. Había asistido en la mayoría de los nacimientos mágicos en la década de los setenta de ese siglo, entre ellos el de Philip y Jason, antes de dedicarse a instruir en las disciplinas mágicas.

Philip bajó la taza de chocolate, el pulso le oscilaba un poco, lo que

seguramente Val percibió y, por primera vez, dejó de sonreír. Ella también bajó su taza y lo miró seriamente, con sus enormes ojos jade que tanto recordaban a Philip la asombrosa mirada de su propia madre.

—Daré una cena esta noche, ¡una cena especial! —dijo él—. Y necesito tu ayuda.

Val guardó silencio un instante. Al otro, sonrió.

—Oh, claro —repuso alegremente, e hizo ademán de coger de nuevo su taza—. Tengo, en algún lugar, libros de cocina. Aunque de deberás revelarme para quién...

Phil hizo un movimiento con la mano y la taza se deslizó fuera del alcance de Val, derramando alguna gotitas de chocolate. Val se irguió despacio y lo miró con el ceño rugoso y una sonrisa confusa en la boca.

—¿Qué sucede, Philip? —preguntó.

—No se trata solo de una cena. —Y bien, empezó a contarle los detalles.

Cuando acabó, Vallery, silenciosa, se levantó del sillón y salió de la sala, sin decir una palabra. Así corrieron los quince minutos más largos de la vida de Philip Holbrooke, aguardando el regreso de la mujer hada.

Vallery regresó, en efecto, con un pesado volumen de cubierta de cuero gastado bajo el brazo. Se sentó y lo colocó sobre la mesita de centro.

—Aquí hallarás lo que deseas —dijo Vallery, seria—. Pero si quieres conseguir que el hechizo funcione, deberás practicarlo aquí, donde pueda intervenirte. Esta clase de hechizos de sangre son peligrosos, repelen la magia, y con la magia, la vida. Si fallas, esa es la consecuencia que deberás correr.

Y eso hizo la mayor parte de la tarde: pruebas. Vallery estuvo al pendiente en todo momento.

El puchero estaba por escaldar, aunque la cocina ya estaba impregnada por su aroma. Horace amaba aquel estofado.

La siguiente visita que realizó Philip aquel día —faltando a sus lecciones de combate con Lance— fue a la botica de Baal. El viejo haduno también se alegró de verlo, aunque, bien pues, aquel ánimo alborozado era una característica que compartían todos los seres hádunos.

Otra característica era expresar abiertamente sus verdaderos sentimientos sin apocamiento.

Después regresó a casa. Y ahí estaba, preparando la cena; el puchero estaba chisporroteando a su espalda mientras Philip se hacía cargo de voltear los panes. Lucas y Jason llegaron y fueron conducidos a la cocina por el aroma. Philip los instó a tomarse una ducha, dado que tenía el brillo pegajoso del sudor sobre la piel y tierra en las mejillas.

—Philip.

Era Horace, lo reconoció por la voz. Aunque eso no evitó que Philip tuviera un leve sobresalto ante su inesperada irrupción en la cocina.

—¿Qué ocurre? —preguntó volviéndose después de apagar el fogón; el estofado estaba listo.

—Nada —dijo Horace. Y divagó con las palabras—: Huele... Ese aroma... Delicioso... —Olisqueó el aire y una amplia sonrisa se abrió camino en sus labios—. ¡Me encanta ese estofado!

* * *

Mary regresó a la mansión, con el eco de la voz de Abby resonando en su cabeza. «Y lo hizo, ¡lo hizo!, por la vida de tu hermano». Mary había quedado helada ante la revelación, aunque, más adelante, cayó en la cuenta de que ella había llegado a esa conclusión mucho antes de que Abby se lo confesase.

Recordó la historia que Lloyd le contó de camino a Collin's Meadow, sobre las pretensiones y perversidades de Mahlon West. Mahlon no había atacado el pueblo tiempo atrás porque quería obtener alguna retribución mágica haciéndolo, reflexionó Mary, lo hizo para vengarse de Margot Treddaway, que lo había rechazado por el joven Startclyde que era su marido. West era un monstruo, de eso no había duda, y por ende, con Andrew, halló la forme de vengarse nuevamente de los Treddaways.

Sacudió la cabeza para apartar aquellas ominosas reflexiones. Adler, el sonriente cocinero, estaba en la cocina cuando Mary pasó por la estancia hacia el corredor. La saludó y ella le correspondió vagamente, intentando no ser descortés. La cena ya estaba lista, notó Mary, pero ella no tenía hambre. Se sentía exhausta, turbada, desolada.

Necesitaba compañía, que alguien la oyera (y la consolara), y la única persona en la que pensó fue en su prima Elise, que era buena escuchando.

—¿Mary? ¿Estás bien?

Elise la vislumbraba con el ceño fruncido. Mary parpadeó.

—Sí —mintió deliberadamente.

Entró a la habitación de su prima cuando ésta se hizo a un lado para hacer espacio. La puerta se cerró y ambas se reunieron en la cama; se sentaron una frente a la otra. Mary rehuía a los ojos de su prima como un animalito asustado.

—No parece que estés bien —indicó Elise—. ¿Tiene que ver con Andrew? Sam me dijo que fuiste a la cabaña de los Treddaways. ¿Has podido verlo?

—Sí. —Suspiró hondo.

—¿Está bien? Y, por favor, no mientas esta vez.

Mary no lo hizo. Le contó lo que había ocurrido en la cabaña de los Treddaway desde que llegó hasta que se marchó. Dudó que fuera correcto contarle sobre la revelación de Abigail junto a la fuente de la trucha, de manera que omitió aquella parte. Elise le había tomado las manos a mitad del relato, con delicado fervor, como si fuera Mary quien necesitara algún consuelo (¡y vaya que sí lo necesitaba!).

—Descuida, Mary, él estará bien. —Había tanta seguridad en la voz de Elise que nadie se habría atrevido a decir lo contrario. Mary quiso preguntarle cómo estaba tan segura. Luego pensó—. ¿Cómo estuvo tu lección de hoy? Philip...

Elise sonrió ligeramente.

—Estuvo fantástico.

Nunca habían hablado tanto en una lección, aseguró Elise, más que las simples formalidades de un profesor con su aprendiz. Elise había sido capaz de formar palabras frente a él sin que la voz le fluctuara como sucedía a menudo. Mary no pudo evitar sentirse feliz por su prima. Se merecía ser feliz. Al menos alguien debía serlo.

Tocaron la puerta. Un instante después, se abrió.

—¡Sam! —exclamó Mary. Era el único consuelo que tenía en aquella infelicidad: su hermano—. ¿Qué ocurre?

Sam entró tímidamente, sus enormes ojos curioseando el amplio lugar mientras se acercaba.

—Estuve buscándote —dijo Sam—. Adler me dijo que habías regresado.

—Sí. —Mary extendió su mano y la colocó en el hombro de su hermano.

Su hermano. Sí. Tenía otros hermanos, pensó, aunque ellos no sabían que ella lo era. Habían sido tres, pero Kenneth Hornwood había sido misteriosamente asesinado hacía cuatro noches en su celda. Quedaban otros dos, que esperaba conocer pronto, un chico y una niña de la edad próxima a la de Sam.

—Adler también me ha dicho que la cena está lista —siguió Sam, notablemente entusiasmado—. ¡Yo lo ayudé a prepararla! Y Sutr me ha enviado pregúntales si querían cenar abajo, o comerán en sus habitaciones. He tocado a la puerta de Céline, pero está cerrada.

—Comeremos abajo —dijo Elise. Miró a Mary. «Seguramente está con Rolan», pareció decirle—. ¿Vamos, Mary? —preguntó en voz alta. Se puso en pie.

Mary no tenía hambre, sólo cansancio, pero lo haría por Sam.

—Vamos —suspiró.

* * *

La cena estaba en su apogeo. Sus hermanos devoraban el estofado como un par de salvajes. Más comedido, Horace engullendo su plato. Philip había tenido que hacer un auténtico esfuerzo para quitar los ojos de su tío antes de que él notara su extraña fijeza y empezara sospechar. No ocurrió.

Marchaba bien. Más que bien, los platos estaban casi vacíos y los estómagos satisfechos, aguardando la promesa del postre en la cocina: pastel de manzana. Aunque si el plan marchaba como Phil esperaba, no llegarían a degustarlo.

Jason fue el primero en acabar. Se recostó contra el respaldo de la silla y se palmeó el estómago. Exhaló hondo, entrecerrando los ojos.

Lucas estaba devorando la última rebanada de pan frito y ya tenía una expresión adormecida en su juvenil rostro. Philip no había querido involucrarlo, pero luego pensó que su hermano sólo estorbaría sus planes si era el único consciente al final de la cena. Lucas era el pupilo de Horace, además de ser el único que sabía lo que éste hacía en el ático.

La expresión risueña en el rostro de Jason se desvaneció y su cabeza

golpeó el respaldo de la silla; ya estaba inconsciente. Lucas, en cambio, se precipitó sobre la taza del estofado, que saltó por el aire y repiqueteó contra el piso. Philip volvió la mirada. Horace tenía el ceño ligeramente fruncido. La pócima estaba funcionando: sus párpados oscilaban descontroladamente.

Por un brevísimo instante, antes que caer inconsciente, miró a Philip con lucidez.

—Phil... —murmuró, y su mejilla embistió la mesa.

Philip se levantó. El comedor estaba hecho un desastre y sus comensales estaban inconsciente. Había funcionado, sí, pero luego tendría que limpiar. «Valdrá la pena —pensó, viendo la última expresión que cruzó el rostro de Horace—. Sólo necesito un poco de tu sangre», murmuró para sus adentros.

Rodeó la mesa y se acercó a su tío, embutido entre la mesa y la silla. Sacó de su propio bolcillo un pequeño escalpelo y una frasquito de cristal. Recordó, mientras cumplía su sanguinolenta faene (cortando las yemas de los dedos de su tío para obtener la sangre y depositarla en el frasquito), lo interesado que se había mostrado Horace ante la llegada del *perito* enviado por los Altos Seguidores al pueblo para investigar la naturaleza de Darkling. Philip, para mantener las apariencias, había respondido cuanto sabía sobre aquel asunto: Igor Fedyenka había llegado aquella tarde al pueblo acompañado por un subalterno que los mismo Altos pusieron a su cargo. Y se trataba de Gustaf Wolfgang, hijo del actual Principal de los Altos Seguidores.

Horace, degustando su estofado, había preguntado si habría alguna reunión del Gremio de River Town pronto (era evidente que su tío temía que, con ayuda del *perito*, los hombres del Gremio llegaran a la conclusión de que él era quien estaba haciendo un cuerpo para Darkling, y Philip compartía el mismo temor, después guardó silencio una vez supo la verdad).

Philip había respondido, lacónico, a la pregunta de su tío con un simple «Mañana por la tarde» y un encogimiento de hombros. Sin embargo, aquello no le quitó el apetito a Horace (y Philip lo agradeció para sus adentros), pues cenó todo hasta dejar su plato vacío ante la atenta mirada de su sobrino. Phil pensaba, mientras lo veía, en las cosas que no había referido sobre la investigación de Igor y Gustaf.

Primero: no mencionó que Igor sería huésped de los Blackfell, y Gustaf, de los Reedstter. Esto, porque temía que sucediera un encuentro entre Horace y Darkling y su tío acabase revelando tal información, lo que supondría una amenaza para aquel hombre y para Gustaf.

Segundo: que las pesquisas comenzarían en la celda mágica, donde habían confinado a Kenneth Hornwood después de su arresto, y donde posteriormente, fue encontrado muerto junto a Caroline Reedstter.

Y tercero (y por mucho lo peor): que habría una exploración en cada una de las casas del pueblo donde habitasen familias de Seguidores de la Luz e Hijos del Bosque. Eso incluía, obviamente, la casa Holbrooke.

Philip se irguió, tras conseguir las gotas de sangre de la yema del dedo meñique de su tío. Suspiró y echó una última mirada a sus hermanos. Como ángeles, parecían a ojos de Philip, dormidos (a pesar de las circunstancias).

Salió del comedor. Reinaba absoluto silencio en la casa. Philip sintió un estremecimiento en el cuerpo cuando acabó de subir la escalera y se halló con el pasillo de las habitaciones. Hacía frío. Típico de las noches. Con el frasquito con la sangre en una mano y el escalpelo en la otra, caminó hasta el final del pasillo, donde la puerta que subía al ático se interponía en su camino.

¿Qué le había dicho Vallery? «Esta clase de hechizos de sangre son peligrosos, repelen la magia, y con la magia, la vida. Si fallas, esa es la consecuencia que deberás correr.» Otro estremecimiento sacudió su cuerpo con aquellas palabras.

«Descuida, estarás bien.» Philip era bueno para los hechizos, eso le habían dicho. ¿Y cómo no? Más que combatientes, los Holbrooke eran reconocidos en el Mundo Mágico por los poderosos hechizos y encantamientos que conjugaron a lo largo de la historia para salvar a sus familias y a la gente común, inocentes de las oscuras pretensiones de los Servidores. Era un Holbrooke, sí, y podía hacer aquello con los ojos cerrados.

Sin embargo, los mantuvo bien abiertos mientras se cortada la yema de sus propios dedos y mezclaba su sangre con la de su tío dentro del frasquito de cristal.

—Maldita sea, ¿qué estoy haciendo?

Era tarde para arrepentirse, su familia yacía inconsciente en el

comedor y el frasquito estaba lleno. Hundió su dedo anular —el único que preservó ileso— en la abertura del frasco y movió la sangre en círculos para que se aunara. Luego se irguió, respiró hondo, y empezó a dibujar el pentagrama en la puerta.

Siete minutos. Le tomó siete malditos minutos completarlo. Tenía la frente brillante y una sensación de extrema fatiga en el pecho, como si hubiera estado trabajando todo el día bajo el sol del campo. «Espero estar vivo para cuando se complete finalmente el hechizo.» Vallery le había advertido que iba a necesitar todas sus energías para romper los encantamientos de protección que había impuesto Horace a la entrada del ático.

Aquellos encantamientos mágicos repelían tanto la magia oscura como la blanca. Una descarga de poder podía neutralizar indefinidamente a un visitante inesperado. Y funcionaban de la misma forma que lo hacían los encantamientos protectores habituales, por invitación del propietario. De esa manera Lucas había conseguido entrar, porque Horace lo había invitado.

Si Philip cometía un solo error —haber descuidado un solo detalle del bosquejo del pentagrama, por ejemplo, o pronunciar equívocamente las frases del hechizo de transferencia de energía en la lengua erigida por los Primeros Seguidores— podía acarrearle serios problemas.

«La muerte —pensó. Y evocó las palabra de Val—: Si fallas, esa es la consecuencia que deberás correr.»

Inhaló, exhaló. Había llegado el momento. Irguió la espalda y se inclinó hacia adelante, colocando sus manos en los extremos del pentagrama dibujado con sangre Holbrooke. Recordó el rostro de su madre, lo único que lo mantenía cuerdo en situaciones como esas.

Murmuró el hechizo escrupulosamente. Al principio, no sintió nada (y ciertamente, tampoco vio nada; había cerrado los ojos mientras lo hacía). Después, percibió que le faltaba el aire y que la atmósfera se había vuelto densa. Bajo la piel, las venas le ardían y los músculos se le prensaban. Abrió los ojos. El pentagrama estaba resplandeciendo con un mortecino tono rojizo, que luego mutó a blanco.

Lo cegó.

El brillante color se disipó, así como el resto. La oscuridad cayó sobre sus hombros. Sus piernas, en consecuencia, no aguantaron el peso, y

todo él se derrumbó contra el frío piso de madera. Un error... «Lo he hecho todo mal», fue su último pensamiento antes de perder la consciencia.

Cuando despertó, se irguió asustado. (¿Cuánto tiempo había estado inconsciente? ¿Horace y sus hermanos han despertado? ¿Estaba muerto?). Un centenar de preguntas inundaron su cabeza en una fracción de segundo. No obstante, de algo sí estaba seguro: estaba vivo. Otras interrogantes, las fue aclarando a medida que calmaba su respiración.

¿Cuánto tiempo llevaba inconsciente? Tres o cinco minutos, a lo mucho. Estaba sentado en el suelo, frente a la puerta del ático. El pentagrama se había tornado negro. Imperaba el silencio, de modo que aquello significaba que el resto de la familia seguía inconsciente. La pócima que adquirió en la botica de Baal decía que el efecto se prolongaría unas doce horas. Así que era obvio que no estaban despiertos aún. Ni lo estarían dentro de mucho.

Se levantó, con la cabeza embotada. Sus energías habían sido transferidas al pentagrama en la puerta. Al menos la poca energía que le había quedado en el cuerpo, meditó, por eso había perdido la consciencia.

Finalmente. Había llegado el momento de la verdad. Acercó su mano a la perilla de la puerta y abrió. Dentro, como había visto incontables veces —cuando llevaba comida o ropa limpia a Horace— la entrada parecía la boca de un lobo: estaba oscura. Había un tramo de escalera que ascendía hacia el ático. Sólo debía atravesar el umbral para comprobar si el hechizo había funcionado. Si no..., bueno, de todas formas no estaría vivo para sufrir los efectos de su fracaso.

Avanzó un paso. Luego, otro. Y continuó.

«Ha funcionado —pensaba, emocionado, con cada escalón que subía—, sí, ¡ha funcionado!» Pero a medida que se acercaba a la cima, aquella emoción inicial se iba transformando en temor y nerviosismo. ¿Qué iba a encontrar arriba?

Nada. Eso había: absolutamente nada. Además de los viejos muebles y desechos antiguos, no había nada de lo que Philip se había esperado. Había esperado encontrar una camilla, con el arquetipo de un cuerpo conformado por miembros grises cosidos unos a otros con nailon; que habría suciedad adondequiera que mirase (la única suciedad que había

era el polvo en el piso y en el aire), mesas con macabros enceres quirúrgicos, sangre seca en los rincones, estantes llenos de libros mágicos, artefactos alucinantes y tenebrosos...

Nada. No había nada. Debía ser una trampa. Un encantamiento para ocultar la realidad, tal vez.

Pero ¿cómo sabría Horace del plan de Philip? Quizás había anticipado que lo haría. No era difícil preverlo.

Sin embargo, algo no estaba bien...

Para empezar, ¿dónde estaba la Habitación de los Conjuros?

Antes de que Horace se hiciera con el control del ático, Phil había visitado la Habitación de los Conjuros de los Holbrooke, con su padre y luego con su madre. No recordaba exactamente cómo se entraba a ella, pero sabía que no estaba a simple vista. Como le había dicho una vez su padre, aquel lugar ocultaba reliquias muy importantes que causarían estragos en las manos equivocadas, por ese motivo debía mantenerse oculta.

Oculto. Sí. Pero ¿dónde? Las horas pasaban, no había tiempo para especular. Se puso manos a la obra, y empezó a registrar cada rincón del ático. Había todo tipo de muebles, que, cubiertos por sábanas, parecían fantasmas en derredor de Philip. Una forma llamó su atención.

Bajo la ventana circular, que estaba en la parte inclinada del techo, le pareció ver un contorno curvado tapado con una sábana. Se acercó, cauteloso, y lo descubrió. Philip ahogó un sobresalto. Al ver su reflejo en el cristal, pensó que se trataba de una trampa de Horace. Pero no.

Era un espejo.

—Espejo —murmuró Philip, absorto—. ¿Sería posible?

La historia de cómo Ben Holbrooke, durante la Guerra del Eclipse Rojo, encerró al Gran Amo Cletus II Mormont dentro del Limbo de los Tres Espejos, era bien sabida por toda la Comunidad mágica. Se decía que Ben, tras la hazaña, había devuelto el espejo del futuro a los Wolfgang, sus dueños originales; en cambio, ocultó los espejos del pasado y el del presente para que ninguno de los fieles sirvientes de Mormont intentara liberar a Cletus. Hay quien decía que Ben los había entregado a la Hermandad del Sol Rotos, en París.

—No puede ser posible —decidió Philip. Y sin embargo...

«Esta casa guarda muchos secretos», le había dicho Horace cuando

Philip le preguntó cómo se había enterado de la confesión de Kenneth Hornwood ante el Gremio y su muerte. La única explicación de que Horace tuviera tales conocimientos era porque el espejo del pasado se lo había revelado. El oráculo...

Enfocó su mirada en el reflejo de sí mismo que estaba frente a sus ojos. Se lo notaba un poco demacrado, aunque quizás fuera por los efectos de la transferencia de energías. Si aquel no era el oráculo del pasado, pensó, entonces no tendría nada que temer si rozaba la superficie con los dedos magullados. Extendió su mano, despacio, y lo tocó.

Una ola de calor cayó sobre la habitación. Más que eso, no sucedió otra cosa extraña. No...

Hubo un destello. Fulminante. Blanco. Philip se cubrió los ojos con el dorso del brazo, empujado hacia atrás por la onda de calor que expelió el cristal. Fue como cuando el pentagrama le destelló a los ojos hace un rato.

Sin embargo, esa vez, permaneció consciente.

* * *

Mary regresó a su habitación tras la cena. Primero acompañó a su hermano a su propia alcoba, que más parecía un salón; lo acostó en su cama y lo cobijó con la sábana. Cuando hubo cerrado los ojos, Mary salió, silenciosa, y fue a la suya. DE camino se encontró a Sutr, que le llevaba la cena al señor Katterblack. Mary habría querido escabullirse tras el mayordomo y entrar inesperadamente a la habitación de Richard. Encararlo.

—No —decidió.

Se desnudó en la oscuridad mientras contemplaba el brillo de la luna atravesando la ventana al otro extremo de la habitación. Tal vez aquella noche tuviera suerte y podría ver el fantasma de su madre.

Otra vez, nada. Debería abandonar aquellas esperanzas ya. Era una mujer, bueno, pronto lo sería. Tenía que dejar de pensar como una niña. Samuel necesitaba a una madre, más que a una hermana, pero ella estaba dispuesta a hacer ambas. Se colocó su camisón, sin ayuda de Olee. No podía dejar de pensar en Andrew. Cada vez que cerraba los ojos, lo veía,

en el umbral, como una sombra más del montón. La sombra del joven que fue. «Y lo hizo, ¡lo hizo!, por la vida de tu hermano.» Más que por Sam, lo había hecho por ella.

«Mil veces más.»

Dios, pensó, debió pasar por la biblioteca de los Katterblack y recuperar el volumen de *Don Quijote*. Así al menos podría despejar su mente.

Se metió en su lecho, esperando que el sueño la atrapase en sus brazos. Mañana empezaría a cumplir su promesa, la que le había hecho a Andrew. Ella no prometía en vano. Se lo debía, por lo que había hecho por su hermano, el sacrificio...

Andrew. Andrew... Andrew. Pensar en él sacudía su corazón, y no de la manera que lo había hecho hacía unas semanas. No. Se sentía culpable, no del todo, sólo un poco. Había culpables más execrables como Mahlon West, por ejemplo, y Loreen. Maldita sea, Loreen. Los ojos de Mary se anegaron y empezó a gemir descontrolada; hundió su cara entre las almohadas para ahogar sus sollozos. Qué terrible se sentía. Su mundo oscilaba constantemente. ¿Alguna vez habría estabilidad?

Oyó el sonido de la puerta que se abría. Apartó la almohada. «Andrew», pensó en una fracción de segundo. No sería la primera vez que el joven se colaba a su habitación durante la noche. Una cara pálida se asomó por la puerta. No era Andrew.

—¿Mary? ¿Estás despierta?

—Sí, Sam. ¿Qué ocurre? —dijo Mary. Se incorporó sobre un brazo y se enjugó los ojos. Sonrió.

—No puedo dormir —dijo él; su voz estaba carrasposa.

—Y ¿quieres dormir conmigo?

«Ya soy grande», había dicho su hermano en otro momento. Esa vez, la respuesta fue diferente.

—Sí. —Y entró.

Mary, con una sonrisa, reparó en el objeto que su hermano llevaba bajo el brazo. Sam, satisfecho, pegó un salto hacia la cama y se metió como un gusano entre las sábanas. Se reía como un bendito cuando emergió a la superficie mientras Mary le hacía cosquillas.

Cuando hubieron cesado, Sam le mostró a Mary el objeto que había llevado bajo el brazo. Se trataba del libro de *Don Quijote*. Lo había

recuperado para Mary de la biblioteca de los Katterblack. Ella le acarició el inicio del pelo a Sam, agradecida. Después, se acurraron entre las sábanas.

—¿Quieres que empiece desde el principio? —preguntó Mary. Había adelantado los primeros capítulos en la biblioteca, pero podía empezar de nuevo.

—No —dijo Sam—. Eché un vistazo. Has dejado la lectura en una de mis partes favoritas.

—No sabía que tenías partes favoritas. ¿Cuántas veces padre te leyó este libro?

—Tres veces, creo.

Mary suspiró.

—Bien, veamos. —Abrió el libro—. Aquí vamos...

—Lo extraño —repuso Sam. Se refería a su padre.

—Yo también.

Guardaron silencio un instante. Luego, Mary empezó a leer.

Capítulo 8

LO QUE ESTÁ OCULTO

El té echaba una nubecilla de humo.

Horace entró a la cocina, huraño, masajeándose la cabeza con gesto contrito. Había tenido una mala noche (estaría pensado, se dijo Philip mientras bebía su té), un mal sueño, el cuerpo debía sentirlo algo entumecido, la cara también. Philip recordó cómo se sacudió la mesa del comedor ante el inminente embate de la mejilla del hombre.

—Oh, Philip —dijo Horace cuando cayó en la cuenta de su presencia—, estás aquí. ¿Qué ha sucedido anoche? Siento como si me hubiese embestido una marejada. —Sonrió, a su pesar porque luego arrugó el rostro—. Sólo recuerdo el estofado.

—¿Estuvo bueno? —preguntó Philip.

—Bueno, sí... —contestó Horace, la mirada vaga. Después fue como si una llamarada se encendiera frente a sus ojos. Miró a Phil de hito a hito—. ¿Qué has hecho?

Philip bajó la taza.

—Nada —dijo simplemente—. Un pócima de ensueño, tal vez. No pude resistirme.

Horace seguía helado.

—¿Por qué?

—Por qué ahora, querrás decir. —Phil se irguió—. Verás, tío, llevo tiempo planeando la forma de entrar a ese maldito ático. En vista de que estamos por meternos en graves problemas con el Gremio, me pareció que era el momento de hacerlo ahora. No fue cosa fácil, claro está, pero lo logré.

—¿Graves problemas? —divagó Horace. Al parecer estaba digiriendo paulatinamente las palabras de su sobrino—. ¿A qué te refieres?

Philip le contó sobre la reunión del Gremio que habría esa misma tarde, donde ultimarían los arreglos para la exploración que harían los *peritos* en cada una de las casas de familias mágicas. Horace pareció

desconcertado al principio, como si no entendiera las palabras de Phil a medida que éste las decía. Tardíamente, lo hizo.

—Pero tú...

—Sí, no te lo conté. —Se encogió de hombros—. Ciertamente, no te he contado muchas cosas, tío, así como tú has guardado tus secretos allá arriba, en el ático. —Y agregó con tono elocuente—: Por cierto, el encanto que arrojaste para ocultar la habitación de los viejos conjuros y aquellos funestos experimentos tuyos, bien valdrían una buena valoración. Tienes talento.

—¿Cómo...? —Horace estaba pálido.

Philip le contó, uno a uno, los detalles de cómo logró burlar los encantamientos de protección (omitiendo, claro, la pequeña y no presencial participación de Vallery Atwood). Mientras hablaba, Horace se preparaba un poco de té en otra taza. Después se volvió, caminó hacia la mesa circular y se sentó en una de las sillas. Phil no paró de hablar sin hacer sus observaciones mentales: Horace se mantenía disperso, aún confuso (o incrédulo) ante sus palabras, pero Phil sabía que aquello era una pantomima de su tío.

Horace, con el rostro fruncido, alzó su taza y bebió. Estaba calmado. De haber estado en mejores condiciones habría estallado de seguro. Mejor no tentar a la suerte. Horace, a consideración de Philip, sabía que no saldría ganando si se enfrentaba a su sobrino en aquel momento (y después tampoco, ya que su destino pendía de los dedos de Phil).

—Cuando acabé, usé mi don para llevarlo a cada uno a su habitación —dijo Philip; estaba finalizando—. A ti, al ático.

Con aquello, Horace arqueó la cejas por encima del borde de la taza. Ya estaba vacía cuando la dejó en la mesa.

—Y eso fue todo —abundó Philip, con aparente sosiego; sentía un cosquilleo, en el centro del pecho, a causa de la inquietante calma que simulaba su tío. «Es un maldito mentiroso —pensó, de pronto, inundado por la ira—, por eso lo hace tan bien»—. Debería preparar el desayuno, Lucas y Jason no tardarán...

No acabó la frase, estaba poniéndose en pie mientras hablaba cuando la mano de Horace se cerró en su muñeca. No con fuerza, ni siquiera tensión. «Maldita sea, ¿de dónde saca toda esa calma?» Horace estaba instándolo a que se sentara. Philip lo contempló un instante desde

arriba. Luego, se sentó.

—Así que ya lo sabes —empezó Horace. Se irguió hacia atrás y cruzó los brazos ante el pecho—. Veamos, Philip, tu relato ha estado entretenido, ¡vaya que sí! —Sonrió; luego, paró—. Lo viste con tus propios ojos: el cuerpo de Darkling, me refiero. Hallaste la Habitación de los Conjuros.

—Sí. ¿Qué sucede?

Philip sospechaba que Horace quería llegar a algún punto. Su tío se encogió de hombros arqueando la comisura de sus labios con llaneza.

—Nada. Salvo que has omitido un detalle importante en tu fascinante historia de anoche. —Se enserió; de pronto, sus ojos y sus facciones adquirieron un matiz sombrío—. Para llegar a la Habitación de los Conjuros, antes tienes que pasar a través del espejo.

Cierto. Philip había omitido ése detalle intencionalmente. Horace lo había pillado.

—Ahora, cuéntame, Philip —dijo. E irguiéndose hacia atrás, la luz de la mañana bañó de nuevo su rostro—, ¿te reuniste con el oráculo, no es cierto?

Philip asintió.

El oráculo resplandeció hasta sosegar todas las sombras del mundo. Cuando cesó la luz, Philip se levantó y bajó el brazo con que se cubría la vista. La atmósfera estaba cálida. Entonces lo vio aparecer tenuemente en el espejo. Era un joven, advirtió Philip, como él. Sonrió: sus dientes eran tan blancos y brillantes como la luz que lo precedió. Su cabello era azul, y sus ojos, azabaches. Se cubría con una especie de túnica color pergamino ajustada en la cintura con una cuerda de cáñamo (algo muy parecido a Loreen, meditó Philip); tenía mangas sueltas, y los pies, desnudos, le sobresalían pálidos por debajo.

—¿Philip Holbrooke, supongo? —preguntó el oráculo. Quizás no era en sí una pregunta (porque, después de todo, aquel joven en el espejo era el oráculo del pasado, por ende, debía saber quién era él perfectamente), pero de igual forma Philip asintió, embotado.

—Sí.

El oráculo sonrió.

—He conocido muchos Philip Holbrookes a lo largo de los siglos —dijo—. Ben Holbrooke, de quien supongo has escuchado hablar, tenía un

hermano llamado Philip. Philip murió en la Guerra del Eclipse Rojo, no se llevó ningún mérito por su participación y su hermano se lo llevó todo, incluso a la joven Treddaway. —Hizo un ademán con la mano y sonrió—. Pero aquella es otra historia... Ben nombró a su primogénito Philip, como su hermano fallecido. Pero tú no eres descendiente de éste Philip, sino de Alfred, su hermano.

»Alfred sólo tuvo un descendiente: William. Éste, en cambio, tuvo dos: Lucas, tu padre, y Horace, tu tío. Aún recuerdo los días en que ambos eran críos, les gustaba corretear por este mismo ático con sus juegos. Horace me descubrió por error, recuerdo. William no había querido que ninguno supiera de mi presencia en esta casa dado el peligro que podría representar. Ambos, con los años (y como el resto de los Holbrooke desde Ben), han sabido guardar el secreto. Dicen que el River Town no hay lugar para los secretos.

»Yo, estimado Philip, soy el secreto mejor guardado de River Town.

Phil había mantenido con la boca abierta, apenas una rendija, durante las palabras del oráculo. Pudo cerrarla, recuperando así su falta de educación. Qué imagen debía presentar ante un ser omnipotente como el oráculo.

Éste sonrió.

—Podría mostrarte el recuerdo de tu padre y Horace, de su juventud —indicó—. Más tarde.

—¿Más tarde? —Philip frunció el ceño. Deseaba volver a ver a su padre con un anhelo inmensurable—. ¿Por qué?

—Porque, mi estimado Philip —dijo el oráculo, extendiendo los brazos—, sé que has venido aquí buscando otra cosa. —La imagen del joven en el espejo se desvaneció; en su lugar, en el cristal se mostraron recientes imágenes de Philip: en el comedor, con sus hermanos y su tío inconscientes en la mesa; frente a la puerta del ático, pintando el pentagrama con la sangre; subiendo las escaleras del ático, buscando... El oráculo reapareció—. Como ves, aquellos actos ya son parte de tu pasado.

—Supongo que sabes quién es Darkling, ¿no? —preguntó Philip.

—Sí, claro. Un ser despreciable.

—¿Dónde está ahora?

—En la mansión Katterblack. —Enarcó una ceja—. Pero eso ya lo sabes, ¿no?

Philip, hasta ese momento, sólo había tenido conjeturas.

—Horace —preguntó después—. ¿Dónde ha escondido el cuerpo de Darkling?

—En la Habitación de los Conjuros —respondió el oráculo—. Aquí.

Una vez más, el oráculo desapareció en el cristal. Philip vio su propio reflejo.

—«Tienes que atravesar el espejo, Philip» —la voz golpeó la subconsciente de Philip como un eco rebotando contra las paredes de su mente—. «Horace ha ocultado la Habitación de los Conjuros con magia.»

Debía atravesar el espejo, pensó Phil, ¡qué locura!

Su mayor temor era lo que iba a encontrarse al otro lado.

—«Vamos, Philip» —apremió la voz del oráculo en su mente—. «Sólo tenemos hasta el amanecer.»

Philip respiró hondo. Avanzó un paso, luego otro. De pronto, estuvo dentro. En la Habitación de los Conjuros.

—Y eso fue todo —concluyó Philip, bajo la atenta mirada de Horace. Guardaron silencio.

—Todo, ¿de verdad? —dijo finalmente Horace. Descruzando los brazos, le clavó una mirada punzante y se levantó.

—Sí. Todo —aseguró Philip, airado; se humedeció los labios; estaba harto de los malos pasos de su tío que más temprano que tarde le acarrearían serias consecuencias a la familia—. ¿Qué más quieres que te diga? ¿Qué hallé todos aquellos frascos con no sé qué flotando en su interior, aquellos miembros...? ¡Y el cuerpo! ¡El maldito cuerpo...!

Se puso en pie.

—Aquí debe terminar, Horace, mis hermanos...

—Ellos estarán bien, Philip, te lo aseguro.

Horace habló parsimonioso; le daba la espalda.

—Qué bien sabes mentir —increpó Philip—. ¿Cómo van a estar bien? Estás haciendo un cuerpo para aquel monstruo que ha asesinado a muchos en el pueblo. Westwick, Blackfell, invitados del baile del solsticio; todo es culpa de Darkling. Quiere llevarse a Mary con algún propósito...

—Philip —dijo Horace.

Philip, demasiado furioso para oírlo —o notar que se había girado hacia él—, no le prestó atención. En aquel momento, Philip estaba en pie y caminaba de un lado a otro parloteado todo lo que haría Darkling

cuando tuviera su propio cuerpo. ¡Qué tonto fue para no verlo venir! Entonces se detuvo.

—Richard Katterblack —profirió, absorto—. Él es Darkling... Debo...

Cuando volvió la vista hacia Horace, sólo llegó ver sus nudillos apretados dirigiéndose a su cara, demasiado rápido para evitarlo. Lo último que oyó (y sintió) fue el impacto de su cabeza contra la mesa de la cocina.

* * *

—Extraño, ¿no? —dijo Elise. Fruncía el ceño.

—Cierto. —Céline arqueó una ceja—. Ahora que lo pienso, Phil jamás se ha perdido una sola de sus lecciones contigo desde que comenzaron.

—Tal vez uno de sus hermanos ha enfermado —sugirió Mary. Era evidente, en el rostro de su prima, su desconcierto ante la ausencia de Philip. Lo había estado esperando ansiosa en el recibidor, como era habitual, pero el joven maestro nunca llegó. Raro, debía admitir—. Quizás su tío ha enfermado.

Elise estaba cada vez más pálida, con la mirada perdida en su regazo, donde tenía las manos cogidas. Su espera de Phil se había extendido hasta el almuerzo, ni siquiera se despegó de la cercanía de la puerta cuando Tara le avisó que la comida estaba servida en el jardín.

—Descuida, Elise, estará bien. —Mary puso una mano en el hombro de su prima. Ella no pareció notarlo.

Más extraño aún, era la mirada que tenía la señorita Atwood, una mirada parecida a la de Elise pero aderezada con una luz que solo producía la aguda preocupación. Quizás sabía algo sobre Phil, y la causa de su ausencia, que ellas desconocían. Era insólito ver aquella expresión en el rostro de Vallery, que siempre sonreía de oreja a otra.

—Val, ¿estás bien? —preguntó Céline.

Atwood parpadeó.

—Sí, sí, cariño —dijo, recuperando gradualmente su sonrisa habitual—. He estado pensando en lo que decían, jovencitas, sobre Philip. Verán, conozco al joven Phil desde que era un chiquillo. Yo lo instruí, como a ustedes ahora, en cuatro de las tres disciplinas mágicas hasta que su madre murió. —Suspiró—. Phil es un joven excepcional, se ha tenido que

hacer cargo de su familia desde que quedó completamente huérfano...

—¿Conoció a la madre de Philip? —quiso saber Mary. Su padre había mencionado a Regina Holbrooke en una de sus cartas; su mención, que dejaba mucho que decir, insinuaba que la madre de Mary y la madre de Philip se habían conocido. Es más, ellas, por alguna razón, habían prometido no volver a verse jamás. Al principio, Mary pensó que era extraño. Luego reflexionó: que la madre de Philip y la suya eran seres hádunos y había vivido algún tiempo en River Town. «Por supuesto que se conocían.»

Val sonrió. Esta vez parecía más auténtico su gesto.

—¡Regina! Claro que la recuerdo —estalló de felicidad—. Yo atendí su parto. Es más, en aquel tiempo estuve en mucho de los nacimientos de hijos de seguidores de la luz en el pueblo. Entre ellos el de mí querida Céline.

Céline se sonrojó.

—Y en el de Elise —agregó Val.

—¿Y qué de mi hermano Leonard? —preguntó Elise.

—No estuve... —Habló más bajo—. Tu hermano nació en una temporada de nacimientos bastante concurrida; yo estaba en la mansión Greystar, procurando cuidados para la esposa de Arnold que estaba en labores. La pobre señora Greystar sufrió tres días de contracciones; más tarde nació Lance, pero su madre...

—¿Murió? —soltó Mary, conmovida. Había conocido a la joven esposa de Lance Greystar, Annette, en la reunión de té de la tía Alice, pero no a su madre.

—No... Sí... —titubeó Vallery—. Quiero decir, sobrevivió al nacimiento de Lance. La señora Greystar murió dos años después en un segundo parto.

—Entonces ¿quién atendió el nacimiento de Leonard? —insistió Elise.

Val dirigió su alegre mirada hacia ella.

—Aida —dijo.

—¿Aida? ¿Quién es Aida? —cuestionó Céline—. Jamás he oído ese nombre.

Vallery abrió la boca y la volvió a cerrar. Un gesto atravesó su rostro fugazmente, tanto que quizá Mary fue la única en notarlo. Seguramente,

pensó, iba a decir algo más sobre aquella *Aida* de la que sus primas no habían escuchado antes, pero Mary sí. Quizás debería abrirles los ojos a sus primas, contarles quién era Aida Katterblack, que quizá estuviera viva. Pero aquel extraño gesto en el rostro de Vallery la detuvo.

—Estaba diciendo algo de Philip... —Val se daba toquitos en la pequeña barbilla, pensativa.

—Que Philip es un joven excepcional —repuso Elise.

Ella, más que nadie, estaba de acuerdo con esa aseveración; Mary lo notó en el brillo de sus ojos cuando hizo la recapitulación de las últimas palabras de Val antes de la irrupción con el tema de las madres y sus partos.

—Y caballeroso —continuó Vallery—. Educado, tiene gran habilidad en las disciplinas, como todos sus ancestros antes que él —añadió, alzando una ceja y haciendo énfasis en la última frase—. Sabe cocinar, cuida de sus hermanos...

—Ya lo sabemos —la cortó Céline, con gesto de irritación—. Philip es muy bueno para ser verdad, ¡perfecto! —Arqueó una ceja—. Val, ¿desde cuándo esto se convirtió en una prueba para «enumerar las habilidades de Philip Holbrooke»? En ese caso, no justo que mi hermana tuviera preeminencia.

Elise le dirigió una mirada asesina.

Val sonrió e hizo un ademán.

—Lo que quiero decir es que un joven como Philip habría enviado a un mensajero (o un mensaje mágico, en todo caso) para avisar de su ausencia en la lección de piano. —Mientras hablaba, la sombría mirada inicial volvía a tener lugar sus ojos color jade—. Lo conozco bien, y sé que no podría con su consciencia dejar a la pobre Elise esperando en aquel recibidor.

Elise abrió mucho los ojos, sólo Céline y Mary lo notaron y rieron por lo bajo. Val estaba haciendo una clara declaración de su entero conocimiento sobre los sentimientos de ambos jóvenes; estaba describiendo exactamente lo que había pasado aquel día. Y era de esperarse que lo supiera, Elise sólo se había apartado de la puerta principal cuando Vallery llegó para la lección de aquel día. Val se irguió, parpadeando.

—Queridas, basta de parloteo —dijo. Volvió a sonreír, aunque

insegura—. Para despejar vuestra angustia, os aseguro que daré una visita a la casa Holbrooke cuando acabe nuestra lección de hoy, que ya va bastante demorada.

—Vallery —inquirió Céline—, ¿también estuviste en el parto de Sylvia, la madre de Mary?

La pregunta tomó por sorpresa a Vallery. A Mary también. No se le había ocurrido.

Val echó un vistazo a Mary, enigmática, sin dejar de sonreír.

—No estuve presente, me temo —dijo—. Otro parto más para las manos de Aida.

Aida, pensó Mary. Si Aida Katterblack seguía con vida, deseaba conocerla pronto.

—Bien —dijo Val, inspirando—. Aclaradas todas vuestras dudas, es mejor empezar nuestras lecciones de hoy. Elise, cariño, acércame ese maletín. —Lanzó una mirada a la valija en cuestión: se trataba de un vejstorio de cuero gastado, cuadrado, y detalles en bronce oxidado; pesaba tanto que Elise sólo logró arrastrarla a los pies de Val—. Gracias.

Céline arrugó la frente.

—¿De qué se trata la lección de hoy? —preguntó.

Val se inclinó para recoger la valija. Lo hizo con una facilidad impresionante.

—Hoy, queridas mías, os enseñaré cómo hacer un encanto de medianoche.

* * *

—¡Mi hija, señores, jamás se enredaría con un Hornwood!

Lloyd, en ese momento, habría deseado estar en cualquier lugar menos allí: el estudio del señor Reedstter. Pero el delegado Fedyenka había creído provechoso encontrarse con Stephen antes de su reunión con los miembros totales del Gremio pactada para esa tarde.

—¡No conoció a mi Caroline! —aseveró Reedstter, indignado.

—No, en efecto —dijo Fedyenka educadamente—. Ya nunca tendré ese placer, por desgracia.

Aquellas palabras habrían sonado más gentiles sin el austero acento ruso que las salpicaban.

—¿Por qué no con Hornwood? —inquirió Gustaf Wolfgang—. Si mal no tengo entendido, los Hornwood son una de las familias más prosperas del pueblo: son dueños de una taberna, un hostel y una funeraria, la única en River Town.

Gustaf estaba observando por la ventana del costado, con las manos tomadas a la espalda. Lloyd había escuchado mucho de los Wolfgang a lo largo de los años: eran enigmáticos, educados, una de las familias mágicas más poderosas de Escandinavia y Europa Occidental. No obstante, el verdadero carácter del Wolfgang que estaba en la misma estancia que Lloyd aún era dudoso.

—Tal vez —contestó Stephen Reedstter—. Pero Kenneth era apenas un muchacho, como mi Ian, y tenía la mentalidad de mi Nathaniel, de nueve años.

—Para ser sólo un muchacho, el joven Hornwood parecía llevar bien el manejo de los negocios de su familia tras la trágica muerte de su padre —replicó Gustaf. Se volvió y caminó hacia el escritorio con la fulminante mirada de Reedstter puesta en él—. Quizás los Hornwood no gocen de igual estatus que vuestra clase, tío, pero ¿qué importa cuando se trata de amor?

—¿Amor? —repitió Stephen, incrédulo—. ¿Tratas de decir que mi Caroline estaba enamorada de Hornwood?

Gustaf asintió, lacónico.

El señor Reedstter bajó la vista, como si estuviera sopesando la posibilidad para sus adentros. El resto guardó silencio. Lloyd echó un vistazo a Gustaf, que se sentaba en uno de los elegantes sillones junto al delegado Fedyenka. Le figuró a Wolfgang unos veinticinco años; su piel tenía un tenue color rosáceo, y su cabello, bien peinado, era rubio rojizo. Su copiosa barba era más rubia que su cabellera, y le cubría casi por completo los labios. Era envidiable, pensó Lloyd, cuya única vellosidad (si podía llamársele así) era la que le cubría las patillas. Gustaf, además, tenía ojos muy extraños, una extraña mezcla entre azul hierro y amarillo arena.

—No es posible... —divagaba Reedstter.

—Otra vez te pregunto, tío, ¿por qué no? —Gustaf se irguió hacia atrás y entrelazó los dedos ante sí—. Eran jóvenes, Kenneth y Caroline.

—Gustaf tiene razón —repuso Igor Fedyenka—. Estuvimos... eh...

investigando un poco antes de venir aquí. —Era cierto; Lloyd lo había acompañado: primero a la taberna de Hornwood y luego a la comisaría, que presidía Christian Sawyer—. Y tal parece que hay quienes afirman (y me refiero a comensales de la taberna de los Hornwood) haber visto varias veces a tu... querida... eh... hija... en el lugar.

Reedstter alzó la mirada, aunque ésta permaneció dispersa. Gustaf intervino:

—Uno de los guardas de la celda de Kenneth Hornwood nos aseguró haber sido sobornado por vuestra hija, tío, un pago ilícito para estar un momento a solas con el cautivo...

El señor Reedstter golpeó la mesa con los puños.

Lloyd deseó, otra vez, estar en otro lugar; junto a Meredith, por ejemplo. La silla donde había permanecido sentado desde su llegada empezaba a punzarle en las nalgas. Se había acabado el té de jengibre que había servido la criada de Reedstter al principio de la parlamento; se sentía estúpido, todo el rato con la taza vacía en su mano.

—¡Malditas mentiras! —increpó; sus ojos estaban inyectados en sangre—. Mi Caroline jamás se rebajaría...

«Cierto. —Lloyd entendía perfectamente por qué Reedstter continuaba reacio ante las pruebas que parecían indicar que hubo un romance entre su hija y Ken; también tenía razón al decir que el delegado y Gustaf jamás conocieron a Caroline. Lloyd, sí—. Y ella, como dice su padre, jamás se enredaría con el pobre Kenneth, a menos que necesitara algo de él...» Era sabido por los jóvenes del pueblo los favores que se hacían a la heredera Reedstter para obtener su atención. Lloyd nunca había tenido el privilegio, pues, de momento, el señor Reedstter no se había interesado en los negocios de los Blackfell en la región.

«Quizás deba mencionárselo al delegado —reflexionó—. Lo de los favores.» Lo haría cuando salieran de la mansión Reedstter, no tenía estómago para manchar la memoria de Caroline frente a su padre.

—En todo caso, Reedstter —repuso Fedyenka, manteniendo su cordura diplomática—, el más joven de los Hornwood... eh... no recuerdo cuál era su nombre... —Miró a Lloyd.

—Clayton —le recordó éste.

—Sí... eh... el joven Clayton aseguró haber visto a vuestra hija una que otra vez por la taberna. Y también a vuestro hijo.

—¿Ian? —Stephen arrugó el ceño.

—Sí. Ian. —Fedyenka se irguió—. Ambos visitaron la taberna juntos, una vez, luego estuvo... eh... vuestra hija. Si lo que hubo... eh... entre la joven y ese Hornwood... eh... no fue un romance, entonces vuestro otro... eh... vástago debe saber la verdad. Así que decidí integrarlo a la reunión del Gremio... de esta tarde... para... eh... ¿atestiguar?

—Correcto —dijo Gustaf, sonriente.

—Eso. Atestiguar —ratificó el delegado.

—Pero... —empezó el señor Reedstter.

Fedyenka se puso en pie, dando por terminada la entrevista. Lloyd también se levantó y dejó su estúpida taza vacía sobre el escritorio de Stephen Reedstter.

* * *

Cuando la lección concluyó, Vallery pidió que llevaran ante ella al joven Sam. Mary vio a su hermano entrar a la sala común con una expresión que oscilaba entre el desconcierto y la emoción. Claro está, ella le había mencionado que debía empezar su erudición con la señorita Atwood, a quien siempre debía referirse por «Val».

—¿Val? —había repetido, con una arruga en la frente.

—Sí, Val, debes llamar así. —Se había encogido de hombros para evitar ahorrarse la historia de por qué Val prefería que la llamasen de esa forma. En cambio había dicho—: Es una mujer hada, como nuestra madre.

—Y como Claudine —soltó Sam, recordando ominosamente a la mujer hada que lo tuvo a su cuidado días atrás.

En aquel momento Mary había estado a punto de mencionarle a Loreen, la Líder del Bosque, hermana de su madre, su tía. Pero se calló. Aún estaba considerando si debía contarle a su hermano sobre Loreen, que siempre había sabido del paradero de Sam y no se lo había dicho a ninguno de los Seguidores del pueblo. Loreen era peligrosa, oscura, entre otras cosas...

Naturalmente, Val se alegró mucho de conocerlo por fin. Sam, un poco tímido, se presentó como un pequeño caballero ante la institutriz, lo que provocó un estallido de regocijo entre Val y sus primas.

Mary, Céline y Elise abandonaron la sala común, dejándolos solos para la lección. Decidieron tomar un poco de aire fresco.

—Madre regresará en dos días, y nuestro padre aún no sale de su maldita habitación —dijo Céline. Estaban tomando una leve merienda (que constaba de galletas, bizcochos con miel, frutos, emparedados, y zumo de naranja) en el jardín—. Y se niega a recibirme, ¡A MÍ!

—Quizás no eres tan indispensable como creías —repuso Elise sin darle importancia. Se llevó un bizcocho a la boca ante la atenta mirada asesina de su indignada hermana.

Mary apartó la galleta que estaba por morder y se enserió.

—No sé, chicas, creo que algo terrible le sucede a vuestro padre. Y no se trata del abandono de la tía Alice. Él ha cambiado desde la noche que Darkling irrumpió en la mansión. —Echó un vistazo a Céline, la única testigo (además de Mary) de lo que había ocurrido en el estudio esa noche—. No sé cómo decirlo, pero creo...

Bajó la mirada. No era capaz de mirar a sus primas y decirles que su padre, tal vez, fue poseído por el ente oscuro de Darkling. Respiró hondo y alzó los ojos de nuevo. En ese momento notó que las hermanas se estaban viendo una a la otra con aprensión.

«Lo saben», pensó Mary.

—Lo sabemos —confirmó Elise. Al instante, Céline comenzó a sollozar—. Bueno, al menos lo sospechábamos.

—Deberíamos decirle al Gremio, entregarle la carta... —empezó a decir Mary.

—¡NO! —soltó Céline; se enjugó bruscamente las lágrimas y se irguió hacia adelante. Continuó en voz baja—: Si ellos lo descubren, lo encerrarán. Debemos hallar la forma de liberarlo del hechizo, la maldición...

—¿Cómo? —cuestionó Elise—. No quiero ser pesimista, pero si los Hornwood no pudieron hacerlo por casi noventa años, cómo lo haremos nosotras. Mary tiene razón, deberíamos acabar de una vez con toda esta farsa y hablar con el...

—¡Elise, ¿te has vuelto loca?! —interrumpió Céline. Parecía histérica—. Es nuestro padre.

—Lo sé —afirmó Elise con una decisión que Mary no le había visto antes. Y por lo visto, Céline tampoco—. Pero hay un asesino habitando su

cuerpo, ¡un monstruo!, ¿qué más vamos a esperar? ¿Qué asesine a alguien más? —Miró a su hermana con fervor—. ¿Es lo que padre habría querido?

Céline parpadeó.

—No —contestó al instante—. Él habría querido buscar una solución a la maldición de Hornwood antes de tomar medidas irreparables. No conoces a padre como yo, Elise.

—¡Pero no es nuestro padre! —profirió ésta, agitando las manos. Mary temía que saltara sobre la mase para estrangular a su hermana. Céline era necia.

—Quizás Val podría ayudarnos —insistió—. Ella es muy vieja y sabe de hechizos. Como hoy, con el encanto de medianoche. Y conoce a un tal Wyllas, ¿recuerdas, Elise?... Su queridísimo amigo Wyllas siempre está en la Gran Biblioteca de Azur, ahí hay libros que podrían ayudarnos... ¡El libro Blanco, por ejemplo!

—Basta, Céline, te has vuelto loca —la cortó Elise.

Una vez más, Mary estaba de acuerdo.

—Esta tarde se llevará a cabo una reunión del Gremio —habló Elise, ahorrándoles la explicaciones de cómo supo aquello. Philip, seguramente —. Ayer arribó al pueblo el delegado enviado por los Altos Seguidores, para investigar la naturaleza de Darkling. Será el momento indicado para contar al Gremia la verdad y entregarles la carta... Contarles odo... Darkling está vivo, y habita el cuerpo de nuestro padre.

—Estoy de acuerdo con Elise —abundó Mary—. No hay tiempo que perder. Yo misma llevaré la carta, he estado en el salón de los Viejos Conjuros antes y los miembros del Gremio probablemente me recordarán.

Porque ella sí los recordaba: el amable Arnold Greystar y su hijo Lance, el severo pero diplomático Frederick Startclyde, el piadoso Eudoxio Belwolf, el terrible Stephen Reedstter, el oficial Sawyer y el discreto alcalde Oakwater, el parsimonioso Oscar Witheford y Richard Katterblack. Otros estuvieron ausente en aquella ocasión: Elio Blackfell y Joseph Westwick, que habían sido raptados por los servidores de Darkling en el baile del solsticio; los Yellowfield no tenían representante desde que la familia dejara de existir en el pueblo hacía diez años, según le contó Val a Mary; igualmente los Treddaway, aunque Andrew y Philip,

por los Holbrooke, habían tenido una participación; y ningún Falahee.

Sus primas, notó Mary, seguían en silencio tras la resolución de hacer un momento; a duras penas se limitaron a probar bocado de la merienda.

De pronto, oyeron un sonido cantarían, armonioso: las hojas de los árboles agitadas por el viento. Hacía un día bello de verano. Aunque la estación estaba por acabar, esos días parecían arrojar sobre el pueblo sus últimos vestigios. Las criadas habían armado una especie de toldo sobre la mesa, eso evitó que las hojas sueltas cayeron sobre la comida y el jugo de naranja. Más allá estaba la fuente de la trucha, la constante caída del agua. Mary suspiró hondo. Había llegado la hora.

Se levantó.

—¿Adónde vas? —preguntó Céline.

Mary no respondió. Echó un vistazo a Elise, que sabía adónde, y asintieron simultáneamente.

Mary se caminó hacia el sendero de piedra, y luego hacia el bosque. Había hecho una promesa. E iba a cumplirla.

* * *

Estaba oscuro. Mucho más de lo que le habría gustado a Richard Katterblack.

Sin embargo, y por primera vez en días, se acercó a la ventana para ver hacia el jardín. Sus hijas estaban allí, bajo la sombra de una tienda, degustando una merienda. Mary había estado allí hace un momento, pero la joven se había levantado y caminado hacia el bosque como persiguiendo una mariposa.

Pobre muchacha. No sabía qué le aguardaba.

—¡Céline! —aquél grito llevó de nuevo su atención hacia sus hijas.

Céline caminaba con ímpetu hacia la mansión; había dejado sola a Elise.

¿Qué tontería iba a cometer ahora?

Conocía bien a su hija, más de lo que le habría gustado. Sabía de sus encuentros con Rolan Falahee, hacía tiempo que era así, pero Richard había permitido que aquella relación clandestina continuara después de que sus negocios con Stephen empezaran a tambalearse. Richard no podía permitir que todos sus esfuerzos invertidos en décadas de trabajo

se perdieran, así, de la noche a la mañana (y todo por culpa de ese maldito Reedstter). De modo que pensó que, ahora que su sociedad con Stephen había quedado en el traste, por qué no buscar a un socio tan acaudalado como el antiguo.

Había pensado en Blackfell. Pero tras los eventos del baile del solsticio, aquella idea pasó a la historia. Quizás Belwolf, pero luego de haber indagado furtivamente en las finanzas de Eudoxio halló que éste estaba hundido en deudas, y había caído en ellas de la forma más neciamente posible. No era bueno para los negocios, concluyó Richard.

Finalmente llegó la solución: debía ser Falahee. «¿Quién lo habría pensado? —Leonard se había casado con una pobretona sureña en contra de los designios de Richard, y seguramente Elise acabaría haciendo lo mismo con Phil Holbrooke (aunque el joven le agradaba, seguía siendo pobre), cuyo apellido y casta suponían un poco de alivio para Richard—. Pero será Céline quien obre por mí en nombre de todos los...»

Alguien tocó la puerta. ¿Cuánto tiempo llevaba junto a la ventana?

Se apartó y cerró la cortina: de vuelta a la oscuridad. Tocaron de nuevo.

No era Sutr. El viejo mayordomo tenía llaves de la habitación y sólo tocaba por las noches, cuando hacía más frío y entraban las sombras. Debía ser alguien más.

Dio un par de pasos hacia la puerta. Tocaron otra vez. Richard acercó el costado de su rostro a la puerta. Se sintió tan tentado de hablar que no pudo evitarlo.

—¿Quién? —preguntó. La voz le salió como un graznido.

—Papá, es Céline...

—¿Qué sucede?

—Necesito hablar contigo. Es importante.

Guardó silencio.

—Papá, ¿estás ahí?

—Sí. —Ella esperaba que le abriese la puerta, pero él no estaba dispuesto a que Céline lo viese tan acabado como estaba—. Habla de una vez, muchacha.

—¿Puedo entrar?

—No.

Hubo silencio. Después un largo instante, Richard pensó que Céline se había marchado.

—Se trata de Mary —dijo Céline. Y procedió a contarle lo que la joven quería hacer esa tarde, cuando el Gremio y el delegado se reunieran en el salón de los Viejos Conjuros para parlamentar sobre quién sabe qué.

—¿Eso es todo? —preguntó bruscamente cuando Céline hubo acabado.

—Sí. Ahora...

—... márchate —restalló Richard.

Silencio, y luego una sucesión de pasos que se alejaban con premura acompañado por unos sollozos espasmódicos. Richard no quería ser duro con su pequeña, su hija del alma, pero no podía ser de otra forma mientras aquel monstruo lo habitaba.

«Bien hecho, Richard», dijo la voz de Darkling en su cabeza. «Le has enseñado bien. Luego te lo agradecerá.»

Richard no estaba seguro.

—Ya sabes lo que Mary va a hacer —dijo—. ¿Qué vas a hacer tú para evitarlo?

Darkling, más que contárselo, iluminó su mente con la idea.

—¿Esta noche? —preguntó Richard, horrorizado.

«Pronto serás libre, Richard», le dijo Darkling. «Y yo habré cumplido mi parte del trato.»

El trato era que Darkling no se mostraría a su familia y no mataría a nadie más en el pueblo mientras estuviera en su cuerpo. Era un pacto discordante dado que Darkling —en complot con Richard— había acabado con Caroline Reedstter y Kenneth Hornwood en la celda mágica donde encerraron al muchacho. Richard no habría querido que Darkling dañase al hijo de Henry, pero sabía que no había tenido otra elección, Kenneth Hornwood había intentado atacarlo por la espalda mientras estrangulaba a la puta Reedstter.

Lo hecho, hecho está. Algunos tendrían que morir para que Darkling finalmente consiguiera su cometido. Otros vivirían, como Richard y su familia, como parte del trato que hizo con Darkling. Estos términos no incluían a la joven Mary, que no tendría un final feliz cuando cayera en las manos de Darkling. Tampoco el sodomita de Horace Holbrooke.

«Bien, Richard», repuso Darkling. «Ya te he mostrado lo que debes

hacer para conseguir tu liberación.»

Richard cayó sobre sus rodillas; sus piernas no aguantaban el peso de su cuerpo (que no era suyo).

—Lo haré. Sabes que lo haré.

Capítulo 9

LA PRUEBA DE QUE VIVIMOS

«Katterblack», notó Lloyd. La última reunión del Gremio que contó con la presencia de Richard Katterblack fue cuando Kenneth habló sobre la maldición de los Hornwood; entonces había tenido una apariencia deplorable; corrían rumores.

El resto de los miembros del Gremio ya se encontraba allí. Algunos estaban parlamentando, otros guardaban silencio, y otros —Stephen Reedstter, que no era de extrañar— estaban perdiendo la paciencia. Igor Fedyenka presidía el círculo de hombres que aguardaba bajo la tenue luz que atravesaba los amplios ventanales del costado. Gustaf Wolfgang paseaba la mirada, con comedido interés, de un sitio a otro, claramente interesado por la naturaleza del salón de los Viejos Conjuros. Todos estaban allí, al menos la mayoría. Lloyd tenía la leve sospecha de que se estaba olvidando de alguien más.

—Es evidente que Katterblack no va a venir... otra vez —soltó el señor Reedstter, hosco, impaciente. Ian, su hijo, estaba a su lado tan callado y sombrío como una sombra—. Así que propongo que comencemos ahora.

—Deberíamos empezar, sí —convino Eudoxio Belwolf—. La noche se cernirá pronto sobre el pueblo.

—La noche es lo que menos me preocupa, Belwolf —apuntó Startclyde.

Ian, advirtió Lloyd, lucía nervioso, la frente le brillaba y desde su llegada había permanecido cabizbajo, como rehuyendo de la mirada de los miembros del Gremio, incluyendo la de Lloyd. Algo extraño sucede; el joven Reedstter era tan imperioso como lo fue su hermana, mirando al resto de las personas con jactancia; quien lo viera en ese momento, y lo conociera desde siempre (como Lloyd), no lo reconocería. Pero, efectivamente, era Ian.

Con todo, el recelo del señor Reedstter estaba bien infundado por la

presencia de su vástago; visto, parecía tan nervioso como Ian, Lloyd no se había fijado en el parecido de padre e hijo, que era muy evidente en ese momento. Ambos parecían incómodos en sus propios cuerpos, algo muy raro en los Reedstter. Lloyd se guardó sus reservas.

—Sí —intervino Oscar Witheford—. Richard no va a venir, así que deberíamos comenzar.

Un barullo de voces expresó su acuerdo.

—Y el joven Holbrooke —dijo Arnold Greystar—. Él tampoco está aquí.

«Philip.» Sabía que había olvidado a alguien. Extraño, pensó Lloyd, Phil parecía entusiasmado con formar parte del Gremio en representación de su familia (como lo había estado Lloyd en su momento), y como muestra no había faltado a ninguna reunión desde la primera. Sin embargo, Lloyd había notado en los últimos días un extraño comportamiento en Philip, casi como el que tenían Stephen e Ian en aquel preciso instante.

—Si ya somos todos —habló Gustaf Wolfgang, aclarándose la voz—, entonces empecemos ya. Primero, señores, oiremos lo que el joven Ian Reedstter tiene para decirnos sobre ciertas visitas a la taberna de Hornwood previo a los acontecimientos de la mansión Katterblack.

* * *

—Has vuelto —dijo Andrew. No era una pregunta.

No obstante, Mary respondió:

—Sí. Hice una promesa.

—Innecesaria, debes reconocer. —Sentado en un baúl junto a la ventana y contemplando el bosque, Andrew escasamente era una silueta bosquejada en contraluz por la tenue iluminación del atardecer. Su cabello rubio, como oro resplandeciente, era el único amago de color que asomaba entre las sombras.

—No. —Mary avanzó un paso; había permanecido en el vano de la puerta desde que la abrió por indicación de Abby—. Sé que no deseas verme. Porque me culpas.

Una tensión recorrió los hombros de Andrew; Mary la notó desde su posición.

—¿Por...? —No acabó la frase. Se volvió.

—Ya sé lo que ocurrió con Mahlon West... lo que te hizo... —Habló deprisa. Los ojos le escocían por el esfuerzo de contener sus lágrimas—. No tengo palabras... Yo... Lo que West te hizo... —Y suspiró—: Lo siento.

Aunque se había vuelto hacia ella, Mary no sabía si Andrew estaba mirándolo o atravesándola con la mirada, pues las sombras poblaban su rostro. Sin embargo, advirtió, sus ojos centelleaban allá en la oscuridad.

—¿Lo... sientes? —titubeó Andrew. Luego se echó a reír.

Mary sintió que se le helaba la sangre en las venas. Empezó a preguntarse si había sido buena idea visitar a Andrew, es más, si había sido buena idea hacer aquella estúpida promesa. Andrew no iba a permitir ser salvado, claro está, mucho menos por quien le causó aquel daño, tanto valía si Mary o Mahlon West le ofrecían la salvación. Eran iguales.

Estaba considerando girar sobre sus talones y salir corriendo de la habitación cuando lo oyó hablar otra vez.

—No fue tu culpa, Mary —dijo en tono suave, como el Andrew de aquella noche en el jardín—. Yo habría preferido la muerte, porque sé que todo lo que sucedió fue mi culpa —sumó; apretaba los labios—. Yo me arrojé a esa incursión, sabiendo las consecuencias, para salvar a tu hermano; no fue sólo por ti, Mary, lo hice por mí... Fui egoísta... Blackfell murió por mi culpa, yo caí en una trampa y... y...

Mary habría querido correr hacia él, abrazarlo, estrecharlo contra su pecho, murmurarle que todo estaría bien (aunque no tuviera la certeza), pero una fuerza inmaterial la mantenía quieta en su sitio. Quizá fuera lo mejor.

—Abby... —empezó ella, recuperando el habla.

—Imagino lo que mi hermana te dijo —escupió Andrew—. Ella prometió no entrar en mi cabeza, salvo que fuera necesario. Así fue como se enteró. —Rió secamente—. ¡Por lo visto eres la única que cumple sus prometas! Abby no sabe más de lo que yo permití que supiera. Nada, a ciencia cierta.

—Tal vez pensó que sí era necesario... —Titubeó antes de continuar—: Quiero decir, meterse en tu cabeza. Han sido días duros para ella, se le nota en el rostro. Yo en su lugar habría hecho lo mismo. Además, ella es tu melliza, supongo que debe compartir tu dolor.

Suspiró.

—No —replicó Andrew, contundente. Otra vez los hombros tensos.

Mary retrocedió un paso, instintivamente. Su corazón latía a un ritmo vertiginoso.

—Ella no lo sabe —replicó Andrew, y golpeó una pared con la mano cerrada. El golpe provocó un sobresalto en Mary, que a duras penas lo pudo disimular—. No permití que ella supiera lo que pasó.

—Quizás debas contárselo. Eso te podría hacer sentir mejor.

Andrew se echó a reír. Al menos, pensó Mary, había logrado bajar la tensión de sus hombros.

—Es la cosa más estúpida que haya oído jamás —replicó él—. No sabes de qué estás hablando, Mary. ¿Acaso quisieras compartir con tu hermano las llamas que te queman por dentro sólo para liberarte un poco de su ardor? —Ella no respondió—. Eso pensé.

Mary no le había contado a su hermano muchas cosas desde su regreso; ¿quién era su verdadero padre?, por ejemplo, ¿quién había matado, y cómo, a sus padres? ¿Y por qué? Ni siquiera había querido contarle de Loreen, la oscura y traicionera hermana de su madre.

—Tienes razón —reconoció Mary. La voz le salió débil—. Entonces dímelo a mí.

Por un instante, la estancia pareció congelarse. Hubo silencio, un silencio frío y mortuorio que danzaba en la habitación. Andrew continuó quieto, como una sombra más proyectada por la exigua luz (casi inexistente) de la ventana. Luego se movió suavemente desde el extremo de la ventana hacia el librero. Mary vio su enjuta espalda flexionándose en el procedimiento de prender la lámpara que estaba sobre una de las repisas. La luz titiló, una, dos...

Andrew se volvió.

—¿Por qué debería decírtelo? —le preguntó a Mary. Seguía habiendo sombras en su rostro. Avanzó hacia ella. Se detuvo.

Mary abrió la boca y al instante la cerró. No sabía qué decir. Andrew dio otro paso.

—Dime, Mary —preguntó serenamente, y dio un paso más—. ¿Por qué debería compartir este infierno contigo?

Oyó otro paso. De pronto, Mary sintió el frío aliento del joven en su frente. Seguía habiendo sombras en su rostro, pero entre ellas un amago

de la luz recién encendida le mostraba sus labios, ¡sus perfectos labios!, formando una fina línea. Quería abrazarlo, fuerte, a pesar del temor del rechazo. Quería besarlo, a pesar de la promesa de sus labios. Más que nada, quería escucharlo, porque de otra forma jamás sabría qué tan profunda era la herida que seguía sangrante en su alma.

—Las palabras son la prueba de que vivimos —dijo Mary. Lo había leído en alguna parte.

El contorno de una cabellera rubia parecía absorber la luz de la vela en el rincón. Andrew permaneció en silencio.

—Necesito devolvarte esto —continuó ella. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas—. Necesito saber que estás ahí, en alguna parte, y tú también. Es la prueba de que vives, que no estás perdido. Lo haría por lo que has hecho por mí. Lo haría por ti... mil veces más.

El silencio se eternizó. El aire parecía vibrar tenuemente a su alrededor. Mary se enjuagó los ojos con el dorso de la mano, notando entre las sombras que Andrew no se había conmovido; continuaba pétreo, con mirada inexorable. El corazón le golpeaba las costillas. Finalmente, Andrew habló.

—Por hoy has cumplido tu promesa, Mary —dijo—. Ahora, márchate.

Por un instante, ella permaneció helada por la frialdad de sus palabras. Luego se volvió y salió de la habitación, sabiendo que Andrew tenía razón. Mañana volvería. Y al día siguiente, y el que sigue... Las puertas no estaban cerradas para ella. Andrew estaría esperándola.

* * *

Lloyd, como el resto de los miembros del Gremio, oyó la confesión de Ian Reedstter sobre su plan, en conjunto con su hermana, para acabar con Richard Katterblack. Aquello no tenía sentido, pensó, ¿qué tenía que ver Darkling con eso? Al parecer, Lance Greystar había llegado a la misma conclusión.

—¿Por qué Darkling lo haría? —preguntó.

—Darkling no —repuso Ian—. Kenneth.

—¿Quieres decir que enviaron a Kenneth Hornwood a la mansión Katterblack para matar a Richard? —lo interrogó Eudoxio Belwolf, el único, al parecer, que no había entendido ya ese punto.

Lloyd volvió su atención a Ian.

—Sí —respondió éste. Estaba de pie en el centro del círculo que conformaban los hombres del Gremio; Gustaf Wolfgang y el delegado Fedyenka, que ocupaba el asiento de alto que cabezal que parecía más un trono, presidían el círculo—. Pero algo salió mal...

Había descubierto el secreto de Kenneth la noche del baile del solsticio mientras ocurrían los enfrentamientos entre Seguidores, subordinados e Hijos de Isidora en la sala común. Más adelante, cuando se lo contó a Caroline, ésta tuvo la brillante idea de utilizar a Kenneth para asesinar a Richard Katterblack. («Buena jugada —pensó Lloyd—. Echarle la culpa a su hermana muerta». Típico de los Reedstter). Esa fue la razón de que los dos jóvenes Reedstter visitaran la taberna de Hornwood.

—¿Por qué Richard? —preguntó el alcalde Oakwater. Tenía una mirada tan punzante como puñal. Sin embargo, no fue aquella certera contemplación la que hizo que Ian Reedstter desviara los ojos hacia su padre.

Hay estaban otras cuestiones que ninguno de los presentes había planteado en voz alta, reflexionó Lloyd: ¿Sabía Stephen de la fragua de sus hijos? ¿Había orquestado todo a través de su hija Caroline? ¿Sabía de la naturaleza de Kenneth al momento de hacer la macabra encomienda?

—Lo siento, padre —soltó Ian.

Stephen compuso una mueca de horror.

—No sé de qué estás hablando —increpó. Ladeó la cabeza y miró a cada uno de los miembros, con el semblante inexorable—. No sé de qué está hablando el muchacho, ni siquiera lo reconozco. —Se volvió hacia Ian—. ¿Quién eres? ¿Y qué has hecho con mi hijo?

—Ella lo hizo por ti, padre —replicó Ian a su vez; tenía los ojos inyectados en sangre y las mejillas húmedas por las lágrimas que había derramado al principio de su confesión—. Caroline lo hizo por ti, para deshacerte de ese cabrón de Katterblack...

—¡Basta! —bramó Stephen. El eco de su voz rebotó contra las columnas y creó remolinos de polvo en el aire.

Los hombres del Gremio echaban miradas especulativas al señor Reedstter, pues era evidente que no le habían creído del todo. Los Reedstter tenían cierta reputación, que empezaba en los años cuarenta

cuando ocurrió cierto incidente con la fábrica de los Cartwright. Además, el comportamiento de los miembros de su ralea por generaciones daba mucho de qué hablar. Lloyd también ponía en tela de juicio que Stephen haya tenido o no participación en el complot de sus hijos contra Richard Katterblack.

Después de todo, los negocios, como recién había dicho Ian, marcharían mejor si uno de los socios quedaba fuera del juego. Stephen saldría beneficiado. Con todo, había algo en su mirada. Lloyd no había visto antes nada igual en el agrio rostro del señor Reedstter, era como si un cristal se hubiese roto en su interior; quizá el cristal que envolvía su frío corazón, pensó Lloyd. Y todo había empezado con la confesión de Ian.

—Stephen, ¿qué tienes que decir? —inquirió el oficial Sawyer.

—Es evidente que tu progenie no pudo haber planeado toda esta maquinación sin tu aprobación —abundó Startclyde, con un ceño tan fruncido que le oscurecía la cara—. Ellos no habrían...

Stephen desvió la mirada dolida de su hijo a Startclyde.

—No —lo interrumpió—. Yo un tuve nada que ver, ya dije... Yo... tal vez dije cosas, pero jamás quise asesinar Richard. Mis... Ian y Caroline tampoco.

—Bueno, el joven ha dicho lo contrario —intervino Belwolf—. Aunque no hemos escuchado el resto de la historia, ¿no es cierto?

Así era. Ian continuó hablando sobre las visitas consiguientes de su hermana a la taberna de Hornwood. Insinuó, con voz tan débil como un susurro, que su hermana había llegado a acostarse con Kenneth para que este cumpliera su cometido. Al parecer, Ken se había negado hasta el último momento a pesar de la amenaza de los jóvenes Reedstter por revelar su sombrío secreto.

Entonces llegó la noche del cometido. El resto del Gremio sacó sus propias conclusiones de lo que ocurrió aquella noche en la mansión Katterblack, con la correspondiente intervención de Ian, que parecía a punto de derrumbarse en el suelo. Ken, según una especulación del oficial Sawyer, había ido al hogar de los Katterblack para cometer el asesinato (dos muertes se tenían pensadas, el de Richard y uno de sus sirvientes), pero cuando Céline Katterblack abrió la puerta Darkling tomó posición de Kenneth y entró a cumplir en su lugar el cometido del

muchacho.

—Sobre seguro —especuló Félix Oakwater— que Darkling no quería perder la oportunidad de deshacerse de Katterblack con sus propias manos, por eso apareció.

—Sí —asintió Oscar Witheford, aunque la expresión en su rostro era reflexiva—. Pero ¿qué hay de la muerte de Kenneth y Caroline? ¿Lo ha hecho Darkling?

—No hay indicio de que lo fuera —intervino Gustaf Wolfgang. Se había mantenido callado desde que empezara la reunión—. El delegado ha hecho sus respectivas pesquisas, y no ha encontrado ningún asomo que afirme aquella teoría. Caroline sobornó al guarda de turno de la celda de Kenneth para estar un momento a solas con el cautivo. —Miró brevemente a Stephen, que tenía la mirada abatida puesta en Ian—. Nadie vio entrar a otro hombre o criatura a la celda de Kenneth Hornwood, a nadie, salvo a Richard Katterblack.

—¿Katterblack? —corearon todas las voces del Gremio.

Si Katterblack había estado con Ken previo a su muerte, Lloyd reflexionó, posiblemente él había cometido el crimen. Y la razón, tras la confesión de Ian Reedstter, estaba sustentada. El señor Katterblack había descubierto las intenciones de los Reedstter y había buscado venganza. No parecía probable que Katterblack asesinara a nadie, menos a Ken, que era hijo de Henry Hornwood, uno de sus más cercanos amigos.

El delegado Fedyenka dijo algo el ruso que apaciguó el barullo que se había formado entre los hombres del Gremio. El eco de sus voces se congeló.

—El delegado afirma que no pudo haber sido Katterblack —dijo Wolfgang. Continuó hablando a medida que Fedyenka lo hacía en su lengua natal—. Katterblack había visitado la celda del joven Hornwood horas antes de que el último guarda lo viera con vida, eso fue al poco tiempo de que el muchacho contara su historia sobre la maldición de su familia.

—¿Quiere decir que Katterblack está fuera de sospechas? —preguntó Belwolf.

—Sí —dijo Fedyenka en inglés.

—¿Darkling está muerto? ¿La maldición desapareció aquella noche

cuando Richard le clavó la daga?

Fedyenka dudó un momento.

—Nunca... eh... había escuchado sobre una maldición de esas proporciones —repuso—. Pero en nuestro mundo... eh... habitado por sombras andantes y criaturas oscuras... y la magia... eh... todo es posible.

—¿Y Mahlon West? —dijo Eudoxio Belwolf, temeroso—. ¿Por qué sigue rondando el pueblo? Si Darkling ha desaparecido, no hay razón...

—¡Razón! —increpó Frederick Startclyde—. West no necesita razones para aterrorizar, matar y... —Resopló bruscamente. Un aire denso colmó la estancia: todos sabían lo que le había hecho el nigromante a Andrew—. Es obvio que Mahlon quiere acabar lo que empezó Darkling. Hasta entonces, no descansará.

* * *

Mary había regresado a la mansión tras su encuentro con Andrew. Había atardecido, como había previsto en la habitación del joven. El cielo estaba avanzado en opacidad y el viento soplaba frío, el rose de la noche. Sintió escalofrío.

Pensó que ojalá no fuera muy tarde para llegar a la reunión del Gremio y entregarles la carta de Darkling. Estaba por ponerse un abrigo cuando Olee entró inesperadamente a su habitación. La criada parecía un poco azorada, incluso estaba rubicunda como si hubiese subido a trote las escaleras del recibidor y atravesado de la misma forma el corredor de las habitaciones hasta la de Mary. Ella sospechaba que eso, precisamente, había hecho. Temiendo lo peor, apuró a Olee para que le contara la razón.

—El señor ha salido de su habitación —informó en tono exaltado—. Quiere reunirse en el comedor con su familia, con sus hijas y sus sobrinos, dijo. Habrá una cena. La señorita Céline quiere que la ayude a prepararse, señorita Mary. Un vestido elegante y...

Mary apenas oyó el resto de las palabras de Olee. Se quedó pensativa. «Ha salido finalmente.» No estaba segura de que fuera algo bueno o un plan de Darkling para tomarlos a todos en un mismo lugar. No parecía factible. Además, si Katterblack ha salido por fin le podría hacer las preguntas que por días había querido hacerle.

Céline probablemente bullía de alegría por la reaparición de su padre. Tal vez ella misma había confirmado que, en efecto, no se trataba de Darkling, de otro modo no estaría participando en una cena eventualmente letal. El corazón le martilleaba el pecho, no sabía qué sentía ante la posibilidad de hallarse cara a cara una vez más con el señor Katterblack.

—¿Dónde está Sam? —le preguntó a Olee mientras ésta la ayudaba a quitarse el corsé.

—Está bien, señorita —contestó animada, liberando un nudo tras otro—. Tara se está haciendo cargo de preparar al señorito para la velada. Adler está muy feliz, y aseguró a viva voz que haría un banquete de reyes para el señor.

Comida. Mary no podía pensar en comida, ni mucho menos; tenía un nudo prieto en el estómago. Sentía, por momentos, que le faltaba el aire. La habitación se había vuelto chica desde que Olee entrara con el anuncio. Olvidó por un instante la faena que había estado por hacer previamente: llevar la carta de Darkling ante los miembros del Gremio. Mientras Olee hacía diligente la tarea de prepararle un baño, Mary se sentó en la cama y cogió el fajo de cartas de su padre que estaba en la mesita de noche y lo apretó contra su pecho.

Dejó las cartas una vez más en su lugar y tomó otra, la que estaba apartada del resto. Ésa no era una de las cartas que su padre había escrito a Katterblack; ésa estaba sellada con las iniciales «MW» en lacre negro como la brea.

Si Richard no era Darkling, meditó, entonces ¿quién pudo haber dejado la carta en su habitación? Grace había especulado que tal vez lo había hecho uno de los criados, pero Mary seguía considerándolo imposible. La maldición no pudo haber recaído sobre ellos porque ninguno estaba en el estudio cuando Richard le clavó la *Rhiptus* a Darkling en el pecho. Cuando Olee salió del baño anunciado que la tina estaba lista, Mary sintió una sacudida.

No, Olee definitivamente no. Se levantó y fue hacia el cuarto de baño, donde imperaba un aroma balsámico. Las ideas no abandonaron su cabeza, de modo que no pudo disfrutar del lavado cómo veces anteriores. El recuerdo de su último encuentro con Andrew fue lo único que apartó el nombre de Darkling de sus pensamientos.

Más tarde, lúcida y vestida, salió de su habitación como si el entorno fuera ajeno a ella, y sin embargo no podía estar más firme en el suelo. El camino al comedor se le hizo eterno. Elise y Sam, bien vestido con un trajecito que sus primas le habían encargado a la señora Tawney, ya estaban sentados a los costados de la mesa. Sam se levantó, educadamente, como le había enseñado su padre («Siempre que una dama se levante de su mesa, tú debes hacer lo propio», habían sido sus palabras). Mary se infundió de ternura. Besó a Sam en el cabello.

Elise le dedicó una sonrisa cuando sus miradas se hallaron. Había algo extraño en su mirada, notó Mary mientras se sentaba en la silla que su hermano había apartado para ella. Se preguntó si su prima habría visto a su padre previo a la cena. Elise estaba más pálida de lo normal (naturalmente, y como estaba Mary, temía que Darkling apareciera en el comedor en lugar de su padre), tenía el cabello recogido y lucía un precioso vestido color verde pastel, que, posiblemente, sumaba más a su palidez.

Mary no lo soportó más y, en voz baja, le preguntó a Elise si lo había visto, a su padre.

—No —respondió—. Pero Céline sí. Ella informó a los criados que preparan la cena y me informó personalmente de la noticia. No mencionó cómo estaba padre, aunque eso quizás no importe ahora. — Intentó sonreír, pero el gesto le salió desgano, tenue; tal parece que no sentía mucha alegría de volver a ver a su padre. Quizá Elise sabía algo que los demás ignoraban—. Estará aquí pronto. Céline estaba emocionada...

¿Y cómo no? El señor Katterblack era la luz para los ojos de la mayor de sus hijas. Céline se había prohibido al amor (al menos al ojo público) que sentía por Rolan Falahee, un joven adinerado y de una familia de color, lo que fastidiaba a los gustos de Richard Katterblack; lo había hecho para no defraudar a su padre, quien seguramente le encontraría un buen prospecto que vaya a sus intereses, como el compromiso (no anunciado) de Elise con el perverso Ian Reedster.

Se oyeron pasos. (Podían ser Céline y su padre, pensó Mary, llegando juntos, tomados del brazo). Las puertas de la estancia se abrieron al cabo de un momento.

—¡Ya están aquí! —exclamó Céline. Como su hermana, ella también

tenía el cabello recogido en un pintoresco tocado que costaba de una trenza en torno a su cabeza como una tiara. Lucía un elegante vestido rosa con encaje negro y detalles de perlas en el cuello—. Pensé que nos reuniríamos todos en el recibidor.

—¿Dónde está tu padre? —preguntó Mary sin preámbulos.

Céline, que se estaba sentado junto a su hermana, le echó una mirada picaresca.

—Se reunirá pronto con nosotros, por favor, os pido un poco de calma. —Sonrió.

¿Calma? ¿Acaso no estaban lo suficientemente calmados? ¿Estaban aguardando a su posible asesino?

Céline frunció el ceño, aunque la sonrisa que revoloteaba en sus rosáceos labios sosegaba la firmeza de su gesto. Miró a Elise y Mary, gradualmente.

—Sé lo que están pensando —aseveró—. Padre está bien, se los aseguro. Yo misma lo vi. Y no tiene nada que ver con... —Echó una rápido vistazo a Sam, que estaba distraído con los cubiertos de plata que estaban en la mesa ante él—. Bueno, de ya saben quién...

—¿De quién, querida?

La voz vino de la entrada del comedor. Guardaron silencio. Las cabezas giraron. Mary había reconocido la voz como si se tratara de la suya propia. Richard Katterblack —o al menos eso parecía— entró a la estancia, sonriendo a sus invitados; cruzó la estancia y se sentó a la cabeza de la mesa. Todos, salvo Céline, que sonreía como una niña risueña, estaban en estado de mutismo. El corazón de Mary latía duramente en su interior, a punto de estallarle. La apariencia de Richard era lúcida, vibrante, lozana, como si hubiese rejuvenecido diez años. Vestía un elegante *suit* color ceniza hecho a la medida cortesía del atelier de la señora Tawney; llevaba el cabello bien peinado y escaso de canas.

Su sonrisa, pintoresca y simpática, iluminaba su rostro. Céline estaba en lo correcto, pensó Mary, Katterblack estaba bien. Más que bien, dirían otros.

—Bien —preguntó Richard Katterblack—, ¿de quién estaban hablando?

—Darkling, padre —dijo Céline—. Pero eso ha quedado a atrás, ¿no?

Se lo estaba diciendo a Mary, pues su mirada estaba puesta en ella.

Mary asintió automáticamente.

Richard sonrió y expresó:

—Qué bien. Ahora, ¿qué tal si empezamos con la velada?

* * *

Despertó con un palpitar en las sienes y la vista borrosa, sentía el cuerpo adormecido ajeno a la realidad. Ladeó la cabeza. «¿Dónde estoy?», se preguntó. Al cabo de unos minutos tuvo mejor campo visual, la opacidad se disipó, la confusión seguía latente. Percibía un *biiiiií* estridente en sus oídos, tortuoso.

Otro par de minutos y supo algunas cosas: primero, que estaba en casa, en la sala de estar, había dos siluetas sentadas en el sofá rojo y otra en el banco del piano. Segundo, había anochecido, puesto que había enormes recuadros oscuros en el costado frontal de la estancia, donde debían estar las ventanas (además, hacía un frío que no ponía en duda que así era). Seguía sin oír nada, salvo el *bí* continuo.

Cerró los ojos y apretó el ceño. Intentó recordar cómo había llegado allí. Solo recordaba una oscuridad súbita. Gimió. Un ardor lacerante quemaba sus muñecas. Abrió los ojos y supo la razón: alguien había atado sus manos con cuerdas de cáñamo e hilo de plata (el hilo de plata o cualquier objeto de este material servía, si mal no recordaba Philip de sus lecciones de dominación con Val, para neutralizar la magia de los seguidores de la oscuridad y los seres hádunos). El corazón de Phil pegó un bote... ¿Quién...?

Y antes de que acabara de preguntarse, lo supo.

Ladeó de nuevo la mirada hacia la silueta borrosa sentada en el piano. Lo divisó claramente, encorvado y mirándolo como si su visión supusiera una tortura. Horace. Maldito sea. Horace lo había atado física y mágicamente. De pronto, todo estuvo claro.

Por supuesto, pensó. Phil lo había amenazado aquella mañana con revelar el paradero de Darkling a los miembros del Gremio. Y lo habría hecho, sobre seguro, si Horace no le hubiese propinado un cachazo en la cabeza. Intentó moverse, pero resultó doloroso. Horace se había molestado en atarle los tobillos también.

Phil volteó la cabeza y lanzó una mirada fulminante a su tío. «Maldito

infeliz.»

—Lamento que esto haya ocurrido, Philip —habló Horace—. Pero era necesario.

—¿Phil?

La voz era débil. Por primera vez, Philip cayó en la cuenta de que ya no estaba aturdido y que las otras dos siluetas en el sofá rojo eran sus hermanos. Ellos, al menos, no estaban atados. Lucas parecía una criatura espectral dado su extrema palidez, tenía enormes surcos bajo los ojos, el pelo revuelto y manchas de suciedad en las mejillas (¿habría llorado?). Jason, en cambio, estaba desmadejado a su lado, con la boca abierta y roncando, inconsciente.

—Jason es belicoso, como ya sabes, tuve que hacerlo callar —repuso Horace. Su tono no demitía remordimiento alguno, quizás sí un poco de pesar, pero qué mala forma de demostrarlo. Estaba tan pálido como sus sobrinos, con labios morados y lobregueces en los huecos de su rostro. Sonrió ligeramente—. Lucas aceptó comportarse, por su bien y el tuyo. ¿No es así, jovencito?

Lucas tenía doce años; por ende, odiaba que lo llamaran *jovencito* o *pequeño*. Con todo, dio una cabezada.

—Bien —apremió Horace. Desplazó su atención hacia Philip antes de continuar—: Verás, Philip, obviamente no entiendes por qué hago estas cosas; sabes que no soy malvado y que los amo a los tres, son los hijos que nunca tuve, y lo que hago, en parte, es para mantenerlos a salvo.

—Entonces, ¿por qué...? —replicó Phil; le ardía la garganta, la voz le salió carrasposa y no acabó la frase.

No fue necesario, Horace entendió:

—A veces yo mismo me hago la misma pregunta —suspiró, ladeando la mirada con vaguedad hacia las teclas del piano—. “¿Por qué, Horace?”, me digo. Como dije, ustedes son parte de la razón, el recuerdo que me queda de mi hermano. Lucas fue un gran hombre, más que un héroe, pues a veces los héroes no son lo que aparentan, y Lucas sí lo era. Un héroe.

»Yo, en cambio... —Exhaló hondo. Hizo (al menos fue la breve impresión que tuvo Philip) ademán de tocar una de las teclas del piano, pero se detuvo como si la gestión provocara un profundo temor en su interior—. Yo nunca seré ni la mitad de bueno que él —continuó, con

cierto tono de resignación—. Y no es que desee serlo, porque yo estoy aquí para otra misión. Quizá moriré cuando la acabe mí cometido en esta vida, así como murió mi hermano al acabar el suyo. ¿Sabes? Tu madre murió también al completar su cometido.

»Sus hijos. Ustedes fueron su cometido. El más importante. Ella misma me lo dijo la última vez que nos vimos. Fue una tarde antes del día de su muerte. Llegué al pueblo y, por instrucciones de la propia Regina, me hospede en el hostel de Hornwood sin que nadie del pueblo supiera de mi llegada. Así fue cómo yo conocí a Darkling.

»Fue casualidad (aunque me pregunto a si nuestro encuentro fue orquestado por Regina). No creo. Aunque Darkling sabía bien quién era yo y qué clase de trabajos hacía en Boston, antes de huir. Me hizo una propuesta que no pude rechazar. “Es obra del destino que nos hayamos conocido”, me dijo al final de nuestra reunión nocturna. En aquel entonces habitaba el cuerpo de Henry, pues su antecesor, Weston Hornwood, llevaba cinco años muerto.

—Darkling... —empezó Phil, con voz débil y carrasposa. Le palpitaban las sienas.

Horace repuso:

—Darkling quería un cuerpo propio, como ya sabemos, y mientras habitara en los de Hornwood jamás lo conseguiría. Me contó que una vez estuvo en Boston, visitando a una antigua amante, y así fue como supo, por los periódicos que hablaban de mis prácticas poco ortodoxas, lo que yo intentaba hacer...

La historia se interrumpió. Phil no supo por qué, hasta que oyó golpes en la puerta.

—Parece que nuestro primer invitado ha llegado por fin —repuso Horace, levantándose; había adquirido el color de la leche cortada. ¿Estaba nervioso? Phil lo vio cruzar la estancia con cierta vacilación.

Ladeó la cabeza hacia Lucas. Su hermano tenía una expresión de auténtico horror en el rostro. ¿Quién era aquel visitante? ¿Y por qué el aire se había vuelto tan denso? Entonces cayó en la cuenta del aroma fétido que flotaba en la sala, en toda la casa. Hollín.

Horace regresó a la estancia, encogido como un gnomo. Más atrás entró el invitado. El primero, se recordó. Philip no lo había visto antes, pero había escuchado cosas sobre él a lo largo de los años. Había

asesinado a Margot Treddaway. Tiene un parche en un ojo y una cicatriz que le cruzaba la cara. Es un nigromante. «Oh, no», pensó Philip, espantado.

—Vaya, vaya —expresó, alegre, Mahlon West—. Qué sorpresa. Bien me habría valido ponerme mis mejores galas. No sabía que me recibirían con pompas y portentos.

Capítulo 10

DIABOLUS IN MUSICA

La cena fue larga, colmada de un silencio tenso y una atmósfera gélida.

Mary apenas probó bocado de la ternera, puesto que tenía un nudo en el estómago que llevaba prieto desde antes de que comenzara la degustación. «Cálmate —se decía. Aquello no parecía funcionar—. Respira hondo. Ya llegará el momento.» Sin embargo, la espera se le hacía desesperante. Además, aún no sabía cuál de las cientos de preguntas en su cabeza le haría primero a Richard Katterblack.

Esperaba que fuera él quien la llevara primero por el camino del conocimiento tomando la iniciativa de emprender una plática reveladora. No obstante, Katterblack se mantenía juicioso (eso sí, sonreía al resto de los presente con una llaneza inexpugnable y un brillo en los ojos que levantaba sospechas), no había dicho nada desde que envió con Olee una felicitación a Adler por la excelente cena que había preparado.

Mary sentía que se asfixiaba. Nunca había experimentado esa sensación de ahogamiento; siempre había dicho lo que quería y cuando lo quería. «Pero debo esperar», pensó. Ni siquiera Céline, que, como su padre, no había dejado de sonreír ni un solo instante, había dicho palabra para empezar una educada conversación, que era el momento que Mary esperaba aprovechar. No tenía muchas esperanzas de Elise, que era de comportamiento callado, y mucho menos de Sam, que apenas había tenido un encuentro con el señor Katterblack, y era muy joven.

Y, por supuesto, Mary no confiaba en sí misma. Si hablaba, no sería capaz de retener lo que en verdad quería decir, mejor dicho, gritar.

Las criadas (Olee y Tara) reaparecieron al comedor llevando bandejas de brillante platería. El postre constaba de una tarta de fresas y crema de azúcar glas para untar; frutos secos y pelusa de Azur adornaban los platos. El nudo se apretó mucho más en el estómago de

Mary. ¿Cuánto más podría aguantar el silencio? Se tensó cuando oyó la voz de Richard.

—Adler se ha lucido con este banquete —dijo, dándole una palmadita en el hombro a Olee mientras ésta se inclinaba para dejar el plato ante él—. Decídselo.

—Lo haré, señor. —Olee se sonrojó.

Las criadas se retiraron, de momento.

—Estimado Samuel —repuso Richard, dirigiendo una mirada luminosa al jovencito que estaba sentado en el otro extremo de la mesa—, espero que hayas encontrado mi ostentoso hogar de tu completo agrado, puesto que a tu hermana le ha costado un poco adaptarse desde su llegada.

—Sí, señor —contestó Sam, solemne y educado, y volvió la vista al postre, intrigado (probablemente se preguntaba qué era aquella cosa rosa que adornaba su plato). Agregó distraído—: Mi habitación tiene el tamaño de nuestra casa en Boston, ¿no crees, Mary?

Mary parpadeó.

—Sí —dijo vagamente.

Hubo silencio. Otra vez.

—Me parece que Mary no está con nosotros en esta velada —indicó Richard—. Tal vez tiene la cabeza en el joven Andrew. ¿Cómo está?

—Bien, padre —dijo Céline, animada—. Bueno... al menos no corrió con la misma suerte que Blackfell. —Y en su silencio dejó entrever lo que pensaba: «Sigue vivo, aunque no sé qué clase de vida tendrá después de la violación». Mary odió a su prima en ese momento, tanto o igual que a su padre—. Mary lo visita, prometió hacerlo todos los días. Y, por lo visto, hoy le ha ido de maravilla. Luce radiante.

Había cierta picardía en su comentario. Aquello le hirvió más la sangre a Mary.

—Eso es bueno —asintió Richard Katterblack—. Andrew es un buen muchacho, no merecía castigo alguno. Las visitas de Mary seguro que le harán bien. —Mary habría querido preguntarle qué quería decir con de *seguro*. Pero Katterblack volcó su atención en ella—. Ahora que lo recuerdo, Mary, ¿acabaste de leer las cartas de tu padre?

«Es el momento.» Tragó saliva.

—Sí, hace días —dijo con naturalidad—. Desde entonces he querido

hacerle algunas preguntas.

—Supongo que sí, querida —sonrió Richard—. Y yo estaré encantado de responderte.

—Pero antes, el postre. —Céline tenía una expresión tensa en el rostro—. No es educado traer este tipo de discusiones a la mesa, padre, Mary, menos frente al joven Sam. Después, podrán reunirse en el estudio y parlamentar. Ahora, no.

Mary bufó. Fue un gesto automático, no pudo evitarlo. Elise soltó el cubierto, que repicó contra el plato. Céline abrió la boca, pero sin decir nada, absorta. Sam permaneció impasible, con el ceño fruncido, preguntándose qué estaba sucediendo. A lo mejor Céline tenía razón, consideró Mary, no debería discutir aquellos asuntos en su presencia. Pero recordó: «En River Town no hay lugar para los secretos.»

Sam iba a descubrirlos, tarde o temprano. Y era mejor en ese momento.

—Mi padre no es Michael Cartwright —soltó ella. Pensó que el espacio para los preámbulos había pasado hace mucho tiempo—. Fue Henry Hornwood, según tengo entendido. Sé que ya lo sabe, porque la revelación de ese secreto fue lo que provocó la partida de mi tía... la señora Katterblack.

—Entonces, ¿qué quieres saber? —preguntó Richard.

—Henry Hornwood fue amigo suyo, ¿él sabía que yo era de su progenie?

—Sí —contestó—. Igual que Michael, esa fue la verdadera razón de alejarte de este pueblo y sus alrededores. No quería que conocieras a tu verdadero padre. Sabría qué llegado su momento lo descubrirías, porque en tus venas corre sangre de seguidores de la luz. “¿Qué te iba a decir para ocultar la verdad cuando tus poderes se manifestaran?”, me dijo en nuestro último encuentro. Poderes, que un ser mitad humano y mitad hada no debería tener.

»Le dije que podía ocultarlos, si eso quería (¡y vaya que sí era lo que quería!), cegar tu parte seguidora de la luz. El joven Ken Hornwood nació dos años antes que tú, Mary, por tanto él heredó el don de la luz de los Hornwood, se lo dije a tu padre. Él, como ya sabrás, no quiso oírme. Eligió el camino más difícil. ¿O el más fácil?

Huyó contigo y Sylvia.

»Vivieron en Collin's Meadow por un tiempo, pero Michael entendió que aquel no era una distancia suficiente para conseguir sus fines, además de que empezaban a manifestarse los primeros indicios de lo que más tarde se convertiría en la peste que zanjó con más de la mitad de las personas de aquel pueblo.

»Así acabaron en Boston, tú y tus padres; después, el joven Sam nacería.

—Mi padre... —repuso Mary. La voz le salió débil, y carraspeó para recuperarla y continuar—: Mi padre... Michael... él te escribió este mismo año, hace algunos meses. Habían pactado una reunión, después de diez años. ¿Por qué?

Richard suspiró.

—Bueno. —Encogió los hombros—. Para mí fue una sorpresa que Michael aceptara hacer esa reunión; claro está, fui yo quien hizo la propuesta de visitarlos, sólo Alice y yo. Tenía que atender algunos negocios en Boston, y nuestro encuentro podía darse inesperadamente, lo que habría molestado a tu padre. La reunión se llevaría a cabo dos semanas antes de tu llegada; en tres días, a partir de hoy. Me sorprendió enterarme de su muerte, de verdad. Alice estuvo destrozada durante los días que tuviste inconsciente, Mary. Mi querida esposa, sin embargo, es una mujer fuerte y supo reponerse para estar a tu lado cuando más la necesitaste.

«¿Y por qué no está aquí ahora?», no pudo evitar preguntarse.

El señor Katterblack se encorvó con una honda exhalación; la miraba fijamente, con una luz difusa en sus ojos, como si estuviera escudriñando la mente de Mary, sus pensamientos. Ella notó algo más en su mirada: nostalgia, dolor, desesperanza... confusión.

—Lo siento..., Mary —murmuró Richard. La atmósfera se heló por un instante. De pronto, y con un arrebato escalofriante, cogió el cuchillo e intentó clavárselo en el cuello. Se detuvo. Céline gritó. La luz del candelabro arrancó un destello del metal del cubierto. La mano de Richard Katterblack temblaba, prensada, como si un ente invisible le impidiera suicidarse. La expresión en su rostro era de intensa sorpresa.

El chichillo cayó de su mano. Aquello distrajo la atención de todos un momento.

Cuando la volvieron, Richard Katterblack había desaparecido.

—Estuvo cerca —sonrió Darkling—. No he acabado mi tarta, sería una pena no hacerlo.

Céline gritó histérica. Sam, como poseso, se echó hacia atrás levantándose de su puesto. Mary estaba demasiado absorta para moverse, pero cuando Darkling le dirigió su escalofriante mirada, el hechizo que la mantenía inmóvil se desvaneció. Se levantó y se acercó tan pronto a su hermano. Darkling permaneció sentado, llevaba el *suit* color ceniza de Richard y el resto de sus accesorios, su calva parecía absorber la luz de la estancia.

«Era él —pensó Mary, aferrando fuertemente a su hermano por los brazos—. Siempre fue él.»

—Maldito seas, Katterblack —increpó Darkling, tomó el tenedor de postres y rebanó un trozo de la tarta. Mientras masticaba agregó—: Era muy pronto, pedazo de mierda, tenías que esperar un poco más; ni siquiera es medianoche. El trato... Bueno, olvídalo. Tú has roto tu parte, yo haré lo propio.

Alzó los ojos.

Elise se levantó e, impetuosa, avanzó hacia Darkling con una mano arriba. Tenía un cuchillo. Mary sólo llegó a ver un destello. Hacía frío. Darkling se movió a una velocidad sorprendente. Todo sucedía muy rápido. Oyó un gemido. Céline aulló de terror con las manos engarfiadas en el rostro. Elise se desplomó en el suelo con el tenedor de postres de Darkling clavado el pecho.

Céline calló de pronto. Mary no supo qué lo provocó (aunque temía lo peor), pues ella y Sam salieron huyendo del comedor después de la arremetida de Elise. Avanzaron a toda prisa a través del recibidor, seguidos por las risotadas de Darkling. Éste estaba tras ellos, frente a ellos, sobre ellos; en todas partes como aquella noche que irrumpió de igual forma en la mansión Katterblack.

«No —pensó Mary—. No, no, ¡no!» Y echaron a correr hacia la planta superior.

Estaban cometiendo un error.

* * *

—¿Qué has hecho? —murmuró Philip.

Mahlon West se echó a reír.

—Horace, no advertiste al muchacho de mi venida —dijo—. No parece muy contento.

Phil estaba demasiado absorto ante la inesperada entrada del nigromante en la sala de estar para caer en la cuenta de que, en algún momento, Jason se había despertado. Estaba erguido, con una profunda arruga en el ceño, mirado la escena con extrañeza y luego recelo.

—¿Qué sucede? —Abrió mucho los ojos cuando vio a Philip atado y tirado a un costado del suelo. Después miró a Mahlon West y a Horace, West y Horace, en que clavó la mirada por fin—. Maldita sea, ¿qué has hecho?

—Jason el Belicoso, como os llamó vuestro tío hace un rato —repuso Mahlon. Vestía de cuero negro de los hombros a los pies, con excelente calzado en piel de cocodrilo; su parche, que cubría la cuenca vacía atravesada por la horrible cicatriz, era del mismo material—. Ahora están todos los Holbrookes reunidos (o conscientes) en un mismo lugar —Aplaudió. Luego continuó—: La vetusta familia Holbrooke, ¿quién lo diría?

Había una expresión de furia despertando en el rostro de Jason, Phil era capaz de anticiparla; solo esperaba que su hermano tuviera más sentido común y reflexionara que no podría vencer en combate a un nigromante de alta envergadura como Mahlon West. «¡Por todos los demonios!», dijo para sus adentros. Era en Jason de quien estaba pensando, y sabía que su hermano cometería una locura con tal de superarlo.

Mahlon dio un paso hacia los más jóvenes, Jason y Lucas, en el sofá rojo, deseoso. Jason se levantó como un resorte. Fue Horace quien se interpuso entre el nigromante y sus sobrinos. «Ya era hora.» Phil no sentía alivio. Y con mucha razón, pues Horace no representaba una amenaza para alguien como West.

—Juraste que no les harías daño —dijo Horace; tenía los labios tensos y apretaba las manos a los costados—. Son mis sobrinos. Además, recuerda que puedo quitarte la invitación en cualquier momento. No creo que tu presencia sea realmente necesaria para el ritual de esta noche.

Mahlon arrugó la frente; luego, pareció burlón e indignado.

—Hieres mis sentimientos, Horace, ¿me has llamado inútil! —dijo, llevándose una mano al pecho—. Pero tienes razón, en parte; no sé por qué Darkling requería mi presencia esta noche, tal vez para controlar a vuestros sobrinos. —Miró a los jóvenes en cuestión: Jason se había sentado de nuevo, Lucas se aferraba a Jason con un fervor que Philip (que seguía atado física y mágicamente y en el suelo) no le había visto hacia su hermano—. Te equivocas en algo, Horace: yo jamás prometí que no los dañaría; quizá Darkling dijo algunas palabras para sosegar tu temor, pero yo sólo soy su compañero de fechorías, no su sirviente. Mahlon West no sólo sirve a sí mismo.

—No es lo que dicen —soltó Philip.

—¡Hablas! —exclamó West, riendo.

—Sí. Hablo. Y los miembros del Gremio, también; creen que eres el lameculo de Darkling. Aunque intentes negarlo, sabes que así es. —Pensó que debería considerar, a partir de ese instante, mantener la boca cerrada. No lo hizo—: Sabes que así es.

Enarcó una ceja.

West compuso una expresión de interesado y se acercó a Phil, bajo la atenta mirada de Horace. No era que se sintiera a salvo de tener a su tío cerca, pero si le generaba cierto alivio en el alma que se interpusiera entre el nigromante y sus hermanos. Mahlon West se detuvo a escasos centímetros de él y se inclinó. El aroma a hollín que desprendía propinó una bofetada a Philip.

—Eres un Holbrooke, sí —susurró el nigromante, y lo tomó con la firmeza por la barbilla a pesar de los rebotes de Philip; luego se acercó tanto a su rostro que el chico pensó que lo iba a besar. Pero sólo inhaló una profunda bocanada del aroma del muchacho—, de eso no hay duda. Hueles como uno. Estás lleno de vida, Philip, no querrás que Darkling trunque el bienestar de tu familia cuando llegue.

«¡Vendrá!» Una expresión de sobresalto debió reflejarse en su rostro, porque Mahlon se echó a reír y se levantó. Gracias a Dios, suspiró Phil, porque empezaba a ahogarse con su hedor a hollín: el aroma de los Servidores de la Oscuridad. La gabardina de Mahlon West hondeó hacia atrás cuando se giró.

—Sé lo que piensas, Phil —indicó West, de pie junto al piano, dándole la espalda—. Y esa es otra cuestión de la que no te habló vuestro tío. Hoy

se llevará la ceremonia que le proveerá a Darkling su propio cuerpo. Horace ha consumado su trabajo, y Darkling (o Richard Katterblack, como prefieras) por fin consiguió hacerse con la gema que ocultaban los Hornwood en sus bodegas.

—¿Gema? —Phil habló sin proponérselo.

—Así es. —Mahlon tocó una nota en el piano, luego otra—. Una gema. Imagino que habrás leído sobre la corona de Isidora y las Gemas del Destino. Los Hornwood guardaban una de aquellas gemas: la de la Muerte. —Mientras hablaba tocaba un tritono de manera natural entre las notas Fa/Si que producía una disonancia azarosa. Philip la reconoció. *Diabolus in musica*, se llamaba, «El Diablo en la Música»—. Supongo que ya sabes la historia de cómo llegó aquella gema a las manos de los Hornwood. Gracias a Ken, Darkling supo dónde debía buscar cuando visitó la taberna de los Hornwood luciendo como el señor Katterblack.

—¿Para qué quieres la gema de la muerte? —preguntó Phil.

—Yo no, Philip. —West dejó de tocar y se sentó en el banco que antes había ocupado Horace—. Darkling.

—La gema sirve para traer de la muerte a los no vivos —afirmó Horace. Tenía un aspecto aún más macilento que hace un rato (¡y no era para menos, pensó Phil, Horace había abierto las puertas de su casa a un nigromante y estaba exponiendo a sus sobrinos al peligro que aquello figuraba!)—. Necesito darle vida al cuerpo que he creado, antes de que la esencia de Darkling haga el cambio.

—Será a medianoche —añadió Mahlon West, con una sonrisa siniestra—. Dicen que a medianoche el poder de la gema es más fuerte. Cierto o no, pronto lo sabremos.

—Tal vez no.

La voz congeló la estancia. Jason estaba nuevamente en pie, envalentonado. Philip abrió muchos los ojos, intentó protestar, advertirle que no acometiera una locura. Su hermano, ¡su cabezota hermano!, jamás escuchaba. Se lanzó sobre el nigromante... No. Avanzó hacia Philip (era el único que podía encararse a West con su don de la luz, hasta Jason debía saberlo), pero Mahlon West se movió demasiado rápido. Lo cogió por el cuello y le envolvió la garganta con sus brazos, el cuero de sus mangas gimió cuando dio un leve apretón. El rostro de Jason se tornó morado. Bastaba un solo movimiento del nigromante

para quebrarle el cuello.

—¡Lucas! —oyó gritar a Horace.

Lucas se encaramó por la espalda de Mahlon West y tiró de él hacia atrás. Phil temió que el nigromante finalmente le rompiera el cuello a Jason; pero, en cambio, lo soltó gracias a Lucas, que se agitaba como una bandera ante los violentos embates de West por sacárselo de encima. Jason estaba en el suelo, con las manos en la garganta, tosiendo. Se escuchó fuerte un golpazo. Philip se agitó, intentando liberarse. No pudo. Maldición, ¡no pudo! Y entonces se oyó otro golpe ahogado contra el suelo...

Mahlon se había librado de Lucas. Lucas estaba en el suelo, tenía los ojos entrecerrados, sus miembros laxos. Jason, sofocado, se arrastraba hacia Philip para apartar el hilo de plata de sus ataduras, pero el nigromante lo vio antes. Philip gritó a todo pulmón «¡CUIDADO!», pero ya era demasiado tarde. Mahlon se inclinó sobre Jason y le asestó un golpe en la cabeza que lo dejó inconsciente a los pies de su hermano.

Philip alzó la mirada. Entonces cayó en la cuenta que Mahlon había perdido el parche en su forcejeo con Lucas. Como se había imaginado, no había globo ocular alguno en la cuenca, solo vacío y oscuridad.

—Malditos, Holbrooke —incredó Mahlon, tapándose el ojo vacío con una mano—. ¡Cuándo aprenderán! —Buscó y recuperó su parche, que había quedado en la mano de Lucas. Después se volvió hacia Horace, que lo examinaba—: Tú, cabrón de mierda, encárgate de aquél.

Señaló a Phil.

—Yo haré cargo de estos dos —añadió Mahlon—. Vamos, no querrás hacer enojar a Darkling.

Era evidente por qué lo decía. Se acercaba la medianoche.

* * *

Los golpes resonaban contra la puerta. Uno tras otro, suponían un tormento para los hermanos que estaban agazapados a un costado de la cama. A su entrada, Mary y su hermano habían empujado la peinadora contra la puerta. Ella, en silencio, no esperanzaba que aquello pudiera detener el perentorio ingreso de Darkling a la habitación. Mucho menos, esconderse detrás de la cama.

Pero supondría una breve distracción mientras se le ocurría una forma de escapar. Había descartado, desde el comienzo, salir a través de las ventanas: estaban a una altura considerablemente alta y no había tiempo para entamar una liana de sábanas para descender. Ya lo había pensado. Debía idear algo más. Magia, tal vez.

Resonó otro golpe. Y otro.

Entre sus brazos, Sam se estremecía ante cada embestida como un animalito asustadizo. Mary no estaba dispuesta a perder a su hermano otra vez, no, mientras ella aún respirara. Debía ser fuerte por Sam. Pero, se preguntó, ¿quién sería fuerte para ella?

Otro golpe la sobresaltó.

Luego, se detuvo.

Reinó un largo minuto de silencio. La atmósfera era tan densa que se podía cortar con un cubierto para postre. Hacía un frío que calaba hasta los huesos. En aquel momento, Mary pensó que la presencia que la aguardaba al otro lado se había disipado como por arte de magia. Pero no.

—Mary no deberías prolongarlo más —dijo Darkling. Su voz, puramente burlona, agitaba el corazón de la muchacha como una avcilla atrapada, asustada—. Verás, querida, nadie vendrá a por ti y por tu hermano... Supongo que es eso lo que os preocupa, ¿no? Tu hermano. Él estará bien. Te lo prometo.

Prometérselo no le serviría de nada. «Debo pensar en algo. —Sam le echó una mirada enigmática; sus ojos, como los de su madre, eran enormes y de color jade, una característica habitual entre los seres hadas—. Hadas...» Y entonces se le ocurrió.

—Lo prometes, ¿en serio? —preguntó. La voz le salió débil, pero ése era el efecto de quería conseguir: aunque asustadiza, por dentro estaba llena decisión. Mientras se liberaba cuidadosamente de su temeroso hermano, se puso en pie y rodeó la cama hacia la mesita de noche, diciendo—: ¿Por qué debería confiar en ti? Tú mataste a mis padres, a Joseph Westwick, Elio Blackfell y muchos otros, incluida Elise...

—Elise no está muerta, querida —la interrumpió Darkling—. Seguramente, alguno de sus empleados ha de estar utilizando su *hada-sanación* mientras tenemos esta conversación. La muerte de tus padres fue inevitable, querida, era la única forma que tenía para traerte hasta

mí. Y los demás, bueno..., Joseph Westwick fue asesinado por un caballo y Blackfell por Mahlon West. Mis manos no están manchadas con su sangre.

Mary cogió uno de los volúmenes que estaba sobre su mesa de noche. Cuando Darkling acabó de hablar, ella repuso:

—Está bien. —Echó una mirada a su hermano, que tenía una expresión tensa en su rostro y movía la cabeza. Ella se llevó un dedo a los labios haciendo un «shhh...» mudo e indicándole que se ocultara—. Iré contigo. No pondré resistencia, te lo prometo. A cambio de que tu palabra de que mantendrás a mi hermano lejos de tus planes.

—Te doy mi palabra —aseguró Darkling al instante—, nada le ocurrirá a nuestro estimado Samuel Cartwright siempre y cuando procures cumplir tú promesa. Además, de nada me serviría tu hermano, él no ha nacido *privilegiado*. Como tú.

—¿A qué te refieres? —quiso saber ella. Sólo buscaba tiempo.

—Te lo diré luego, querida mía. —Sonrió—. Ahora, entrégate.

—¿Qué harás conmigo? —inquirió. Echó otro vistazo hacia la cama, Sam había obedecido. Qué bueno.

—Te lo dije una vez, cariño, en la carta. Te haré una reina de las sombras, como debió de ser tu madre. A cambio, tú me harás un hombre completo.

* * *

Tuvo un sueño. No: una pesadilla. Estaba reunida en el comedor con su hermana, Mary, Sam y su padre, que finalmente salía de su habitación. Adler había preparado una cena excepcional. Olee y Tara entraban y salían de la estancia llevando platillos. Reinaba la calma.

Su padre estaba allí, riendo. En efecto, lucía feliz. Céline, por ende, también lo estaba.

Entonces, todo se volteó. Lo último que ocurrió tras el súbito cambio de su padre, fue Elise precipitándose al suelo y sus primos huyendo del comedor, mientras la criatura que había perturbado la velada reía con una voz tétrica. Céline, que no había parado de gritar histérica, acabó perdiendo la consciencia y la luz se había desvanecido ante sus ojos.

Fue aquella misma luz la que la trajo a de vuelta. La golpeó en los ojos

como una centella en medio de una tormenta en el mar. El mundo daba vueltas a su alrededor. Se masajeó en la parte de la cabeza que le punzaba, donde se el suelo había ascendido hasta ella, a la vez que se erguía. Entreabrió los ojos. Allí estaba aquel destello: blancuzco, confuso, etéreo.

—¡Elise! —gritó.

Había sangre. La cabeza de su hermana reposaba en el regazo de Olee; tenía los ojos entreabiertos y una mueca de expresión dolorosa, vislumbró Céline, y no era para menos, puesto que había tres líneas de sangre bajándole por el pecho donde los dientes del tenedor de postres habían atravesado la piel. Estaba viva, eso era lo importante.

Tara estaba inclinada ante Elise, con las manos (que emitían un brillo blanco y caluroso, que Céline percibía en su piel) sobre la herida. Elise gimió. Céline le tomó la mano con fervor. Sus miradas se cruzaron. Su hermana pequeña sonrió, agradecida, relajó la expresión y cerró los párpados. La herida se disipó gradualmente. Luego, Elise se irguió con ayuda de Adler y las criadas se hicieron a un lado para abrirles espacio a las hermanas, que, acto continuo, se abrazaron.

Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Los criados de los Katterblack, salvo Sutr, las contemplaban con temor y alegría, notó Céline cuando abrió los ojos por encima del hombro de Elise. Temor y alegría, sí, eran seres hadas, todos ellos. La alegría estaba asegurada, pero el temor significaba que nada había cambiado.

No, claro que no. Las hermanas se separaron profiriendo el nombre «¡Darkling!» con gran sobresalto. Se miraron con alarma. Tara empezó a llorar, Olee le puso una mano en el hombro. Céline temió lo peor. Preguntó:

—¿Qué sucede? ¿Dónde están Mary y Sam? ¿Y Darkling?

Las criadas, Olee y Tara, estaban demasiado alteradas para responder, de modo que Adler, regordete y ruborizado, tomó la palabra.

—Arriba, señoritas —contestó—. Aquel hombre ha ido a por sus primos. Tara dice que es el mismo hombre que os atacó hacía más de una semana, señorita. Debemos buscar al señor, él sabrá que hacer.

Claro, ninguno, excepto por Céline y Elise, sabía que aquello era imposible. Su padre, su querido padre, se había convertido en un monstruo y la única forma de detenerlo era con la ayuda de los

miembros del Gremio. Pronto. Se volvió hacia su Elise, que tenía una expresión congelada en el rostro.

—¿Recuerdas cómo hacer el mensaje mágico? —le preguntó. Elise asintió—. Deberás hacerlo.

Céline hizo amago de marcharse. Eso estaba por hacer antes de que su hermana la detuviera.

—¿Adónde irás tú? —Habló febrilmente.

—Yo...

No supo qué decir. Céline siempre sabía que decir, siempre, pero esa vez ella no estaba segura. Titubeó; luego, giró sobre sus talones y se marchó velozmente de la estancia, no sin pedirle a Adler que mantuviera a salvo a su hermana en el comedor y que no salieran de allí.

Estaba cruzando el recibidor, camino a las escaleras del centro, cuando los vio en el tope. Mary y Darkling. Céline, conmocionada, se detuvo en el acto, con el corazón palpitándole en el pecho a un ritmo vertiginoso. Bajaban lentamente, como si hubiera un mundo entero esperando por ellos. Darkling sonreía, con una boca llena de dientes amarillos, y ojos tan oscuros como la noche. Mary, en cambio, parecía extrañamente serena; resignada, quizás; tal vez se había entregado por su propia voluntad, pensó Céline.

—Mary... —murmuró ésta.

Mary apenas la miró, distante; no habló.

—Mary ha elegido —dijo Darkling, satisfecho.

—No. —Céline veía la imagen borrosa, tenía los ojos anegados de lágrimas. «Lo ha hecho por Sam», reflexionó. Eso explicaba que el pequeño no estuviera a su lado, o en la misma estancia. Céline avanzó un paso, pero, para su sorpresa, fue Mary quien la detuvo. Levantó una mano.

—Iré con Darkling —dijo lacónicamente. Sin verla, añadió—: Cuida a Sam.

—Bien, ya está —intervino Darkling—, ya va siendo hora de partir, palomita, la medianoche se acerca galopante, y no debemos llegar tarde a nuestra propia velada. —Dirigió una oscura mirada a Céline—: Tú, asegúrate de cerrar bien la puerta cuando hayamos salido. No querrás que las sombras entren.

Avanzaron hacia la salida, chica y espectro. Y Céline se quedó allí sola.

* * *

El carruaje de los Blackfell traqueteaba por el camino irregular, por encima de la tierra pedregosa. Los pasajeros pegaban bruscos rebotes hacia arriba cada vez que las ruedas se hundían en los surcos abiertos. Con todo, Igor Fedyenka parecía incommovible por el agitado viaje, más bien, a consideración de Lloyd, parecía reflexivo. Quizá estaba buscando las palabras indicadas con que empezar el informe que entregaría a los Altos Seguidores.

—¿Cuándo? —preguntó Lloyd.

—En dos días... eh... debo redactar... el... manuscrito —le había dicho el delegado, con su marcado acento, mientras salían de la Iglesia Saint Peter—. Más pronto de lo que... eh... preví. Mejor, ¿no crees?

—Sí —dijo Lloyd. Había decidido que Fedyenka le caía mejor de lo que pensó en un principio; tal vez extrañaba demasiado a su padre, se dijo, aunque no había hombres más diferentes entre sí que Igor y Elio Blackfell.

El carruaje pegó otro bote. Lloyd se afianzó del costado de la puerta.

—Es un lastima —oyó decir a Fedyenka.

Lloyd frunció el ceño.

—¿Qué, señor?

—Ese joven... el hijo de Reedstter.

Ian Reedstter había sido condenado por el Gremio, entre los que se contaban importantes representantes de la ley como el oficial Sawyer y el alcalde Oakwater, a permanecer un año en las celdas encantadas del pueblo. Como era de esperarse, Stephen, su padre, se había rehusado rotundamente a que uno de su progenie (haya o no participado en el trama que buscaba causar la muerte de un seguidor de la luz) pasara sus días encerrados en una celda como «un vulgar criminal», fueron sus palabras.

Hubo un debate. Frederick y Stephen, en otrora aliados en las reuniones del Gremio, intercambiaron duras palabras. Se armó un barullo que estremeció a Lloyd, que, por un momento, temió que los miembros del Gremio acabaran enfrentándose unos a otros. Se dijeron fuertes acusaciones, Belwolf sacó a relucir el misterioso incendio de la

fábrica Cartwright como antecedente de los actos ominosos que los Reedstter tenían en su haber.

Stephen estalló. Lance Greystar se interpuso entre el señor Reedstter y Belwolf, que se había arrojado hacia atrás como un animal asustado. Si hubiese habido agua en la estancia, meditó Lloyd, Stephen habría hecho con su *don* que Eudoxio se ahogase con sus propias palabras.

En medio del barullo, Igor Fedyenka, un hombre de presencia imponente (y también por su cargo, como delegado de los Altos Seguidores), se puso en pie e interrumpió la algarabía con una voz tronante que pareció agitar las columnas de roca caliza del salón de los Viejos Conjuros. Advirtió a Reedstter, con su adusto acento, que debía acatar la sentencia del Gremio.

—O correrás con el mismo designio —Y añadió—: Además de ser despojado de tu *don* de la luz. —En ningún momento vaciló, buscó palabras o hizo pausa, advirtió Lloyd. Habló como un digno representante de la ley.

Aquella advertencia sirvió para que Stephen cesara de argüir en contra de la sentencia de Ian. Por lo visto, el señor Reedstter anteponía su estatus antes que a su familia. Los Altos Seguidores sólo vedaban el *don* de la luz por dos razones: aquellos seguidores que se casaban en contra de la ley estipulada en 1814, y a los que eran acusados de traición a los suyos. Y una mancha por traición era algo imborrable, repudiable, entre los Seguidores de la Luz.

Así pues, Reedstter aceptó a regañadientes la sentencia de Ian pero decidió negarse a participar en las próximas reuniones del Gremio mientras su muchacho estuviera encerrado. Luego, se marchó.

Las deliberaciones continuaron. Llegaron a la conclusión de que Darkling había desaparecido para siempre, la maldición se había roto aquella noche en la mansión Katterblack, y Kenneth Hornwood había sido acusado de asesinar a Caroline Reedstter después de haber descubierto el designio que ella y su hermano habían orquestado acosta de su oscuro secreto familiar. Lloyd no estaba seguro de que Ken hubiese asesinado a nadie.

Además, si Ken asesinó a Caroline Reedstter, ¿quién asesinó a Ken? Después de todo, habían encontrado a Kenneth con el cuello roto, pero aquello no fue un detalle que los miembros del Gremio se molestaron en

matizar. Romperse el cuello, hoy día, era tan fácil como partir una nuez.

El carruaje dio otro bote. Después, se detuvo.

Lloyd parpadeó, y enfocó la mirada fruncida en Fedyenka, que tenía una expresión disipada. Lloyd abrió un poco la ventana y vio que aún no habían llegado a la mansión Blackfell. La noche estaba cerca de su punto más oscuro. Sobrecogido y extrañado, abrió la puerta y emergió del carruaje, dejando solo al delegado Fedyenka. Frente a él, el oficial Sawyer, Lance Greystar y Oscar Witheford habían interpuesto sus monturas para detener el paso.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Lloyd, acercándose a ellos.

—Debes venir con nosotros —urgió Lance—. Otro ataque. En la mansión Katterblack.

—Se trata de... de... Darkling —abundó Witheford.

—¿Darkling? —repitió Lloyd, estupefacto—. ¿Cómo...?

—Un mensaje mágico —indicó Sawyer—. Lo ha enviado Elise Katterblack.

Y sin más, hizo girar su montura y se puso al galope, con los otros dos en pos de él. Lloyd retornó al carruaje y le informó del inesperado acontecimiento al delegado, luego le encomendó al cochero que lo llevara a la mansión Blackfell cuando antes.

Lloyd le echó manos a una de las cuatro monturas que dirigían el coche, y se puso a la persecución. La noche era oscura, pero más adelante lo aguardaba el albor de la venganza.

* * *

Se oyó un «bum».

Philip despertó con la vibración del sonido rebotando contra sus oídos. Lo oyó de nuevo: «bum», «bum», «bum». Entreabrió los ojos, sensibles a la luz. Estaba borroso. Pero lo oía, el tortuoso tritono. El Diablo en la Música. La luz y las sombras salpicaban su visión en partes iguales.

—Miren quién ha decidido volver con nosotros —dijo Mahlon. Aunque no era capaz de ver más que su sombra, Philip reconoció su voz. Lo oía tocando el piano («bum», «bum», «bum») con sus largos dedos—. Enhorabuena, estimado Philip, la fiesta está por comenzar y nuestro

anfitrión ya viene en camino. Y no viene solo.

Con mejor visión, Phil pudo reconocer el entorno. No estaban en la sala de estar, ya no, estaban en la habitación de inventos de Horace, que en otrora había sido la Habitación de los Conjuros de los Holbrookes. Philip había estado la noche anterior en ese lugar. Ladeó la cabeza, y vio a Mahlon West, sin su capa, parecía más alto y enjuto. Se había repuesto su parche.

—¿Dónde...? —empezó a decir Philip, pero notó la garganta seca—. ¿Mis hermanos?

—Te tengo terribles noticias, Philip —sonrió Mahlon—. Están vivos.

¿Podía creerle al nigromante? Philip no se fiaba.

La Habitación de los Conjuros había sido renovada por Horace como un cuarto de inventos... Bueno, una versión macabra de un cuarto. Estaba limpio cuando Philip lo visitó la última vez, y así continuaba. Había un par de mesas con enseres quirúrgicos, otra con enseres mágicos (pociones, hiervas, mejunjes...) y una cuarta mesa, mejor dicho, una camilla, donde yacía el cuerpo de Darkling, hecho con partes humanas que habían sido cosidas unas con otras con hilo de oro.

La cabeza, en cambio —había visto con detenimiento Philip la noche anterior—, estaba unida al resto del cuerpo con gruesos tornillos de hierro. Tenía los ojos cerrados, parecía estar durmiendo, aunque no respiraba. Philip se había preguntado a quién pertenecía aquella pierna y aquel brazo, o el torso. No debería pensar en ello, pero era inevitable.

—¿Horace...? —empezó a decir.

—Aquí.

Su tío emergió mágicamente de la pared. Más que demacrado, su espíritu parecía hundido, tenía los ojos inyectados en sangre como si hubiese llorado, y suciedad en las mejillas, la huella de las lágrimas. Caminó hacia el centro, no miró a Philip, que permanecía inmóvil a un costado del suelo, junto a un viejo estante lleno de libros de contenido mágico.

No podía moverse. Lo había intentado, pero no podía. No tenía las ataduras, mucho menos el hilo de plata que dormía su *don* de la luz. Aun así, no podía. Entonces lo recordó. El nigromante le había ordenado a Horace que se encargara de Philip. Horace acató: se acercó a Philip, luego del barulló que armaron sus hermanos, lo tomó por el pelo y le echó la

cabeza hacia atrás. Cuando Philip intentó protestar, Horace, firme, aprovechó para meterle entre los labios un frasquito con una poción. Una poción paralizante, estaba seguro.

Pero funcionaba deferente, reflexionó Philip. La poción paralizante detenía gradualmente la movilidad del que lo ingería, en Phil había provocado que perdiera la conciencia. La poción debía suministrarse en distintas medidas, pero Horace sólo había vertido el contenido del frasquito todo del golpe. Además, la pérdida del habla era otro de los síntomas, y Phil podía hablar aunque con algunas dificultades.

Seguramente, Horace, que era un conjurador talentoso, había hecho algunos cambios a la pócima. Quizás lo hacía para mantener a salvo a Philip, o tal vez tenía otras intenciones. ¿Quién sabía? El hombre ermitaño y, con todo, simpático que Philip creyó haber conocido hace días había desaparecido por completo. Aquel que estaba en la habitación era un desconocido.

Mahlon se acercó a la mesa donde yacía el cuerpo exánime y puso entre los pálidos pies una roca. No, no era una roca. Era una gema negra de bordes rectos. La luz de las antorchas arrancaba destellos de su brillante superficie.

—¿Qué... es...? —barbotó Philip, aunque ya lo sabía.

—Esto, estimado Philip —dijo Mahlon, echándole una satírica mirada a la piedra preciosa—, es la Gema de la Muerte. Uno de los tres instrumentos que harán realidad que Darkling tenga su propio cuerpo.

«Tres», pensó Philip. El cuerpo y la Gema. ¿Cuál era el tercero? Recordó las palabras que dijo el nigromante hace un momento. «Enhorabuena, estimado Philip, la fiesta está por comenzar y nuestro anfitrión ya viene en camino», había dicho. Obviamente se había referido a Darkling. «Y no viene solo», agregó.

«¿Qué...? —se preguntó. Entonces lo supo—. Oh, no, Mary.» Darkling había acometido el ataque en el baile del solsticio para llevársela; había tomado como cautivos a Blackfell y Westwick para intercambiarlos por ella, y había intentado llevársela aquella noche en la mansión Katterblack. Nadie sabía la razón, incluso en ese momento Phil la desconocía, pero estaba seguro que la tercera pieza de ese rompecabezas era Mary. Abrió mucho los ojos.

Mahlon West se echó a reír.

—Sé lo que estás pensando, Phil —dijo después, jocosamente—. En la preciosa Mary, ¿me equivoco? —Philip no respondió, aunque no fue necesario—. No creo, eres mucho más inteligente de lo que Horace previó, por eso descubriste toda la verdad antes que cualquiera del puto Gremio. Te subestimamos. Nuestro error. Nuestro grandísimo error.

Se acercó a Phil, postrado en el suelo, inamovible; le acarició el rostro con infinita dulzura mientras el joven se retorció como un gusano rehuendo de su tacto. Philip no había olvidado lo que West le había hecho a Andrew Treddaway, todo el Gremio lo sabía. Mahlon sentía especial interés por los jóvenes, mujeres y varones por igual, más aún si estaban vulnerables. La mano de West bajó por el cuello de Philip, luego la metió entre su camisa y le recorrió el pecho. Esa vez, Horace no intervino.

Philip ni siquiera miró a su tío. Incapaz de evitar el tacto del nigromante, que en aquel momento le tocaba la parte interna de los muslos, apretó los párpados y los labios, tratando de huir mentalmente de aquel instante. Pensó en Elise, en las lecciones de piano, en sus hermanos...

—Hay cosas que no sabes, Philip —le murmuró West al oído, luego le mordisqueó el lóbulo de la oreja. Continuó—: Cosas que no sabes sobre la preciosa Mary, cosas que no sabes sobre vuestra madre. ¿Sabías que tuvo una hermana?

Phil no respondió, no abrió los ojos ni los párpados. Sabía que su madre tenía una hermana, sí: Loreen. Aunque nunca se había manifestado como su sobrino ante la Líder del Bosque, sabía, porque su madre se lo había confesado exclusivamente hace años, que Loreen era su tía.

—Claro que lo sabías —siguió Mahlon West—. Pero, no es de Loreen de quien me refiero, no. Vuestra madre, Regina Holbrooke, tuvo otra hermana, que hoy día no se encuentra en el mundo de los vivos.

Philip separó los párpados de golpe. La imagen del rostro de Mahlon West parecía vibrante antes sus ojos. El hedor a hollín que desprendía asfixiaba a Phil, que veía su propio reflejo en el oscuro ojo del nigromante.

—Sylvia Cartwright fue su hermana, ¿reconoces el nombre? —preguntó, irguiéndose.

Sylvia Cartwright, sí, lo reconocía. Era la madre de Mary.

—Así es, Phil —repuso West, girando sobre sus talones. Agregó lacónicamente—: Has perdido a un hermano, pero te has ganado dos primos.

Philip quiso preguntar de qué estaba hablando, pero el tritono empezó a sonar escabrosamente en su cabeza. Se oía incesante: «bum», «bum», «bum», «bum», «bum». El Diablo estaba en la habitación.

Capítulo 11

ENCANTO DE MEDIANOCHE

—Hoy, queridas mías, os enseñaré cómo hacer un encanto de medianoche.

—¿Encanto de medianoche? —repitió Elise, confundida.

La misma confusión traslucía en el rostro de su hermana.

—¿No es muy pronto para hacer encantamientos? —preguntó Céline.

Val sonrió. Mary, por su lado, no entendía el porqué de tanto desconcierto. Si bien la señorita Atwood había creído redundante en sus lecciones llevar a la práctica las artes mágicas, no era de extrañar que algún día lo hiciera; después de todo, Mary pensó, la *conjugación* era una cinco de las disciplinas de la magia, y el señor Katterblack les había advertido que Val la instruiría en cuatro de aquellas cinco disciplinas.

—No es muy pronto, querida Céline —dijo Val. Echó un vistazo a Mary antes de agregar—: Quizá sí un poco para ti, cariño, pero el escaso tiempo que llevo instruyéndote he notado que aprendes muy rápido. No quiero decir que aprenda más rápido que ustedes, Céline, Elise —se apresuró a decir. Sus pómulos habían adquirido un tono rojizo—. Pero, como bien saben, corren tiempos oscuros en el pueblo, y es mejor estar preparadas, ¿no creen?

Todas asintieron.

—Bien —prosiguió Val. Tenía la valija sobre las piernas; abrió el broche y metió ambas manos dentro. Sacó un pesado volumen de cubierta castaña rojiza, de terciopelo, el borde de las hojas era dorado y, de costado, daba la apariencia de un lingote de oro. Mary, que reconoció el título en el inverso de la cubierta, pensó que debía ser una edición reciente dada su impecable exterior, pero luego se contradijo: las esquinas develaban el paso de los años.

Vallery se inclinó y dejó el pesado volumen *Pociones y Encantamientos* en la mesita de centro, soltando una exhalación y una de sus habituales sonrisas radiantes. Luego lo abrió. Mary intentaba recordar lo que había

leído sobre “encanto de medianoche” en la copia del mismo libro que tenía en su habitación, sobre la mesita de noche, pero ningún detalle le saltó al recuerdo en ese instante. No lo había acabado.

—Aquí —indicó Val, alegre, golpeando la página en cuestión con la yema del dedo índice.

Su reacción había provocado un leve sobresalto en Elise, que intercambió una mirada fruncida con su hermana. Céline miraba a la institutriz con la misma vacilación desde que ésta anunciase de qué iba la lección del día.

Val se irguió. Empezó su explicación:

El encanto de medianoche era un artilugio mágico, un maquillaje en el aire, una ilusión a los ojos, una sombra en el día. Los encantamientos — he hizo especial énfasis en *encantamientos*— tienen ese principal propósito: encantar, hipnotizar, mostrarle al hombre lo que este realmente desea ver. Si una mujer, cuyo amante pereció de una enfermedad, desea volver a verlo puede crear un encanto para traerlo de vuelta.

Ojo: tiene sus consecuencias. Como todo. Y como el nombre lo indica, un encanto de medianoche sólo dura hasta que la noche toca su punto más oscuro. Algunos olvidan que sólo se trata de un poco de magia; acaban con el corazón doblemente roto, y, llevados por el intenso dolor, terminan con el sufrimiento desde la raíz: su existencia.

Mientras hablaba, un sufrimiento semejante se reflejó en los enormes ojos jade de la institutriz. Mary se preguntó si aquel ejemplo que puso Val, sobre la mujer y el amante perdido, le había ocurrido a ella y su amor perdido. Ladeó la cabeza: notó que sus primas, que se habían mostrado reacias a la práctica de carácter mágico, estaban absortas por la explicación; es más, Céline, que era una romántica empedernida, parecía al borde de las lágrimas. Elise la consoló con una mano en el hombro. Val permaneció en silencio un instante, acabada su explicación.

Acto seguido, la práctica. Val hizo poner a las jóvenes en pie y las hizo tomarse de la mano y cerrar los ojos. Debían concentrarse, les indicó. Céline tuvo la brillante idea de preguntarle «¿en qué debían concentrarse?»; a lo que Vallery respondió con una risita y dijo:

—Concéntrense en... —meditó un instante— en Céline.

Ésta soltó un bufido. Algo impropio en ella.

—¿En mí? —dijo, riendo.

—Sí, querida, ¿por qué no? —dijo Val—. ¿Acaso no te gustaría ver una versión de ti ajena a tu reflejo?

—S-Siiií —titubeó Céline—. Bueno, sería aterrador. Pero, claro, sí que me gustaría.

«Por supuesto que sí», pensó Mary. Y sonrió.

—La parte difícil, chiquillas —siguió Val. Mary no podía verla, pero no era necesario—, es que deben concentrarse en la imagen de Céline y, a la vez, murmurar las palabras del encantamiento. Céline les transmitirá la energía de su reflejo a través del tacto de sus manos. Ustedes sigan el murmullo de mi voz pronunciando las palabras del encanto de medianoche.

Lo hicieron. Luego, por indicación de Vallery, abrieron los ojos. Mary había pensado que la gemela de Céline surgiría de la nada en el centro del círculo que formaban ella y sus primas, por ende, cuando abrió los ojos y no la encontró, su pensamiento inicial fue que no había funcionado. (¿Qué habían hecho mal?). Pero estaba equivocada: sí funcionó.

La gemela de su prima emergió de la propia espalda de Céline. Era idéntica, observó Mary, asombrada: el mismo cabello oscuro que llevaba recogido, la extraña mezcla entre azul y castaño de sus ojos, el leve parecido en el perfil de su padre; incluso, lucía las mismas vestiduras. Un instante, Céline pareció asustada cuando se miró a los ojos. Al otro, pareció encantada.

Sonrió.

—Este color definitivamente me favorece —dijo, cogiendo una parte de la falda rosácea que usaba su semejante. Luego se volvió hacia el resto de la comitiva, frunciendo el ceño, y preguntó—: Ahora, bien, ¿cómo me deshago de ella? ¿Realmente debo esperar hasta la medianoche?

Val, sonriendo, dio un par de zancadas y hendió con su brazo el reflejo de Céline. La auténtica Céline sofocó un grito. Elise parpadeó perpleja. Mary sólo llegó a divisar un destello. El encanto de medianoche se desvaneció, a mitad del día, dejando un rastro de humo blanco en el aire.

Capítulo 12

CUERPOS

La mansión Katterblack estaba helada tanto por dentro como por fuera.

Céline rodeó la menuda cintura de su hermana con un brazo y Elise recostó la cabeza en su hombro, respirando profundamente. Después de ver partir a Darkling y Mary, Céline había regresado al comedor donde su hermana confirmó haber enviado el mensaje mágico a los miembros del Gremio. Venían en camino. Las hijas de Richard Katterblack, junto a sus criadas, los esperaban fuera, en la fachada frontal de la mansión.

—No he visto a Sutr, señorita, hace mucho tiempo que no le he veo — contestó Tara, nerviosa, cuando Céline le preguntó por el mayordomo. Luego recordó—: Bueno..., la última vez que lo vi, cruzaba la puerta de la habitación de su padre, pero nada más, apenas advertí su espalda encorvada.

Entonces Tara empezó a llorar y Olee la consoló, de la misma forma que Céline consolaba a su hermana.

—¿Crees que estén bien? —preguntó Elise en voz baja.

—Mary está bien —repuso Céline. Aunque para sus adentros pensó: «¿Por cuánto tiempo?» En cuanto a su padre, de una cosa estaba segura: lo habían perdido para siempre. Pero no era el momento de enfrentar el duelo, antes tenían que acabar la noche. Elise empezó a tiritar, Céline y las criadas también; se preguntó si había hecho bien al permitir que Adler subiera a las habitaciones a por unos abrigos.

«Él se ofreció, y con gusto. ¿Qué podía hacer yo?» Céline aguzó la mirada.

Las grandes compuertas de hierro se abrieron hacia dentro y los miembros del Gremio entraron galopando sobre sus monturas como almas que llevaba el Diablo. Céline, más que aliviada, sintió que perdía el

aliento, como si un puño se cerrase en su garganta. Elise se había erguido como un resorte cuando los vio entrar; tal vez esperaba encontrar a Philip Holbrooke entre ellos. Céline los reconoció uno a uno mientras bajaban de sus monturas: no estaban todos, pero sabía que los demás no tardarían en llegar.

—¿Están bien? —les preguntó Oscar Witheford.

Antes de que las hermanas respondieran, se escuchó un galope desde la entrada. Se trataba de Lloyd Blackfell, que, con su capa negra hondeándole a la espalda y su caballo oscuro, parecía un demonio atravesando la noche. Lloyd bajó de su montura y subió precipitadamente los peldaños hasta la entrada. Miró a todos de un lado a otro.

—¿Dónde está Darkling? —preguntó; se oía excitado.

Quizá esos caballeros esperaban una nueva campeada contra Darkling en persona y sus siervos igual a la otra noche, especuló Céline. Pero lo que iban a encontrar era mucho peor, según quien lo mirase: para Céline y Elise era terrible: habían confirmado que efectivamente la maldición de los Hornwood había pasado a ser la de los Katterblack. Y por si esto fuera poco, Darkling había conseguido lo que, al parecer, era su principal objetivo: hacerse con Mary.

La noche era fría y ominosa. Entraron al recibidor, en parte para resguardarse de las gélidas ráfagas de viento que soplaban contra sus caras y los hacía tiritar. Allí, las hermanas Katterblack le contaron a la comitiva del Gremio los funestos acontecimientos, desde que se anunciara aquella cena especial hasta que Céline vio partir a su prima y a Darkling por la puerta principal.

—No pude hacer nada —se lamentó Céline; sollozaba mientras hablaba. El oficial Sawyer sacó un pañuelo de algún lado y se lo entregó. Ella se sonó la nariz antes de continuar—: Partieron, sin más. Darkling se hizo con uno de los carruajes de mi familia y los vi alejarse... Yo... yo... — Rompió a llorar de nuevo.

Esta vez, Elise acudió a su lado y le prestó su hombro. Céline no sabía exactamente por qué lloraba: si por el posible final de sus seres queridos o por no haber hecho nada para evitarlo. Ambas, supuso. Aunque ella, por sí sola, no habría podido hacer nada, no después de haber visto como Darkling apuñalaba a Elise con un tenedor, sin contemplación. Si las

criadas no hubiesen llegado a tiempo por los gritos de Céline, en ese instante habría otra perdida que lamentar.

Lance Greystar había dicho algo, más bien había hecho una pregunta, pero los gemidos de Céline le permitieron escuchar. Ella irguió la cabeza. Lance repitió:

—¿Qué te dijo Mary?

Céline se enjuagó la nariz con el pañuelo y meditó.

—Cuida a Sam —dijo finalmente. Aun con las palabras dichas tardó un instante en caer en la cuenta. Abrió mucho los ojos—: ¡SAM!

—Estoy bien.

La voz vino desde el tope de la amplia escalera. La atmósfera se congeló. El corazón de Céline comenzó a latir muy rápido, como si fuera lo único vivo en aquella confusa y momentánea quietud. Adler estaba allí, y llevaba los abrigos en el brazo. Y Sam, alegre, que había hablado al escuchar su nombre. Y Mary (¡sí, ésa era Mary!), que, apoyando su brazo en los hombros de su hermano, expresó:

—Estamos bien.

* * *

West envió a Horace a recibir a los recién llegados en la planta baja. En otras circunstancias, Philip se habrían sentido aterrado de quedarse solo en compañía del sádico nigromante. Sin embargo, en ese momento, estaba tan absorto por el dolor que ahondaba en su pecho, que apenas prestó atención a la salida de su tío.

«Has perdido a un hermano, pero te has ganado dos primos.» No había sido necesario preguntar de qué estaba hablando West, ni siquiera estaba seguro de querer saber los detalles. En otro escenario se habría asegurado, sin pestañear, que eran mentiras del nigromante para quebrantar su arma: era lo que a los sádicos como Mahlon West les gustaba hacer. Pero al fijarse en el rostro de Horace, sus ojos inyectados en sangre y la expresión ominosa que lo cubría como una máscara mortuoria, supo que aquella era una cruel realidad. Había perdido a uno de sus hermanos, aunque no se atrevía a preguntar cuál.

La luz de las antorchas, aquí y allá, conferían una atmósfera macabra a la Habitación de los Conjuros. Mahlon West se paseaba por la estancia,

con las manos tomadas a la espalda, y echando miradas de interés los enseres quirúrgicos que tenía Horace en una de las mesas. Extendió la mano y cogió un bisturí. La llama de la antorcha más cercana arrancó un destello del filoso metal. West se volvió.

—Bien, Philip —dijo Mahlon, bisturí en mano, caminando hacia él con aire risueño. Se detuvo a escasos centímetros del muchacho antes de continuar—: ¿Qué te parece si hacemos una pequeña configuración? Así no me serás tan tentador.

Por ese motivo, Philip habría aceptado de buena manera. Pero sabía de antemano que aquel era un vil juego del nigromante para provocarlo. Philip se mantuvo impassible.

—Haz lo que quieras —dijo; apretaba los labios.

—¿De verdad? —Y sonrió fríamente—. Hace poco, un joven como tú, Phil, me hizo la misma propuesta. Pero esta vez lo dejaré pasar. No hay tiempo para diversiones, no ahora, quizás después. Tú eres casi tan importante para nuestro estimado Darkling como aquella criaturita que viene con él.

Se refería a Mary, lo sabía. Sin embargo, Philip no pudo evitar preguntarle:

—¿Yo? —dijo—. ¿Qué quiere de mí?

Mahlon caminó nuevamente a la mesa de enseres, con su paso resuelto, y dejó el bisturí en su lugar. Suspiró hondo (o al menos hizo un remedo de suspiro dramático, ya que los nigromantes no necesitaban tomar aliento, respirar, ni nada parecido). Lo oyó reír.

—Eres Philip Holbrooke —empezó—. Primogénito del grande Lucas Holbrooke. Descendiente del legendario linaje de Rokar de las Islas Mann. Una de las sangres mágicas más poderosas del mundo corre por tus venas: ese poder que posees lo desea nuestro amigo en común, Philip. Tú poder.

—¡NO! —exclamó Philip.

Mahlon West sonrió.

—No es una elección, Phil, pero no te preocupes. —Se volvió—. Eso será después de ocupar su nuevo cuerpo. Horace realizará el hechizo de libación. Lo ha prometido. —La luz de las antorchas parpadeó al unísono. Mahlon ladeó la cabeza hacia la pared de piedra aparentemente vacía—. Llegaron.

Philip contuvo el aliento un instante. La pared se onduló como agua perturbada y los recién llegados se abrieron paso al interior de la Habitación de los Conjuros. Primo, Darkling, a quien Philip recordaba del encuentro que tuvieron en el baile del solsticio. (Además, su rostro, gris y lleno de protuberancias, era imposible de olvidar). Su mano extendida, que aún no atravesaba el portal, se tensó un instante antes de aparecer también. Mary y Horace fueron los siguientes en entrar.

Phil se contuvo de decir el nombre de la muchacha. Había algo extraño en ella. Cuando sus miradas se encontraron, ella apenas parpadeó antes de bajar la vista.

—¡Nos volvemos a ver, Holbrooke! —profirió Darkling.

Phil sintió escalofrío al notar aquellos ojos negros como la brea puestos en él.

—Recordarás a Mary, ¿no? —Darkling hizo un gesto hacia la joven, que seguía imperturbable—. Ella se acuerda muy bien de ti, su pareja en el baile del solsticio. Como yo te recuerdo, quien arruinó mis planes. — Su rostro se ensombreció, lo que al parecer era posible.

—Me siento tentado de saldar aquella deuda, muchacho —continuó Darkling—, pero eres vital para la continuidad de mis planes. Además, le hice la promesa a mi estimadísimo Horace de no dañarte.

West intervino:

—Así es. Y ya le he contado a Philip el parentesco que tiene con la preciosa criatura que tienes al lado.

Darkling amplió la sonrisa.

—Bien hecho.

En aquel breve momento (fue tan rápido que ni el nigromante o Darkling pudieron notarlo), las miradas de Philip y Horace se cruzaron. Phil advirtió una ligera vacilación en el brillo de los ojos de su tío, un destello que arrancaba la luz de las antorchas del objeto que estaba sobre el librero. No todo estaba perdido. O eso esperaba.

* * *

Abby entró precipitadamente a su habitación. La puerta debió causar un estruendo terrible, ya que, en unos intensos segundos, su hermano apareció en el vano con una expresión que decía por sí sola «¿qué

diablos está pasando?» mientras acosaba la actividad de su hermana con la mirada aún sin hacer la pregunta.

Sus armas estaban ocultas en un pesado baúl de madera bajo la cama. Se inclinó y tiró del baúl con todas sus fuerzas. La madera crujió ante el peso. Abby se irguió y suspiró. Echó un vistazo a su hermano, que estaba recostado en el marco de la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho. «Maldita sea —pensó Abby—. ¿Qué estás esperando para preguntarme?». El silencio de Andrew la impacientaba.

—Han atacado la mansión Katterblack —dijo volviéndose hacia el baúl. Tuvo tiempo de ver como la impasibilidad desaparecía del rostro de su hermano y éste se erguía en un rictus. Ella exhaló, rebuscando qué arma llevar consigo. Descartó el arco, su elección predilecta, pues aún no había terminado el juego de flechas que llevaba preparando esa última semana.

Optó por las *daxarus*. Eran ligeras, y sabía usarlas bien, aunque no tanto como Grace.

Se levantó, con su elección en mano.

—¿Es Darkling? —preguntó Andrew.

—Tal vez. —Abby no estaba segura—. Sawyer, Witheford y Lance Greystar están en la mansión; me pareció también haber visto a Lloyd. Quizá la farsa de Richard Katterblack por fin se haya descubierto.

Posiblemente. Entonces aquello querría decir que, en efecto, la repentina llegada de varios de los miembros del Gremio, cerca de la medianoche, tenía que ver Darkling.

—Iré contigo —anunció Andrew, de pronto, cuando Abby cruzaba la habitación. Ella se detuvo, absorta. Había un brillo fiero, lleno de decisión, en los ojos de su hermano. Sabía que aquella elección, en parte, tenía que ver con Mary. En parte, porque el Andrew que ella conocía jamás desaprovecharía la oportunidad de acabar con algunos oscuros.

Eso significaba una cosa: lo estaba recuperando. El Andrew de antes. Su hermano.

Sin embargo, ella tenía sus dudas. Andrew no había salido de la cabaña desde su regreso al pueblo.

—¿Estás seguro? —le preguntó Abby.

—Sí. —«Y no me mires así», lo oyó pensar. «Podré soportarlo. Soy fuerte.»

Abby estuvo de acuerdo.

—En ese caso, elige tu arma. Y elige sabiamente.

* * *

Hubo abrazos y lágrimas. Céline no pudo contenerse, tampoco lo intentó. Cuando el emotivo reencuentro se sosegó, Mary, bastante pálida, le contó a la comitiva que aguardaba en el recibidor de la mansión Katterblack lo que ocurrió con Darkling.

—¿Cómo es posible? —preguntó Céline mientras se enjuagaba las lágrimas con el pañuelo de Sawyer—. Yo te vi. Te marchaste con Darkling. Me... me pediste...

—Lo sé. —Sonrió y le puso una mano en el hombro a Céline—. Fue un encanto de medianoche.

Oscar Witheford intervino:

—¿Quieres decir que un encanto de medianoche ha ido con Darkling en tu lugar?

—Sí. Y cuando la noche esté en su punto más oscuro, Darkling sabrá la verdad...

—Que fue engañado —soltó Sawyer, absorto.

Se oyeron pasos desde otro extremo del recibidor, de un pasillo contiguo. Dos sombras emergieron de la negrura. Céline contuvo el aliento. Lance Greystar y el oficial Sawyer desenfundaron sus dagas. Witheford, ceño fruncido, dio un paso al frente.

—Son Abigail y Andrew Treddaway —indicó, antes de que las sombras tomaran forma humana.

«Andrew», pensó Céline. Sorprendida, echó un rápido vistazo hacia Mary, que tenía una expresión boquiabierta en el rostro. Su prima, como parte de una tonta promesa, se había reunido esa misma tarde con Andrew. Con todo, cuando esos dos cruzaron sus miradas, todo pareció haber vuelto a la normalidad. Eso parecía.

—Creo que la fiesta ha terminado —comentó Andrew.

—Mucho antes de lo que crees —replicó Céline—. ¿Qué hacen aquí?

Abby dirigió una mirada a los miembros del Gremio.

—Pensé que algo terrible estaba sucediendo —contestó—. Que Darkling atacaba otra vez.

—Y no te has equivocado —indicó el oficial Sawyer—. Darkling estuvo aquí, como Richard Katterblack, lo que parece no causarle sorpresa a nadie salvo a los miembros del Gremio, lo que pone en duda nuestro desempeño como guardadores del pueblo... Pero, en fin, Darkling se llevó a Mary... Un encanto de medianoche... —agregó rápidamente.

—Creemos que Darkling conseguirá su objetivo esta noche: tener su propio cuerpo. —Lance cruzó los brazos sobre el pecho y enarcó una ceja—. Claro está, sus planes serán truncados cuando descubra que Mary, la que se llevó consigo, no es lo que parece ser.

—Debemos hallar a Darkling. Y al hombre qué hizo el cuerpo para él. —Witheford habló con decisión.

Hubo un instante de silencio. Mary lo interrumpió.

—Yo sé dónde. —Y reveló—: La casa Holbrooke.

* * *

Philip permanecía inmóvil, aunque sus dedos, secretamente, rozaban los de Mary. Habían sentado a la joven a su lado, en un rincón de la Habitación de los Conjuros, mientras Horace y Mahlon West disponían todo para realizar la ceremonia de transferencia. Habían despejado una de las mesas de enseres para recostar un cuerpo más (Philip aún no sabía si sería Mary, Darkling o él mismo quien ocuparía aquella mesa). En aquel momento movían la camilla con el nuevo cuerpo de Darkling hacia el centro de la estancia.

Philip intentó —por tercera vez— atraer la atención de Mary hacia él, rozando sus dedos, pero ella apenas parpadeó, no lo miró ni se movió, como si no percibiera la presencia de Phil a su lado. O simplemente, su presencia no le importaba. Se habría entregado a Darkling para salvar a su hermano, meditó Phil, que habría hecho lo mismo por Jason o Lucas. Sin embargo, aquello no justificaba su extraña conducta. Deseaba contarle que sus madres...

—¿Estás bien? —murmuró.

Ella no respondió; parpadeó.

—Tomaré eso cómo un sí. —Hablaba en voz muy baja—. Tu hermano, ¿está bien?

Esa vez, Mary ladeó la cabeza.

—Cuida a Sam —dijo. Su voz se oyó mecánica, inconexa. Philip reparó en su mirada (fue apenas una fracción de segundo) antes de que la chica volviera la vista al frente. Sus ojos eran verdes, pero no había brillo alguno; además, viéndola desde otro ángulo, su piel parecía emitir un extraño albor blanquecino, tan leve que sólo un experto en encantamientos (y Philip era bastante bueno en ello) lo notaría.

Y lo supo: ésa no era Mary. Era un encanto de medianoche.

Abrió los ojos y movió la cabeza de un lado a otro. Notó que sólo Horace lo estaba observando. Se preguntó si su tío, otro gran experto en encantamientos, también lo habría descubierto. Sí, seguramente.

¿Qué iba a suceder cuando Darkling lo descubriera también? Sus planes serían trucados, de seguro.

Después, ¿qué?

«Después yo deberé actuar. —Lo supo—. Como Ben y Lucas Holbrooke. Como mi padre.» Debía ser valiente. Pronto. Horace había dejado las piezas sueltas para que él dispusiera de ellas cuando llegara el momento. Y estaba por llegar.

—Ha llegado la hora —habló Darkling—. Faltan tres minutos para la medianoche. —Se volvió—. Comencemos.

Los oscuros ojos del espectro estuvieron clavados en Philip y Mary mientras se acostaba en la camilla improvisada, una sonrisa amplia que deformaba su rostro. Era espantoso. Mahlon se acercó a Mary, con una sonrisa igual, pero ella se levantó mucho antes de que la mano del nigromante rozara su brazo intangible. Allí habría acabado todo.

Es como si el encanto de medianoche supiera qué hacer para evitar ser descubierto. «Muy inteligente», pensó Phil. Horace le indicó a Mary con un gesto dónde debía colocarse: en el costado izquierdo del cuerpo inmóvil. «Lo sabes —corroboró en aquel momento—. Sabes la verdad.» Ladeó disimuladamente la mirada hacia el estante. El metal centelló.

—¿Qué tenemos aquí? —soltó West.

Philip lo vio cruzando la habitación hacia el estante. Su corazón se detuvo.

Mahlon se alzó sobre las puntas de sus botas y alcanzó la daga. El aire se heló. Phil, sudando, echó una mirada hacia Horace, que negaba con la cabeza (debía permanecer inmóvil, decía, no era el momento de actuar) y lo miraba con ojos hundidos en el rostro como las cuencas vacías de

una calavera.

Mahlon West giró sobre sus talones.

—Me pregunto —dijo, en tono sarcástico— ¿cómo llegó esto aquí?

—¿Qué? —preguntó Darkling. Se irguió y ladeó la cabeza. Una expresión de pavor cruzó su horrible cara.

—Es una tradición que lleva en nuestra familia setenta y nueve años —explicó Horace, impasible. Quien lo oyera, no sospecharía que el mismo la colocó allí recientemente—. Es más, en el pueblo, todas las familias de seguidores de la luz tienen una *Rhiptus* en su haber.

—Creí que no tenías armas aquí —apuntó West. Su tono era amenazante. La daga centelleó en sus manos.

—No importa —espetó Darkling—. Devuélvela a su lugar. No quiero verla. O mejor, llévatela de aquí, no quiero correr riesgo.

Mahlon asintió, satisfecho (naturalmente no se había creído la historia de Horace), y echó a andar hacia la salida. Phil pensó que la situación se le salía de las manos, que su única oportunidad se alejaba con el nigromante. Sólo había una cosa que podía hacer.

—¡Espera! —gritó.

Mahlon se detuvo.

—¿Qué sucede, Philip? —preguntó, riendo—. Temes que no vuelva. Te aseguro que volveré.

Phil continuó sin prestarle atención:

—Hay algo que debes saber. —Apuntó a Mary con el dedo—. Ella no te servirá de nada.

Darkling giró la cabeza.

—¿De qué estás hablando, muchacho?

—Fuiste engañado. —Phil bosquejó una sonrisa sónica—. Esa no es Mary Cartwright.

Hubo una pausa. La estancia quedó en completo silencio. Luego resonaron las zancadas de Mahlon West caminando hacia la chica, que se mantuvo imperturbable ante la inminente aproximación del nigromante. West extendió su brazo... Hubo un destello, poco antes de que el nigromante tocara la imagen intangible de la joven. («Medianoche», pensó Phil.) Después, humo blanco. Luego, nada... Mary desapareció. En realidad, nunca estuvo allí.

El rostro de Darkling se desfiguró —como si su naturaleza, por sí sola,

no fuera lo suficientemente deplorable— y se levantó de la camilla improvisada dando un salto. Para Phil, ése era el momento indicado para ponerse en pie también. West no ocultó su asombro, su única pupila se dilató. Sin embargo, se movió increíblemente rápido e intentó atacar a Philip; éste movió su brazo, apenas un gesto, y el nigromante salió disparado por el aire. Impactó contra una pared y volcó una antorcha que, gracias a Dios, se apagó cuando golpeó el suelo.

West atacó de nuevo. Philip, haciendo uso de sus movimientos aprendidos en las lecciones de combate con Lance Greystar, contrarrestó sus golpes y patadas; acometió algunos él también, pero West se movía rápido como un puma, y contrarrestaba los golpes de Philip con la misma eficacia que éste lo hacía. Hasta que una patada del nigromante le alcanzó el estómago.

Philip cayó de rodillas. Mahlon West lo pateó de nuevo, en las costillas. Phil rodó por el suelo, gimiendo, mientras la siguiente patada del nigromante lo alcanzaba en la parte interna del muslo. Otra, lo alcanzó en los omóplatos, y otra, en la boca. Phil percibió el sabor de la sangre.

—¡Basta! ¡DETENTE! —Las patadas se detuvieron. Horace se inclinó junto a Phil, y lo tomó por el hombro. Luego exclamó—: Yo, Horace Alexander Holbrooke, te retiro la invitación a mi hogar, Mahlon West.

Philip no llegó a ver —¡pero cómo le habría gustado!— cuando las ráfagas de viento absorbían al nigromante fuera de la casa Holbrooke. En cambio, sí lo escuchó, gritando «¡Maldita seas! ¡TE ASESINARÉ, HORACE! ¡HIJO DE PU...!» hasta que su voz se cortó de un momento a otro... Entonces imperaron el silencio, el frío, las sombras.

—Eres un traidor, Horace —increpó Darkling. Se oyeron pasos. Horace profirió un sonido estrangulado. Philip apenas pudo ver, abriendo sus ojos una rendija, como su cuerpo embestía el suelo pesadamente. «No —pensó. El dolor lo cegaba—. No, no, ¡no!» Vio un destello en el suelo. *Rhiptus*. Movié una mano, ligeramente, y la daga salió disparada como una flecha relampagueante hacia la sombra que era Darkling. La luz parpadeó.

Darkling miró la empuñadura dorada en su pecho, un gesto en su rostro que decía «¡otra vez no!», y la retiró.

Al principio, Phil pensó que no había funcionado, pues Darkling

seguía en pie. Luego, estalló un resplandor blanco y cegador. Las sombras desaparecieron. Philip apretó los párpados. Dos voces resonaron en la habitación (no, en la habitación no; en su cabeza), produciendo una cacofonía insufrible. Una de las voces era la de Richard Katterblack. La otra, de Darkling.

* * *

Cuando llegaron a la casa Holbrooke, el lugar estaba envuelto por un aura sombría; las luces del interior estaban apagadas, observó Lloyd, menos la del ático. Desde abajo, la nutrida comitiva podía verla, titilando, trasvasando la ventana circular. Peor que aquellas sombras y la quietud, era el silencio que se superponía a ellas. Lloyd temió lo peor.

La comitiva de los hombres del Gremio compartió una mirada que lo presagiaba todo. «Hemos llegado tarde.»

—Entremos —instó el señor Startclyde, con un par de *daxarus* en manos. Se había unido a la comitiva, junto al alcalde Oakwater y Eudoxio Belwolf, de camino a la casa Holbrooke.

El resto, que se mostraba más temeroso (incluido Lloyd), estuvo de acuerdo; asintieron con la cabeza. Desenfundaron sus armas, llamaron sus nombres y refulgieron. Una ráfaga de viento sopló del Este, gélida y pavorosa. Aquello no los detuvo.

Entraron. En el interior, como habían previsto, imperaba una oscuridad y silencio tan densos que pesaba sobre las cabezas de los miembros de la comitiva. Avanzaron sigilosamente, Startclyde a la cabeza. Luego se separaron, por orden de Oakwater —que era, aunque a veces se le olvide ante hombres como Frederick, fuertes de liderazgo, el principal del Gremio—, tres hacia la parte baja y el resto hacia la planta superior. A Lloyd lo dispusieron a la planta baja, pero se escabulló al último en la fila que subía las escaleras. Esperaba que no lo notaran.

Quería ver con sus propios ojos al asesino de su padre, aunque era absurdo engañarse. Si todo había acabado, no habría razón para que Mahlon West siguiera en el mismo ligar. Subieron. Luego caminaron en tropel por el largo pasillo de las habitaciones.

Witheford abrió una de las puertas, la primera a la izquierda. Metió la cabeza, luego la sacó y la meneó de un lado a otro. Nada. Hizo lo mismo

con la siguiente. Nada. Startclyde, cuya cara estaba desfigurada por las sombras que le arrancaba la luz de las *daxarus*, imitó a Witheford con la primera puerta de la derecha. «Nada», murmuró abruptamente.

Lance hizo lo mismo con la siguiente. Metió la cabeza. Luego, ingresó de cuerpo entero. «¿Hay algo?», se preguntó Lloyd. Los demás, exceptuando a Lloyd y el señor Startclyde, se acercaron a la habitación. Frederick Startclyde, en cambio, avanzó con ímpetu hacia la puerta al final del corredor, con las *daxarus* refulgiendo delante de él.

Un fuerte escalofrío recorrió la espalda de Lloyd cuando vio una forma («Un pentagrama», estaba seguro) pintada en la puerta antes de que Startclyde la abriera. Frederick tal vez no vislumbró el pentagrama, o quizá no le dio importancia. Sin embargo, sí notó la presencia furtiva de Lloyd a su espalda.

—¿Trajiste tus armas, muchacho? —preguntó en voz baja pero grave.

—Sí —dijo Lloyd. Desenfundó un par de *nuxus* y les dio luz murmurando su nombre.

El señor Startclyde lo estaba viendo cuando Lloyd volvió la mirada. Sin más, se giró y comenzó a subir las escaleras que ascendían hacia el ático.

Lloyd echó un último vistazo hacia el pasillo, a su espalda, pero sólo vio el dorso de Witheford entremetido en aquella habitación. Oyó el murmullo de la voz de Lance Greystar, también un llanto, que venía de aquella segunda habitación a la derecha.

No obstante, Lloyd se volvió y subió las escaleras en pos de Frederick.

Lo primero que vio fue el origen de aquella luz que escapaba al exterior a través de la ventana circular. Una vela, efectivamente. Estaba sobre una mesita con forma redonda en la superficie. Lo segundo que vio, fue el cuerpo de Richard Katterblack, pálido; tenía una hendidura oscura en el pecho, que seguía barbotando sangre.

—Ha sucedido algo terrible —masculló Startclyde. Su voz logró apartar la atención de Lloyd del cadáver de Katterblack.

Alzó la vista y vio a Frederick de pie en el otro extremo. Estaba inclinado, contemplando otro cuerpo. Lloyd se acercó. «Que no sea Phil, que no sea Phil», pensaba con cada paso. No era Philip, en efecto, tampoco nadie que Lloyd haya visto antes. El hombre, que en vida debió ser tan alto como el propio Startclyde, tenía manchas rojas en el cuello

(seguramente, reflexionó Lloyd, alguien le cortó la garganta. Se preguntó si habría sido la misma persona que se tomó la molestia de cerrarle los ojos). Una extensa franja de sangre se extendía desde el cadáver del desconocido, como si lo hubiesen llevado a ese lugar después de matarlo; lo mismo con Katterblack.

—¿Quién es? —preguntó Lloyd.

Startclyde seguía inclinado, la luz de las *daxarus* se había sosegado. Lloyd enfundó sus dagas.

—Horace —dijo Startclyde—. Horace Holbrooke.

—¿Y dónde está Philip?

Una voz, salida de la nada, contestó:

—Aquí no.

Aquello provocó que Frederick y Lloyd volvieran las cabezas hacia la escalera. El oficial Sawyer emergió de las sombras. Vieron su expresión, de profunda sorpresa, cuando encontró el cadáver del señor Katterblack, extendido, en el centro de la habitación. Se inclinó, brevemente, e hizo un rápido escrutinio. Sobraba decir que estaba bien muerto.

—¿Qué decías sobre el muchacho? —preguntó Startclyde, que se había levantado.

Sawyer parpadeó, absorto, y se puso en pie.

—Que no está aquí —explicó—. En la casa, quiero decir. Philip y Jason han desaparecido. —Luego, frunciendo el ceño, su mirada recorrió aquel extremo de la habitación—. ¿Quién es ese? —quiso saber, señalando el cadáver de Horace.

Startclyde respondió. Hubo otra expresión de sorpresa, más leve, en el rostro del oficial Sawyer.

«Philip y Jason no están», pensó Lloyd. ¿Quería decir que eran cautivos de Mahlon, como lo fueron su padre y Andrew? Pero...

—¿Qué hay de Lucas? —preguntó.

Sawyer enfocó la mirada. Sus ojos centellearon.

—Está abajo. —Y tras una pausa, agregó—: Muerto.

«Muerto», pensó Lloyd. Pobre Philip, dondequiera que esté en ese momento.

Guardaron silencio. Quizás, en sus mentes, Sawyer y Startclyde pensaban en cómo proceder. Pero aquellos pensamientos serían interrumpidos por unas fuertes toses.

—¡No es posible! —profirió Startclyde. Lloyd jamás había visto una expresión de sorpresa en su rostro tan auténtica como la que tenía ese momento, pensó, y no era para menos. Aquellas toses provenían detrás de él, donde, se suponía, estaba el cadáver de Horace Holbrooke.

* * *

—Tengo miedo —murmuró Elise.

Céline le acarició la mejilla. Un raro gesto de su parte.

—Todos tenemos miedo —repuso—. Mi padre solía decir que, incluso los de rostros valientes y sentimientos fríos, temían.

Su voz se oía lejana, advirtió Mary, como si ya no pusieran en duda la supervivencia de su padre después de los eventos de esa noche. «Solía decir»: aquellas palabras le provocaron un escalofrío en la espalda. Su padre solía decir cosas como esas, cosas como: «Las palabras son la prueba de que vivimos».

Inconscientemente, volvió la mirada hacia Andrew, que estaba mirando por la ventana con el ceño fruncido, vigilante. Entonces Mary recordó que no lo había leído en alguna parte, como pensó irreflexivamente cuando se lo dijo a Andrew; su padre se lo había dicho a ella.

—Tienes miedo por tu padre —soltó Mary. Los pares de ojos de sus primas viraron llorosos y alicaídos hacia ella—. Y temes por Philip.

—Sí. —Elise suspiró.

En la sala común sólo estaban ellas tres y Andrew, que miraba por la ventana. Las criadas, afanosas, se marcharon tras la partida de la comitiva del Gremio a reorganizar el caos del comedor. Adler se fue a la cocina para preparar un poco de té, según les informó antes de su salida. Sutr, el mayordomo, seguía sin aparecer. Sam, estaba dormitando en uno de los sofás de sala, ante la vigilante mirada de su hermana. Abby, por su parte, estaba haciendo un recorrido a la mansión para asegurarse de que no hubiera peligro al asecho.

El oficial Sawyer le había pedido a los mellizos que protegieran a los habitantes de la mansión hasta que el volviera de la casa Holbrooke con noticias.

—¿Cómo lo conseguiste? —preguntó Céline.

Mary, apartado la vista de Andrew, frunció el ceño.

—El ¿qué?

—Hacer el encanto de medianoche, tú sola, ¿cómo pudiste?

Fue simple. Mientras Darkling tocaba la puerta y hablaba con aquel tonillo insufrible, ella rodeó la cama y cogió el volumen que estaba sobre la mesita de noche, *Pociones y encantamientos*, luego buscó el encanto de medianoche a la vez que instaba a Darkling a que prolongara su cháchara fútil sobre hacerla «una reina de las sombras» y a él «un hombre completo». Sus palabras no tenían sentido para Mary, y ciertamente, tampoco sentía muchos deseos de entender lo que el espectro intentaba decirle.

Encontró el encanto. Bueno, las palabras que debía decir. Echó un rápido vistazo hacia su hermano, pero Sam estaba oculto como ella le había ordenado. Darkling seguía tocando, advirtiéndole que su paciencia estaba por agotarse. Mary murmuró las palabras del «encanto de medianoche» en la lengua erigida por los Primeros Seguidores, con una cadencia insegura y vacilante. Luego cerró los ojos y se concentró.

Cuando los abrió nuevamente, allí estaba, una perfecta replica de sí misma. Apenas pudo sofocar su asombro. Mary, muy breve, le dio algunas indicaciones a su reflejo, que asentía sumisamente. «Qué no te toque», «Mantente callada» y «No hables a menos que alguien te lo ordene». Después se escondió con su hermano, detrás de la cama, mientras el encanto de medianoche se acercaba a la puerta y la abría.

—Vaya —masculló Céline.

Mary sonrió ligeramente.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Céline y Elise intercambiaron una mirada confusa.

—Nada —repuso la última—. Los encantamientos son muy poderosos, por ende, sólo una persona poderosa logra realizarlos de forma tan efectiva. ¿Recuerdas que Vallery nos hizo tomarnos de las manos? —Mary asintió—. Bueno, era un modo de conectar nuestra magia para darle fuerza al encantamiento.

Céline sonrió.

—Aunque, por lo visto, lo pudiste haber realizado tú sola sin nuestro apoyo.

Mary recordó la historia de la Batalla del Eclipse Púrpura, que ocurrió

en River Town hacía casi ochenta años. En el pasaje, se hacía especial mención de la vital participación de Ben Holbrooke en el triunfo de los seguidores de la luz aquel anárquico día. Ben, por sí solo, había realizado un encantamiento poderoso, que más tarde llamaron «el encantamiento de las Lunas Caídas», aquello demostraba que, más que rumores, el poder de los Holbrooke era monumental, suficiente para abrir y cerrar las puertas del infierno (o del Submundo) a su antojo.

Mary se preguntó si ella podría abrir aquellas puertas también.

Adler reapareció, como una oronda golondrina, llevando una bandeja de plata con el juego de porcelana para té humeando. El aroma del bálsamo se extendió como una estela invisible por toda la estancia. El cocinero lo dispuso todo en la mesita de centro, frente a las señoritas. Luego se marchó.

Céline hizo los honores: se inclinó y sirvió una taza para Mary, otra para Elise y una más para sí.

Mary bebió el suyo, echando una mirada hacia Andrew, que había cambiado de observación de una ventana a otra. Con la luz de la luna de frente, lucía pálido, pero más saludable que días atrás.

—Deberías hablar con él —dijo Céline. Estaba sirviendo otra taza. Mary la miró tribulada—. Vamos. Llévale un poco.

Le extendió la taza llena, con el platico por debajo. Mary tardó un instante en aceptarla.

—No creo...

Pero ya era demasiado tarde, estaba en pie y caminaba hacia Andrew.

—¡ANDREW! —El grito vino desde atrás.

Mary, sobresaltada, se detuvo a escasos pasos de Andrew. Éste se volvió, con una arruga en el ceño, miró a Mary, la taza y luego por encima del hombro de la muchacha, a la vez que ésta se giraba también. Céline y Elise estaban en pie, seguramente sobrecogidas por la inesperada irrupción de Abigail.

—¿Qué sucede? —le preguntó Andrew, pasando a un lado de Mary hacia su hermana.

Abby titubeó. Echó un vistazo, horrorizada, hacia las hermanas Katterblack, y luego volvió la vista hacia su hermano. Habló en voz muy baja, estaba temblando. Mary, sin más, se reunió de vuelta con sus primas y se bebió la taza de té (de un sorbo) que había tratado darle a

Andrew. Cuando Abby acabó de hablar en voz baja, se abrazó fuertemente a su hermano. Extraño, pensó Mary, ¿qué habría afectado de ese modo a Abby?

Andrew repuso algo en voz baja, cuando se ellos se hubieron separado, y su hermana asintió turbadamente antes de marcharse de la sala común.

Andrew se acercó a la Katterblack y Mary. Expresó:

—Parece que Abby ha encontrado al mayordomo.

—¿Dónde está? —quiso saber Céline.

—En la habitación de su señor —replicó Andrew—. Lo siento. Suttr está muerto.

Elise se echó a llorar. Céline la arrulló en su hombro. Mary bajó la mirada, era lo menos que podía hacer por el viejo haduno, a quien había conocido hacía poco. Suttr, había escuchado, llevaba trabajando para los Katterblack más de cien años. Servía a Silas Katterblack mucho antes de que éste pusiera un pie en River Town por primera vez.

—Mi padre una vez dijo que si Suttr no moría en un sueño —comentó Céline; tenía los ojos inyectados en sangre, pero no había soltado una sola lágrima, quizás las estaba guardando todas para su padre—, como era propio en los seres hadunos muy viejos, él mismo lo mataría.

Se rió, a su pesar. Elise se enjugó las lágrimas.

—Deberíamos decirle a Tara y Olee —dijo—. Ellas eran parte de su familia.

—Después. —Su hermana la asió por el hombro. Elise recostó la cabeza en su pecho.

—Creí que ibas a darme un poco de té.

Mary volvió la vista; Andrew la estaba mirando impasible. Sus ojos eran de un azul extraordinario, podía ver su reflejo, pálido y menudo, en ellos. Andrew sonrió, apenas un leve arqueamiento en las comisuras de sus labios, pero sólo eso bastó para robarle el aliento. Mary titubeó un instante. Luego, se inclinó y sirvió té en una taza de porcelana; el pulso le temblaba. El líquido oscilaba. Andrew le atrapó las manos y aceptó la taza.

—Gracias —dijo.

Mary se ruborizó.

Se oyeron pisadas. Un instante después, Abby reapareció en la sala

común.

—Sawyer ha regresado —informó—. Trae noticias.

* * *

El olor a muerte se había adherido a su abrigo. Lo percibió cuando se sacó la prenda para entregársela a la criada, que, a esas horas de la mañana, había esperado el regreso de Lloyd junto a la señora Blackfell. No era la primera vez que Lloyd percibía aquel funesto aroma; la primera vez fue cuando visitó las ruinas de la fábrica Cartwright.

—Toma, cariño. Despejará tu mente. —Su madre le tendió una taza de té.

—Gracias. —Lloyd sonrió apagadamente.

—Debo retirarme —repuso su madre, y extendió su mano para acariciarle la mejilla—. Pero antes debo decirte que el delegado aguarda por ti, en la salita de estar. Se mantuvo despierto desde su llegada, aguardando noticias.

—Iré enseguida.

Dicho y hecho; Lloyd se despidió de su madre con unas «buenas noches» y una sonrisa apagada.

Igor Fedyenka aguardaba, tal cual, en la salita de estar. Lucía una pesada bata hilo grueso y su gorro de piel. Tenía una taza de té humeante en su mano, y la cabeza ladeada hacia la ventana, mirando la noche. Parpadeó y volvió la vista. Su expresión era la habitual: impassible, digna. No mostró sorpresa alguna cuando advirtió la presencia del muchacho.

—Mi madre dijo que...

No acabó la frase, el hombretón intervino:

—Ven, muchacho... eh... siéntate... —Hizo un gesto hacia el mueble contiguo con la mano que sostenía la taza—. Puedo... eh... notarlo desde aquí.

Lloyd acató. Se acercó al mueble y se sentó, turbado. Fedyenka dio un sorbo al té, suspiró y se aclaró la voz. Lloyd, igualmente, se bebió el bálsamo. Estaba claro que el delegado quería oír sobre lo acontecido, con lujo de detalles, así tendría algo interesante que agregar al informe que debía entregar a los Altos Seguidores en los próximos días.

—Cuéntame —dijo el delegado.

Lloyd dio otro profundo sorbo y empezó. Darkling, la criatura producto de la maldición de los Hornwood, quien había acometido el ataque al baile del solsticio de los Katterblack, estaba vivo. Se había mantenido oculto en el cuerpo del señor Katterblack todo ese tiempo. Esa noche, finalmente, Darkling cumpliría su objetivo: tener su propio cuerpo.

Pero salió mal. Mary Cartwright, quien es persona de deseo de Darkling para conseguir su cometido, lo engañó enviando en su lugar a un encanto de medianoche. Cuando la comitiva del Gremio llegó a la casa Holbrooke, donde se efectuaría la ceremonia que daría su cuerpo a Darkling, todo había terminado. Encontraron cuerpos.

—Eh... ¿cuerpos? —Fedyenka arrugó el ceño.

—Sí.

Richard Katterblack, que había muerto desangrado por una herida de *Rhiptus* en el pecho. Lucas Holbrooke, de doce años, recibido un golpe en la cabeza y después estrangulado hasta la muerte por Mahlon West. Más tarde recibieron la noticia de un tercer cuerpo en la mansión Katterblack: el mayordomo, el único que sabía la verdad de su señor.

El delegado preguntó:

—¿Qué hay de los otros jóvenes Holbrooke? Eh... Pensé que eran tres... Eh... uno está muerto.

—No estaban, señor.

—¿Que no...? —Fedyenka pareció conmocionado.

—Huyeron —le explicó Lloyd—, Philip y Jason, a alguna parte, y se llevaron consigo el cuerpo de Darkling. A quien sí encontramos fue a Horace Holbrooke, tío de los hermanos, que había hecho el cuerpo de Darkling a partir de cadáveres de seguidores de la luz.

—¿Dónde está...? Eh... ¿Horace?

—Startclyde lo ha llevado al hospital. Fue herido gravemente en la cabeza, pero vivirá.

Guardaron silencio. Fedyenka bebió el último sorbo de su taza.

—Si el muchacho... eh... lo ha hecho —dijo después—, debemos encontrarlo.

Lloyd lo entendió. Si Phil empuñó la *Rhiptus* que liberó al señor Katterblack de su maldición, entonces, en base a los antecedentes, la maldición debió haber sido transferida a la línea familiar de los

Holbrooke. Los Holbrookes, pensó Lloyd, conocidos por su gran poder, supondrían un grave peligro para la Comunidad Mágica si utilizaban (o eran inducidos a utilizar) aquel mismo poder para crear destrucción.

Ese pensamiento apenas previno a Lloyd de lo que el delegado añadió después, fríamente, a la vez que se levantaba.

—Debemos encontrarlo —dijo, sin vacilar, antes de retirarse—. Vivo o muerto.

Tercera parte

CAER, MORIR, SIN RETORNO

Capítulo 13

Y LA MUERTE REINÓ

—Señorita, ¡señorita!

Olee entró. Mary, que estaba leyendo en la biblioteca de los Katterblack, se irguió como un resorte al escuchar los llamados de la criada con tanta urgencia; entrecerró el libro. Olee se detuvo frente a ella, arrebolada por el esfuerzo, y le avisó que la señora Katterblack había regresado. Eso fue apenas cinco días después de la trágica muerte de su marido.

—Y no viene sola, señorita —abundó Olee.

Tenía razón. El primo Leonard, su mujer y el pequeño Vincent venían con ella. El coche que los dejó en la entrada de la mansión estaba cargado a máxima capacidad con el equipaje de los nuevos huéspedes. Otros coches vendrían en los días consiguientes con más de sus pertenencias.

Richard Katterblack había muerto, asesinado (o eso decían los rumores) por Philip. Claro, Mary no creía que Philip fuera capaz de asesinar a nadie. Jamás lo puso en duda, ni siquiera porque el joven llevase desaparecido desde esa noche. Jason, su hermano, también. En cambio, Lucas, el más joven, había sido asesinado sin lugar a dudas por Mahlon West. Horace, tío de los tres hermanos, fue encerrado en una celda encantada en la comisaría del pueblo, acusado de traición y homicidio. Horace no asesinó a nadie, pero su sociedad con Darkling y West fue concluyente para la muerte de su sobrino y la desaparición de los otros dos.

Philip. Mary no paraba de pensar en el joven que la acompañó en el baile del solsticio, preguntándose dónde estaría. Esperaba que estuviera bien. Phil había sido buscado (cazado, dirían otros) por los miembros del Consejo, después de aquella noche. Se creía que él había apuñalado a Darkling con la *Rhiptus* y que, por tanto, la maldición se transfirió a los

Holbrooke, como pasó con Richard la primera vez.

Mary no lo ponía en duda. «Si no fuera así —había pensado—, entonces la maldición seguiría en los Katterblack, habría tomado posesión del siguiente cuerpo, el siguiente en la línea. El primo Leonard.» Pero Leo no presentaba ninguno de los síntomas de la maldición, había observado Mary, y tampoco se encerraba en su habitación como había hecho su padre.

«Vivo o muerto», fueron esas las palabras del delegado de los Altos Seguidores respecto al caso de Philip. A Mary se le heló la sangre cuando lo oyó. Ella y Céline tuvieron que consolar a Elise cuando se corrió la noticia.

Elise... Su prima se comportaba extraño desde entonces. Su mirada permanecía siempre distante, su atención se dispersaba con facilidad. A veces se la veía llorando en silencio, sin que ella misma se diera cuenta (Mary suponía, de seguro, que era por su padre. Richard Katterblack, en vida, quizá fuera un mentiroso y un prejuicioso, pero nadie podía discutir que fue un buen padre para Leonard, Céline y Elise). Otras veces desaparecía, durante breves momento, y ni siquiera Tara sabía dónde encontrarla. Además, según comentaban las criadas, en las semanas siguientes el apetito de Elise había aumentado considerablemente, aunque no su peso.

Después de recibir la noticia del oficial Sawyer, Céline, que se mostró extrañamente templada, se había girado y marchado a su habitación. Esa misma noche, entre lágrimas, le había escrito a su madre narrándole de los acontecimientos. El regreso de la señora —ahora viuda— Katterblack coincidió con los ritos fúnebres de su esposo y el resto de las víctimas de Darkling y Mahlon West.

Leonard pasó a ocupar el lugar que fuera de su padre, el mismo que un par de años antes había rechazado. Como el nuevo señor Katterblack, Leonard, de por sí un hombre excepcional, aceptó formar parte del Gremio en nombre de su familia y ocuparse de los negocios de su padre; es más, retomó su antigua sociedad con Stephen Reedstter, con algunas cláusulas, dadas la naturaleza de las confesiones que hiciera Ian Reedstter sobre el plan que su hermana y él habían fraguado para acabar con Richard.

La mansión Katterblack jamás estuvo más repleta, había dicho alegre

Olee. Y con razón.

Leonard regresó a vivir a su antiguo hogar junto a su esposa y su pequeño hijo, abandonando el anterior en Nueva Orleans. Además, tuvo que concertar a un nuevo mayordomo, y un tercer cochero, dada la crecida de su grupo familiar.

Algo similar a una auténtica calma envolvió a River Town y a sus habitantes —sobre todo a la Comunidad Mágica— un mes después de los funestos eventos de aquella noche. Aunque, pensó Mary, no realmente calma.

Mary continuó visitando la cabaña de los Treddaway, durante ese último mes, pues había hecho una promesa.

Andrew lo recibía. Al principio se mostraba taciturno, ominoso. A veces parecía que el auténtico Andrew empezaba a surgir a la superficie, desde la oscuridad donde yacía. Luego cambiaba. Su mirada se ensombrecía, su voz se oía densa, el cólera le torcía la cara y tensaba sus hombros. Y nunca miraba a Mary a la cara, a menos que la habitación estuviese parcialmente cubierta por las sombras.

—¿Cuánto tiempo más seguirás haciendo esto? —le preguntó Andrew bruscamente; le daba la espalda, tenía las manos tomadas atrás y miraba fijamente por la ventana, viendo como diluviaba en el exterior, aunque Mary sabía que era otro de sus intentos por evitar su mirada.

—El tiempo que sea necesario —replicó ella.

—Y eso, ¿cuánto es? —Andrew se bufó—. ¿Qué quieres, Mary? Ya te he dicho que nada de lo que me sucedido tuvo que ver contigo, yo...

—Ambos sabemos que eso no es cierto. En primer lugar, fuiste a aquel pueblo a salvar a mi hermano.

—Es verdad. —Sonrió fríamente—. Fui un asno ególatra, el egoísmo y mis ansias de ser un héroe ante los ojos del Gremio me cegaron. Además, ¿qué podía hacer? ¿Quedarme con los brazos cruzados? Te habrías entregado a Darkling de ser necesario, eso lo sabemos muy bien. Y no iba a permitir que...

Se interrumpió.

—¿Qué? —quiso saber Mary. Confiaba en que sabía ya la respuesta.

Andrew inhaló, exhaló. La luz que entraba era blanca, copiosa, colmaba la habitación de esquina a esquina. La silueta de Andrew, en cambio, era negra a contraluz. El canto de la lluvia, fuera, se había

reducido a un susurro. Empezaba a amainar.

—Quiero saberlo, Andrew —murmuró Mary—. Quiero saber qué sucedió con Mahlon West. Quiero oír los detalles.

—¡NO! —estalló Andrew—. ¿Qué quieres conseguir oyendo cómo West me... me...? —Se volvió abruptamente—. ¿Quieres que reviva el dolor, la repugnancia? ¿Quieres oír cómo se restregaba sobre me cuerpo, lo que hacía con su lengua, cómo sonaba sus respiración? ¿Quieres oír las cosas que me decía?

El corazón de Mary latía galopante en su pecho. Tragó saliva. Era la primera vez que Andrew la veía a la cara a plena luz.

—Sí —dijo ella.

Andrew permaneció quieto, mirándola. Su vista la atravesaba como una estaca travesaba la tierra, asentando una rabia que iba creciendo desde lo más profundo. Mary quería dar un paso, aquel paso que había deseado dar por semanas, pero sus pies, ajenos a su voluntad, no se movían; la mirada de Andrew la mantenía en su lugar (sí, eso era), inmóvil, como una estatua de jardín.

—Vete —masculló Andrew. Sus ojos habían adquirido un brillo vidrioso.

Mary, absorta, abrió la boca.

—Ah...

—Vete, ¡ahora! —El muchacho cruzó la habitación apenas con tres zancadas y le abrió la puerta. Le señaló la salida, apuntando con el brazo, como si Mary no la hubiese atravesado muchas veces en las últimas semanas—. ¡AHORA!

Mary parpadeó, como si despertara de un sueño. «Si me voy, ¿regresaré?» La pregunta atravesó su mente en una fracción de segundo. No parecía probable. Andrew seguía de pie en la puerta; ladeó la cabeza para no verla. Mary respiró hondo. Recogió su falda y se marchó. Luego oyó el estruendo de la puerta cerrándose a su espalda. Su alma se estremeció.

Una semana pasó desde aquel último encuentro.

* * *

Hacía un día caluroso, pero el salón de los Viejos Conjuros estaba fresco,

con los aromas a polvo y roca, humedad y salmuera, que acostumbraban a embargarlo. La luz, que dimitía a través de los amplios ventanales, bañaba la pequeña sección de la estancia con un resplandor blanco y puro que hacía posible ver la danza de las motas de polvo en el aire.

—Ha pasado un mes. —La voz de Frederick Startclyde detuvo aquella danza—. Y aún no hay rastro de Philip y Jason Holbrooke. Estarán de acuerdo conmigo que los jóvenes Holbrooke no pudieron haber ido tan lejos.

—¿Quieres decir que siguen aquí en el pueblo? —dijo Eudoxio Belwolf.

—Eso es imposible —apuntó el oficial Sawyer—. Mis hombres y yo hemos revisado semanalmente la casa de los habitantes del pueblo que pudieron ocultar a Philip y Jason, empezando por la señorita Vallery Atwood, antigua maestra de Philip.

—Ella aseguró que visitó la casa Holbrooke el día de los hechos, luego de dejar la mansión Katterblack —abundó el alcalde Félix Oakwater, que naturalmente había participado de la pesquisa—. Horace fue quien abrió la puerta, cuenta Val, y quien aseguró que sus sobrinos estaban bien; que Philip y sus hermanos estaban haciendo sus respectivas tareas. Vallery no tenía razón para no creerle, aunque sí le pareció extraño volver a ver Horace después de tantos años.

—Horace, todo este tiempo fue Horace —exclamó Reedstter.

—Así es —convino Lance Greystar. Su padre, el viejo Arnold, que siempre lo acompañaba, extrañamente no había asistido a la reunión—. Fue Horace. Wallace lo ocultó; el viejo sepulturero lo supo desde el principio, pero se apegó a la mentira improvisada que soltó Philip para proteger a su tío. Wallace aceptó la culpa de su crimen.

—¿Y han vuelto a interrogar al maldito Wallace? —preguntó el señor Reedstter con enfado.

—Sí —asintió Sawyer—. Y ha confirmado nuestras sospechas. Que llevaba las partes de los cadáveres a Horace Holbrooke, quien estaba creando el cuerpo de Darkling con ellos. Wallace exigió, por su confesión, que se le pusiera en libertad.

Reedstter se echó a reír.

—Maldito viejo —escupió—. Mintió al Gremio, saqueó tumbas, y utilizó a las sombras... criaturas oscuras para protegerse. No hay

confesión que lo pueda librar de las celdas encantadas, sólo la muerte podrá hacerlo.

La ausencia de Arnold Greystar no era la única que extrañaba a Lloyd, que hasta entonces había permanecido en silencio oyendo a los miembros más veteranos. Notó que Oscar Witheford y Leonard Katterblack tampoco estaban en el salón. Las muertes y desapariciones de las últimas semanas habían mermado la cantidad de miembros del Gremio, reflexionó Lloyd, solo quedaban unos pocos y el salón, vasto en su estructura, parecía despoblado.

—Tienes razón, Stephen —expresó Frederick Startclyde, con una mirada desenfadada—. Wallace no saldrá jamás de las celdas, y dada su vejez, quizás muera entre sus muros. —Hizo una pausa, que pareció decir: «Al contrario que tu hijo, que saldrá en un año». Continuó—: Tampoco lo hará Horace, ¿cierto?

Horace Holbrooke había sido sanado en el hospital del pueblo tras los eventos que ocurrieron en la casa Holbrooke, luego había sido confinado a una de las celdas encantadas en la comisaria. Todavía no se había emitido un juicio en su contra por parte de los hombres del Gremio. «Pobre hombre», decía Eudoxio Belwolf, ha hecho todo para proteger a sus sobrinos. Al contrario, Stephen Reedstter decía: «Ha obtenido su merecido, Horace y su grupillo de revoltosos. Sobre todo el mayor, Philip, que resultó ser un todo mentiroso.» Lloyd pensó que Stephen era el menos indicado para emitir un juicio al respecto.

Con todo, el Gremio no había llegado a un aprobación respecto a la condena de Horace por ausencia de varios de sus miembros. Si tuvieran que elegir los que ya estaban (Startclyde, Reedstter y Oakwater), el destino de Horace sería la horca. En casi cien años de historia nadie había sido ahorcado en River Town, pero, dada la naturaleza de los crímenes, bien podría ser ese el comienzo.

Félix Oakwater comentó:

—Y dado que no contamos con las presencias de Oscar y de Leonard, hoy tampoco podremos llegar a una resolución sobre la sentencia de Horace Holbrooke. —Suspiró y frunció el ceño—. Por cierto, ¿alguien sabe por qué no están aquí ahora?

—Te equivocas.

La voz, aparentemente salida de la nada, sobresaltó a Eudoxio

Belwolf; Startclyde resopló y entornó los ojos. Stephen Reedstter soltó un resoplido cuando descubrió quien había irrumpido en la estancia. Era Oscar Witheford, efectivamente, observó Lloyd. Y no venía solo.

—¿Qué hace ella aquí? —increpó el señor Startclyde. Se refería a Abigail.

Era una grata e inesperada sorpresa para Lloyd verla aparecer entre las sombras, precedida por Oscar Witheford. Abigail no sólo era su amiga de hace años (toda la vida), sino también compañera en los entrenamientos de combate. A su lado caminaban Leonard Katterblack, que llevaba varias semanas sumado a las filas del Gremio en representación de la familia Katterblack, y Ephraim Westwick, hermano del difunto Joseph.

Leonard se adelantó al centro, incluso cuando el resto se hubo detenido completando el círculo.

—Me parece que el Gremio necesitaba nuevas voces —empezó, con el mismo carácter histriónico de su padre. Era inevitable no traer al recuerdo a Richard Katterblack, muerto a manos de Philip, aunque su verdadero asesino fuera otro. El otro día, Reedstter había dicho un comentario funesto, fuera de contexto, que dejó helado a todos los miembros del Gremio. «Darkling ha dejado más huérfanos que la peste que arrasó Collin's Meadow hace años», había dicho.

«En tu caso —estuvo a punto de decirle Lloyd, pero contuvo la lengua —, a ti Darkling te quitó una hija.» Vio que en los ojos de los miembros que una réplica igual atravesó sus mentes. Ninguno habló. Se preguntó si su padre habría aprobado aquel comentario. No, seguramente.

El señor Startclyde le lanzó una mirada ponzoñosa a Leonard, antes de redirigirla hacia Abigail. Stephen Reedstter, asimismo, tenía un mismo gesto de enfado, aunque Lloyd habría creído que aquello era algo habitual en Reedstter. El resto (Lance, Eudoxio, Félix) apenas se mostraba un poco confundido.

—¿De qué estás hablando, Katterblack? —Frederick escupió el apellido de Leonard como si éste hubiese mancillado el recinto trayendo consigo a Abby. Miró a la muchacha y dijo—: Deberías volver a casa, aquí no hay lugar para ti.

—Oh, no, Fred —intervino Leonard, despreocupado—. Verás, Abby tiene mucho que ver aquí. Y, en efecto, tiene un lugar entre nosotros,

como representante de la familia Treddaway, como le corresponde por derecho de nacimiento. Abigail debería tomar su puesto entre nosotros cuando cumpla los dieciocho, pero cómo nuestra fuerza merma últimamente, me parece que es tiempo de sumar a nuevos miembros a nuestro selecto grupo de debates, ¿no creen?

—Antes debiste consultarlo, Leonard —indicó Oakwater—. El Gremio ya había tomado en consideración la entrada de Abigail entre nosotros. Hubo una votación, y Abigail... no fue aceptada. Hicimos lo mismo con su hermano, Andrew, pero obtuvo el mismo resultado.

—Pues exijo que se haga una nueva votación —espetó Leo—. Abigail es una joven capaz, está capacitada para participar en nuestras discusiones y decidir, en conjunto con nosotros, lo que es mejor para la población de River Town.

—No —increpó el señor Startclyde, agitando los brazos; nunca lo había visto tan furioso—. No, rotundamente no. No permitiré que este Gremio se convierta en un... un...

—Te entiendo, Frederick —intervino Stephen, en tono malicioso—. Yo tampoco lo permitiré.

—Lo cierto —dijo Leonard, volviendo su atención con descaro hacia Félix Oakwater—, es que sí consulté a los miembros del Gremio, señor alcalde. Y he conseguido el respaldo de algunos, entre ellos Lance y Oscar.

Lance asintió, con los fuertes brazos cruzados ante el pecho y un amago de sonrisa en los labios.

—Siendo así —repuso Oakwater—, creo que sí deberíamos ponerlo a votación. ¿Y supongo que Ephraim Westwick ha venido por lo mismo?

—Así es —dijo el aludido, solemne. Ephraim había retornado al pueblo hacía dos semanas, después de pasar una temporada en el Seminario de Nueva York. «Si estuvo en un Seminario de seguidores de la luz, ha de ser muy talentoso», había pensado Lloyd. Solo los mejores podían pisar uno; él mismo aspiraba hacerlo algún día—. Me presento ante ustedes, en nombre de mi familia, de mi hermano.

—Bien. —Félix Oakwater, ceremonial, dio un paso al centro—. Es hora de votar.

Y votaron. Abigail tuvo seis votos a favor y cuatro en contra, contando entre los negativos los votos de Reedstter y Startclyde, naturalmente, y el

voto doble por parte de Félix Oakwater, que era principal del Gremio y por tanto tenía aquel beneficio. (Lloyd no pudo evitar cierta sorpresa ante la elección de Oakwater, aunque si bien el alcalde era un hombre riguroso y bastante tradicional era evidente que la naturaleza de la relación entre Abby y Grace había tenido cierto peso en su balanza mental). Luego, fue el turno de Ephraim, un joven al que pocos conocían: tuvo siete votos a favor y dos en contra. Por alguna razón, Belwolf, que había votado «no», consideraba prudente no incluir a un joven prácticamente desconocido y que llegaba airoso después de pasar mucho tiempo fuera de River Town.

Lloyd lo entendía, por eso, aunque Ephraim no le generaba del todo desconfianza, había votado también «no», pues una persona que no conocía al pueblo, jamás sabría qué era lo mejor para sus habitantes.

No obstante, ese día se sumaron, para dicha de algunos y enojo de otros, dos nuevos integrantes al Gremio. Lloyd esperaba que Ephraim no le guardara rencor, pero cuando fueron a darse la mano en despedida al acabar la reunión, Westwick apartó rápido su mano y le dio la espalda. Abby, por otro lado, mostró su alegría con un abrazo a Lloyd y otro a Lance, su orador de combate.

—Andrew se va a poner muy feliz. Esperó actuar sabiamente.

—Lo harás. —Lance le puso una mano en el hombro.

—Así es —convino Lloyd—. Y no está tan mal, ya verás.

—El señor Start... —empezó ella, con su alegría empañada.

—No te preocupes por Frederick... o Stephen —la tranquilizó Lance—. Ya se les pasará.

—Eso espero. —Su mirada continuó apagada—. En cuanto al tema de la siguiente reunión, no me gusta nada.

En la próxima reunión se fijaría sentencia a Horace Holbrooke, recordó Lloyd: si vivía o moría. Se estremeció.

—A mí tampoco —murmuró Lance Greystar.

* * *

Gustaf Wolfgang estaba disfrutando de la vista que daba al jardín de los Reedstter desde la comodidad de su habitación. Levantó el brazo, con una taza de té en mano, y dio un sorbo. Había llegado a River Town un

mes atrás, y se había quedado incluso cuando el delegado Fedyenka se hubo ido, un par de días después de los eventos en la casa de los Holbrooke. Respiró profundamente. La visión del jardín era sublime, tenía cierta similitud con los jardines del castillo Wolfgang, la morada que su familia llevaba ocupando cientos de años. No era extraño que Gustaf pasara allí mucho rato, contemplando aquel montón de arbustos y estatuas, buscando un poco de consuelo mientras completaba su verdadera misión.

Era innegable que en River Town se respiraba un aire diferente que en el resto del mundo —y Gustaf, ciertamente, había pisado muchas fronteras y recorrido muchos caminos, más de treinta países—, lo que lo hizo pensar que tal vez otros visitantes del pueblo tenían razón sobre ese lugar, sobre la magia que esconde. «Y la luz y la oscuridad se encontraron, como viejas compañeras, en una tierra yerma donde nada florecía, donde los caminos estaban trazados por ríos de fuego y la oscuridad opacaba el espacio», había leído en un pasaje de *Luces de Horizonte*.

Y podía ser verdad, sí, pensó, que River Town —o la tierra donde fue cimentada—, sea el lugar donde la luz y la oscuridad se encontraron por primera vez, donde comenzó todo, la magia, la vida y la verdadera oscuridad.

Gustaf dio otro sorbo a la taza. Fue invitado a ser huésped de los Reedstter, que eran parientes lejanos, a la vez que la familia atravesaba un momento de profundo desconsuelo: habían perdido a Caroline, la primogénita de Stephen. Se decían que había sido asesinada por aquella criatura que se hacía llamar Darkling. Como consecuencia, los Reedstter perdieron a otro de su progenie, si bien no era para siempre, y desde entonces Barbara, la esposa de Stephen, jamás sale de su habitación.

En esos últimos días la avasallante mansión Reedstter parecía estar únicamente habitada por Stephen, Gustaf y Nathaniel, de nueve años, el más joven de los hijos de Stephen; además, claro, de la servidumbre, que no era más de lo que Gustaf se habría esperado de alguien como Stephen, que le gustaba el lujo garrafal. «Las fiestas que hacen, una por cada festividad del año, eran una pequeña muestra», o eso había oído decir.

Con todo, Stephen Reedstter no era mal hombre, su trato para Gustaf era siempre cercano y a la vez prudente, elocuente aunque en su

particular tono oscuro. (Había que destacar que en Suecia ya no quedaba un solo Reedstter, sólo pequeñas derivaciones de ellos como el propio Gustaf, cuyos ancestros más próximos fueron hijos nacidos de la unión entre Stephen Wolfgang y Sienna Reedstter). Además, el rostro del señor Reedstter se había llenado de pura satisfacción cuando Gustaf le comunicó que pensaba quedarse un tiempo más en el pueblo. «Quizás vea en mí a los dos hijos que perdió.»

Lo cierto era que Gustaf no se había decidido quedar un tiempo más en River Town para disfrutar de su belleza y mágico entorno, no; la verdadera razón era que había sido enviado furtivamente por los Altos Seguidores (tan furtivo que ni el propio Fedyenka lo sabía) a comprobar algunas sospechas que albergaban estos sobre el paradero del oráculo del pasado y las gemas de la corona de Isidora, que se sospechaba estaban en aquel pueblo y no en las estancias de la Hermandad del Sol Roto, como el resto creía.

Hasta ahora había descubierto que al menos la Gema de la Muerte sí estaba allí, en alguna parte, ya que había desaparecido misteriosamente con los chicos Holbrooke. En cuanto al espejo, tendría que visitar la casa donde ocurrieron los hechos un mes atrás para descubrirlo.

Se oyó un estruendo de las puertas que se abrían. Gustaf giró en redondo.

—Oh, aquí estás, Gustaf. —Era Stephen. Regresaba de la última reunión del Gremio.

—Contemplaba la vista. —Gustaf sonrió e hizo un gesto con la taza en la mano, un pequeño levantamiento.

—Sí, últimamente miras mucho nuestro jardín. Su belleza es sublime. —Hablaba con enfado, cierto timbre cortante teñía sus palabras—. Hoy ha sido un día terrible, sí, maldita sea. Y todo por culpa del hijo de puta de Katterblack. —Avanzó hasta la ventana y contempló, junto a Gustaf, el exterior. Tenía los ojos inyectados en sangre, y Gustaf sospechaba que no era por un llanto reciente, sino por el cólera que lo anegaba desde dentro—. El Gremio ha sido mancillado. Ahora hay una mujer entre nosotros, ¡y no cualquier mujer!, sino Abigail Treddaway. —Miró a Gustaf—. ¿Recuerdas que te hablé de ella? La muchacha que está envuelta con la hija de Frederick Startclyde.

Gustaf asintió. Le resultaba excitante aquella relación, aunque era

notable que para Stephen Reedstter, un hombre conservador y poco ortodoxo, aquello debía ser un sacrilegio que iba contra toda la naturaleza humana. Gustaf meditó: «El Nuevo Mundo piensa como el viejo mundo, y este, como el nuevo.» Suspiró.

—Ya veo —dijo Gustaf.

—Qué más da. —Una sonrisa maliciosa aleteó en los labios de Reedstter—. Todo esto acabará pronto.

Gustaf frunció el ceño.

—¿De qué hablas?

Stephen lo volvió a mirar; sonrió y le puso una mano en el hombro. Gustaf la notaba increíblemente pesada.

—Pronto lo sabrás —respondió Stephen—. Créeme. Él vendrá pronto.

* * *

La señorita Atwood acababa de irse y Mary se acercó al ventanal. La vista, desde la sala común donde suelen recibir lecciones, daba hacia el vasto jardín Katterblack. Si bien, pensó ella, al parecer poco más o menos de todas ventanas de los costados y traseras de la mansión mostraban una vista diferente del fastuoso jardín. En aquel momento a Mary le sorprendió ver a Andrew.

Pero ¿por qué debía sorprenderse? Recordó que Andrew era uno de los dos jardineros de los Katterblack. Abby era la otra. Mary pensó, viendo distraídamente al muchacho, que debía ser un bastante embarazoso hacer mantenimiento a una parcela que no parecía tener fin, dado que la extensión del jardín constaba de árboles, arbustos (que debían ser podados) y más de cien tipos de flores diferentes que debían cuidarse, y también constaba de un bosque circundante. Además, los Katterblack tenían su propio huerto, donde cultivaban todo tipo de hortalizas para que Adler dispusiera de los ingredientes más frescos que pueda haber para preparar las comidas.

En fin; Mary suspiró. Andrew, que le daba la espalda, estaba a escasos cinco metros de distancia podando algunos arbustos con unas enormes tijeras. La camisa de lino, sudada, se le pegaba a la espalda marcando los finos músculos. Sus brazos, gráciles pero fuertes, se tensaban con cada corte que arremetía a los monstruosas de ramas y hojas que se le

interponían. Mary sonrió tontamente.

—Vaya, veo que estás disfrutando la vista.

Mary se sobresaltó, ahogando un gemido, confiando que podía disimularlo. Ladeó la cabeza. Céline la miraba con una pillería que le sonrosó las mejillas a Mary; sus ojos tenían un brillo gatuno. Mary apartó la vista.

—¿Dónde está Elise? —preguntó en cambio.

Efectivamente, Elise no estaba en la estancia. Olee estaba en el área de los muebles, recogiendo los restos de bocadillos y tazas vacías donde había comido recientemente una merienda con la señorita Atwood.

—No sé. —Encogió los hombros—. Ya sabes que últimamente acostumbra a desaparecer.

Tenía razón. Elise llevaba varias semanas comportándose raro. Desparecía, con un talento impresionante como si lo hiciera por arte de magia: nadie podía seguirle la pista, aprovechaba hasta en más mínimo instante de distracción para esfumarse. ¿Adónde iba? Nadie lo sabía.

—Debería hacer un hechizo localizador para saber dónde está ahora, ¿no crees? —comentó Céline, mirando por la ventana; la luz menguante de la tarde se reflejaba en sus enormes ojos—. En cuanto a tu hermano, que, al parecer, se lleva muy bien con el pequeño Vincent, ha salido a dar un paseo por el sendero del jardín con Coselin y el pequeño, Giinet y mi madre también iba con ellos. “Ha pasado un mes”, dijo Alice Katterblack (ya conoces a mi madre), “y Coselin no conoce el terreno de punta a punta”. De modo que eso pretende hacer. Mañana los llevará al pueblo. — Suspiró nostálgica.

Alice aparentaba tener el mismo humor simpático de siempre, aunque acababa de enterrar a su marido. Sin embargo, se había rehusado a poner un pie en la que fuera su alcoba matrimonial. Era comprensible que pasaría mucho tiempo para superar la muerte del hombre que fue por más de veinticinco años su compañero incondicional.

—Y Leonard... —siguió Céline. Pero se interrumpió. Mary, que no le había quitado la mirada de encima, vio aparecer tenuemente una arruga entre sus cejas. Siguiendo su mirada, Mary descubrió el porqué.

Leonard estaba allí, en el jardín, hablando con Andrew. Éste se pasó el dorso del antebrazo por el rostro para limpiarse un poco el sudor, y

observó atentamente a su interlocutor mientras Leonard, al parecer, le daba una serie de directrices. Andrew, ceño fruncido, asentía serio. Luego, ambos volvieron la mirada hacia la ventana. Leo, simpático, alzó una mano y las saludó. Sólo Céline le devolvió el saludo.

—¿De qué estarían hablando? —se preguntó Mary en voz alta cuando los hombres se separaron. Andrew se alejó con dirección al bosque donde estaba la cabaña que compartía con su hermana, y Leonard hacia el sendero de piedra, quizás para alcanzar a su familia que daba un paseo.

—Qué sé yo —soltó Céline, despreocupada—. Mi hermano es una cajita de sorpresas. El otro día dijo que haría algunos cambios dentro de la mansión. “Algunas cosas cambiarán, Céline”, me dijo con su voz presuntuosa. —Mary no creía que Leo tuviera una voz presuntuosa, pero se reservó su comentario. Céline continuó—: Solo espero que no se le ocurra dejarnos sin servidumbre. Leo es un poco mojigato. No sé a quién ha salido.

—Yo tampoco —murmuró Mary. Céline no le prestó atención.

—Por cierto —prosiguió Céline—. Debo irme. Y, por favor, si ves a mi ausente hermana, dile que quiero hablar con ella. Que es importante. —Y se marchó de la estancia.

Mary y sus pensamientos se quedaron allí solos.

* * *

—Me pareció muy extraño, tratándose de Leonard Katterblack —comentó Andrew; tenía un ceño fruncido que a Abby recordaba vagamente a su padre—. Su padre jamás confiaría la vida de sus pequeñas a otro que no fuera él mismo.

—¿Y aceptaste? —quiso saber Abby; a ella también se le hacía extraño que el nuevo señor Katterblack le hubiera hecho aquella propuesta a su hermano.

Si bien Andrew, en el último mes, mostraba signos de volver a ser el de antes, aún tenía pesadillas por las noches, tan ominosas que sus quejidos despertaban a Abigail cuando el sol ni siquiera había empezado a despuntar en el cielo. Aunque, pensó ella, eso últimos días había estado bastante taciturno; llevaba una semana así, exactamente, desde que

Mary dejó de visitarlo diariamente para cumplir su promesa. Abby no sabría decir qué intentaba la sobrina de Alice Katterblack (¿salvarlo?) con su promesa, pero debía admitir que las visitas de la joven tuvieron que ver, en parte, en la mejoría de su hermano.

Andrew se rascó la barbilla.

—Sí —dijo, con gesto reflexivo—. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Ella estará bien, Andrew —indicó Abby—. Lo sabes.

Andrew miró a su hermana fijamente. «Lo sé», pensó él. Abigail oyó su voz mental. Inhaló hondo. «En parte, por eso acepté. Quiero verla, otra vez, quiero tenerla cerca.» Se encogió de hombros. «En primer lugar, no debí alejarla.»

—¿Y por qué lo hiciste? —preguntó Abby en voz alta.

—Porque no podía darle lo que me pedía. —Hablaba sombrío. Suspiró—. No quería compartir mi dolor con ella, mi oscuridad; no quise decirle todas las cosas que me hizo Mahlon West... yo... yo... Lo siento. No pude.

—Te entiendo. —Abby se acercó a su hermano y lo estrechó en un abrazo. Notó que Andrew se mantenía tenso contra su cuerpo, sin devolverle el abrazo, como si temiera hierla con su roce—. Y tampoco has querido compartir esa oscuridad conmigo, ¿no? Pero yo sé que te llevará algún tiempo. Recuerdo cuando nuestro padre se fue...

Andrew se apartó bruscamente. Fruncía el ceño.

—Eso fue totalmente diferente —espetó—. No tiene nada que ver. Padre me partió el corazón, yo solo tenía doce años cuando lo vi marcharse a mitad de la noche. —Su mirada se ensombreció—. En cambio, Mahlon... Mahlon llevó mi alma a la oscuridad, a lo más profundo del abismo. Es allí adonde quiero llevar a ese maldito nigromante.

—Y lo harás.

Abby temía cuando su hermano hablaba así, lleno de un cólera inexorable que lo convertía en un hombre completamente diferente del Andrew que ella conocía. Ella había hecho paralelismo con la partida de su padre, porque, por entonces, su hermano se había comportado algo errático, oscuro, taciturno, para un jovencito de su edad.

—¿Cuándo empiezan? —preguntó Abby.

Andrew desvió la mirada y rodeó un sillón, donde se sentó a continuación.

—Mañana. —Y agregó—: Mientras más pronto empecemos, mejor. No sabemos cuándo pueda volver a atacar Darkling.

—¿Crees que siga vivo? Darkling. —Abby sentía escalofrío esa posibilidad.

—Ya sabes lo que dicen. —Se encogió de hombros—. Sobre Philip.

—Sí —murmuró Abby.

—Por cierto —dijo Andrew—, ¿cómo estuvo la reunión del hoy?

Abby parpadeó.

—Bien —dijo lacónicamente.

Su hermano le dirigió una mirada que traslucía su curiosidad, de modo que le contó, como de pasada, que se había convertido en uno de los nuevos miembros del Gremio. Y no fue unánimemente. El señor Startclyde y el señor Reedstter, claro está, se opusieron a la moción. También el alcalde Oakwater (cuyo voto tenía mayor peso por ser el Principal), que era un hombre conservador y que no veía con buenos ojos —aunque sabía disimularlo muy bien— la relación entre Abby y Grace Startclyde.

—Ahora eres miembro oficial del Gremio —repuso Andrew, con una sonrisa que Abby no le veía hace tiempo—. Madre estaría orgullosa.

—Y papá —agregó ella.

No debió decirlo, pensó, si quería seguir viendo un poco más aquella sonrisa de su hermano. No fue así.

La cabaña quedó en silencio absoluto. Andrew volvió la mirada, que había vuelto a sus sombras habituales. Abby exhaló y cruzó la salita hacia la cocina. La hora de cenar avanzaba galopante, debía encargarse de la comida. Esa noche tenía doble turno de rondas por el jardín, así que debería empezar ahora.

«A veces me pregunto dónde está», oyó pensar a Andrew. Ella, sin embargo, continuó de espaldas amasando la masa fermentada para el pan. «Si estará muerto o vivo. Quisiera preguntarle porque se fue, si nos amaba.» Abby quiso volverse y decirle que su padre sí los amó, pero se contuvo. «A veces estaría dispuesto a volver a los brazos de Loreen para saber por qué se marchó.» Suspiró. «A veces... A veces pienso que no tendré descanso hasta que lo descubra.»

Abby, oyéndolo todo, de espalda, se mantuvo inamovible con las manos metidas en la masa fermentada. Estaba llorando.

* * *

«Un libro mágico.» Mary se fascinó cuando Céline le habló de ellos. Eran novelas escritas por seres mágicos sobre seres mágicos, que contaban la verdad a través de historias de ficción, como a veces hacían los novelistas comunes sobre vidas comunes de personajes de ficción. Era peliagudo de entender, sí, pero lo que hacía mágico aquellos libros (y Mary era de las que pensaba que todos los libros lo eran) era que los volúmenes estaban encantados con magia de verdad.

Nadie, a excepción de los seres mágicos (Seguidores de la Luz, Hadas, Ninfas, Hijos del Bosque, incluso nigromantes), podía leer su contenido. La gente común solo vería un tomo con páginas en blanco, o eso le había explicado Céline. Los Katterblack contaban con una pequeña colección de esos libros, pues eran muy raros y mucho más difíciles de conseguir, además de costar una fortuna.

Mary llevaba dos novelas leídas en libros mágicos y estaba por terminar de leer la tercera. Se llamaba *Vivimos eternamente*, del escritor haduno Arthur Hill; trataba sobre un romance entre un hombre común y una mujer hada, que serían separados más temprano que tarde, pues la mujer era un ser de longevidad mucho más larga que la del hombre.

«Debía amar intensamente —leía para sus adentros. Intentaba que Sam, que estaba sentado en uno de los sillones contiguos al suyo leyendo una novela de aventuras de Robert Louis Stevenson, no la viese llorar—. Algún día, su ojos abriría, su pecho se anegaría de sufrimiento porque en ese momento se daría cuenta que su amante ha partido de su lado. Y en su pensamiento, aunados por las intensas emociones de la perdida, estas palabras cruzaran: *Y la muerte finalmente reinó...*»

Oyó un bostezo y desvió la mirada.

Sam se estaba desperezando y tenía una «O» pronunciada en la boca; el libro de Stevenson, sobre su regazo, estaba amenazando con caer al suelo, pero el chico lo tomó a tiempo. Acabado ya aquel largo bostezo, que Mary miró divertida y con ternura, su hermano le hecho una mirada soñolienta. (Quizás ni siquiera la estaba viendo a ella). Finalmente se acurrucó, en el sillón, con el libro bajo el brazo y se durmió. Mary pensó que debía llevar a su habitación en cuando acabara su lectura. O en ese

preciso instante. Otra sonrisa se amplió en sus labios. Su hermano le recordaba mucho a su padre, esa expresión satisfecha en su rostro durmiente la llenaba de tristes recuerdos.

—Mary. Sigues aquí.

La tía Alice estaba de pie en umbral de la puerta. Desde aquella distancia, su voz se extendió como un eco distante por todos los rincones de la biblioteca de los Katterblack. Alice, que tenía los brazos cruzados sobre el pecho, echó una mirada hacia el sillón contiguo, donde estaba Sam, y sonrió.

—Ya es tarde —dijo—; deberías dormir. Y lleva al pequeño Sam a su habitación.

Mary bostezó, delicadamente.

—Aún no he acabado el capítulo, tía —dijo—. Cuando lo haga, te aseguro que caeré como un muro en la cama.

Alice compuso un mohín.

—Oh, está bien. —Y descruzó los brazos—. Espero no tener que venir a cubrirte con una manta a mitad de la noche, Mary... Vaya. —Suspiró—. Me recuerdas mucho a tu... —La sonrisa se desvaneció de sus labios. Bajó la mirada y se marchó, sin decir «buenas noches».

Desanimada, Mary se levantó y dejó el libro sobre la mesita. La luz de la luna, oronda y plateada en la inmensidad del oscuro cielo, atravesaba el ventanal como una cascada traslúcida. Se la quedó viendo un largo rato, inconsciente de ello. Pensaba en su padre y su madre. Los extrañaba.

—¿Quiere que la ayude con el pequeño señorita? —dijo una voz a su espalda.

Mary se volvió, arrancada de sus ensoñaciones. Un frío le cruzó la espalda.

—No, Sutr —respondió—. Lo haré yo.

El viejo mayordomo, encorvado y envuelto por un halo de luz blanca como el de la luna, asintió solemnemente. Estaba de pie en el mismo lugar donde estuvo Alice hace un momento.

—Está bien, señorita —dijo Sutr, resignado—. Buenas noches.

—Buenas noches —dijo ella, sin darse cuenta.

Capítulo 14
ESTÁBAMOS PERDIDOS

El día, bastante frío, empezó con un sustancioso desayuno.

Olee, con su habitual sonrisa radiante, entró a la habitación de Mary llevando la bandeja con los alimentos, que había preparado Adler mucho antes de que los primeros rayos del sol despuntaran en el cielo.

—Buenos días, señorita —dijo la criada. Y dejó en una esquina de la cama la reluciente escudilla metálica.

—Gracias, Olee. —Mary sonrió, aunque un bostezo la tomó por sorpresa. Olee rió; Mary, avergonzada, trató de esconder su rubor cubriéndose las mejillas con las manos, pero no funcionó. Al final repuso —: Buenos días para ti también.

—Muy buenos —convino la criada. Se tomó las manos delante del delantal—. El señor las verá a usted y sus hermanas en la sala común. Dice que es importante, y que se ponga su atiempo más cómodo. Que no use falda.

Mary frunció el ceño.

—¿Leonard? ¿Por qué? —Y no entendía—: ¿Entonces qué debo usar?

—Pantalones, claro está, señorita —respondió Olee.

—¿Quieres decir pantalones de hombre?

—Son los únicos que hay. —La criada se encogió de hombros, la sonrisa no abandonaba sus labios—. Abigail ha enviado algunos para usted y las señoritas Elise y Céline. El señor insiste que deben utilizarlos.

—¿Cómo reaccionó Céline? —preguntó. Su prima tildaba de grotesco el atuendo que vestía Abby todos los días, prendas que en su mayoría eran para caballeros: camisas holgadas, botas de cuero de suelas gruesas y pantalones que se ceñían a sus piernas (precisamente eran los pantalones lo que inquietaban a Céline, aunque Mary tampoco podía dejar de pensar que con pantalones se sentiría desnuda). Con todo, Mary

se había acostumbrado a la ropa poco femenina de Abby y hasta la encontraba encantadora en la chica.

—Ya conoce a la señorita Céline. —Olee enarcó las cejas con diversión—. Cuando le comuniqué las directrices de su hermano, cogió su bata y sus pantuflas, salió de la habitación como alma que lleva el Diablo, y se presentó en el comedor, donde estaba el señor Leonard.

Leonard no estaba solo, añadió Olee, estaba acompañado por su esposa y su madre, compartiendo el desayuno. Olee, que había seguido el paso vehemente de Céline, describió cuando ésta abrió las puertas hacia dentro y se plantó frente a la mesa; sus pómulos, aún hinchados por el sueño, parecían a punto de estallar.

—¡ME REHÚSO! —gritó.

—¡Céline! —increpó Alice Katterblack, absorta por el tosco comportamiento de su hija.

Céline, airada e imperturbable, rugió:

—No me vestiré como ese engendro... —Miró a su hermano de una forma desafiante que heló la sangre a Olee—. No me pondré pantalones, no me vestiré con su ropa. ¿Para qué? ¿Por qué debo vestir con pantalones? ¿Debo usar calzones también?

—Si tanto te molesta ponerte la ropa de Abby, despreocúpate —intervino Leonard, indiferente. Había crecido con Céline en la mansión Katterblack, de modo que, con años de experiencia, sabía cómo proceder ante el explosivo carácter de su hermana; y en opinión de Olee, lo hacía tan bien como su padre—. Le he hecho varios encargos a la señora Tawney; pantalones para ti, para Elise y Mary. Pronto tendrás tus propias vestiduras para...

—No me pondré pantalones, Leonard —insistió Céline—. Además, aún no sé por qué debo hacerlo.

—Lo sabrás, hermana, esta tarde lo sabrás.

—No. Quiero saberlo ahora.

Leonard entrecerró los ojos, con una mirada fulminante.

—Maldita sea, Céline. —Propinó un golpe a la mesa que hizo vibrar todo los objetos que estaban dispuestos sobre ellas—. ¿Por qué eres tan insufrible? Mi padre debió darte alguna lección para que aprendieras a comportarte como... como una señorita... Te estás comportando como... como... una puta piojosa.

—¡Leonard! —Esta vez la indignación de Alice Katterblack era por el lenguaje soez de su hijo. Coselin, la esposa de Leo, intentó esconder de su suegra la carcajada tapándose con una servilleta, pero Olee (que también intentó esconder su propia risa) lo notó.

Céline, más que indignada, estaba roja de furia. Se giró y salió del comedor como una banshee huyendo de la luz del sol. Olee estaba a punto de seguirla, pero Leonard la detuvo; le pidió que transmitiera el mismo mensaje a Mary y Elise, y que si cualquiera tenía alguna queja que hacerle, estaría en el estudio para oírlas.

—¿Y no dijo por qué debemos usar pantalones? —le preguntó Mary a Olee, como si no acabara de oír la respuesta.

—No, señorita.

—¿Tú qué crees, Olee?

La sonrisa se desvaneció brevemente de los labios de la criada y frunció el ceño.

—No lo sé, señorita. —Se encogió de hombros—. Este nuevo señor actúa de formas más misteriosas que el señor Richard. Pero es buen hombre. —Al decir aquello, la sonrisa volvió a iluminar su rostro circular. Luego, salió de la habitación.

Mary habría querido preguntarle si había creído que Richard Katterblack fue un buen hombre. Ella misma se habría respondido para sus adentros que sí, que solo que había cometido terribles errores como cualquier ser humano, que había intentado corregir esos errores cometiendo otros igualmente terribles.

Bostezó. Sentía un dolor sordo en la nuca y un hueco abismal en el estómago. Había pasado casi toda la noche pensando en el fantasma de Sutr. «Si de verdad había sido él», se dijo. Todavía no estaba segura. Quizás había confundido a una de las criadas con el viejo mayordomo. No había otra explicación. Si bien, antes había tenido encuentros con fantasmas (el de su madre, por ejemplo) ninguna de aquellas apariciones había sido de una naturaleza tan fortuita como la vivida la noche anterior.

«Puedo aliviar el hueco en mi estómago con el desayuno, pero ¿qué haré con la incertidumbre en mi pecho?»

No había tenido encuentros con fantasmas desde aquella noche que se topó con el viejo mensajero de Silas Katterblack, Kedr, y Céline

aprovechara el momento de su inconsciencia para quitarle las cartas que ella tomó del escritorio de Richard. Había pasado casi dos meses desde entonces. Ciertamente no había pensado en tener otro avistamiento, que habían desaparecido, hasta la noche anterior.

Recordó la fijeza de la mirada de la posadera Claudine, sus ojos jade brillando sombríamente, y su sonrisa. Había dicho: «¡Tú! Eres una de nosotros.» Mary se había preguntado desde entonces qué había querido decir con *una de nosotros*, pero quizás ya nunca lo sabría, la posadera estaba muerta. Aquel pensamiento colmó sus ojos de lágrimas, aguzó el dolor en la nuca y agrandó el hueco en su estómago.

Gateó hasta la esquina de la cama, donde Olee había dejado la escudilla con la comida. El desayuno constaba de pan tostado, un poco de mantequilla y jadea de mora, huevos cocidos y trocitos de manzana guisada. Antes de empezar a engullir todo, bebió un poco de la leche tibia, lo que alivió un poco el punzante dolor que sentía en el cuello. Suspiró profundamente.

Las preguntas, como cada mañana, cruzaron su cabeza: ¿Dónde estaba su hermano? ¿Habría despertado ya? ¿Desayunó? Tara y Adler se había apegado afectuosamente a Sam, lo que aliviaba un poco su peso de hacerse cargo de su hermano menor (aunque Sam no representaba peso alguno para ella, la ayuda de Tara y Adler más que un alivio, era un apoyo); ambos se encargaban en conjunto de que el jovencito estuviera aseado y bien alimentado antes del mediodía, poco antes de que la señorita Val hiciera sus visitas para las lecciones.

Mary acabó su desayuno. Justo las puertas de su habitación se abrieron.

—Elise —dijo, extrañada.

Su prima, pálida como una muñeca de porcelana, avanzó hacia la cama, donde seguía Mary sentada después de comer. Se sintió avergonzada por su apariencia descuidada, con el cabello crespo como un nido de pájaros, y la ropa de dormir aún puesta. Elise, en cambio (para sorpresa de Mary), estaba vestida sobriamente: una cabeza de lino blanca, pantalones oscuros y botas de montar. Su cabello castaño oscuro estaba recogido en una trenza intrincada, lo que acentuaba la forma ovalada de su rostro.

—He venido a traerte esto. —Hizo un gesto a la prenda que llevaba en

el brazo—. Supongo que Olee ya te ha informado. —Mary asintió—. Y también te habrá contado del escándalo que hizo Céline cuando supo que debía usar pantalones. Leonard sabía cómo iba a reaccionar; como padre, aprendió hace muchos años cómo lidiar con los explosivos arrebatos de Céline.

Mary apartó la sábana y se levantó. Elise dio un paso hacia ella y le tendió los pantalones.

Mary los aceptó, los extendió y los escrutó meticulosamente como un objeto desconocido.

—Son cómodos, debo admitir —comentó Elise—. Aunque la sensación de... de estar desnuda es inevitable. No sé cómo puede usarlo Abby, pero supongo que con el tiempo acabaremos por acostumbrarnos, ¿no crees?

Mary no estaba segura, pero sonrió.

—Sí —asintió gradualmente. Miró con disimulo la forma en que los pantalones se ceñían escandalosamente a las piernas de su prima, que eran cortas pero esbeltas. Frunció el ceño—. ¿Por qué Leonard quiere que usemos pantalones?

Elise se encogió de hombros.

—No lo sé —dijo—. Pero ya lo descubriremos.

* * *

El mensaje llegó a primera hora de la mañana.

Gustaf Wolfgang cogió el pergamino enrollado que le entregaba la criada de los Reedstter, caminó hacia la pequeña mesa, donde la criada procedió a servirle el desayuno, y se sentó. Acto continuo, leyó el reverso:

Para Gustaf Svyn Wolfgang

De Harold Olaf Wolfgang, Principal de los Altos Seguidores

Enviado desde la sede (actual) de los Altos Seguidores, Moscú, Rusia.

Su padre se había tomado la molestia de escribir el mensaje personalmente, pensó Gustaf, pues reconoció la letra amplia y elegante de Harold Wolfgang cuando desplegó el pergamino para leer su contenido. El Principal de los Altos Seguidores pocas veces se tomaba la

molestia de escribir sus recados, mucho menos los oficiales.

Gustaf preveía el motivo de esa especialidad. Seguramente su padre quería urgirlo en su misión. La paciencia no era uno de los atributos que se podían adjudicar a Harold Wolfgang, su vástago bien lo sabía. Además, en el mensaje, posiblemente, hablaría del informe que entregó el delegado Fedyenka sobre su breve visita a River Town y los acontecimientos que allí sucedieron durante su estadía.

La criada dispuso el desayuno sobre la mesa, ante la desatenta mirada de Gustaf, y le sirvió un poco de té humeante de hierbas antes de salir de la habitación. El aroma atajo la atención de Gustaf y bajó el pergamino un momento. Bebió un sorbo de té, exhaló hondo, y empezó su lectura. Comprobó, en efecto, que tenía razón sobre su sospecha sobre el informe del delegado: su padre decía en el mensaje, escrito con su puño y letra, que Fedyenka describía acontecimientos estremecedores sobre River Town, el pueblo que se convirtió en el hogar del legendario Ben Holbrooke; ponía que le estremecía la naturaleza de aquella criatura, producto de la maldición de una banshee, que se hacía llamar *Darkling*. Y expresó su entera preocupación por su los habitantes aquel lejano pueblo y, en especial, por su hijo.

Gustaf no estaba tan seguro de eso último. Continuó.

El Principal Wolfgang mencionaba que los Altos Seguidores habían llegado a una resolución sobre los hechos que pasaron en el pueblo, y también sobre el trágico destino de los descendientes de Ben Holbrooke. Su padre detalló las decisiones tomadas con aquella resolución. Gustaf leyó con mayor atención. Un escalofrío le rectó por la espalda mientras recorría con la vista las palabras de su padre sobre la dura textura del pergamino.

Primero, decía su padre, Horace Holbrooke será condenado a muerte por sus crímenes contra la naturaleza de los Seguidores de la Luz y contra las leyes morales de nuestra sociedad; Horace nos ha traicionado y ha de pagar por ello. Los miembros del Gremio de River Town, obedientes a la ley de los Altos Seguidores, deberán cumplir la honorable y ominosa tarea de acabar con el traidor, que, por desgracia, han manchado el legado de los Holbrooke.

Gustaf, cobrando el aliento, apartó sus ojos del pergamino y dio otro sorbo al té. Había oído que en River Town jamás se había realizado una

ejecución pública, y se preguntó si los miembros del Gremio estarían dispuestos a cumplirla. Sí, probablemente. No se atreverían a desobedecer las órdenes de los Altos Seguidores. «Obedientes a la ley de los Altos Seguidores», ponía su padre. Era como una mala broma, o como una advertencia, según quien lo mirase.

Continuó:

En cuanto a los jóvenes Holbrooke, hijos de Lucas y sobrinos de Horace, lamento informaros que, en consenso, los Altos Seguidores han dispuesto la ejecución de Philip Holbrooke, actual portador de la maldición de la banshee; su cuerpo interfecto deberá ser enviado lo más pronto posible a la sede de los Altos Seguidores. Además, tenemos entendido, a través del informe del delegado Fedyenka, que la maldición pasa a la siguiente generación cuando su portador anterior muere, por ende, los Altos Seguidores hemos decidido que también nos sea enviado al joven Jason Holbrooke, menor de los hermanos, para estudiarse una posible reversión del hechizo; dado que Jason es más joven, a diferencia de su hermano, soportará mejor los estudios, por eso los Altos Seguidores le concederemos una posibilidad de vivir.

Gustaf, turbado, pensó: «Y si Jason también muere será el fin para el linaje de los Holbrooke. ¿Qué sucederá, entonces, con la profecía del Liberador?» Siguió leyendo:

El Gremio de River Town, compuesto por hombres honorables, deberá cumplir con las directrices dispuestas en este mensaje al pie de la letra. Horace Holbrooke deberá morir, y también su sobrino Philip, en cuando al joven Jason, ha de ser enviado con nosotros en nuestra sede principal.

Esperamos que no haya ninguna contrariedad,

Atentamente,

HAROLD OLAF WOLFGANG,
Principal de los Altos Seguidores

Más tarde, cuando la criada regresó para recoger los restos del desayuno —casi intacto— de Gustaf, este le preguntó por el señor Reedstter. Había decidido contarle de antemano a Stephen sobre el contenido del mensaje; luego tendría que hacerlo con el resto de los miembros del Gremio.

—Acaba de llegar, señor —respondió la muchacha—. Ahora mismo

está en su estudio.

—Bien.

Gustaf se levantó, sin mucha prisa, y salió de su recámara hacia el estudio de Reedstter. Cuando llegó, la puerta estaba abierta. Aun así, tocó. Stephen Reedstter, concentrado en la redacción de algún documento tras su escritorio, alzó la mirada. Sonrió.

—Oh, Gustaf, eres tú —dijo animado—. Ven, acércate.

Gustaf se acercó. Llevaba el pergamino en la mano, lo que captó de inmediato la atención de Stephen; notó como sus ojos oscuros se fijaban intensamente en el mensaje de los Altos Seguidores, como si previera lo que contenía dentro. Quizás así fuera. Stephen Reedstter no necesitaba de gran conocimiento para concluir que lo que suponía la llegada de un mensaje de los Altos Seguidores.

Reedstter bajó la pluma y Gustaf se sentó. Puso el pergamino sobre el escritorio. La estancia se congeló por un breve momento. Stephen miró gradualmente el pergamino, sin movimiento aún para tomarlo, y luego a Gustaf.

—Parece que han llegado noticias de Moscú, ¿no? —preguntó, esbozando una sonrisa enigmática.

Gustaf cuadró los hombros hacia atrás.

—Sí —respondió lacónico—. Terribles noticias. —«Quizás no tan terribles para ti —pensó. Sabía que a Reedstter le daría gusto enterarse—. No sería el primero de su familia, ni el último, que odiase profundamente a los Holbrooke.»

Como eco a su pensamiento, Stephen sonrió.

—Cuéntame, Gustaf. Te escucho.

* * *

La primera impresión de la señorita Atwood al ver el atuendo que cargaban las chicas fue abrir mucho los ojos. La segunda, partirse de risa.

—No es gracioso —refunfuñó Céline, cruzando los brazos.

—No, claro que no, querida. Pero la expresión en tu rostro si lo es. —Val se enjugó los ojos.

Mary pensaba lo mismo. El rostro de Céline (o su expresión) era de una chiquilla avergonzada, aunque no era una chiquilla ni tampoco

estaba avergonzaba, sino airada. Sus mejillas estaban rubicundas. Había accedido a la petitoria de su hermano de usar pantalones de hombre de mala gana y protestando. Además, una vez puesto, Céline no apartaba las manos de su entrepierna, como si alguien pudiera ver más allá de la tela que la cubría.

Mary, por el contrario, había experimentado una sensación diferente: libertad. Sí, libertad. Podía moverse con más soltura, sin tropezar con la falda, dar pasos largos, o inclinarse sin tomarse la tela para no ensuciarse el dobladillo. Mary era más o menos de la misma estatura que Elise, pero los pantalones le estilizaban las piernas y parecía más alta, o esa fue la impresión que tuvo cuando se miró al espejo después de ataviarse con ellos.

Claro está, la sensación de estar desnuda era inevitable; la tela se ajustaba a sus piernas como una segunda piel, una piel suave que quedaba al descubierto. Casi se podía imaginar los rostros de horror de sus antiguas amigas en Boston como si la observaran en ese momento; el rostro de Elizabeth Vaughan sería poesía. «Mary, ¿has enfermado?», es lo que habría dicho ella.

En otras circunstancias aquel pensamiento le habría arrancado una sonrisa. Sin embargo, le quitó un suspiro de añoranza. Echaba de menos su antigua vida en Boston, sí, pero en River Town había descubierto un mundo de posibilidades, más allá de las que creyó posible (¡que las historias de su madre eran ciertas!), y aún mejor, había encontrado a una nueva familia.

Céline parecía completamente diferente con el tosco atuendo que le concedieron. Había heredado el mismo porte y altura de su padre, el mismo que Leonard; los pantalones la hacían parecer más alta, recia, una mujer Katterblack con poderío, aunque ella, en ese momento, no lo notase. Su mirada, constantemente fruncida desde que la obligaran a vestirse con pantalones, decía en secreto: «Quiero asesinar a mi hermano; alguien, por favor, pásame un cuchillo». Era esa mirada la que tanto causaba gracia a la señorita Atwood.

—Hoy, queridas —retomó Val, superada su risa—, os enseñaré cómo realizar un hechizo con pentagramas.

—Los hechizos, conjuros y encantamientos con pentagramas son los más poderosos —comentó Elise. Luego frunció el ceño—. Dicen que se

utiliza un pentagrama para invocar la magia oscura en un Conjuro Negro, ¿es cierto?

Mary sabía lo que era «el Conjuro Negro», lo había leído en la Enciclopedia. Era, básicamente, un conjuro muy poderoso que convertía a un Seguidor de la Luz en un Servidor de la Oscuridad. Sabía, además, que era necesario que el Seguidor, como especial requisito, debía tener dieciocho años o más, y renunciar a su don de la luz, don que era heredado por el primogénito de cada generación de una familia de Seguidores.

Val enarcó una ceja.

—Bueno, Elise —dijo turbadamente—. No sé conocen todos los detalles del ritual de conversión de los nigromantes, salvo que se necesita implícitamente las palabras ominosas escritas en el Libro Oscuro y un padrino, que, claro está, debe ser un nigromante. El resto, sigue siendo un misterio.

Al culminar la lección de ese día, Leonard se presentó en la sala común. «Finalmente el misterio de los pantalones será develado», pensó Mary al tiempo que lo veía cruzar la entrada de la estancia hacia las jóvenes. No iba solo.

—¿Qué hacen ellos aquí? —espetó Céline. Sus ojos fulminaban a los hermanos Treddaway.

Sam también había entrado a la sala común de lado de Leonard y los Treddaway, pero tenía más apariencia de espectador curioso que otra cosa; miró a Mary, apenas un arqueamiento de cejas, y luego volvió la mirada, sonriente. Andrew y Abby, por el contrario, tenían rostros inexpresivos.

—Es evidente que vienen conmigo. —Leonard habló con tono diplomático—. Andrew y Abigail serán sus oradores de combate. Padre no dio importancia a sus enseñanzas de defensa personal, y con ello ha cometido un grave error. Muchas tragedias se pudieron haber evitado...

—¡No es lo que padre hubiera querido! —estalló Céline.

—Padre no está aquí —replicó Leo, paciente.

—Pero... pero... —Céline bajó la mirada. Luego alegó—: Somos damas, y las damas no deben luchar... —Sus ojos se fijaron un momento en Abigail.

—Te equivocas —aseveró Leonard—. Abigail es un excelente

combatiente, me lo ha asegurado Lance Greystar, y yo mismo lo presencié la noche del baile del solsticio. —Eché un rápido vistazo hacia Abby, que se había ruborizado por los cumplidos—. Grace Startclyde sigue los pasos de su madre, una Treddaway también, que murió luchando contra Mahlon West... En Boston, Nueva York y San Francisco, desde hace diez años, los Seminarios permiten que las mujeres se sumen a sus filas de aprendices. Céline —dio un paso hacia su hermana—, vivimos tiempos oscuros en River Town, no siempre podré estar a tu lado cuando la oscuridad se presente en la puerta, así como tampoco lo estuvo nuestro padre.

La cara de Céline, al oír eso último, era de alguien que acaba de recibir una bofetada. Una lágrima se deslizó por su mejilla.

—¿Por qué deben ser ellos? —protestó, entre un gemido y un alarido. Apuntó a los Treddaway con su dedo acusador.

—Sí —exclamó Andrew, para sorpresa de todos—. ¿Por qué nosotros? —Parecía no entender realmente la cuestión—. Abby, podríamos irnos ahora. Es evidente que la señorita no quiere que nosotros seamos sus oradores; es más, dudo que ella quiera que alguien más haga nuestro trabajo. —Hizo ademán de volverse.

Mary se adelantó.

—Ella no —soltó—. Pero yo sí.

Andrew se volvió, paulatinamente. Estaba tan apuesto como siempre, el cabello rubio alborotado y la mirada azul profunda como un océano, brillante. Sí, brillaba, como si su piel, su cabello y su ropa, emitiera un albor dorado, uno que sólo Mary podía ver. «Debo estar soñando —pensó. Porque era evidente que nadie más podía ver aquella luz—. Y si es un sueño, no quiero despertar.» Ella sonrió.

Andrew —aunque quizás fuera producto de su sueño— estaba por devolverle la sonrisa. Elise expresó:

—¡Yo también!

La estancia quedó en silencio. Leo, Sam, Elise y Abby tenían la vista puesta en Céline. Mary y Andrew la tenían en uno en el otro. Él no acabó de sonreír, pero el brillo en sus ojos como el reflejo del sol sobre las aguas del mar era una certeza de lo cerca que había estado de ello. La sala común pareció congelarse en el tiempo un instante. Luego, Céline resopló: había perdido la contienda, otra vez.

—Está bien —refunfuñó, cruzando nuevamente los brazos y torciendo los ojos.

Leonard besó a su hermana en la frente.

—Qué bueno. —Y se volvió, centrando su atención en Sam—. Tienes nueve años, así que tú también entrenarás, jovencito, es una costumbre de los seguidores de la luz, y ahora eres uno de nosotros. —Le puso una mano en el hombro y entrecerró los ojos con una mirada picaresca—. Espero tú no pongas objeción.

Sam, entusiasmado, negó con la cabeza.

Mary tampoco tenía objeción en que su hermano se entrenara con ellos, es más, era un tiempo más que podían pasar juntos. Y, asimismo, recordó las palabras de Leo: «... no siempre podré estar a tu lado cuando la oscuridad se presente en la puerta.» Y si algún día ella le llegase al faltarle a Sam, pensó, al menos, desde algún lugar, tendría la certeza de que él sabría cómo protegerse llegado el momento.

—Ya que hemos acabado aquí —siguió Leo, con una radiante sonrisa de satisfacción en el rostro—. Ahora, debo marcharme, pues debo atender otros asuntos, y además, no quiero retrasar más sus adiestramientos.

Cuando Leonard se hubo marchado, precedido por una aura tensa y silenciosa, Andrew y Abigail compartieron una mirada. No empezarían en la sala común, claro, sino en el jardín Katterblack. Allí se dirigieron a continuación.

* * *

—¿Reedstter? ¿Estás segura?

La rolliza criada dio varias cabezadas, asintiendo.

Lloyd, arqueado las cejas, le ordenó vagamente que hiciera pasar a Stephen Reedstter a la sala de estar y lo esperase allí. La mujer se detuvo cerca de la puerta como si acabara de recordar algo importante. El señor Reedstter no venía solo, le había dicho la mujer antes de salir de la biblioteca Blackfell, Gustaf Wolfgang lo acompañaba.

Solo y turbado, Lloyd permaneció en el mismo lugar (detrás del escritorio principal con varias pilas de libros en frente) tratando de recordar la última vez que Stephen Reedstter puso un pie en la mansión

Blackfell. Nunca, que recordase. Quizás en casi ochenta años nunca sucedió tal encuentro. Aquello lo inquietaba. Además, pensó, era muy extraño que lo acompañara Wolfgang. El hijo de Harold Wolfgang había seguido como huésped de los Reedstter en el último mes, incluso tras la partida del delegado Fedyenka. Extraño, ¿no?

Lloyd sacudió la cabeza, despertando de sus cavilaciones. Cerró el pesado volumen que tenía abierto ante sí (*La magia a veces viene en frascos pequeños*, del orador Edwin Flammel) y se marchó con premura de la estancia. «Mejor no hacer esperar a Reedstter.» El hombre, como bien sabía, se lo echaría en cara.

No fue así. En cambio, cuando Lloyd entró a la sala de estar el señor Reedstter lo recibió con una amplia sonrisa en sus fibrosos labios; le brillaban los ojos. Se levantó del mueble donde había estado sentado, con senda taza de té en la mano. Gustaf Wolfgang, que había estado mirando por la ventana, se volvió con las manos tomadas a la espalda.

—Oh, Lloyd, qué bueno que puedas recibirnos —empezó Reedstter con tono ceremonioso, como Lloyd nunca esperó oírlo dirigiéndose a él—. Imagino que tus obligaciones como el nuevo señor Blackfell te deben tener extenuado. Elio, dondequiera que esté, seguro está orgulloso de su muchacho.

«¿Qué estás tramando Reedstter?», pensó Lloyd, aunque no evidenció su sospecha. Echó un vistazo hacia Wolfgang, que tenía una expresión pétrea en el rostro; tardíamente, Lloyd reparó en el rollo de pergamino que tenía en la mano. Desenfundó su mejor sonrisa.

—Para mí es una grata sorpresa —dijo—. Vengan. Siéntense.

Se sentaron. La sala de estar era un lugar compacto, con una decoración exquisita que había corrido a manos del antiguo señor Blackfell. La luz colmaba la sala y la convertía, al parecer de Lloyd, en una estancia remozada del paraíso divino, donde todos alguna vez acabarían. Miró fugazmente a Reedstter. «Bueno —pensó—. No todos.» Sonrió.

—Me inquieta la razón de esta visita —repuso Lloyd—. ¿Ha acontecido...? —No acabó la frase. Se inclinó hacia adelante y frunció el ceño.

—No, Lloyd. —La voz de Stephen tenía un timbre pintoresco. Alzó la taza de té y le dio un sorbo antes de continuar—. Como sabes, mi estimado, hoy será encausado Horace Holbrooke, a quien se le imputan

los cargos de homicidio y traición.

Wolfgang se inclinó y tomó su taza, ya servida, bajo la atenta mirada de Lloyd. Aunque, a decir verdad, el rollo de pergamino que tenía en su regazo era lo que atraía su atención.

—Esta mañana hemos recibido un mensaje oficial de los Altos Seguidores, en respuesta al informe que les entregó el delegado Fedyenka tras su visita a River Town —continuó Reedstter, más serio—. Me temo, Lloyd, que los Altos han tomado una decisión con respecto al destino de Horace y sus sobrinos.

Lloyd frunció el ceño.

—¿Quieres decir...?

Gustaf Wolfgang se irguió hacia adelante. Le tendió el rollo de pergamino: el mensaje oficial de los Altos Seguidores.

—Mejor léelo tú mismo —dijo—. Fue escrito a puño y letra por mi padre.

Lloyd, un poco dubitativo, lo tomó. A continuación, lo desplegó y empezó a leer. Las palabras surcaron su cabeza como flechas de fuego: «condenado a muerte», «obedientes», «ejecución», «cuerpo interfecto», «más joven». Lloyd, horrorizado, alzó la mirada hacia los otros dos individuos en la sala. No podía creerlo, no podía ser cierto.

—Tenemos que evitarlo —soltó, poniéndose en pie.

—Y lo haremos —asintió Stephen Reedstter.

—Al menos con los chicos —dijo Gustaf Wolfgang.

—Así es —convino Reedstter—. Durante la reunión de hoy los miembros del Gremio serán informados del dictamen de los Altos Seguidores; inevitablemente, Horace Holbrooke deberá morir y hoy será validado cuando sea leído el mensaje oficial de los Altos Seguidores.

Lloyd no entendía. «Al menos con los chicos», había dicho Wolfgang.

—¿Y qué ocurrirá con Phil y Jason? —Se sentó.

—Podremos salvarlo, Lloyd —contestó Reedstter. Su mirada era ferviente—. Pero vamos a necesitar tu ayuda.

Lloyd miró a Gustaf Wolfgang y a Stephen Reedstter, gradualmente. Arrugó el ceño.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó.

—Qué vengas con nosotros —dijo Reedstter, y se inclinó hacia atrás con la taza de té en las manos—. Daremos una breve visita a las celdas

encantadas.

* * *

Empezaron los adiestramientos fuera, en el jardín Katterblack.

—Espacio, así —dijo Andrew—. Continúa.

Mary movió su brazo lentamente, siguiendo las indicaciones de su joven orador de combate. Estaban apartados del resto. Elise, Céline y Sam estaban a escasos metros de donde estaban Andrew y Mary practicando movimientos de defensa. Eligieron un área del jardín que tenía un amplio piso de mármol (que, Mary supuso, utilizaban los Katterblack para organizar bailes e importantes festejos en el exterior) para las ejercicios. El cielo estaba nublado, como una promesa de lluvia latente, y las gélidas ráfagas de viento soplaban afirmando aquella promesa.

Extraño, pensó Mary respirando paulatinamente y haciendo sus lentos movimientos con los brazos, lluvias cuando todavía era verano. Alzó una mano y luego la otra. Respiró profundo. Andrew la contemplaba con mirada crítica, frunciendo el ceño a su máxima capacidad, y dándose toquitos en la barbilla lampiña. Sus ojos azules parecían tan profundos como lagunas. Mary se estremeció.

—No, no —dijo su orador, agitando las manos—. Así no, te has movido muy rápido.

—Lo siento.

—No importa. Respira de nuevo.

Ella lo hizo: respiró como Andrew le había dicho que hiciera, pausadamente, antes de empezar de nuevo con el entrenamiento. Para sus adentros, y no pudo evitarlo, se preguntó por qué se habrían apartado del resto. ¿Acaso quería decirle algo en privado? Si bien su último encuentro no había acabado en buenos términos, Mary notaba un extraño comportamiento en Andrew ese día, un poco menos enfadado.

—Así, sí —asintió Andrew.

Mary tenía los ojos cerrados, de modo que no pudo verlo. Sin embargo, notó cómo su presencia pasaba junto a ella, provocando una tenue vibración en su pecho, y se situaba, firme, justo detrás de ella. Alza los brazos, le dijo, y Mary lo hizo como si fuera una autómata.

—Bien, bien. —Sentía la respiración pausada de Andrew en el lóbulo de la oreja derecha—. Ahora, deslízate hacia adelante. No, no tan rápido. Así. Mueve el brazo hacia ti, e inténtalo de nuevo, imagina que eres atacada por un hombre sombra.

Mary no había visto jamás a un hombre sombra, quizá Andrew no lo sabía. Aun así se imaginó que era Darkling quien la atacaba, quería llevarse a Sam. Tenía los ojos cerrados y la boca apretada, hizo lo que Andrew le decía. Se movió a toda velocidad. Oyó una risita.

—Bien hecho —apremió Andrew.

Ella abrió los ojos. Suspiró.

—Ahora intenta hacerlo con los ojos abiertos —continuó el joven orador mientras la rodeaba para mirarla a la cara. Sonrió—. Inténtalo conmigo. Si puedes.

—No creo...

—No tengas miedo —insistió Andrew—. No voy a romperme. Una vez me diste una bofetada, ¿recuerdas? —Mary se ruborizó; claro que lo recordaba—. Ya veo que sí lo recuerdas. Ya ves, lo que no te mata...

Mary le asestó un zarpado en la mejilla. Andrew retrocedió un par de pasos, con la mano en zona enrojecida, cejas arqueadas y expresión divertida. Mary se llevó las manos a la boca. Más allá, escuchó la risa de Abigail. Andrew se descubrió el pómulo, donde tenía una perfecta impresión de la mano de la muchacha. Seguía sonriendo.

—Lo siento —se disculpó Mary.

—Bueno, no es tu culpa. Yo te estaba instando. —Suspiró—. Ha funcionado, ¿no?

—Tu mejilla...

—Ya pasará. —Hizo un ademán para restarle importancia.

Mary, que estaba encantada por la indeleble sonrisa del joven, vio la oportunidad.

—Andrew —empezó—, yo quería disculparme contigo. Hace una semana... ya sabes... no quería...

—Sé exactamente lo que intentabas, Mary. —Andrew echó un vistazo hacia el lugar donde estaba su hermana, las Katterblack y Sam—. Y te lo agradezco. Abby... Abigail me ha hecho entender algunas cosas.

—¿Cómo cuáles? —quiso saber Mary. A veces, simplemente, no podía tener la boca cerrada.

Andrew reflexionó un instante.

—Que no fue culpa tuya o mía —dijo por fin—. Fueron Mahlon West y, especialmente, Darkling, que trajo de vuelta al nigromante a este pueblo. Loreen también tuvo algo que ver. Ya sé que sabes que la Líder y yo tuvimos... relaciones... como hombre y mujer... que Loreen es tu tía. Abby también me lo contó.

—Podemos hablar de eso, si quieres —indicó Mary. Aunque no quería hacerlo en absoluto. «Loreen es un ser despreciable», era un pensamiento que mantenía sobre la hermana de su madre, y no merecía perdón por todo lo que había hecho.

Loreen se había aprovechado de Andrew incluso antes de que Mahlon lo hiciera. No le sorprendería descubrir que la Líder había participado en los planes de Darkling todo ese tiempo. Quizás lo sabía. Las Líderes del Bosque aseguraban saberlo todo, había leído Mary en la Enciclopedia, todo lo concerniente a su dominio. River Town y sus alrededores, eran el dominio de Loreen.

—Sé que no quieres hablar de Loreen —dijo Andrew.

—Y tú no quieres hablar de Mahlon West —expulsó Mary—. Ninguno de los dos sanará hasta hacerlo.

La mirada de Andrew se ensombreció. Ahí estaba otra vez, pensó Mary, aquella mirada antítesis.

—¿Y quién dijo que quería sanar? —Se volvió en redondo—. Por hoy, la práctica ha terminado —anunció a viva voz para que todos lo escucharan—. Ya es suficiente...

Una centella iluminó el cielo. Un estruendo sacudió el suelo.

—Andrew... —dijo Mary. Avanzaba hacia el muchacho.

Se detuvo al ver la fluorescente presencia de Sutr caminando hacia ella con una soltura y determinación que ella jamás le vio en vida. Resonó otro estruendo. La tempestad se desató, húmeda y ventosa. Andrew debió ver una expresión (¿sorpresa, terror?) en el rostro de Mary, porque empezó a caminar hacia ella a la vez que Sutr lo hacía. El mayordomo tenía la delantera.

Se estampó contra la muchacha. La sensación de chocar contra un muro fue la misma Mary experimentó aquella noche cuando vio el fantasma de su madre, y, más tarde, con el fantasma del mensajero de Silas Katterblack en el estudio. Mary gritó. El piso ascendió hasta ella.

Fue doloroso; una corriente vibrante anegó su cuerpo, sacudió su espíritu, la vista se le nubló un instante. Al otro, vio imágenes.

Un hombre solo en una celda. Tres sombras avanzaban hacia ese hombre, uno de ellos tenía luz en su cara (lo reconoció); los otros dos estaban cubiertos de sombras negras como una cueva sin fondo. El hombre en la celda estaba llorando, su rostro no le era conocido aunque tenía la impresión de que sí, como si alguien le hubiese hablado de él. Hubo una discusión entre los cuatro. El hombre que lloraba se llevó una flor a la boca —era roja y con un brillo deletéreo—, y aunque los otros intentaron evitarlo, murió lentamente.

Al final, la oscuridad se los tragó a todos. A Mary también.

* * *

A veces tenía pesadillas. Oscuras, naturalmente. Luego despertaba estremeciéndose, con lágrimas en los ojos y la parte posterior de la cabeza adormecía. Se hacía un ovillo, sin moverse del mismo lugar, y pensaba para sí «Lo siento, lo siento» hasta quedarse dormido nuevamente. Horace tenía la estúpida esperanza de que la próxima vez despertaría en casa.

No ocurría. «Lo siento.»

Había pasado un mes desde que la oscuridad (y la muerte) entraran a la casa Holbrooke por su culpa. «Sí, mi culpa. —Se enjugó las lágrimas con el puño cerrado y sorbió por la nariz—. Yo dejé que Mahlon West entrara.» El nigromante había asesinado a Lucas inhumanamente. Horace no había hecho nada para evitarlo, nada; es posible que West se halla entretenido con el cuerpo exánime de su sobrino, que había quedado paralítico tras el golpe que recibió en la cabeza durante la riña en la sala de estar, después de llevarlo a su habitación, allí, justo antes de proceder a estrangularlo.

Tuvo que preverlo. Ya sabía del retorcido comportamiento del nigromante, su interés por los jovencitos. Incluso había intentado mancillar a Philip. Había visto la maldad en la mirada de su único ojo, recordó, en su sonrisa color magulladura. Debió proteger a sus sobrinos, debió haber hecho más. «Lo siento, lo siento. —Le decía a Lucas, su hermano, a quien defraudó—. Lo siento también, Regina, te hice una

promesa. Y fallé.»

Horace había jurado a su cuñada que protegería a sus hijos. «Hice tanto como pude.»

—Pudiste haber hecho más, Horace —decía una voz desde las sombras. Era Regina.

—Lo hice, sí, te lo juro —respondía Horace. Las lágrimas se le desbordaban por los ojos.

Mientras Mahlon llevaba a Lucas a su habitación, Horace había dispuesto todo para cuando Philip despertara. Había aflojado las amarras de su sobrino y había colocado la daga sobre la repisa. Sabía que Philip actuaría sabiamente. Y no se había equivocado. Las piezas encajaron correctamente cuando su sobrino se reveló contra Darkling, justo después de que el encanto de medianoche, que era Mary Cartwright, desapareciera.

«Lo siento, lo siento...» Sollozó; no sabía por quién lo pensaba en ese momento, si por su hermano y su cuñada, por su sobrino que había muerto, o por su antiguo amante, que fue cruelmente asesinado años atrás.

Arthur. Se llamaba Arthur. Jamás lo olvidaría.

En Boston, Darkling le prometió que si el hechizo funcionaba con él, Horace tendría libertad de intentarlo con Arthur. «Y ese fue el principio del fin.» Había sido una oferta difícil de rechazar, ¡y todo por reunirse con Arthur! Conjuntamente había recibido una carta de su cuñada — jamás olvidaría sus palabras cargadas con profunda tristeza, anunciando que su partida del mundo de los vivos estaba por llegar— rogándole que velara por el bienestar de sus pequeños.

Horace había aceptado, más por estar en la casa de su infancia (donde podría trabajar con absoluta libertad haciendo el cuerpo para Darkling, y después el de Arthur) que por reunirse con sus queridos sobrinos. Horace había cargado en brazos a Philip recién nacido, entonces, y ahora tenía un parecido indiscutible con su padre (y el carácter protector de su madre), antes de partir de River Town.

A su regreso al pueblo, conoció a Jason y Lucas, de seis y cuatro años respectivamente. El más joven, Lucas, le recordaba mucho a sí mismo, pensó Horace. Por eso lo había convertido en su pupilo y único confidente de la casa. Sabía que el pequeño no le diría a sus hermanos lo

que Horace hacía en el ático, pues Lucas tenía —como el propio Horace— un sentido de la lealtad inquebrantable.

«Y era valiente —pensó Horace. Quizás en eso distaban sus personalidades. Recordó el ímpetu con el que Lucas pretendió defender a su hermano de las oscuras intenciones de West—. Lo siento, Lo siento.» Sollozó una vez más.

Llevaba un mes haciéndolo: llorar. Pero no serviría de nada, los muertos seguían muertos, y el tiempo seguía su curso. No había vuelta atrás. Ojalá pudiera ver una vez más a Arthur. Cada noche, después de acabar su trabajo con el cuerpo de Darkling y antes de pernoctar, le pedía a *Tarrik*, el oráculo del pasado, que le mostrara a su amante fenecido. Ese había sido su único consuelo, la razón por la que se había mantenido cuerdo todos esos años de encierro. «Mi expiación.»

Hecho un ovillo, cambió de posición y volvió su espalda a la pared, con la puerta de hierro de frente, que apenas era una tenue mancha entre las sombras. La muerte, que le colgaba de cuello, se deslizó como un reguerillo de agua fría por su pecho y se escondió por las comisuras de su axila. Se estremeció. La luz mortecina se derramaba por el costado de su cuerpo hasta el piso como una estela fantasmal. Horace se la quedó viendo fijamente: la luz.

Se preguntó si alguna vez saldría de aquella celda encantada. Probablemente no. El Gremio llevaba semanas deliberando su destino, aún sin consenso, pero el roce de la muerte pendía de su cuello. «Me ahorcarán. —Y sorbió por la nariz—. Merezco algo mucho peor por mis crímenes.»

«Arthur me estará esperando —se confortó—. Y Lucas, mi hermano. Regina. Lucas, mi sobrino. Mamá y papá.» Se los imaginó a todos reunidos, esperando por él con los brazos abiertos. ¿Sería posible que las rejas del Cielo se abrieran para una criatura tan horrible como Horace Holbrooke? Él nunca había sido devoto a ninguna religión —como la mayoría de los Seguidores de la Luz—, pero se levantó con las articulaciones adormecidas y se arrodilló en el suelo frente a la luz mortecina que atravesaba la pequeña ventana. Juntó las manos, inclinó la cabeza, y empezó a rezar un fragmento del Padre Nuestro..., o al menos lo que recordaba.

La puerta de hierro, con un trueno de bisagras oxidadas, se abrió a

sus espaldas.

Horace se giró, con un sobresalto, y se puso en pie. Reconoció uno de los rostros.

—Saludos, Horace —dijo Stephen Reedstter.

—Pero... ¿qué hacen aquí? —preguntó Horace. Miró a los tres hombres con desconfianza; uno de ellos, Lloyd Blackfell, que reconoció tardíamente, cerraba la puerta mientras los otros dos se aproximaban a Horace.

—Vaya, parece que nuestro estimado compañero no se alegra de recibirnos —dijo Reedstter, con chanza—. Pensé que sería lo contrario, estando aquí, tan solo, noche y día sin descanso, pidiendo perdón por todos tus crímenes a los fantasmas de tu familia. —Suspiró—. Pobre, pobre Horace.

Stephen se volvió hacia el hombre desconocido.

—Horace —continuó—. Te presento a Gustaf Wolfgang, que ha venido en nombre de los Altos Seguidores. Su padre es Harold Wolfgang, el actual Principal de este altísimo gremio. Y... —Se giró vagamente hacia Lloyd—. Bueno, supongo que ya conoces al hijo de Elio Blackfell.

El hijo de Elio, notó Horace por el rabillo del ojo, tenía bajo el brazo un rollo de piel de oveja que parecía envolver algo. El rostro de Lloyd, que recordaba por su ligero parecido con su progenitor (y a quien vio al despertar tras los funestos sucesos en la casa Holbrooke), tenía una mirada inexpresiva y un extraño semblante como si estuviera conteniendo sus emociones a pura fuerza de voluntad. Wolfgang también.

—Esta mañana hemos recibido un mensaje oficial de los Altos Seguidores, escrita a puño y letra por el padre de Gustaf, donde se emite una sentencia para ti y tus sobrinos. —Stephen, como algo extraño dado su comportamiento inicial, parecía más serio—. Te han condenado a muerte —informó—. Y también a Philip, cuando se lo encuentre, claro está.

«Muerte», pensó Horace. Y se llevó la mano al cuello. Stephen, Lloyd y Gustaf debieron percibirlo como un reflejo del inquietante destino que le deparaba.

—¿Por qué Philip? —quiso saber Horace, cuando salió de su aparente impresión.

—Los Altos Seguidores creen que Jason soportará mejor los estudios, siendo más joven que Philip, por ende, planean que la maldición sea pasada a Jason, que será enviado posteriormente a Moscú —explicó Lloyd, sombrío. Quizás no estaba de acuerdo—. Hemos venido a darte una oportunidad.

—¿Oportunidad? —Horace no entendía. Ya estaba sentenciado a muerte.

—Sí: una oportunidad —aseveró Gustaf Wolfgang, rígido—. Tu muerte es irreversible, me temo; pero podemos cambiar el destino de tus sobrinos si nos ayudas a encontrarlos antes de que el Gremio se entere esta tarde de la sentencia de los Altos.

—¿Encontrarlos? —repitió Horace.

—Así es, mi amigo —repuso Reedstter—. Queremos que hagas un hechizo localizador para nosotros. El resto del Gremio no sabe del mensaje de los Altos, todavía. Nosotros hemos decidido adelantarnos. El mundo no puede quedar libre de Holbrookes. Queremos procurar que el legado no acabe que tus sobrinos. Recuerda la profecía del Liberador.

Horace la recordaba. Echó un vistazo hacia Lloyd: la piel de oveja y la *Rhiptus* que seguramente tenían envuelta con ella eran instrumentos para hacer el hechizo localizador. Alzó la mirada. «Pero no es necesario hacer el hechizo —pensó—. Yo sé dónde están mis sobrinos.» Stephen Reedstter tenía una perversa sonrisa de oreja a oreja en la cara.

—¿Qué dices, Horace? ¿Cooperarás?

Horace recordó una frase que su padre, William Holbrooke, decía sobre los Reedstter: «Ellos siempre consiguen lo que quieren; como fuera.» Y, claramente, Stephen intentaba conseguir algo a cambio de salvar la vida de sus sobrinos. No era un secreto que los Reedstter llevaban años odiando a los Holbrooke por ser más reconocidos en la historia mágica que su estirpe de traidores.

—No —respondió Horace lacónicamente.

La celda encantada quedó en silencio un instante. La sorpresa tardó en traslucirse en el rostro del señor Reedstter.

—¿No? —repitió confundido. Obviamente había creído que lo tenía en sus manos.

—Estás cometiendo grave un error —profirió Gustaf Wolfgang.

Lloyd no dijo nada. Stephen, a continuación, estalló en cólera. Intentó

atacar a Horace a puños, pero sus otros dos compañeros se lo impidieron.

«Es tiempo de ser valiente —pensó Horace. Y se preguntó si lo que estaba a punto de hacer era de valientes. Suspiró—. Mi familia y Arthur me esperan.» Cerró los ojos, metió la mano por el cuello de su camisa de lino y sacó el collar que plata, a la vez que los tres hombres se debatían entre sí. El dije que sostuvo Horace entre sus dedos parecía un rubí, pero no lo era en absoluto. Lo alzó.

—¿Qué hace? —oyó decir a Lloyd Blackfell.

—¡Horace...! —gritó Reedstter.

Horace se metió la roca de cianuro en la boca y mordió.

Capítulo 15

SANAR

—¿Muerto? —dijo Eudoxio Belwolf, y se santiguó—. Dios mío, pobre hombre...

—¿Pobre? —se mofó el señor Startclyde—. Pobre mis narices. Horace Holbrooke era un cobarde. Nada que ver con Lucas, que nos salvó a todos en este pueblo años atrás; por culpa de Horace es posible que se extinga el linaje Holbrooke.

—Y cuánta razón tienes, Frederick —intervino Reedstter.

—¿Qué quieres decir, Stephen? —Félix Oakwater estaba en el centro del círculo que conformaban los miembros del Gremio, donde había dado la noticia de la muerte de Horace. Obviamente había notado la certeza en la voz de Reedstter al decir aquellas palabras, pues frunció el ceño y formuló de nuevo su pregunta—: ¿Acaso sabes algo que el Gremio ignora?

—Sí. —Stephen avanzó unos pasos hacia Félix y le entregó el rollo de pergamino. Mientras Oakwater leía, Reedstter explicaba que era un recado oficial de los Altos Seguidores que había llegado esa mañana a manos de Gustaf Wolfgang, que era huésped en su morada—. En el pergamino, el Principal Harold Wolfgang pone que los Altos Seguidores condenan a muerte a Horace y Philip Holbrooke, y el traslado de Jason Holbrooke a Moscú (actual sede de los Altos), donde se hará estudios para encontrar una posible reversión a los efectos de la maldición.

Lance Greystar se adelantó.

—¿Es verdad, Félix? —preguntó, mirando al señor Oakwater, que bajaba el pergamino con una expresión de profunda turbación en la cara. Oakwater asintió.

—Sí. —Alzó un poco el pergamino que oscilaba en su mano—. Aquí lo dice.

Lance avanzó a zancadas hacia él y cogió el rollo para leerlo él mismo. Mientras leía, observó Lloyd, la mirada de Greystar se iba ensombreciendo hasta quedar completamente negra. Jamás había visto nada igual en su orador de combate, que también lo era de Phil y Jason.

—No es posible —musitó. Y luego exclamó a viva voz—: ¡No podemos permitirlo!

—¿Y qué pretendes que hagamos, muchacho? —soltó Stephen Reedstter; era difícil notar si había sarcasmo o ira en su voz; Lloyd pensó que ambas—. Ahí lo dice: quieren que enviemos los cuerpos de Horace y Philip para asegurarse de que hayamos cumplido con su precepto.

—E-Es cierto —balbuceó Eudoxio Belwolf, después de haberse santiguado nuevamente. Continuó—: No podemos desafiar a los Altos Seguidores.

—No, claro que no —repuso Oscar Witheford—, pero debemos apelar a su indulgencia; no podemos permitir que se desperdicien dos vidas... ¿Qué digo vidas? Son Holbrooke, ni más ni menos, el futuro de la magia podría depender de ellos algún día.

Se refería a la profecía del Liberador; Lloyd lo sabía. Había sido Ben Holbrooke quien oyó decir el vaticinio al oráculo del futuro hacía ochenta años, desde aquel momento el matrimonio entre seguidores (¡y no hay que decir sobre los apasionados romances entre seguidores de la luz y servidores de la oscuridad!) estaba penado por los Altos Seguidores. Con aquella proscripción habían intentado resguardar en secreto la profecía del oráculo hasta que se hicieran realidad: el Liberador nacerá de la luz y la oscuridad, una combinación perfecta entre lo uno y lo otro, y posiblemente los Holbrooke pondría la luz en aquel asunto.

Pero si todos los Holbrooke mueren...

—Bah —exclamó Reedstter, haciendo un ademán con la mano como si aquel gesto le fuera a quitar importancia—. ¡Esa estúpida profecía es sólo una vil mentira del maldito Ben Holbrooke para darle importancia a su progenie!

—Te equivocas —espetó Lloyd; no pudo evitarlo—. Se hará realidad... Mormont sigue vivo, en alguna parte de Europa. El Amo Blackstarr sigue en el oeste, buscando la forma de conquistar el país desde su extremo, y la señora Dur sigue rondando desde este lado, sin

ser vista desde la muerte de Henry Hornwood. Y eso, por mencionar a algunos de los más peligrosos y conocidos servidores de la oscuridad. Nadie está a salvo realmente mientras ellos estén vivos.

—Lloyd tiene razón —convino Abigail—. Además, si Ben Holbrooke hubiera mentido, los Altos Seguidores hubiesen repudiado sus aseveraciones cuando las presentó. En cambio, impusieron la ley que prohíbe el matrimonio entre seguidores de la luz.

—No estamos aquí para poner en tela de juicio las palabras de Ben Holbrooke —habló el oficial Sawyer; tenía la frente empapada de sudor. Sawyer, como era sabido, sentía afecto por los jóvenes Holbrooke pues, además de ser fiel creyente de la profecía del Liberador, había sido gran amigo del valiente Lucas Holbrooke, padre de los muchachos desaparecidos—. Podremos en juicio si debemos cumplir, o no, la orden de los Altos Seguidores de acabar con los últimos Holbrooke.

—El rubio vivirá —dijo Ephraim Westwick.

—No estamos seguro de eso.

—Lo dice el pergamino, ¿no es cierto?

—Así es. Pero eso no justifica que dejemos morir a Philip y que entreguemos a Jason.

Ephraim insistió:

—El linaje Holbrooke no acabará con ellos. —Imitó el ademán que hizo Reedstter—. Si mal no recuerdo, los otros tataranietos Ben siguen con vida, Jacob y Jasmine Holbrooke, por ejemplo; son unos chiquillos de seis y cinco años muy saludables.

—Pero no han crecido en River Town —repuso Witheford—. Y es sabido que el padre de los pequeños, que también se llama Ben (como su bisabuelo), lamentablemente los ha apartado de la magia para protegerlos. No acudirán a salvarnos cuando el Mal Más Oscuro sea liberado.

—Además, si los intentos de salvar a Jason fracasan —apuntó Abigail—, los Altos Seguidores no vacilarán para acabar con la amenaza que representa Darkling...

—Y si mueren los hijos de Lucas —añadió Christian Sawyer—, nadie más vendrá a salvarnos.

Aquello le provocó un escalofrío a Lloyd.

Ephraim bufó.

—Absurdo —opinó. Ciertamente, Ephraim Westwick era muy diferente a su piadoso hermano Joseph, eso lo comprendió Lloyd la primera vez que se encontraron cara a cara. Lloyd había votado en su contra para que fuera parte del Gremio del pueblo, entonces había tenido sus razones. Y supo que no se había equivocado, ante ese despliegue de arrogancia y frialdad de parte del joven hermano Westwick.

Los Westwick y los Belwolf eran unas de las pocas familias de seguidores de la luz que promulgaba una religión determinada —la presbiterana—, y Lloyd podía asegurar que no vio en ningún momento a Ephraim santiguándose como lo había hecho Eudoxio durante y después del anuncio de la muerte de Horace.

—Yo no permitiré que nadie le haga daño a Philip y a Jason —amenazó Lance Greystar. Arrugó el rollo de pergamino con ambas manos hasta convertirlo en una bola—. Son chicos inocentes. Son de los nuestros. Son nuestro futuro.

—Los Altos Seguidores resguardan nuestro futuro —expresó Leonard Katterblack. Aunque su rostro parecía seguro, su voz no lo demostraba; las palabras le salieron con cierta vacilación—. Y ni se diga que no son seguidores de la luz como nosotros. Me temo que esta vez, Reedstter tiene razón. Nadie se ha revelado antes contra los Altos Seguidores, y no seremos ser los primeros...

—Propongo que hagamos una votación ahora —intervino en tono diplomático Oakwater.

—Qué así sea —asintió Frederick Startclyde.

—Que los pobres chicos tengan misericordia, Dios siempre vela por su rebaño. —Eudoxio Belwolf se santiguó y asintió.

—Antes de refutar las órdenes de los Altos Seguidores, en caso de que el *sí* predomine, enviaremos un recado a Moscú abogando por el destino de los jóvenes Philip y Jason Holbrooke —dijo Félix Oakwater, que desde el principio no había podido esconder su descontento por la disposición de los Altos. Lloyd podía asegurar que Oakwater iba a votar *no*, y su voto valía por dos—. Como dice Lance, Jason y Philip son chicos inocentes y talentosos, además, ¡son de los nuestros!, y no me refiero solamente a seguidores de la luz, sino a que son parte de este pueblo. Y, por si fuera poco, le debemos a su padre que hoy estemos aquí.

El salón de los Viejos Conjuros guardó silencio un instante. Oakwater

continuó:

—Quienes estén a favor cumplir las órdenes oficiales de los Altos Seguidores y condenar las vidas de Philip y Jason Holbrooke a un destino fatal por igual, digan sí.

Se oyeron sólo tres síes: Stephen Reedstter, Ephraim Westwick y Leonard Katterblack.

El resto (Treddaway, Blackfell, Belwolf, Sawyer, Oakwater, Witheford, Startclyde y Greystar) votó *no*.

* * *

Estaba oscuro. La caída era infinita o, al menos, eso le parecía. Al final podía ver un destello de luz blancuzca, que se abría como una flor en primavera, a medida que se acercaba a ella en el descenso. La flor blanca se tornó roja, luego negra. Y Mary despertó.

—¡No! —profirió, exaltada, incorporándose sobre las manos y jadeando exhaustivamente.

Unas manos la rodearon por los hombros. Ella se sobresaltó.

—Soy yo, Mary —dijo Andrew, en el preciso momento en que ella lo miraba a la cara—. Tranquila. Ha sido un mal sueño.

Mary, apenas recuperada, pensó para sí: «Ese no ha sido un sueño en absoluto.» Echó un vistazo a los lados y, prestamente, reconoció la habitación de Andrew. Andrew la miraba fijamente con el semblante impasible, aunque también parecía preocupado.

Quizá el joven esperaba que ella dijera algo como «estoy bien», pensó Mary, pero no lo estaba.

—¿Qué sucedió? —preguntó simplemente. Se llevó una mano a la cabeza, con un gesto contraído, cuando una centella de dolor la golpeó.

La mano de Andrew continuaba sobre su hombro.

—Tuviste un... —Hizo una pausa y se levantó de la cama—. Bueno, parece que tuviste una visión. Como aquella última vez, en el jardín de los Katterblack, ¿recuerdas? —«¡Cómo olvidarlo!», pensó Mary, y asintió. Andrew continuó—: Pero... esta vez ha sido mucho, ¡mucho!, peor...

En efecto; Mary se sentía como si la estructura de la mansión Katterblack le hubiese caído encima. Se sentía molida, abatida, y no metafóricamente. Respiró hondo y se recostó de nuevo en el lecho,

olvidando, por un instante, que era el de Andrew. Andrew se movía de un lado a otro por la habitación, rumiando palabras ininteligibles que Mary no se molestó en comprender; parecía nervioso, asustado y airado. A Mary se le ocurrió que pudo haber sucedido algo más.

Se irguió de nuevo.

—¿Qué sucede, Andrew? —preguntó.

El joven se detuvo.

—Cuando estabas... ya sabes... —empezó, sin mirarla; miraba hacia abajo, con una expresión reflexiva e intranquila. Mary se estaba inquietando—. Murmuraste algunas palabras en la lengua de las hadas. Bueno, parecía una palabra. —Alzó la mirada y la fijó en Mary. Suspiró—. Tenías la boca muy rígida, apenas te podía entender. La última vez habías dicho algo sobre el hombre de la mortaja...

—¿Y esta vez? —quiso saber Mary.

Andrew se acercó a la cama y se sentó en el borde.

—No estoy seguro —vaciló—. ¿No recuerdas nada?

Mary caviló un instante.

—Sí recuerdo —dijo por fin—. Había oscuridad.

Andrew se irguió hacia adelante.

—¿Qué más?

—Y... había un nombre. Tenía una flor roja en el cuello. Lloraba. —Los recuerdos eran provistos de tanta opacidad que apenas podía recordar fragmentos—. Estaba en una celda... Lloraba, pero no sabía por quién. No lo conozco, Andrew. No lo conozco.

—Tranquila. —Andrew le puso una mano en el hombro. La miró con dulzura.

Mary se sintió aliviada, sí; el malestar posterior a recobrar su consciencia había desaparecido gradualmente mientras hablaba sobre los recuerdos de aquel sueño (que no había sido en absoluto un sueño) y los revivía para sus adentros. Las centellas de dolor en su cabeza se habían reducido a tenues pulsaciones.

—¿Qué decía, Andrew? —quiso saber ella—. Has dicho que decía algo cuando estaba delirando, pero no has dicho ¿qué? Dime, Andrew.

Andrew bajó despacio su mano y la mirada. La alzó de nuevo al momento que decía:

—*M'rte-horace*. —Se encorvó—. Creí que era una sola palabra. Como

dije, tenías los labios muy rígidos. *M'rte-horace* quiere decir *M'rte Horace*, son dos palabras en la lengua de las hadas... Bueno, al menos una lo es; la otra, es un nombre: Horace.

—Eso ¿qué quiere decir? —Mary no entendía. Pero no demoró en descubrirlo.

—Quiere decir: «la muerte de Horace» —respondió Andrew—. Creo que te refieres a Horace Holbrooke, el tío de Philip. Aunque no entiendo por qué tú hablarías de su muerte. Posiblemente sea un presagio de lo que pasará hoy; hoy el Gremio decidirá si Horace debe morir por sus crímenes o pasar una vida en el encierro. —Suspiró—. Por cierto, Céline está fuera. Ha permanecido en la sala desde que te desmayaste, eso fue hace ya seis horas. Abby ha tenido que irse para asistir a la reunión del Gremio.

—¿Y Sam? —preguntó Mary. Abrió mucho los ojos: pensó en lo terrible que debió ser para su hermano verla en aquel espantoso estado.

—Elise lo ha llevado a la mansión. —Andrew sonrió ligeramente—. No había querido marcharse, pero empezaba a cabecear de sueño sentado en el sillón de la sala. Céline, en cambio, sigue allí, con pies de plomo, inamovible. Quizás debería...

Hizo ademán de levantarse. Mary lo detuvo.

—¿Crees que lo condenen a muerte? —dijo de improviso—. ¿A Horace?

—No lo sé, Mary. —Parecía exhausto—. Abby no tardará en llegar; ella nos dirá qué ha sucedido.

—¿Sucedió algo más? —inquirió Mary.

Andrew frunció el ceño.

—¿A qué te refieres? ¡Casi mueres! —Estuvo a punto de reír, o esa fue la impresión que tuvo Mary, pero Andrew se levantó y le dio la espalda. Se acercó a la ventana. Allí permaneció inmóvil un buen rato, contemplando el exterior, ya oscuro, como una criatura nocturna—. Casi mueres —repitió, en voz bajísima.

Mary lo escuchó.

Andrew suspiró bruscamente.

—No olvidaré aquel brillo en tus ojos, el mismo que vi en los de Claudine cuando estuve en la pocilga que regentaba. —Resopló y encorvó más los hombros—. Ella es como tú. Era como tú, quiero decir.

Especial.

«¡Tú! Eres una de nosotros.» Mary se estremeció al recordar las palabras de la mujer.

—¿Especial? —repitió Mary.

Andrew se volvió.

—Eres especial, Mary —aseveró—. Ya te habrás dado cuenta que nadie más tiene la habilidad que tú sí... Pero ese don... ese, no sé qué... estuvo a punto de matarte. Yo... Yo... —Se interrumpió y le dio la espalda. La voz se le había quebrado, advirtió Mary. Jamás se imaginó ver a Andrew en un estado tan vulnerable como el que mostraba en ese momento.

Ella se levantó de la cama y avanzó hacia Andrew, que divisaba la noche.

—¿Tú qué, Andrew? —preguntó con cuidado—. ¿Qué pensabas tú...?

Puso una mano en el hombro de Andrew. Estaba tenso como una cuerda. No se inmutó.

—Pensé que te perdería. —Se volvió. Entonces se hallaron tan cerca el uno del otro que pudieron haberse besado; la respiración de Andrew sacudía sus pestañas, cálida, oscilante; Andrew mismo parecía oscilar como una hoja otoñal. Mary también—. Pensé que te perdería, Mary —repitió—. Y me sentí perdido. La última vez que me sentí perdido fue cuando estuve en aquella celda, en la fábrica Cartwright, esperando el frío beso de la muerte.

—Eso no sucederá jamás —susurró Mary. Y se inclinó hacia adelante para descansar la cabeza en el pecho de Andrew, donde su corazón golpeaba con el mismo ímpetu de unaavecilla encerrada.

—Tenías razón —dijo Andrew—. Las palabras son la prueba de que vivimos. —Exhaló—. Tal vez me ayuden a sanar la herida que sigue sangrando dentro de mí.

* * *

—No esperaba encontrarte todavía aquí —expresó Abby. Había tardado unos segundos, después de haber entrado a la cabaña y haber cerrado la puerta, en caer en la cuenta de la presencia de Céline. Su cabeza estaba anegada por los recuerdos de la última reunión con el Gremio, bien pudo

haber seguido el camino a su habitación sin percibirla.

Suavizó la expresión de su rostro y caminó despacio hacia el conjunto de muebles. Céline Katterblack apenas le dirigió una mirada; sentada en una de aquellas antigüedades de madera en torno a una mesita con una vela. Parecía compungida. «Debería haber despertado ya», pensaba la joven Katterblack. Abby lograba escucharla. «La he oído, quizás ya despertó.»

Abby frunció el ceño y preguntó:

—¿Mary no ha despertado aún?

Céline alzó la mirada.

—Es evidente que no. —Aunque sus palabras insinuaban la molestia que sentía de estar allí, su voz había sonado más apacible de lo habitual, notó Abby. «No estaría aquí», pensó Céline. Suspiró y se recogió un mechón de cabello tras la oreja—. Pero me pareció haber oído su voz hace un rato; no estoy segura.

Abby asintió.

La estancia estaba escasamente iluminada; una lámpara de gas por aquí y allá. A Céline no parecía molestarle.

—Me prepararé un poco de leche tibia y un trozo de tarta de manzanas de Adler —expresó Abby para sí al tiempo que cruzaba el espacio hacia la enjuta cocina que quedaba a la vista de Céline. Sin proponérselo, agregó—: ¿Quieres un poco?

Céline puso los ojos en blanco. «¿Me lo pregunta a mí?»

Abby oyó ése pensamiento. Se estaba preparando para una afable (y a la vez desabrida) negativa de la joven Katterblack.

—Sí —dijo Céline—. Me encanta la tarta de manzanas de Adler.

Abby asintió y puso manos a la obra. Extrañada, Abby imaginó que Céline debía tener hambre, después de todo, no había salido de la cabaña desde que ella y Andrew llevasen a Mary allí durante uno de sus escalofriantes ataques. Además, había notado, Céline seguía llevando los pantalones que, amablemente, Abby les había prestado a las hermanas Katterblack y Mary para las instrucciones de combate.

Puso los vasos con leche y los platos con tarta sobre la mesita de centro, frente a Céline, cuyos ojos brillaron. No había comido en horas, seguramente, pensó Abby. Ya no se sentía tan mal por desperdiciar un trozo de valiosa tarta en Céline, después de todo, los Katterblack debían

contar con un suministro inagotable de tartas de manzanas de Adler. Los Treddaway, en cambio, no.

Céline dio un profundo sorbo a la leche y tomó con la mano (para sorpresa de Abby) una porción de la tarta que tenía en su plato.

Abby la contempló absorta.

Céline abrió los ojos y se ruborizó cuando cayó en la cuenta de la mirada de la otra joven.

—Lamento mi rusticidad —dijo, cubriéndose la boca con una mano—. Pero no he comido nada desde la merienda.

—Descuida. —Abby hizo un ademán para quitarle importancia. Después, ella tomó una porción de tarta con las manos—. Nadie nos está viendo.

Céline rió levemente antes de imitarla. Luego preguntó:

—Hoy el Gremio ha llegado a una resolución sobre el destino de Horace Holbrooke, ¿no es cierto?

Abby tragó.

—No fue necesario —respondió. Y dio un trago al vaso de leche antes de continuar—. Horace Holbrooke está muerto.

Un levantamiento de cejas de parte de Céline fue todo lo que tuvo de su impresión ante aquel funesto anuncio. «Bueno, jamás lo conocí», la oyó pensar Abby. «Se lo merecía o no, es algo que no me corresponde a mí juzgar.» Y suspiró. «Pobre Phil, dondequiera que esté.»

Al oír aquellos pensamientos, Abby pensó con sorna que tal vez Céline Katterblack no era la joven que todos creían que era. Tenía sentimientos.

* * *

Como te dije, me sentía perdido. Perdido completamente. Mi alma, mis pensamientos, mi cuerpo, nada me pertenecía. En la oscuridad esperaba la muerte, hora tras hora, oyendo el murmullo del aire entre las grietas de las paredes, el silencio mortecino; oliendo el fétido aroma de mis despojos.

Sólo había dos razones que me mantenían cuerdo, que ponían a raya la locura que me asechaba desde las sombras. Y una de ellas eras tú, Mary.

Había hecho aquel viaje para salvar a tu hermano y al padre de Lloyd,

sí, pero también quería gloriarme en mi cometido y, más que nada, asesinar a Mahlon West con mis propias manos... Nada de eso ocurrió, claro está.

Todo lo que quería, deseaba, era morir. «Pronto, pronto», me decía. Y la muerte, que antes se había mostrado predispuesta a darme su beso, jamás se manifestó. Pero rondaba mi celda, lo sé, aquel frío y las sombras, que se movían, no era natural, y para seres como nosotros, eso es decir mucho.

Mahlon me quería a mí a cambio del bienestar de tu hermano. De alguna forma retorcida yo le recordaba a Margot Treddaway, a quien asegura haber amado. Absurdo, ¿no? Dudo que ése cabrón haya amado a alguien más excepto a sí mismo en su puta vida, pero eso era lo que decía. Yo, ciertamente, no estaba en posición de expresar mis irresoluciones.

«Pronto, pronto», me decía. Y seguía esperando.

Acepté. Mahlon West no me dio más opción.

Si moría, también lo haría tu hermano, antes siquiera de que yo pereciera, eso me dijo el nigromante. Yo pensé que sí lo permitía nada habría valido la pena.

Los subordinados me llevaron hasta la sala principal, al menos, los restos de aquella estancia que aún se mantenían en pie tras el incendio que acaeció a la fábrica Cartwright hace medio siglo. Allí, comuniqué mi decisión a West y, en seguida, cumplí con mi parte del trato.

Me desnudé cuando él me lo solicitó. Me ordenó acercarme a una mesa, y yo obedecí; cada fibra de mi cuerpo temblaba, no me había tocado aún, pero ya sentía asco de mí mismo. Lo imaginaba acariciándome con sus dedos grises, sus labios morados rozando mi piel, el brillo de su ojo, y me estremecía.

Cuando se me acercó, finalmente, las piernas me flaquearon; West me tomó por la cintura, con una firmeza impresionante; yo quise apartarlo, pero su mano se aferraba a la piel descubierta de mi muslo como una sanguijuela. Sus dedos eran fríos, como había previsto, los dedos de un muerto. Aquellos dedos que escarbaron entre mis nalgas, que rasguñaron mi espalda, que se asieron en mi cuello; aquellos que se allanaron sobre mi espalda para inclinarme sobre la mesa. Yo sabía lo que quería hacer West: quería poseerme por detrás.

Lo sabía, porque lo había intentado con Loreen cuando éramos amantes. Sabía, asimismo, que era doloroso.

West no jadeaba, algo que seguramente se daba a su condición nigromante, ni siquiera cuando dio la primera embestida; pero sí suspiró, riendo, satisfecho, se regocijaba. Yo, al contrario, experimentaba un dolor inigualable, inconmensurable. «Pronto acabará», me decía. Fueron los minutos más eternos de mi vida. Mientras Mahlon me embestía, mi abdomen golpeaba contra el borde de la mesa, y me concentré en aquel contacto.

Me olvidé de mí mismo.

Mahlon era incansable. Y no sé cuántas cosas más me hizo por detrás... y por delante.

Él... Él me puso en su boca.

Yo... apreté los párpados y eché la cabeza hacia atrás. Respondí inevitablemente. Traté de pensar en Loreen, lo que ella me hacía en el bosque, cuando nos divertíamos. Pensar en ella me asqueaba aún más, pero me ancló cuando me sentía perdido. Después de que el breve instante de placer me acogiera, West me poseyó de nuevo.

Luego sus sirvientes me llevaron a mi celda. Había vomitado y apenas era consciente de lo que ocurría... Mahlon West aún tenía que cumplir su parte del trato. Yo, en mi celda, encadenado y con una vela para alumbrar el pálido rostro de la muerte, esperaba impaciente a que apareciera el nigromante.

«Pronto, pronto», me decía. Y esperaba, esperaba...

* * *

Ya de noche, Stephen y Gustaf regresaban de la última reunión del Gremio a la mansión Reedstter. Gustaf había permanecido fuera, en las estancias de la iglesia Saint Peter, puesto que no se le había invitado oficialmente a formar parte de aquella reunión, dada su naturaleza. Stephen había salido del salón de los Viejos Conjuros, como le llamaban ahí, con un semblante sombrío, sin decir una sola palabra.

Aquel silencio los acompañó en el viaje de vuelta a la mansión Reedstter. Stephen miraba sin ver por la ventana, callado, con una expresión reflexiva. «¿Qué estará pasando por la oscura mente del señor

Reedstter? Algo debió haber salido mal.» Stephen había entrado campante a la reunión, con el rollo de pergamino bajo el brazo. Gustaf se preguntó cuándo sería el momento indicado para preguntarle a Reedstter sobre la resolución del Gremio.

No hizo falta.

—Estimado Gustaf, me temo que deberás escribirle a tu padre esta misma noche —comentó Reedstter. Lo miraba a través de las sombras del interior del carruaje, que traqueteaba sobre una calle desigual y pedregosa—. Me temo que hoy el Gremio ha firmado su sentencia.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Gustaf. «Parece que nada ha salido según tus planes —pensó—, primero con Horace Holbrooke y ahora con el Gremio.»

Stephen suspiró.

—Sé lo que estás pensando —aseguró—. Un fracaso tras otro, lo sé.

—No... —empezó Gustaf. Pero era cierto.

Stephen dio un ademán.

—No te preocupes —dijo—. Este es solo el comienzo. Ahora, escúchame bien. El Gremio ha decidido no cumplir las órdenes de los Altos Seguidores, para proteger a los jóvenes Holbrooke, los últimos de su estirpe; creen que de ellos dependerá nuestro futuro en algunos años, como dijo el oráculo de tu familia.

Orah no era oráculo de su familia, pensó Gustaf, aunque sí era cierto que únicamente los Wolfgang podían invocar su poder, por esa razón se había debatido aquel encuentro entre Ben Holbrooke y el oráculo hace ya ochenta años. Todo acabó cuando Richard Wolfgang, en aquel entonces patriarca de la familia, invocó al oráculo, que confirmó aquel encuentro con Holbrooke durante una fiesta en el castillo Wolfgang. Aquella era otra historia...

No obstante, Gustaf quedó absorto ante la revelación de Stephen. Si el Gremio se negaba, los Altos Seguidores podían enviar a sus emisarios para disolverlo, algunos podían ser condenados por traición al encierro, o a muerte.

—¿Cómo...? —quiso saber Gustaf.

Stephen le contó todo lo acontecido durante la reunión con sus pares del Gremio, incluyendo detalles específicos como quiénes votaron a favor y en contra (quizá para que Gustaf atestiguara quiénes estaban

cometiendo una falta contra la ley de los Altos cuando estos se presentaran el River Town para condenar a los insubordinados) de cumplir las preceptos de la Máxima Autoridad de la magia.

Gustaf le preguntó al señor Reedstter qué le debía escribir a su padre en el mensaje. Stephen, satisfecho con la cuestión, le dio una serie de detalles (que el mismo mencionó antes) para alamar a los Altos Seguidores e intervinieran de prisa en el pueblo.

—Y no olvides poner a Katterblack como uno de los que votó en contra... —añadió.

Gustaf frunció el ceño.

—Creí que había votado a favor.

—Sí, sí, sí, pero esa no eran sus verdaderas intenciones: sólo intentaba protegerse las espaldas. —«¿Y tú no?», pensó Gustaf, pero se mantuvo impassible. Reedstter continuó—: Créeme, Gustaf, Leonard es como su padre: taimado y mentiroso. No desaprovecha las oportunidades. Hay que jugar en su contra. Además, creo que he encontrado a un nuevo aliado.

—¿Aliado? —Ahora sí se había perdido, pensó Gustaf.

—Ephraim Westwick. —Sonrió maliciosamente—. Hoy me ha sorprendido su proceder; nada que ver con su patético hermano. Ephraim será de mucha ayuda.

—¿Ayuda?

—Sí, Gustaf: ayuda. —Reedstter volvió a mirar por la ventana.

Gustaf lo imitó instintivamente. Estaban cruzando las grandes compuertas de la entrada de la propiedad Reedstter.

—Tengo planes, Gustaf —indicó Stephen, y suspiró—. Y espero que me ayudes a llevarlos a cabo.

—Haré lo que pueda. —¿Qué otra cosa podía decir? Reedstter lo estaba hospedando en su morada—. En cuanto al mensaje a mi padre, creo que sí podré darle el dramatismo que deseas; las cosas no van tan bien como aparentan estar.

—No, claro que no. —Stephen sonrió.

El carruaje se detuvo. El cochero abrió la puerta y los hombres descendieron.

El cielo nocturno estaba oscuro, sin rastro de luna o estrellas, abandonados por los cuerpos celestes, pensó Gustaf. Reedstter ya le

llevaba ventaja subiendo las escalinatas de la entrada. Gustaf suspiró hondo. «Te seguiré el juego Reedstter —pensó—, sólo hasta que pueda comprobar qué tan oscuro es.»

Cuando llegaron al recibidor, Stephen fue abordado por una de sus criadas.

—¿Visita? —oyó decir a Reedstter.

—Sí, señor. —La criada bajó la voz. Gustaf no pudo oír de quien se trataba.

Mientras le entregaba su abrigo a la otra criada, más joven, olisque un fétido aroma en el aire. «Hollín.» Era muy tenue, como si el visitante hubiera recorrido esa estancia hace rato, dejando su estela nigromante flotando en el aire.

—¿Quién está de visita, Giselle? —le preguntó a la joven criada por lo bajo.

Ella suspiró. Era una muchacha, de entre unos trece o quince años, muy distraída.

—La señora Dur, señor.

—¿Dur? —repitió Gustaf.

—Sí, señor. Cateryna Dur, se llama.

La joven criada se alejó con su abrigo. «¿Cateryna Dur? —pensó Gustaf, boquiabierto—. ¿Sería la misma? ¿Se refiera a la Flecha Quebrada?» Debía ser, pues no había otra explicación para aquel aroma de hollín en el aire. Además, sabía que la Gran Ama del clan Dur había estado rondando aquel pueblo en meses anteriores, y hasta una vida se había cobrado.

Stephen Reedstter se le acercó.

—Me temo, Gustaf, que tengo otros asuntos que atender —dijo con tono nervioso—. Te verá mañana. Espero que tengas tiempo esta noche para redactar el mensaje a tu padre, mientras más pronto se entere, más rápido acabaremos con esto. —Le hizo una seña a la criada Giselle para que se acercara—. Escolta a Gustaf a su habitación, querida, proporciónale hojas y tinta, tendrá mucho que escribir. Y también un par de sábanas. —Sonrió—. Hace frío. Le harán falta.

* * *

Andrew suspiró. Estaba sentado en la cama, con los hombros encorvados y sosteniendo las manos de Mary entre las suyas. Miraba sin ver hacia la ventana, con la cabeza levantada como si estuviera orando una plegaria. Guardaba silencio.

Mary tenía los ojos anegados de lágrimas, de rabia, dolor, y de culpa, aunque Andrew le había insistido en que ella no tuvo nada que ver en lo que hizo Mahlon West. Aun sí, no podía evitarlo. Quería abrazarlo, decirle que todo marcharía bien, era una acción que llevaba tiempo deseando hacer, pero algo la detenía. Y sabía qué era: no tenía la certeza de que fuera cierto. Sólo el tiempo lo diría.

—El resto ya lo conoces —continuó Andrew. Dio otra profunda exhalación—. Abby, Lloyd y Ulises me sacaron de la oscuridad cuando mis esperanzas estaban agotadas. Recuerdo el rostro de Abby cuando me vio allí, encadenado, desnudo y entre los restos de mis despojos, demacrado. —Se estremeció—. Jamás lo olvidaré. Ella tampoco.

Mary recordó un detalle del relato de Andrew.

—Dijiste que había dos razones que te mantuvieron cuerdo —quiso saber—. ¿Cuál es la segunda?

Andrewladeó la cabeza y la miró fijamente.

Mary sintió un escalofrío en el cuello cuando vio cómo sus ojos se ensombrecían.

—Loreen —dijo—. Loreen era la otra razón. Juré que sí salía con vida de aquel lugar la mataría.

—¿Loreen...? —Mary estaba absorta.

—Sé que es tu tía, Mary, que es hermana de tu madre y que la acabas de conocer. —Andrew tenía la mandíbula apretada—. Ella siempre lo supo, y me manejó a su disposición. Ella sabía que Sam estaba con Claudine, que Mahlon West estaba en los restos de la fábrica Cartwright, y que allí también se encontraba Elio Blackfell. Lo sabía, por la voz en el viento se lo dijo. Loreen sabe dónde está mi padre, pero no ha querido decirme para mantenerme a sus pies... Así es ella.

—Lo sé —dijo Mary.

—¿Lo sabes? No estoy seguro.

Mary le contó que estaba segura de que Loreen había enviado a los lobos Ferir contra ella aquel día que visitó el bosque con Philip, el mismo día que Darkling irrumpió en la mansión Katterblack por segunda vez.

(Las otras dos veces fueron: la primera en el baile del solsticio de verano y la tercera hace un mes). Loreen, además, tuvo la oportunidad de salvarlos a ella y a su hermano cuando Mahlon West intentó raptarlos, enviando a los centauros para impedirlo, pero no lo hizo.

—Loreen es mala, lo sé —añadió Mary—. Hace cosas terribles. No debería ser la Líder del Bosque.

—No —dijo Andrew, serio—. Y yo me encargaré de eso.

—¿Qué quieres decir?

«Espero que no haya dicho en serio eso de matarla.» Aunque si lo hacía, al menos estaría justificado.

Andrew apartó la mirada y suspiró.

—Ya te lo dije: juré que la mataría.

—¡No puedes hacer eso!

—Claro que sí —replicó Andrew, fulminándola. Esta vez su mirada, más que escalofrío, le causó terror. Cuadró los hombros—. Ciertamente no podré hacerlo mientras sea la Líder, ya que eso me acarrearía una pena de muerte a manos de los Hijos del Bosque, en cambio planeo que ellos la depongan.

—¿Cómo harás eso? —preguntó Mary. La idea la inquietaba.

—Los Hijos saben que Loreen ya no es la mujer que pretendía ser hace años. Solo tengo que ponerlos en su contra.

—Me da miedo —dijo Mary.

—Estaré bien. —Andrew suavizó su expresión—. Loreen no tanto.

Mary asió fuerte sus manos.

—No quiero perderte —murmuró—. Otra vez, no.

—Y no me perderás, te lo prometo. —Él la miró con fervor—. Yo tampoco quiero perderte.

Mary sonrió. Quería besarlo, como la última vez, pero Andrew no estaba listo; lo sabía. Quizás ella tampoco. Sonrió.

—Eso es bueno —dijo.

* * *

Elise se desplazó por los oscuros y silentes pasillos de la mansión Katterblack.

Iba descalza. Vestía su camisón de dormir que oscilaba entre sus

piernas como un velo fantasmal cada vez que las corrientes de aire soplaban levemente. En otras circunstancias, su nocturna incursión le habría infundado temor en su pecho, pero hacía un mes que se sentía más valiente. En ese momento su mayor temor era encontrarse con alguna de las criadas (Olee, Tara, Giinet, o cualquiera), que la regresarían con premura a su habitación, truncando sus planes.

Ya estaba cruzando el sombrío recibidor, y no había el menor avistamiento de ninguna de las sirvientas. Suspiro aliviada. Podía continuar. Y lo hizo: siguió por uno de los pasillos laterales del recibidor hacia el estudio del señor Katterblack. Su hermano había regresado de su última reunión con el Gremio hacía unas horas; Elise lo había visto, furtivamente, desde una de las ventanas de la planta superior que daba vista a la entrada. Leonard no parecía satisfecho o feliz, había pensado al ver su cara. Ese día se había decidido el destino de Horace Holbrooke.

Elise quería saber si el tío de Philip moriría o viviría por sus crímenes. Ése era el verdadero motivo que la acarreaba a realizar aquel recorrido nocturno.

Hacía frío. Debió ponerse una frazada, meditó, los dientes no tardarían en chocarle. Pero tampoco había querido causarle un ataque al corazón a quienquiera que la pillara. Imagínate: joven, pálida y con una manto encima, cualquiera pensaría que se trataba de un fantasma. No, no, desechó la idea de inmediato. Aunque, debía admitir, se sentía un poco desnuda con el camisón como única prenda encima.

Finalmente llegó hasta la puerta del estudio.

Se oyeron voces desde el otro lado. Como había previsto, su hermano estaba reunido con su madre para contarle los sucesos de ese día en el salón de los Viejos Conjuros. Elise intentó abrir la puerta apenas una rendija, discretamente, para oír con la mayor claridad posible, pero estaba cerrada a cal y canto. Obviamente su hermano no quería que los interrumpieran, y mucho menos, que oyeran lo que tenía para decirle a la antigua señora Katterblack.

A Elise se le ocurrió una idea. Mágica.

Hace una semana la señorita Atwood les había enseñado cómo aguzar los sentidos (vista, oído, olfato, tacto, gusto) con asistencia de la magia a través de pequeños hechizos que tenía una duración muy breve; era parte del programa que instrucciones con magia que venía

practicando desde que Darkling intentara llevarse a Mary y ésta lo engañara realizando un encanto de medianoche. Aquello le había salvado la vida a la chica. Antes —y Elise sospechaba que había sido disposición de su padre—, Val no se había mostrado muy renuente a llevar a práctica la teoría mágica que llevaba un tiempo enseñando a las hermanas Katterblack, mucho antes de que Mary llegara a River Town. Por esa razón, fue una auténtica sorpresa para Elise y Céline que, de un día para otro, Val decidiera poner en práctica el encanto de medianoche.

«El mismo día que Darkling intentó raptarla», pensó Elise. Era curioso y extraño en parte iguales.

Todo alrededor de Mary era curioso y extraño, se dijo, como lo que había ocurrido aquel día. Sin ninguna razón (o explicación) su prima se había derrumbado en el suelo, a los pies de Andrew, convulsionando; le brillaban los ojos como dos focos de gas y balbucía palabras ininteligibles, agitándose espasmódicamente. Fue como si tuviera una visión...

Apartó aquel escalofriante recuerdo de su mente moviendo la cabeza.

Respiró hondamente. «Qué funcione; qué funcione...», pensaba. Los dientes le chocaban producto del frío que había alrededor. Murmuró las palabras del hechizo para aguzar el oído y luego acercó el costado de su cabeza a la planicie de la puerta.

Esperaba que su hermano no hubiese dicho ya lo que a ella le interesaba saber. Primero debía probar la eficacia del hechizo.

Al oír las dos de voces, claras e inteligibles, desde el otro lado, pensó: «¡Funcionó!»

—¿Muerto? —dijo la voz de Alice Katterblack. Por su tono, era notable que no daba crédito a lo que había escuchado.

Elise se preguntó quién estaba muerto. Y cuándo.

—Hoy —dijo Leonard, como eco a los pensamientos de Elise—. Lo encontraron en su celda. Se mató a sí mismo, o eso es lo que parte de los miembros cree. Otros piensan que fue Darkling, sino, ¿por qué Horace se había esperado hasta el día de su juicio para acabar con su vida? Insólito.

«Horace», pensó Elise. Sintió como si la efímera cena que comió dos horas antes se le revolviera en el estómago. Con todo, siguió escuchando.

—Pobre hombre —murmuró Alice Katterblack, anonadada.

—Lo mismo dijo Eudoxio Belwolf —dijo Leo—. Pero Startclyde lo

rebatíó.

—Startclyde es un hombre duro, acérrimo. Pero sigue siendo un buen hombre. —Exhaló hondo; Elise lo escuchó claramente—. Nada que ver con el despreciable de Stephen Reedstter, a quien perdonaste por sus faltas contra tu padre. Los hijos de Reedstter intentaron asesinarlo.

—Y no lo olvido, madre —repuso Leonard—. Caroline está muerta e Ian está encerrado...

—Un año y luego afuera. —La voz de su madre estaba cargada de amargura. Elise jamás la había oído hablar así—. Ian y su hermano menor continuarán el legado de asesinos, traidores y mentirosos que son los Reedstter. Para mí, ése no es un castigo.

—Y ¿qué quieres, madre? ¿Que mueran todos los Reedstter?

—No estaría mal. Sin embargo...

—Madre —la interrumpió Leo—. No querrás adoptar la oscura postura de los Reedstter. Además, Stephen no tiene la culpa de que su progenie intentara asesinar a mi padre. Yo le creo, aunque eso no lo absuelve de otros crímenes. Y ahora que mencionamos a los Reedstter, hay otra cosa que debes saber...

Oyó que Alice daba un paso, su zapato de tacón arremetiendo contra el piso.

—¿Qué es? —preguntó.

Elise (como hizo su madre) escuchó atentamente lo que Leo tenía para decir. Lo que oyó la horrorizó. Los Altos Seguidores habían condenado a muerte a Philip y Horace, y habían ordenado que Jason fuese enviado a Moscú lo más pronto posible. Elise se llevó una mano a la boca para ahogar una exclamación cuando oyó decir a su hermano «condenado a muerte» y fue como si el tiempo y su corazón de detuvieran.

—Hubo una votación —dijo Leo—. Debíamos decidir si cumplir las directrices de los Altos y acabar con la vida de Philip y Jason Holbrooke, o hacer lo contrario y apelar por sus vidas. Ya sabes lo que dicen sobre los Holbrooke y el papel que jugarán en el futuro cuando el Mal más oscuro sea liberado. La gran mayoría de los miembros votó *no* consumir con las siniestras demandas de los Altos Seguidores, para proteger a los jóvenes Holbrooke. Nadie jamás se opuso contra los Altos. Su ley es absoluta.

—¿Y tú qué votaste, Leonard? —preguntó Alice.

Elise se había hecho la misma pregunta. ¿Su hermano sería capaz de condenar a Philip?

Leonard suspiró.

—Voté sí —dijo.

Elise no estaba preparada para oír más. Se apartó de la puerta, percibiendo que los efectos del hechizo se desvanecían (o quizás fuera que perdían efectividad a medida que se alejaba del estudio y no había más voces a su alrededor; quizás debía preguntárselo a Val en la próxima lección). Continuó avanzando por los pasillos. En lugar de doblar la esquina que la llevara al recibidor, y de ahí a su habitación, Elise cruzó hacia el corredor contrario.

Bajó unas escaleras y cruzó otro corredor más oscuro y frío.

Sin embargo, Elise no tenía miedo. Jamás le volvería a temer. No quería ser la jovencita asustadiza que todo pensaba que era. Ella había apuñalado a Darkling, o lo había intentado, y nadie le dio crédito. La única persona que la había congratulado estaba oculta en la oscuridad.

Abrió la puerta. Las bisagras oxidadas rechinaron.

El sótano era una boca oscura, como una cueva sin fondo a la que se descendía con unas escaleras de madera. Debió llevar una vela, una frazada, un poco de comida, pensó. No había tiempo, no podía arriesgarse a que la descubrieran. Descendió a la oscuridad. Abajo hacía más frío que arriba. Elise se abrazó a sí misma. Olía a humedad, polvo, guardado... a olvido. Se desplazó tanteando con los pies y las manos. No quería tropezar con algún objeto y causar un estruendo que pusiera en alerta a todos en la mansión, no, era lo que menos quería en ese momento. Evadió todo cuando había en su camino.

Al final, vio un haz de luz atravesando una ventanilla cuadrada. Se detuvo a veinte pasos de ella. «Es la distancia más segura», dijo una voz conocida en su cabeza. Suspiró profundo. Allí era donde pondría a prueba sus bríos.

—¿Philip? —llamó, cuidadosamente—. ¿Estás allí?

Nadie respondió.

En cambio, sí escuchó el tintineo de unas cadenas.

A veces era otro el que le respondía; una voz reseca, gutural, como nacida de las entrañas de una bestia, nada que ver con el tono garboso del muchacho que esperaba encontrar. Elise avanzó otro paso y volvió a

llamar. Las cadenas cantaron.

—¿Phil? —intentó una última vez. Empezaba a preocuparse.

Una mano se alzó entre el haz de luz. Era una mano humana, fuerte y lozana.

—Sí, Elise —respondió Philip—. Soy yo. Esta vez soy yo.

Capítulo 16

ARCO Y FLECHA

A la mañana siguiente, Elise volvió al sótano.

Esa vez, también respondió Philip cuando ella lo llamó. Fue un verdadero alivio.

—Traje unos huevos y emparedados —dijo Elise. Y le tendió el desayuno al muchacho, que se arrastró hacia sus pies como un cachorro encadenado. El huevo duro y el emparedado de carne estaban envueltos en un delicado pañuelo blanco—. Además, te he llenado la cantimplora.

—Gracias, Elise.

Philip tenía la voz un poco carrasposa. Cogió la cantimplora y le dio un profundo sorbo.

Ella sonrió cuando lo oyó suspirar satisfecho.

Philip comenzó a desayunar. Elise se lo quedó viendo con una leve sonrisa en los labios. Aunque, pensó, no debería reír en absoluto dada la precaria situación del muchacho. Y es que no podía evitarlo. Recordó la primera noche que se encontraron: fue una semana después de la muerte del padre de Elise. Regresaba su habitación después de haber recorrido el jardín, llorando por su padre, cuando una sombra la tomó por detrás sorpresivamente. Claro, ella intentó gritar, pero una mano suave y llena de tierra le cubría la boca.

«No grites, por favor», le había susurrado al oído.

Ella lo reconoció al instante.

La sombra la soltó y cuando ella, sobresaltada, se volvió halló a Philip. El joven estaba cubierto de tierra, pasto y sudor, tenía la ropa desgarrada y sucia, e iba descalzo. Su aspecto era deplorable. Sin embargo, cuando se vieron cara a cara, una sonrisa se amplió en el rostro de Philip y el corazón de Elise se enterneció de un modo inimaginable. No pudo evitarlo; ahora ella no recordaba exactamente por qué hizo lo que hizo a

continuación. Corrió hacia Phil, lo abrazó... y lo besó...

Sí. Su primer beso. Phil la había estrechado con una delicadeza por la cintura como si temiera romperla. Se fundieron en aquel beso hasta que ella cayó en la cuenta de lo que estaba ocurriendo. Se apartó, asustada y nerviosa, y le dio la espalda a Philip. Él, naturalmente —como todo un caballero—, intentó imputarse toda la culpa de aquel beso. Ella no lo permitió, no; se volvió y lo besó de nuevo.

«Fue mi culpa y no me arrepiento», había dicho ella.

Philip procedió a contarle que había estado oculto en el bosque desde los acontecimientos en la casa Holbrooke. Loreen, la Líder del Bosque, los había escondidos a Phil y a Jason de los miembros del Gremio cuando estos se presentaron en el hogar de los Hijos del Bosque para buscar a los hermanos. Phil había decidido dejar a su hermano al cuidado de Loreen (que era su tía, le confesó) para evitar que, llegado el momento, Darkling intentara hacerle daño para dañar al propio Phil.

—Se me ocurrió venir aquí —explicó Phil—. Antes fui con Val, pero su casa estaba vigilada por hombres del oficial Sawyer. Sin embargo, me encontré con ella a través de una ventana que daba hacia el sótano, evadiendo a los oficiales. Ella me aconsejó irme del pueblo por un tiempo, pero no puedo abandonar a Jason... Él es...

No acabó la frase. Elise le puso una mano en el hombro.

—Lo sé —le dijo. «Jason es lo único que te queda.»

En aquel momento, Phil se recargó en ella y lloró en su hombro. Elise lo consoló, acariciándole el cabello, susurrándole que todo estaría bien, aunque ella no tuviera la certeza de que fuera cierto. No se le había ocurrido, entonces, que Darkling podía emerger en cualquier momento y estrangularla.

En el sótano de los Katterblack había todo tipo de trastos viejos (muebles, estantes, adornos imponentes) cubiertos con mantas blancas, lo que le daba un aspecto de Purgatorio con todos los fantasmas merodeando hasta la eternidad, aquel pensamiento hizo estremecer a Elise. El lugar era tétrico. Y no había mejorado en nada con la llegada del muchacho. Philip estaba encadenado por los tobillos y las muñecas con cadena de plata, un material que servía para neutralizar los poderes de los seguidores de la luz y los servidores de la oscuridad. Loreen las había conseguido para él, explicó Phil a Elise. Las cadenas estaban retenidas en

argollas empotradas a la pared de piedra, que, casualmente, Elise y Philip descubrieron la primera vez que bajaron al sitio oscuro para una rápida inspección.

Elise había substraído temporalmente varias prendas de ropa del guardarropa de su hermano para Philip, entre ellas la blanca camisa de lino y los pantalones que llevaba puesto en ese instante. Frente al chico, y reclinado contra un escaparate cubierto con una sábana blanca, estaba un espejo con un precioso marco de orillas doradas. Elise no recordaba que estuviera allí antes, al menos no descubierto.

Se preguntó si habría sido Philip, o...

—No deberías venir aquí.

Phil había terminado de engullir su desayuno, por lo visto, y la miraba desde abajo con una expresión impasible, ceñuda. Qué atractiva era su mirada, pensó inevitablemente Elise. Aunque no era el momento reparar en las partes atractivas que componían al muchacho, no en ese momento. Suspiró.

—Y ¿quién te traerá comida y ropa? —empezó Elise—. ¿Quién cambiará tu balde de desechos? ¿Quién te leerá? ¿O...?

—Es muy peligroso —aseveró Philip. Y con justa razón, porque aunque ella aún no lo había visto en persona (algunas veces había escuchado su voz), sabía que la maldición de Darkling ya estaba causando efectos en su nuevo portador. Phil se puso en pie con una honda exhalación, lo que hizo tintinar las cadenas—. Además —añadió, extendiendo su mano para acariciar la mejilla de Elise—, yo soy bastante capaz de leer para mí solo. Gracias.

—Pero... —quiso protestar Elise.

Phil le puso un dedo en los labios.

—Aunque, debo admitir, tú lo haces mucho, mucho mejor.

Luego se inclinó hacia adelante, para besarla, pero se detuvo, mirándola de arriba abajo con el ceño fruncido.

—¿Por qué estás vestida así? —le preguntó.

—¿Qué...?

Elise siguió la mirada contrita del muchacho, que estaba fija en sus pantalones. Philip no parecía escandalizado por su hombruno atuendo, sino divertido y ligeramente confundido. Elise se había olvidado por completo de contarle ayer sobre las instrucciones de combate que

estaba recibiendo de los hermanos Treddaway.

—¿Abby y Andrew? ¿En serio? —reaccionó Philip cuando ella le contó.

—Sí. —Elise sonrió—. Son buenos.

—Lo sé. ¿Y de quién ha sido la idea?

—De Leonard —repuso ella—. Quiere protegernos, o que podamos protegernos nosotras mismas, en caso de que se presente alguna eventualidad o aparezca...

La calmosa expresión de Phil no varió aunque por un brevísimo instante una sombra atravesase su mirada como si el resto de la frase que estuvo por decir («... o aparezca Darkling») hubiera flotado ominosamente frente a él.

—Yo creo —dijo finalmente Phil— que tu hermano es un hombre muy inteligente. Es extraordinario. Y, ciertamente, tú, Céline y Mary aprenderán bastante de los Treddaway. —Frunció el ceño—. Por cierto, ¿Céline también lleva uno de esos pantalones?

Elise sonrió.

—Sí. Tuvo un arrebato, pero Leonard supo manejarlo.

—¡Vaya, vaya! —Phil carcajeó muy divertido. Luego añadió—: Parece que ése es otro atributo que podemos acreditar al nuevo señor Katterblack.

«El nuevo señor Katterblack», pensó Elise. No olvidaba que el “anterior señor” había sido su padre, asesinado por el hombre que tenía en frente, y a quien amaba; dolía, sí, pero era un sufrimiento que estaba dispuesta a soportar para estar al lado de Phil cuando el inevitable momento llegara.

Oyó el tintinar de las cadenas y salió de su ensimismamiento. Phil la contemplaba con ternura y pesar.

—No debí decir eso del nuevo señor Katterblack —musitó—. Lo siento, Elise.

—Descuida —dijo ella, esbozando una fina sonrisa. Se puso de puntillas y le dio un rápido beso en los labios a Phil. Recordó de pronto que llegaba tarde para sus adiestramientos—. Debo irme ahora, o el resto empezará a buscarme.

—¿Segura que nadie sospecha?

Ella sonrió. Otro beso.

—Nadie —dijo. Y se marchó.

* * *

—¿Dónde están? —profirió Andrew, irritado, a nadie en cuestión. Abby, Mary y Sam se miraron a la cara y, al unísono, se encogieron de hombros. Aquel gesto aumentó más la cólera de Andrew, que empezó a caminar de un lado a otro como una bestia al asecho, refunfuñando.

Mary lo miraba con interés, intentando ocultar una pequeña sonrisa que amenaza con abrirse camino en sus labios. Pensaba que el comportamiento de Andrew en ese momento, que parecía el típico ataque de ira de un niño de seis años, le resultaba tierno y comprendido. Comprendido, reflexionó, porque su cólera hacia la ausencia de Céline y Elise en el jardín lo justificaba.

Mary no sabía dónde estaban sus primas. Céline, seguramente, se estaba haciendo esperar adrede para acrecentar la rabia de Andrew. Elise, en cambio, había desaparecido misteriosamente (como solía pasar desde hace semanas) después de las lecciones con la señorita Atwood. «Probablemente ha ido a su habitación a ponerse su indumentaria: los pantalones de hombre y su camisola sin teñir», profundizó Mary. Sin embargo, había pasado demasiado tiempo...

—Podremos comenzar sin ellas —dijo Abby.

—No —espetó Andrew, batiendo el brazo donde su hermana le había puesto la mano—. Eso es lo que ella, Céline, quiere... Y no permitiré que se salga con la suya. —E hizo ademán de avanzar hacia la mansión, pero se detuvo.

Mary volvió la cabeza.

—¡Vaya! —ironizó Andrew, alzando las manos, con una brusca sonrisa—. ¡Miren quien ha decidido aparecer!

Elise se acercaba al sitio de los adiestramientos, dando pasos cortos y rápidos. Cuando llegó, jadeaba exhausta, tenía las mejillas rubicundas y la frente brillante. Respiró profundamente antes de encarar a sus oradores de combate.

Andrew la fulminaba.

—¿Dónde está tu hermana? —preguntó bruscamente.

Elise pestañó.

—¿Céline? —Ladeó la cabeza—. No vendrá.

—¿No? —espetó Andrew.

—No.

—¿Por qué?

Elise regresaba de su habitación, donde se había puesto con un poco de dificultad los pantalones para asistir a los adiestramientos de ese día, cuando se encontró a su hermana, a su madre y a su cuñada, con el pequeño Vincent en brazos, saliendo por la puerta principal. Elise había corrido hacia Céline, para detenerla, pero su hermana apresuró el paso y se marchó con el resto de las mujeres Katterblack en un coche que tenía rumbo al pueblo. Céline no dio explicaciones, finalizó Elise, simplemente huyó.

Andrew permaneció quieto, impasible, durante el relato de Elise. Cuando la joven acabó de hablar, resopló bruscamente y se volvió. No había nada que pudiera hacer, pensó Mary, claramente no podía buscar a Céline al pueblo. Sólo le quedaba hablar con Leonard.

—Qué más —habló finalmente Andrew, volviéndose hacia sus aprendices—. Empecemos.

Abby dio un paso al frente.

—Hoy aprenderán cómo manejar las armas de los seguidores de la luz —indicó—. Escogerán ustedes con cuál quieren empezar. Aunque, ciertamente, Andrew y yo tenemos planeado enseñarles a utilizarlas todas.

Hizo un gesto con la mano para señalar la mesa que habían dispuesto antes siquiera de que Mary y Sam llegaran al jardín para verlos. En la mesa había todo tipo de armas, las cuales recordaba haber visto en sus dos visitas al Arsenal secreto de los Katterblack. Había dagas, espadas, sables, guadañas, látigos (de seis colas o simple), un hacha, una lanza, una ballesta, un arco y flechas... Sam, maravillado desde que viera todos aquellos fascinantes objetos, se decantó por uno de la ballesta. La tomó con dificultad, pues era un mecanismo de madera y hierro, y pesaba; la sopesó y la alzó, con vibrante brillo infantil en sus enormes ojos jade.

—Es fantástica —murmuró.

—Y muy grande pesada —añadió Andrew, más sosegado. Sonreía—. Quizás debas intentar con esto.

Sam dejó la ballesta en su lugar y cogió la que Andrew le tendía gentilmente.

—¿Qué es?

—Se llama *daxarus* —dijo Andrew—. Es una daga de hoja larga, una de las más letales y de mayor alcance; tiene un equivalente oscuro, que utilizan los nigromantes, se llama *adamantus*. —La sonrisa se amplió en sus labios.

Sam abrió muchos los ojos y los labios. Luego sonrió. Blandió la daga contra el aire. Andrew se echó a reír. Abby retrocedió un paso, precavida. Mary miró a su hermano con temor, no debería permitir que su hermano jugara con objetos filosos como ese, pero eran parte de los adiestramientos. «Si quiero protegerlo —pensó como único consuelo—, debo permitir que se haga fuerte.» Sonrió.

—Yo empezaré con lo básico —oyó decir a Elise.

Mary se volvió. Su prima cogía suavemente un arma que ella reconoció al soplo. Recordó la primera vez que tomó una *nuxus* y susurró su nombre, provocando que la hoja se encendiera, en el momento que Andrew entraba sin avisar a la habitación de su hermana, hace casi un siglo. La *nuxus*, como había leído Mary en la Enciclopedia, fue la primera arma mágica que se inventó para el uso exclusivo de los seguidores de la luz; claro está, después de las espadas. Era un arma de hoja corta y curvada, y empuñadura envuelta en cuero en vez de hueso u otro material sólido como los puños de las demás armas manuales.

—Gran elección, Elise —apremió Abby. Luego se volvió hacia Mary y preguntó—: ¿Y qué elegirás tú, Mary?

Ésta volvió la vista hacia las armas en la mesa e identificó un bastón blanco con un pomo de cristal (*Illuminatus*, recordó de pronto, pues también había leído sobre los bastones de luz en la Enciclopedia). Se acercó y estuvo a punto de cogerlo cuando otra arma llamó su atención.

—¿Segura? —preguntó Abby, con el ceño fruncido.

Mary asintió, con el objeto de su elección entre manos.

—Sí.

Abby dudaba; se le notaba en la cara.

—Aprender a manejar el arco y la flecha lleva muchos, muchos años de práctica —explicó—. Yo comencé a los nueve años, y soy buena (o eso me han dicho) porque he practicado tiro al blanco cada día de mi vida desde entonces.

—Podrías hallar un rastro de árboles magullados en el bosque donde

Abby práctica, si buscas —intervino Andrew, ligeramente divertido—. Creo que no tenemos mucho tiempo para enseñarte a usar el arco ahora. Quizás después.

Mary bajó la mirada, turbada, hacia la preciosa arma que tenía en sus manos. El arco, naturalmente arqueado, había sido tallado de la madera de un olmo blanco. Las fechas, que eran de otro tipo de madera, tenían el metal mágico en sus letales puntas y estaban ataviadas con plumas negras de cuervo. Mary no se había decantado por ese arco porque quisiera aprender a utilizarlo, sino porque, a la vista, el arma había llamado su atención.

Abby se acercó a Mary y sonrió ligeramente.

—Me lo obsequió mi padre hace mucho tiempo, mucho antes de su partida —indicó nostálgica—. No sé por qué lo he traído, pero cuando lo vi allí donde lo tenía guardado desde que mi padre se fuera hace cinco años, en un baúl de mi habitación, no pude devolverlo a su lugar.

—Oh —murmuró Mary, absorta. Le entregó cuidadosamente el arco a Abby.

Andrew, se fijó Mary después, tenía una expresión disoluta en el rostro, con la vista en su hermana.

—¿Qué tal si nos haces una demostración? —propuso.

Abby alzó la mirada y frunció el ceño.

—¿Qué?

—Sí —instó Sam, alegre, con la *daxarus* aún en sus manos—. Muéstranos.

Abby echó otro vistazo al arco blanco. Luego, esbozando una sonrisa, se enjugó la humedad de los ojos con el dorso del brazo y se colocó en posición de tiro. Leves ráfagas de viento agitaban mechones dorados de cabello ante su cara. Ella se los apartó con un gesto antes de alzar el arco y tensar una flecha en la cuerda.

Mary, emocionada, contuvo un momento la respiración. Se fijó en la recta postura de Abby, en la concentración que traslucía en su mirada inescrutable. Parecía que se amoldaba perfectamente al arma que tenía en sus manos. Y así era. Abby apuntaba hacia un árbol en el inicio del bosque que interrumpía el estupendo jardín de los Katterblack del extremo occidental. Inhaló hondo, y exhaló. Efectuó su disparo.

La flecha zumbó en el aire como una abeja y desapareció entre los

árboles hacia el bosque. Abby había fallado su tiro, pero eso no parecía molestarle. Sonreía de oreja a oreja, aferrando el arco en sus manos con fervor, como si se tratara de la mano de su padre desaparecido.

—¡Yo la busco!

Se oyó que alguien corría. Mary apenas vislumbró un amago de su hermano andando hacia el bosque. Después, el chico se perdió de vista.

—¡SAM! —gritó Mary.

—Déjalo —intentó tranquilizarla Andrew—, estará bien. Que la busque.

—No —chilló Mary. Y echó a correr hacia el bosque, oyendo el llamado de Andrew a su espalda. En el bosque corría peligro, Sam podía ser atacado por un Ferir o un argón, como sucedió con Kedr, el mensajero de Silas Katterblack. Andrew quizás no conociera la historia, pero ella sí, se la había contado Sutr.

El bosque se alzó y la engulló. Aunque hacía un día soleado y despejado, la espesura de las copas de los árboles era tan copiosa que opacaba gradualmente el entorno, volviéndolo ligeramente ominoso. Un escalofrío le rectó por la espalda. El aire era fresco e inquietante. Sus pies al menos pisaban tierra firme y no pozos de pantano, pensó Mary, recordando días anteriores, fríos y lluviosos. Sam gritó «Mary, ¡por aquí!» y ella, con la garganta encogida, echó a correr hacia él.

Lo encontró, muy quieto, con el brazo que sostenía la *daxarus* caída a un costado del cuerpo. Mary casi se abalanzó sobre él, lo tomó por los hombros y lo escrutó, de arriba abajo, para comprobar que estuviera bien. Lo estaba. Sin embargo...

—Sam —exclamó—, te has vuelto loco. Aquí es peligroso.

Su hermano no pareció prestarle atención. Miraba distante por encima del hombro de Mary.

—Mira —dijo, y apuntó con la hoja de la *daxarus*.

Ella se volvió y miró. A escasos pasos de distancia, estaba una ardilla, de reluciente pelaje rojizo, mirando a los hermanos con unos inteligentes ojillos oscuros. La flecha de Abby estaba a sus pies.

Mary se volvió hacia Sam.

—Debemos irnos.

—Habla —dijo Sam.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué?

—La ardilla —puntualizó el jovencito— habla.

Mary se volvió.

—Así es —oyó decir a la ardilla—. Mi nombre es Amsu, y como ven, soy un analim.

Mary casi desfalleció. Sam se echó a reír, como si hubiese oído una ocurrencia del animal parlante.

«Eso es —pensó Mary, saliendo de su helada impresión—. Es un animal parlante.» Había leído sobre los *analims* en la sección de criaturas en la Enciclopedia. Eran una clase de Hijos de Bosque rara vez vistos.

—¿Qué quieres? —preguntó ella, recuperando la voz.

La ardilla dio unos rápidos pasitos hacia Sam, con la flecha de Abby en sus patitas. Se la entregó y retrocedió velozmente. No como si temiera de ellos, meditó Mary, sino como para prevenir que se asustaran. Sam tenía la flecha en una mano y la daga en otra.

Amsu sonrió.

—He venido a entregarte un mensaje, Mary —habló. Su voz era inusual, ceremoniosa, como de un sabio—. Vengo desde el Reino de Escarcha, ¿lo conocen?

Los hermanos asintieron al unísono. Amsu continuó:

—De Borash —especificó.

Mary no recordaba que alguno de los nueve reinos de las hadas tuviera ese nombre. Frunció el ceño.

—¿Borash? —repitió.

—Sí. Borash. —Amsu amplió la sonrisa—. Es donde están las hadas privilegiadas como tú.

Mary no entendía. Solo se le ocurrió preguntar, una vez más, qué quería.

—Llévate conmigo —respondió Amsu—. A Borash.

—¿Ahora?

—Hoy, mañana, en otoño; es tu elección.

Mary echó una rápida mirada a su hermano, que observaba a la ardilla parlante con turbación.

—No puedo —dijo ella—. No puedo abandonar a mi hermano. Además, no sé qué es Borash.

—No abandonarás a tu hermano —dijo Amsu, paciente—. Bueno, no

por mucho tiempo... Y Borash no es un *qué*, sino un *dónde*. Allí es donde aprenderás a controlar tus poderes, donde te encontraras con otros hados con tu don.

Mary sabía de qué don estaba hablando. «Se refiere a otros que pueden ver a los muertos». El oscuro rostro de Claudine salió de sus tinieblas mentales, gritando como una desquiciada: «Tú eres una de nosotros, ¡de nosotros!» Parpadeó. Amsu seguía viéndola con sus alegres ojos.

Oyeron la voz de Andrew, no muy lejos, que llamaba a los hermanos. Se acercaba.

—¡Mary! ¡SAM!

Una lluvia de hojas verdes estalló sobre Mary y Sam, sopladadas por una fresca ráfaga de viento veraniego. Una luz dorada dotada de hermosura se precipitó como una evanescente catarata. En ese momento, Andrew apareció.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó. Fruncía el ceño.

Mary ladeó la cabeza, para comprobar que la ardilla parlante había desaparecido mágicamente. Andrew seguía esperando una respuesta. Los hermanos intercambiaron una mirada cómplice. Fue Samuel quien eligió por los dos, dando un paso al frente y alzando la mano que aferraba la flecha. Exclamó alegre:

—¡La hemos encontrado!

* * *

El pueblo estaba concurrido; las calles estaban abarrotadas y el aire estaba impregnado de un sinfín de olores y voces que venían de todas direcciones. El cielo, aquella tarde, era de un bello azul que armonizaba con el atuendo que vestía Céline. Era un modelo nuevo, azul cobalto y encaje blanco, que acababa de adquirir en la tienda de la señora Tawney. No podía imaginar pasar otro día con pantalones de hombre, además de incómoda, se sentía desnuda con ellos.

«¡Y no soporto a Andrew! —pensó Céline—. ¡Mucho menos a su insufrible hermana!»

Aunque sabía que su improvisada evasiva le acarrearía serios problemas con su hermano, pero aquel era un mal necesario que estaba

dispuesta a soportar. Después, por sí misma, buscaría otras excusas para evitar los estúpidos adiestramientos de combate. Suspiró.

—Has estado muy callada —comentó su madre, que estaba tomada de su brazo. Avanzaban a través del mercado del pueblo que atravesaba la calle más extensa del centro, Long River Side, orlada de docenas de vendedores y sus tiendas de compraventa. Coselin, notablemente distraída por el entorno, caminaba delante de ellas empujando la carriola del pequeño Vincent—. Supongo que has estado reflexionando en lo que has hecho. Leo se enojará contigo, Céline. Mucho.

—Lo sé, madre —dijo Céline con fastidio—. Lo sé.

Su madre continuó inminente.

—Lo hace para protegerlas. Aquel... aquella criatura —bajó la voz— ha estado a punto de matarte a ti y a tu hermana en más de una ocasión. Deberías preocuparte más en aprender en cómo cuidar de ti misma, en lugar de... no sé, buscar marido y comprar finos vestidos.

—Tienes razón —convino Céline.

Su madre asintió, satisfecha y sorprendida por su pequeña (y aparente) victoria. Pero Céline no había acabado.

—Tienes razón, madre —repitió, sucinta—. Ya tengo muchos vestidos. No necesito enriquecer más a la señora Tawney, o eso hubiera dicho padre. Y, con respecto a lo de buscar marido, hace mucho que he encontrado al pretendiente indicado.

Alice Katterblack enarcó una ceja.

—¿Te refieres a Rolan Falahee?

Céline, sonriente, asintió.

—Sí, madre. ¿Quién más?

—Oh, Céline, ¿qué diría tu padre si te oyera ahora mismo?

—Ya jamás lo sabremos. Papá está muerto. —Las palabras le supieron a ácido.

—Y tal parece que tú has guardado luto suficiente por tu padre, Céline —dijo su madre. La miró de arriba abajo, como si quisiera decirle algo sobre su llamativo atuendo—. Richard se levantará de su tumba si tú te casas con...

—¡Alice! —llamó Coselin, cerca de una tienda de juguetes de artesanía. Agitaba un caballito de madera ante el pequeño Vincent, que llevaba en brazos; el bebé, de un año, cogió el juguete y se lo metió a la

boca.

Alice se alejó de Céline y se acercó a su nuera y su nieto.

—Qué no le he guardado luto suficiente —rumió Céline en voz baja. Nadie había amado y admirado tanto a su padre como ella; su madre debería retractarse, pensó. Además, no podía creer que se estuviera oponiendo a un posible matrimonio con el heredero de los Falahee.

«Acaba de enviudar —dijo una voz en su cabeza—, está dolida y taciturna, es normal que tenga aquel comportamiento.» Suspiró hondo.

Ladeó la cabeza. Los vendedores en el mercado pregonaban sus mercancías a viva voz. Le llamó su atención un puesto de lociones para damas (en la proclama el proveedor aseguraba que eran traídas del otro lado del océano, de París, la ciudad de la luz y el amor), pero finalmente se decantó por un puesto donde el fresco esplendor de la tarde se reflejaba en las rubicundas mejillas de un montón de manzanas. El puesto de frutas. La vendedora era una mujer rolliza, entre los sesenta, que se tapaba los escasos cabellos blancos con una pañoleta. Le sonrió con una boca desdentada.

—¿Quieres una, jovencita? —dijo la vieja frutera, tendiéndole una manzana de aspecto provocativo. Inevitablemente, Céline recordó el cuento de Blancanieve y los Enanos. Sintió escalofrío. «Es sólo una historia, Céline —se dijo con obstinación—, coge la manzana y ahórrate las ofuscaciones.» Esbozó una sonrisa y tomó la manzana que le tendía la vieja, sin embargo, su mano tembló inesperadamente en el preciso instante que la tomaba y la fruta cayó al piso y rodó.

Céline siguió la trayectoria. La manzana se detuvo junto a las relucientes botas de un joven. Éste se inclinó y la recuperó. Luego, se acercó a Céline.

—Me parece que has perdido esto —dijo. Y le tendió la fruta de vuelta.

—Sí. Muchas gracias. —Céline la tomó con rapidez, como si temiera quemarse con el tacto de las manos del joven. Era muy elegante y atractivo, además de ser un forastero, Céline conocía a todos los jóvenes (o los posibles pretendientes) del pueblo y sus cercanías.

—Me llamo Gustaf Wolfgang —se presentó el desconocido. Hizo una educada inclinación sacándose el alto sombrero de copa y tomando la mano de Céline para besarla en el dorso—. Soy un invitado de...

—Ya sé quién eres —se adelantó ella—. Llegaste al pueblo con el delegado de los Altos Seguidores, y actualmente te quedas con los Reedstter en su morada. —Al ver la ligera expresión sorpresa en la cara del joven Wolfgang, agregó—: Como habrás visto, este es un pueblo pequeño. Y dicen que «En River Town no hay lugar para los secretos»... tampoco para las intimidades.

Gustaf sonrió. Tenía una risa agraciada y comedida.

—Es un placer conocerte...

«Qué estúpida. No le he dicho mi nombre.» Hizo una rápida inclinación cogiéndose los laterales de la falda.

—Céline Katterblack —dijo ella.

Gustaf levantó un poco las cejas.

—Katterblack —repitió, como sopesando el apellido—. Tengo el gusto de conocer a tu hermano, Leonard, que es un hombre lleno de mucha decisión.

«Tanta decisión que resulta irritante», pensó Céline mientras sonreía cínicamente. Además, no quería hablar de Leonard.

—¿Has venido solo? Al pueblo, digo —preguntó ella.

—No. —Gustaf no le quitaba los ojos de encima—. Stephen ha ido a la botica de un tal... Baal. Me pidió que lo esperara aquí, pero ya lleva mucho tiempo que se fue. No sé si debería preocuparme o regresar a casa antes de que caiga la noche.

—Volverá —le aseguró Céline. Si algo bueno tenía el señor Reedstter, era que siempre cumplía su palabra.

Gustaf suspiró.

—Eso espero —murmuró. Luego preguntó—: Y tú, ¿has venido sola al pueblo?

Ella negó. Fue lo único que pudo hacer, porque a continuación estalló el caos en el mercado. («Una vez más», fue el pensamiento que cruzó la mente de Céline fugazmente). Primero, se oyeron algunos gritos agudos, de espanto, después barullo de voces y las personas empezaron a moverse como en un torbellino hacia la calle Yellowfield. Por alguna razón, Céline, aferrando con fuerza la manzana en su mano, siguió el flujo de personas. No divisaba a su madre o a Coselin o la carriola de Vincent por ninguna parte. Se asustó.

Un brazo rodeó el suyo y la condujo delicadamente, tanto como era

posible entre el montón de personas curiosas, hacia el origen del caos que tenía lugar en Yellowfield; específicamente, hacia el edificio de tres plantas de la comisaría. Las personas se movían de un lado a otro y apuntaban hacia el techo. Todo era confuso. Sin embargo, Céline lo advirtió claramente: la silueta claroscuro de un hombre parado por el borde, a veinte metros del suelo. Entre las personas que estaban en la entrada de la comisaria y mirando hacia la azotea, reconoció a el oficial Sawyer, el alcalde Oakwater y el doctor Startclyde. A quien Céline no lograba distinguir era al hombre que estaba en la azotea, mirado el cielo, inmóvil.

Los espectadores estaban dispersos, pero cada vez había más y se empezaban a amontonar para ver. Céline volvió la mirada hacia los tres hombres distinguidos que reconoció hace un momento (Sawyer, Oakwater y Startclyde) y vio que estos echaban a correr hacia el interior del edificio. El hombre en la azotea debió verlos también, porque, un instante después, saltó al vacío.

* * *

Avanzada la tarde, Elise, Mary y Sam, regresaron a la mansión después de sus disciplinas en combate. Entraron por la puerta de la cocina, donde Adler los recibió con una amplia sonrisa, galletas de mantequilla y leche fría. Los tres jóvenes comieron con rostros alegres propios a los de unos niños de seis años. Sam se saturó con tres galletas a la vez. Se atragantó.

Elise y Mary se echaron a reír cuando el chico empezó a toser; después se asquearon cuando Sam expulsó una flema parduzca con los trozos de galletas masticados y salivados. Fue el turno de Sam de echarse a reír.

—Señoritas, Sam. Están aquí —expresó Tara, notablemente nerviosa, cuando apareció en la cocina a mitad de las carajadas del chico.

—¿Qué ocurre, Tara? —inquirió Adler en tono jovial, plegando el ceño. Por lo visto Mary no era la única que había advertido aquella inquietud en la criada de Elise.

—Sí, Tara, ¿qué ocurre? —dijo Elise.

La criada parecía al borde de las lágrimas.

—La señorita Céline acaba de regresar del pueblo —informó—. Y

parece que algo terrible ha sucedido en el mercado.

—¿Dónde está Céline? —preguntó Mary.

Céline estaba en la sala común, sentada en uno de los muebles de estar y sollozando desconsolada en el hombro de su hermano. Leonard le acariciaba el hombro con la mano que le rodeaba la espalda y miraba ceñudamente a su madre y a su esposa que estaban en la misma estancia, la última con el pequeño Vincent en sus brazos.

Al entrar, todas las miradas se volvieron hacia los tres recién llegados.

—Allí están —dijo Alice—. Qué alivio.

Elise cruzó la estancia. Se sentó junto a su hermana y Céline paró de llorar un breve instante para cambiar el hombro de Leo por el de Elise.

—Hoy ha acontecido algo terrible en el mercado —informó Leonard—. Un hombre saltó de la azotea de la comisaria frente a todos en el pueblo. Céline estaba allí, y lo presencié. —El volumen del llanto de Céline ascendió al oír aquello. Leonard continuó—: Se trató de Wallace Flint.

—¿Wallace? —repitieron Elise y su madre al unísono.

El nombre le sonaba conocido a Mary, pero no acababa de comprender.

—Flint eran el sepulturero del pueblo —explicó Elise a Mary—. Cuidaba del cementerio. Fue acusado de cosas terribles contra los cuerpos que se suponía debía proteger y mantener en sus lechos, ¿recuerdas?

Mary asintió.

—Wallace era el hombre vinculado con Horace Holbrooke que trabajaba para realizar el cuerpo de Darkling —añadió Leonard—. Había sido acusado y encerrado en las celdas encantadas, donde ni sus sombras podían ayudarlo a escapar.

Mary no entendió qué quiso decir Leonard con aquello de las sombras.

Wallace escapó de su celda, efectivamente, explicó su primo, con asistencia de alguien (o de algo) que le abrió la puerta desde afuera, pues era el único modo de salir de aquellas celdas. Wallace evadió a los oficiales que merodeaban por el edificio y subió a la azotea, donde todo River Town pudo verlo saltar al vacío; veinte metros de altura se alzaron

contra el viejo sepulturero. Algunos, que se lo cruzaron en el camino sin imaginar de quién se trataba, aseguraron a las autoridades que el hombre que parecía poseído. Aun así, nadie lo detuvo.

—¿Qué hay del oficial Sawyer? ¿Dónde estaba? —preguntó Elise.

Céline había parado de llorar a mitad del relato de su hermano. Tal vez no desconocía alguno de los detalles que Leonard contó, pensó Mary, pues su mirada, más que lacrimosa, parecía atenta. Sorbió por la nariz y se enjugó los ojos con un pañuelo.

—Estaba en el mercado —alegó Céline—. Yo lo vi, Sawyer estaba entre la multitud mirando a Wallace; Oakwater y Startclyde lo acompañaban.

—Efectivamente —corroboró Leonard—. Los tres estaban allí cuando todo sucedió. Intentaron evitarlo, pero cuando entraron al edificio el pobre desgraciado de Wallace Flint decidió que había llegado su hora de partir.

—Leonard, ¿crees que haya sido cosa de Darkling? —preguntó Alice.

La sola idea pareció estremecer a todos en la estancia.

Leonard reflexionó un poco.

—No estamos seguros —dijo finalmente—. Ni siquiera estamos seguros de que en realidad Wallace haya estado hechizado, pero es lo más probable. Darkling está en alguna parte, eso es algo que no podemos ignorar, y fácilmente pudo haber entrado furtivo a la comisaría, luciendo como Philip Holbrooke, para liberar... o lo que sea... a Wallace Flint.

—¡No fue Darkling! —soltó Elise—. Estoy segura.

Se encogió como una chiquilla asustada (o nerviosa, percibió Mary) cuando todas la miradas se clavaron en ella, incluyendo la del pequeño Vincent.

—¿Por qué estás tan segura, Elise? —inquirió Leonard, ceñudo.

—Yo... yo... —barbotó Elise—. Yo así lo creo. Es evidente. ¿Qué lograría Darkling asesinando a Wallace? ¿Librarse de un cabo suelto? ¿Qué pudo haber dicho el viejo Flint que le costara la vida o la muerte? Darkling no tiene tiempo para perder en juegos, eso quedó claro en su último ataque.

Tenía razón, debía admitir Mary. Pero había algo extraño en la voz de Elise, en el brillo de sus ojos. Sabía algo más que no estaba dispuesta a decir en ese momento. Quizás era la razón de sus raras desapariciones.

Quizás no.

Mary decidió descubrirlo.

—Tienes razón —asintió Leonard, abstraído—. Sin embargo, es una posibilidad que no podemos descartar. Darkling sigue libre, por lo tanto, debemos cubrirnos las espaldas. —Se volvió hacia Céline—. ¿Lo has entendido?

Céline lo miró absorta. Obviamente Leonard se refería a su fuga de los adiestramientos de combate de esa tarde.

Ella asintió.

—Bien —dijo Leo, satisfecho. Se puso en pie—. Hoy cenaremos todos juntos. En el comedor.

* * *

—Wallace Flint está muerto —aseveró Stephen Reedstter. Sonreía de oreja a oreja—. Su cabeza se fragmentó cuando golpeó el suelo, debiste verlo, Ephraim, los sesos desparramados, los gritos de terror de los pueblerinos, la sangre, ¡mucho sangre!, que salpicaba en todas las direcciones.

Los ojos de Reedstter brillaban sombríamente.

Westwick tragó saliva.

—Oh, por favor, no —dijo, asqueado—. Jamás quisiera ver una espantosa escena como aquella. Estaba en la iglesia Saint Peter, acompañando a mi viuda cuñada, cuando nos enteramos de los acontecimientos. El reverendo detuvo su sermón para calmar a los presentes, pues un loco entró de sopetón al templo y gritó a viva voz que Flint que se había lanzado de la azotea de la comisaria y estaba muerto. La algarabía estalló.

Gustaf escuchaba atentamente a Reedstter y a Westwick. Había estado en el mercado durante el escalofriante suceso de esa tarde; es más, había presenciado desde no mucha distancia al hombre que saltaba al vacío. En aquel momento, estaba acompañado por la señorita Katterblack, que, atónita, había dejado caer de nuevo su manzana.

«Se llama Céline», recordó. Era una belleza, de la clase de señorita que su padre aprobaría para un potencial matrimonio.

Céline Katterblack se había alterado tanto por el recién visto

altercado, que casi le había suplicado a Leonard que la ayudara a buscar a su madre y su cuñada, con quien había estado hace una instante entre la gente del mercado. Él, por supuesto, la ayudó como un caballero de brillante armadura.

A quien Gustaf no encontró durante la conmoción generada por la muerte del sepulturero, fue a Stephen Reedstter, que lo había dejado a su propio cuidado en el mercado para atender un asunto con un hado boticario llamado Baal, o eso le había dicho antes de alejarse sin más aviso. Entonces fue cuando conoció a la preciosa Céline.

—¿El resto de los miembros del Gremio ya fue puesto en aviso? —se le ocurrió preguntar Gustaf.

Stephen amplió la sonrisa.

—Por supuesto que lo saben —dijo. Entrelazó los dedos antes de agregar—: Todo el pueblo lo sabe. Es la comidilla.

Más tarde, cuando Ephraim Westwick se hubo marchado de la morada de los Reedstter, Gustaf tuvo la oportunidad para encarar a Stephen. Stephen se estaba levantando del cómodo asiento tras el elegantísimo escritorio de caoba cuando Gustaf le pidió que permaneciera allí un poco más. El gesto que dominó el rostro del señor Reedstter era una paradójica mezcla entre la inquietud, el desconcierto y la diversión.

Gustaf también tomó asiento. Iba a necesitar de todos sus bríos para poder actuar (y hablar) con mucho cuidado.

—Todavía no te he preguntado, Gustaf —inquirió Stephen—. ¿Cómo estuvo tu velada de anoche? ¿Ya escribiste el mensaje a tu padre?

—Sí —dijo lacónicamente Gustaf—. Esta mañana la he enviado mágicamente a Moscú.

Stephen se mostró impresionado arqueando las cejas.

—¡Vaya! —exclamó—. Eso ha sido muy rápido.

—Ha sido lo que tú me has solicitado.

—Así es. —Reedstter asintió—. Ahora, dime, ¿qué me querías decir?

Gustaf cuadró los hombros.

—Cateryna Dur —empezó—. ¿Te suena familiar?

—Dur —repitió Stephen, como sopesando el nombre. Frunció el ceño—. Por supuesto que sé quién es Cateryna Dur, Gustaf, es la Gran Ama del Clan Dur, a quien apodaron la Fecha Quebraza en honor a su padre,

Arrow Dur, conocido también como la Flecha Veloz. Los Dur son muy antiguos...

—Estuvo aquí —lo interrumpió Gustaf—. ¿No es cierto?

Quería evitar escuchar toda aquella palabrería sobre los Dur, quienes, durante cientos de años, habían asesinado a mucho de los hombres de la familia Wolfgang. Anoche, después de enterarse de la visita de Cateryna, Gustaf decidió que debía persuadir a Stephen para que lo llevara ante ella y poder vengar finalmente a todos sus antepasados.

«Mi padre se sentirá orgulloso —pensó. Cateryna era la última de la antiquísima estirpe de nigromantes Dur, así que si le daba muerte, los Altos Seguidores podrían sumarlo a sus filas y hacerlo parte de su importante consejo; quizás algún día hasta podría ocupar el puesto de su padre como su Principal—. Eso es todo lo que quiero.»

Reedstter se irguió hacia atrás.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—El aroma de los nigromantes es inconfundible. Lo olí apenas entré a la mansión.

—Posiblemente. —Stephen no estaba convencido; arqueó una ceja—. Pero ¿cómo podías saber que se trataba precisamente de Cateryna Dur?

—Giselle —dijo Gustaf, simplemente—. Sabe quién es Cateryna Dur, lo que me hace pensar que no es la primera vez que viene aquí. Has dejado entrar a un servidor de la oscuridad a tu hogar, eso podría poner en peligro las vidas de tu esposa y tu hijo Nathaniel, ¿has pensado en eso?

—Sí. —Stephen sonrió con desfachatez—. Y nada les ocurrirá, Gustaf. Cateryna Dur no está en el pueblo para atacar a los leales a su amo.

«Leales», pensó Gustaf, escondiendo su asombro. Reedstter se refería a Mormont. Helio IV Mormont era el Gran Amo a quien le rendía lealtad Cateryna. Reedstter le estaba confesando que era un vil traidor. Con todo, mantuvo el semblante impasible. «Podré acabar con dos presas de un solo tiro —se le ocurrió—. Mataré a Cateryna Dur y entregaré a este traidor a las autoridades de los Altos Seguidores.»

—¿Qué harás al respecto, Gustaf? —preguntó Stephen.

Gustaf respondió:

—Nada.

Si aquella palabra sorprendió a Stephen, éste no dio muestra de ello.

—¿Por qué? —preguntó.

Gustaf había previsto esa cuestión.

—Porque —respondió—, desde que Richard Wolfgang ocupara el lugar de su hermano como patriarca de la familia, hace más de ochenta años, los Wolfgang hemos servido a los Mormont. Y esto, Stephen, es otra cosa que tenemos en común.

Capítulo 17

TENEMOS CONFIANZA

El sótano de los Katterblack, que parecía abandonado desde que se edificara la mansión, estaba oscuro como una cueva. No hacía frío, lo que confortaba a Philip, ya que una cálida luz dorada se derramaba sobre su lecho. Fuera debía hacer un día hermoso, pensó. Luego se preguntó si viviría lo suficiente para encontrarse con un día como aquel de nuevo.

Probablemente no.

Él ni siquiera debería estar allí, se dijo airado, debería estar muerto, como su madre, su padre y Lucas. No debió haber elegido vivir, porque era doloroso. El recuerdo de aquella ominosa noche lo ahogaba cada vez que cerraba los ojos. En las sombras, los fantasmas lo asechaban.

Después algunos minutos inconscientes, tras haber hecho que la *Rhiptus* atravesara el pecho de Darkling, Phil había despertado en el suelo de madera de la Habitación de los Conjuros. El lugar estaba sumido en una opacidad escalofriante y el profuso silencio era atronador. Hacía frío. Lastimado por los brutales golpes que le propinó Mahlon West, Phil se arrastró por el suelo hacia la mesa donde estaba el cuerpo que Horace había hecho para el espectro. Se apoyó en el borde y, trabajosamente, consiguió ponerse en pie. Murmuró *Maqo lhe Yhight*, «que se haga la luz», y las antorchas de la habitación volvieron a llamear.

Vislumbró el cuerpo de Horace en el primero vistazo. No estaba herido, notó Philip (cuando más descansado logró arrodillarse junto a su tío para examinar sus heridas), no le había dado tiempo a Darkling de causarle mayor daño, sin embargo, un golpe en la cabeza lo había dejado inconsciente. Estaría bien, viviría, más de lo que podía decir otros. Richard Katterblack, por ejemplo. «Y Lucas», pensó entristecido.

Katterblack estaba sobre un charco de sangre cada vez más extenso sobre el suelo de la Habitación de los Conjuros. Cuando Phil reparó mejor

en Richard, notó que éste tenía los ojos abiertos y que su pecho ascendía y descendía ligeramente. «Está vivo», había pensado. Se acercó a Katterblack. El hombre, en sus últimas, aferró su mano con fuerza en la de Philip para instarlo a que se acercara más a sus pálidos labios. Quería decirle algo. La voz del señor Katterblack salió sofocada y bajísima como el murmullo del viento.

—Esconde —decía, agonizante—. Esconde.

Phil frunció el ceño.

—¿Qué? —preguntó.

—La gema.

Notó un objeto frío y duro en la mano que sostenía la del señor Katterblack. La gema de la muerte. Philip la tomó sin vacilación. La contempló un largo instante. Cuando volvió la vista hacia el señor Katterblack, éste tenía una expresión serena y la vista en el techo, sin vida. La sangre se había extendido por casi toda la habitación, empapando incluso a Horace.

Philip se levantó de nuevo y sacó a su tío, arrastrándolo por las manos, fuera de la habitación hasta el ático. Hizo lo mismo con Richard Katterblack. Limpió la sangre (lo mejor que pudo, pensó) con una sábana blanca y movió los viejos muebles de su lugar, así cuando encontraran los cuerpos —uno vivo y otro muerto— no buscarían el sitio donde en realidad ocurrieron los hechos. Vio que el espejo estaba oculto bajo otra sábana, en un rincón del ático, quien lo viera jamás sospecharía que se trataba del mismísimo oráculo del pasado.

Philip se metió la gema en el bolsillo y bajó a la segunda planta. Encontró a sus hermanos en la planta baja, en la habitación que compartían, guiado por un leve sollozo que llegaba hacia el pasillo. Reconoció la voz de Jason mucho antes de abrir la puerta de la habitación de sus hermanos. Una atmósfera fría y densa escapó del interior. «No, por favor —había pensado Phil—. No, no, ¡no!» Cegado por el dolor, entró precipitadamente a la habitación y se acercó a la cama de Lucas. Jason sollozaba a lágrima viva con el rostro allanado en la sábana que cubría los pies de su hermanito interfecto.

Phil se sentó a su lado y le puso una mano en el hombro. Jason se irguió de súbito, asustado. Tenía el rostro congestionado por las lágrimas, el cabello rubio revuelto y sangre (de Lucas, supuso) en las

mejillas. Cuando vio que se trataba de Phil, su rostro se relajó y empezó a llorar de nuevo. Esta vez, Philip se le unió; lo abrazó y se consolaron mutuamente. Entre las sombras, yacía el cuerpo de Lucas en su lecho, plácido, como si hubiera muerto en un sueño del mismo modo que su madre años atrás.

«No fue así.» Lucas tenía marcas moradas en el cuello y sangre coagulada en el cabello producto del golpe que recibió cuando West lo embistió contra el suelo de la sala de estar. Mahlon West lo habría asfixiado después de aquel incidente, reflexionó (la ira se encendía en su pecho como las llamas calando la brea), y no solo eso. Bajo las sábanas, notó Phil, el cuerpo de su hermanito estaba descubierto. Seguramente...

«No.» Sacudió la cabeza; mejor no pensar en ello.

Aquel gesto provocó que las cadenas de plata tintinearan. Phil suspiró.

Miró su reflejo en el espejo (una de las antigüedades que los Katterblack guardan en aquel tétrico lugar) que tenía en frente, inclinado contra un escaparate cubierto con una sábana blanca. Era poco lo que Phil podía ver de su rostro en aquel cristal, apenas un contorno esbozado por la luz nocturna que entraba a través de la ventana del costado superior, y un lado del perfil de su nariz. Podía ver el centelleo de sus ojos entre las sombras.

Después de llorar a su hermano, Philip y Jason salieron de la habitación como criaturas taciturnas vagando en la madrugada. Los miembros del Gremio no tardarían en llegar, reflexionó Phil, en caso de que descubrieran lo que había ocurrido en la casa Holbrooke. «Debemos escapar», pensó involuntariamente. Jason tenía la mirada perdida y la cabeza descolocada, por lo que Phil tuvo que decirle repetidamente que bajara a la sala y aguardara por él ahí.

Jason, por primera vez en mucho tiempo, no lo cuestionó. Lo obedeció ciegamente.

Phil había aprovechado ese tiempo a solas en la planta superior para ocultar la gema de la muerte en un compartimento secreto que había en el suelo de madera de su habitación. A continuación regresó al ático (mejor dicho, a la Habitación de los Conjuros) y se cargó sobre el hombro el cuerpo que Horace había dispuesto para Darkling.

—¿Qué es eso? —había preguntado Jason cuando se reunieron en la

puerta principal.

—La obra de Horace.

—¿De qué hablas?

Phil jadeó. Le dolían las costillas.

—Te cuento luego. Debemos escapar de aquí ahora.

—¿Adónde iremos?

Phil se limitó a responder:

—Al bosque.

El estómago le rugió. Se movió y las cadenas de plata cantaron. Echó otro vistazo a su reflejo en el espejo; esta vez, en lugar de su rostro, sólo halló oscuridad, pensó que debía ser noche cerrada fuera. Sus tripas gimieron. Phil apretó los labios. Se irguió cuando oyó un sonido de pasos entre las sombras.

—¿Philip? —llamó Elise, desde una distancia segura donde Phil pudo reconocer su silueta entre las sombras—. Phil, ¿eres tú?

—Sí. Elise. —No pudo evitar una sonrisa—. Soy Phil.

La joven emergió de la oscuridad como un ángel salvador. Más que un ángel, una diosa. Elise se acercó cautelosa. Phil se levantó de su lecho improvisado (eran varias copas de sábanas que habían dispuesto en suelo cerca de las argollas que asían sus cadenas) y se mantuvo distante. Ella avanzó otro paso, Phil, en consecuencia, retrocedió otro; las cadenas repicaron. A veces se olvidaba de la maldición que llevaba dentro, una maldición que podía irrumpir en cualquier momento y dañar a Elise. «Yo no lo permitiré. Moriré antes de que Darkling le ponga sus manos encima.»

Un eco en su cabeza le recordó: «Si tú mueres, él regresará a través de Jason.»

—Te he traído un poco de la cena de esta noche —indicó Elise. Extendiendo las manos y le entregó los alimentos envueltos en un pañuelo blanco.

Phil lo aceptó.

—Gracias, Elise.

Se escuchó una voz que venía desde atrás y varios pasos que se acercaban.

Elise y Phil se volvieron al unísono. La atmósfera se congeló.

—¿Elise? —decía la visitante inesperada. Phil registró la voz—. ¿Qué

haces...?

No acabó la frase. Cuando sus enormes ojos verdes repararon en Phil, a escasos pasos de Elise, sus palabras quedaron flotando en el aire.

* * *

La cena fue una velada tranquila y llena de silencios. Dondequiera que mirase Mary —y seguramente a Elise y Céline también— le llegaba recuerdos de la última vez que estuvo en aquella estancia. El comedor. Escondió un estremecimiento cuando recordó la más vívida imagen que tenía de esa terrible noche: la cara de Darkling emergiendo de las sombras en el lugar que antes ocupara Richard Katterblack.

Otro detalle extraño que Mary advirtió, al final de la velada, era Elise observando su plato, casi intacto, con una mirada reflexiva. Las criadas reaparecieron en la estancia para llevarse los platos de los señores, y en el momento que Tara se inclinaba junto a Elise para retirar su plato, Elise la tomó delicadamente por el brazo y le susurró algo al oído. «Probablemente comerá el resto del cordero en su habitación —pensó Mary—. Como ha estado haciendo con las últimas comidas este mes.» Entonces recordó la férrea certeza en la voz de su prima cuando se intentaba inculpar a Darkling de la muerte de Wallace Flint.

Elise sabía algo. Mary decidió averiguar ¿qué?

Cuando acabó la cena, la familia se dispersó por toda la casa. Era el momento, sí, Elise intentaría desaparecer mágicamente y de un modo muy sospechoso. Antes vio cómo Tara le entregaba lo que seguramente eran los restos de su comida envueltos en un fino pañuelo blanco.

Mary se ocultó tras una pared mientras la transacción ocurría. Había enviado a Sam a su habitación; Céline, tía Alice y Coselin habían hecho lo propio a sus respectivos dormitorios; Leonard, en cambio, estaría redactando algunos documentos en el estudio antes de irse a dormir. En fin; Tara le entregó el envoltorio a Elise y se marchó con premura. Elise lanzó una mirada subrepticia a los costados para comprobar que no hubiera nadie. Mary se había ocultado al tiempo justo para que no la viera.

Tal como se imaginó, Elise se puso en marcha, y no hacia la planta superior, donde estaba su habitación. Mary, discreta, siguió sus pasos a

través de pasillos de la mansión Katterblack que no había pisado antes. Estaban poblados por sombras espesas y hacía un frío que calaba hasta los huesos. Continuó siguiendo los pasos de Elise, que, al parecer, no reparaba en el golpeteo que producían sus tacones contra el suelo.

«¿Adónde vas?», se preguntó Mary. Aunque debió preguntarse a dónde iba ella.

Finalmente, Elise se detuvo ante una puerta y descendió unas escaleras. Oyó sus pasos bajando los peldaños. Cuando el sonido cesó, Mary se acercó a la misma puerta y observó desde arriba. Aquel sitio parecía un sótano (claro, era un sótano, los Katterblack debían tener uno), y estaba tan oscuro como la boca de un lobo. El recuerdo de Richard Katterblack enseñándole el secreto Arsenal por primera vez invadió su mente: antes de que las antorchas se encendieran, el Arsenal le había provisto una imagen similar a la de la boca de un lobo. Una escalofrío le recto por la espalda y la hizo dudar si debía bajar o no.

«Pero Elise bajó allí», pensó. Y lo había hecho sin vacilar.

Ella tampoco lo haría. Bajó.

Lo primero que pensó al terminar el tramo de las escaleras fue que debió llevar una vela consiguió. Sin embargo, se dijo, ¿cómo pudo haber previsto que Elise la conduciría hasta el sótano? No se le habría ocurrido ni en cien años. Avanzó algunos pasos hacia lo que podría ser el frente y, al cabo de unos segundos, entrevió una luz distante que entraba por una ventanilla.

Oyó voces a medida que se acercaba a la luz. Una era la voz de Elise; la otra, no alcanzaba a distinguirla. Temió lo peor.

—Elise —llamó en tono moderado. Siguió avanzando hasta que vio la silueta de su prima.

Efectivamente, no estaba sola. Escuchó un tintinar de cadenas. Sintió como la piel del brazo se le ponía como de gallina, pero aun así no se detuvo. Avanzó despacio, cautelosa, hasta que la fría luz despejó las sombras y descubrió el rostro de la silueta del hombre que acompañaba a Elise.

—¿Elise? —preguntó Mary—. ¿Qué haces...? —Sus palabras quedaron interrumpidas por el pensamiento: «Oh, Dios, pero si es Philip.»

* * *

Céline retornó a su dormitorio después de la cena, acosada por los aterradores recuerdos de aquel día y de la noche que murió su padre, todo mezclado en su cabeza como un torbellino con vientos huracanados. Exhaló hondo. «No debo pensar más, solo dormir.» Abrió la puerta con expresión ausente y entró.

Tardíamente, mientras intentaba por sí sola sacarse el corpiño, cayó en la cuenta que no estaba sola. A través del espejo ovalado de cuerpo entero divisó una sombra a sus espaldas que avanzaba a pasos certeros hacia ella. Céline se volvió de sobresalto. Quiso gritar, pero unas manos alcanzaron antes su boca.

—Shhh... —murmuró Rolan—. Soy yo, Céline. Rolan.

Apartó las manos de ella. Céline suspiró profundamente.

—Rolan, ¿qué haces aquí? —preguntó. «Qué estúpida; siempre vienes aquí, cuando todos duermen»—. Quiero decir, ¿qué haces aquí esta noche?

Rolan le rodeaba la cintura con sus fuertes brazos.

—Supe lo que ocurrió hoy en el mercado —comentó—. Y que estuviste allí cuando Flint acabó con su miserable vida. Quería asegurarme de que estuvieras a salvo, mi Céline. —Le plantó un beso apasionado en los labios. Céline apenas tenía dominio de sí misma para corresponderle—. Ahora lo sé.

—Sí. Estoy bien. —Céline se apartó sutilmente de los brazos de Rolan y caminó hacia la cama, donde se sentó con gesto contrito y se sostuvo la cabeza con las manos como si le pesara sobre los hombros—. Fue... terrible —suspiró.

—Lo puedo imaginar —dijo Rolan.

«No, no puedes», se contuvo de decir Céline. En ese momento estaba experimentando una mezcla de intensas emociones en su interior que jamás esperó sentir. ¿Qué le estaba sucediendo? ¿Se estaría volviendo loca? No era posible. Alzó la mirada y vio que Rolan, de pie, seguía en el mismo lugar donde lo dejó como si le diera espacio para respirar. Y lo agradecía.

Extendió la mano hacia él. Rolan, siempre dispuesto, se acercó precipitadamente y se sentó a su lado. Cogió la mano de Céline entre las suyas y murmuró «shhh» para consolarla de sus turbios pensamientos. Eso también lo agradeció. Quería ser consolada, sí, quería que la

arrebataran de su cuerpo y la despojarán del mundo infectado de criaturas como Darkling. Quería olvidarse de todo. Recostó la cabeza en el pecho de Rolan y cerró los ojos. Rolan le acariciaba los cabellos, como hacía mucho tiempo hizo su padre para sosegar sus sollozos cuando se lesionó jugando a las escondidillas con Leonard y Elise en el jardín.

—Tranquila, mi pequeña —decía, y le acariciaba el cabello con sus dedos gráciles—. Ya pasó.

Lágrimas se deslizaron por las mejillas de Céline cuando aquel recuerdo destelló en su cabeza. Fue doloroso y reconfortante. «Tranquila, mi pequeña. Ya pasó.» Suspiró hondo. Se apartó del resguardo que le proporcionaba Rolan en sus brazos. Quería ser reconfortada, pero no de la misma forma que hizo su padre.

—¿Qué haces? —murmuró Rolan.

—Shhh... —Céline se sentó sobre su regazo y le rodeó el cuello con los brazos—. Bésame.

Rolan era más alto que la mayoría de los jóvenes de su edad y de piel oscura; tenía brazos fuertes y una barbilla solemne; su cabello era negro rulo y las cejas tupidas que profundizaban su mirada. Su padre había considerado que el color de Rolan era un defecto, pero Céline pensaba que era su atractivo más destacado. Además, claro, del que tenía entre las piernas...

—Bésame —repitió Céline.

Y Rolan obedeció.

* * *

Al principio, todo fue confuso. Luego las dudas se disiparon como sombras expelidas por la luz del día. Philip llevaba oculto en el sótano de los Katterblack cerca de un mes, el mismo tiempo que Elise llevaba comportándose extraño, pensó Mary. Oyó la historia del muchacho, sobre los acontecimientos que tuvieron lugar en la casa Holbrooke, durante la funesta e inesperada visita de Darkling y Mahlon West.

—¿Una semana después? —repitió Mary, arrugando el ceño—. ¿Dónde estuviste todo ese tiempo? El Gremio te buscó en todos los lugares posibles.

—Jamás salí de los límites de River Town —respondió Phil—. Estuve

oculto en el bosque, por Loreen y los hijos del Bosque, mi hermano y yo. Nos ocultamos en una pequeña cueva secreta que los centauros y los trolls erigieron para nosotros por orden de la Líder.

—¿Loreen te ocultó?

—Sí. —Phil sonrió contrito.

Mary no pudo evitar fijarse en las cadenas que lo ceñían a la pared del costado; eran de plata, pero resistentes. Sabía, gracias a la Enciclopedia, que aquel metal servía para neutralizar la magia. Quizás también neutralizara la magia que mantenía la maldición de Darkling. No era probable, pensó, sino Philip cargara un ligero brazalete de plata en su brazo en lugar de pesadas argollas. Esa conjetura reavivó su temor. Darkling podía aparecer en cualquier momento.

«Y pensar que estuve a punto de abrazarlo.» Suerte que Elise la detuvo a tiempo.

—Lamento lo que le ocurrió a tu hermano, Phil —dijo Mary—. Y a tu tío.

Phil bajó la mirada.

—Elise me contó que Horace se envenenó con cianuro y que los Altos Seguidores me condenaron a muerte y a Jason a ser enviado a Moscú para estudiarlo como un rata de laboratorio. —Su voz se oía sombría, enfurecida—. No puedo permitirlo.

—El Gremio decidió que no consumirían los dictámenes de los Altos Seguidores, Phil —intervino Elise—, no lo olvides.

—No lo olvido.

—¿Dónde está tu hermano, Phil? —inquirió Mary. Recordó al joven de aviesa mirada jade y cabello rubio que conoció en el baile del solsticio—. Me refiero a Jason.

—En el bosque. —Philip la miró—. Yo decidí huir del bosque cuando se me ocurrió que Darkling podía intentar dañar a alguno de los Hijos del Bosque o a Jason. Loreen me sugirió a que viniera aquí («Los miembros del Gremio no hurgaran bajo sus propias narices», me dijo), yo, por otra parte, confiaba en que Elise estaría dispuesta a ayudarme. —Eché un vistazo hacia Elise, que estaba ruborizada e intentaba esconder una sonrisa. Luego continuó—. Loreen aceptó cuidar de Jason, en el bosque, mientras las aguas se calmaban.

Mary se horrorizó.

—¿Y los has abandonado? —exclamó—. ¡¿AL CUIDADO DE LOREEN?!
Philip se encogió de hombros.

—No sabes lo que Loreen es capaz de hacer, Philip —continuó Mary, alterada—. Loreen es malvada, manipuladora, mentirosa, entregará a Jason al Gremio cuando le convenga. —Y ese era el menor de los problemas, pensó Mary, a Loreen le gustaba retozar con jovencitos—. Debemos sacarlo de...

—No lo hará —la interrumpió Phil—. Me lo ha prometido.

—No puedes creer en su palabra.

—También hay otra razón.

Mary avanzó un paso. Quizás si le propinaba una bofetada, Phil entraría en razón. «¿Acaso no me ha escuchado cuando dije que Loreen era una manipuladora y mentirosa?» Si ese había sido el caso, una bofetada no serviría más que una simple reiteración. Sin embargo, Mary le dio una oportunidad.

—¿Qué razón, Phil? —preguntó.

Phil suspiró hondo.

—Loreen —dijo, despacio— es mi tía.

Sin dar crédito a sus oídos, Mary observó el rostro inexpresivo de Philip buscando algún rastro de duda. Echó un rápido vistazo hacia Elise, que parecía congelada en el tiempo. Movi6 la cabeza asintiendo.

Mary volvió la mirada hacia Phil.

—¿Qué...?

—Es cierto —se precipitó el joven—. Darkling me lo dijo la noche entró a mi casa. Loreen es hermana de mi madre. —Hizo una pausa, suspirando hondo, antes de agregar—: Y también tu madre, Mary. Nuestras madres fueron hermanas. Eso quiere decir que tú y yo somos...

—... primos —atajó Mary, tribulada.

—Así es —asintió Phil—. Y Loreen es nuestra tía.

—Yo lo sabía —soltó Mary. Clavó la mirada en Phil—. Ya sabes, que Loreen era mi tía, pero tu madre... Debí sospecharlo... Yo no estaba segura si debía decírtelo... yo... —Sus ojos se anegaron de lágrimas que le resbalaron por las mejillas. Quiso abrazar a Philip, que era de su sangre, su familia, pero se contuvo—. Yo, de alguna forma, lo sabía.

—¿Cómo? —preguntó Phil; también tenía los ojos húmedos.

—La melodía que interpretaste en piano en el baile del solsticio —

explicó—, es la misma que mi madre nos cantaba a mí y a Sam cuando éramos unos chiquillos; a veces también para calmarme después de tener pesadillas. —Miró fijamente a Phil—. Me dijiste que tú madre la tocaba y terminaba llorando. Me dijiste que no sabías cómo se llamaba. —Se acercó al joven encadenado—. Yo sé cómo se llama, Phil.

Philip rompió a llorar.

Mary lo abrazó sin más. Y entre lágrimas susurró el nombre de la melodía.

Nite' Choorm. Que significaba «Hechizo Nocturno».

* * *

La mujer blanca se acercaba entre los árboles que proyectaban sus sombras hacia la cabaña Treddaway. Una corona de flores orlaba su preciosa cabellera blanquecina y su rostro era negro absoluto. Extendió sus manos hacia adelante, susurrando «Ven conmigo, Andrew», y avanzaba. Cada vez más cerca...

—¡No! —gritó Andrew. Se irguió y ladeó la cabeza de un lado a otro, alarmado por la vívida pesadilla, pero no había nadie más en su habitación. Ni siquiera Abby, pensó. Qué extraño. Su hermana siempre acudía a su habitación cuando despertaba abruptamente de un mal sueño como aquel.

«Como si pudiera defenderme de las zarpas de Mahlon West.» Sin embargo, no había soñado con el nigromante.

Una vez sosegada su respiración, se enjugó el sudor de la frente y el cuello con la sábana. Salió de la cama y se calzó con unas botas de cuero que alguna vez fueron a su padre. La única ventana de su habitación estaba cerrada, pero la luz de la luna atravesaba los surcos. Imperaba el silencio. Después, se oyeron voces. Andrew se levantó de la cama.

—Abby —llamó sosegado. Abrió la puerta y salió al pasillo.

Las voces se oían con más claridad. La de su hermana le era inconfundible a Andrew.

Cuando entró a la sala de estar, vio la silueta de Abby, de pie en el umbral de la puerta principal, dándole la espalda. Estaba tensa. Parecía estar gritándole a alguien desde su sitio. Andrew también divisó el arcó y la flecha con que apuntaba hacia el bosque.

«El bosque no», pensó.

Entonces reconoció la otra voz.

—¡... vete ahora! —bramó Abby, airada.

—Lo haré —dijo Loreen—, querida, cuando hable con vuestro hermano.

Andrew se abrió paso a un costado de su hermana y salió al exterior, donde estaba la Líder del Bosque, como un fantasma blanco en medio de la negra noche. Sonrió. A espaldas de Andrew, Abby bajó el arco y la flecha con expresión absorta. El aire se elevó y agitó las hojas de los árboles. No cantaron esta vez.

—¿Qué quieres? —preguntó Andrew, hosco.

—A ti, mi querido. —Loreen sonrió.

Luego avanzó un paso; Andrew retrocedió otro.

—¿Qué quieres, Loreen? —Habló con más brusquedad—. ¿No has tenido de mí suficiente?

—No —dijo Loreen—. Jamás he tenido suficiente, Andrew. Me debes una promesa. Me prometiste una última noche si te decía dónde encontrar al hermano de Mary Cartwright; yo cumplí con mi parte, es tú turno...

—Maldita... —bramó Abby, que pasó junto Andrew con claras intenciones de atacar a la Líder.

—¡No! —vociferó Andrew. La agarró por el brazo y la detuvo. Loreen ni siquiera se había inmutado ante el perentorio arrebató de la muchacha, como si no temiera a la muerte. Con todo, Loreen era intocable, su muerte a manos de un seguidor de la luz suponía la ruptura de la alianza entre los Hijos del Bosque y los Seguidores del River Town, todos quedarían desprotegidos y hasta se pudiera desatar una ofensiva. Abby y Andrew serían echados del pueblo... si es que no morían antes.

El bosque quedó en silencio.

—Creí que teníamos confianza, Andrew —empezó Loreen. El viento hacía ondear su falda de tul.

—¿Confianza? —Andrew (se habría reído en otras circunstancias) frunció el ceño—. Me enviaste directo al Infierno, Loreen. Tú y esa maldita de Claudine. Por tu culpa acabé en la guarida de West. Sé que sabes lo que hizo el nigromante conmigo, lo sabes del mismo modo que sabes muchas otras cosas. Pudiste haberlo evitado, Loreen. Y no lo

hiciste. Eres malvada...

—¡Tu padre...! —intentó Loreen.

—¡No me importa mi maldito padre...!

—¡...me hizo una promesa hace mucho tiempo! Agustín y yo teníamos confianza. Él cumplió con su palabra, Andrew, la sigue cumpliendo. Tú debes hacer lo mismo. Tu padre volverá cuando haya terminado su labor.

—¿De qué estás hablando? —inquirió Abby, más sosegada que antes.

—Tú padre está vivo —aseveró Loreen. Sonrió—. Yo sé dónde encontrarlo.

—No me importa —dijo Andrew.

—Andrew... —repuso Abby después. Era innegable que a su hermana sí le importaba.

—Cumple tu promesa —siguió Loreen—, y yo cumpliré la mía.

—¿Cómo sabré que será así? —tanteó Andrew.

—Tenemos confianza, ¿no? —dijo cínicamente la Líder del Bosque.

Andrew compartió una mirada con su hermana, que lo miraba con un brillo esperanzador en sus bellos ojos azules. Quería ver a su padre, claro está, pero no quería que Andrew se ofendiera a cambio de su deseo. «Lo haré —pensó Andrew, sabiendo que Abby lo escuchaba. Su hermana negó con la cabeza. Él agregó—: Tenemos confianza, Abby, tú y yo. Confía en mí.» Esta vez, Abby asintió.

Andrew se volvió hacia Loreen.

—Acepto —dijo—. Mañana. Cuando caiga la noche.

Loreen sonrió.

—Has elegido sabiamente, Andrew. Como lo hizo tu padre.

* * *

Mary y Elise subieron lentamente las escaleras que ascendían del sótano hasta los corredores de la mansión. Meneando las cabezas continuamente, de un lado a otro, evidenciaron que no había nadie cerca. Entre risas, siguieron su camino por el trayecto, una tomada del brazo de la otra como parejas en un baile hacia sus respectivas habitaciones. Mary se sentía como en una burbuja de felicidad, eso había provocado su reciente encuentro con Phil.

«Tienes más familia de la que crees», pensó Mary. Se abrigó con aquellas palabras. Imaginó que jamás estaría sola, puesto que su vida sólo había sido colmada por sus padres, Sam y la señorita Green; al perder a sus padre y, luego, a la señorita Green, se había sentido perdida también; que únicamente le quedaba su hermano (que por él debía ser fuerte, recordó); que se tenían uno al otro y nada más.

Ahora era parte de la familia Katterblack y quizás algún día se convirtiera en una Hornwood, como el padre que le fue negado, entonces tendría otros hermanos. Además, tenía primos, sí, por el lazo de sangre entre su madre y la madre de Phil. Con todo, se dijo, Loreen también era de su familia. No estaba sola y no lo estaría jamás. En River Town había encontrado una parte perdida de sí misma, fragmentos de un pasado familiar escondidos en un entresijo de sombras que la rodeaban. Sonreía.

Estaban atravesando un ominoso pasillo que las conduciría al recibidor, cuando a Mary se le ocurrió preguntar:

—Elise, ¿por qué había un espejo?

La sonrisa se desvaneció gradualmente del pálido rostro de Elise. Mary deseó no haber dicho nada.

—No lo sé —dijo Elise, con la vista baja. Llegaron al recibidor y se detuvieron al pie de las amplias escaleras. Suspiró hondo—. He querido preguntarle a Phil; él me pidió que lo pusiera en ese lugar después que lo encadenara. A veces creo que tiene conversaciones con... con...

No acabó la frase. Se estremeció.

Mary le puso una mano en el hombro.

—Con Darkling —completó.

Elise asintió rápidamente. El recibidor estaba oscuro y solitario en partes iguales.

—¿Alguna vez lo has visto? —preguntó Mary—. A Darkling, quiero decir.

Elise abrió mucho los ojos.

—No —dijo sombríamente—. Pero, a veces, lo he escuchado. Antes de acercarme a Phil, pregunto «¿Eres tú?». Casi siempre es Phil. Otras veces, no.

Guardaron silencio. Después, se volvieron hacia las escaleras y subieron en silencio.

Antes de entrar a su propia habitación, Mary se dio una vuelta por la de Sam, que estaba profundamente dormido. Le subió la sábana hasta el cuello, pues hacía mucho frío, y le besó la frente. Después retornó a su recámara.

Al entrar, fue abrazado por un aire gélido como el tacto de las manos de un muerto sobre su pellejo. Extraño, pensó, puesto que las ventanas estaban cerradas. Se desvistió con premura, mirando la pila de libro sobre su mesita de noche tanteando una posible lectura antes de pernoctar. Se puso su camisón y se metió entre las sábanas.

—Mary.

Ésta abrió los ojos de golpe.

«No, no, no», pensó, al tiempo que se erguía. Se subió la sábana hasta la mitad de la cara y movió los ojos. Había reconocido la voz, sí, aquella voz le era inconfundible. Los ojos se le anegaron de lágrimas cuando comprobó que se trataba de su madre; estaba bajo el haz de luz de luna que entraba por la ventana, tal y como la recordaba de aquella noche en el jardín Katterblack.

Se apartó la sábana de la cara y se enjugó las lágrimas.

—¿Mamá?

—Sí, cariño. —Su madre extendió los brazos hacia ella—. Soy yo.

Mary emergió rápidamente de la cama y echó a correr hacia su madre como la última vez. «Como la última vez», fue el eco que cruzó su cabeza en la fracción de segundo que la separaba de los brazos de su madre, pero ya era demasiado tarde. Aquellos brazos se cerraron en torno a ella.

En esta ocasión, Mary no sintió nada. Nada en absoluto.

* * *

Tocaron la puerta: apenas unos golpecillos. Nada que temer. Rolan irguió la cabeza, asustadizo, y Céline se llevó una mano a los labios instándolo a que hiciera silencio. «Se trata de Olee», quiso decirle, pero decidió no hacerlo. Se levantó. Cubrió su desnudez con una sábana y cruzó la habitación. Antes de abrir, echó una mirada a Rolan, que seguía erguido y con gesto aprensivo, desnudo entre las sábanas.

Le sonrió con picardía y, acto continuo, abrió la puerta.

Se trataba de Olee, efectivamente. La criada tenía una mirada

vibrante, nerviosa.

Céline había notado cierto comportamiento extraño en Elise durante la reunión que tuvo lugar en la sala común, después del espantoso acontecimiento en el mercado de River Town, así que le encargó a Olee que la vigilara, en parte para descubrir la razón del extraño comportamiento de su hermana y sus misteriosas desapariciones.

—¿Has descubierto algo? —preguntó Céline.

—Sí, señorita.

—¡Vaya! Eso fue más rápido de lo que preví. —Y agregó en voz baja —: Cuéntame.

Olee obedeció.

Al parecer, Elise ocultaba algo en el sótano, Olee no se atrevió a descubrir qué era, puesto que el sótano le parecía un lugar oscuro y tenebroso (la rolliza criada se estremeció al describirlo), y Céline estuvo de acuerdo con ello. Y lo que era más curioso, había visto a Mary bajar al sótano posterior a Elise. Ambas chicas no salieron del sótano hasta después de un largo rato. Olee se había acercado al umbral para intentar oír algo.

—¿Y qué oíste? —preguntó Céline. Estaba asomada a medio cuerpo en el pasillo. Sentía la mirada de Rolan en su espalda.

—Voces—contestó Olee; la voz le temblaba—. Tres voces, me parece, señorita.

—Tres —repitió Céline. Reflexionó un instante quién podría ser la tercera voz, pero no llegó a una conclusión. Sintió una mano agarrándole la nalga y se estremeció. Advirtió que Olee bajaba la mirada—. Gracias, Olee —se apresuró a decir—. Eso es todo. Buenas noches.

—Señorita, no quiere saber que...

La mano de Rolan se deslizó bajo su bata rozándole la parte interna de los muslos. Céline se estremeció.

—No —dijo, tan firme le fue posible—. Será mañana. Iré... yo... misma... Buenas noches.

Y, sin más, entró y cerró la puerta.

* * *

La luz de luna lo reconfortaba. A veces contemplaba el haz de luz blanca

que atravesaba la única ventanilla del sótano Katterblack hasta que los ojos se le ponían pesados como rocas y el inevitable momento llegaba. Con un profundo bostezo, Philip se acostó en su lecho improvisado con sábanas y paños, hecho un ovillo. Esbozó una sonrisa, evocando el reciente recuerdo de su encuentro con Mary; los abrazos, las lágrimas, las palabras...

Pensó que jamás estaría solo; eso lo hizo sonreír como no lo había hecho en semanas tras la muerte de Lucas. Echaba de menos a su hermanito, su añoranza empañaba cualquier dicha, pero esa vez fue diferente.

Otro bostezo lo alcanzó. Se disponía a dormir cuando escuchó la voz. «Familia. —Era Darkling—. Mi niña y tú son familia y hasta ahora lo has descubierto.»

Philip intentó reprimirlo de su cabeza, ignorarlo, pero aquella criatura que se escondía en su subconsciente era cada vez más insufrible. La maldición de los Hornwood se había manifestado de forma diferente en Phil; las cadenas de plata tenían mucho que ver, meditó, puesto que desde que la maldición se transfiriera a los Holbrooke, Philip no se había transformado en Darkling, como en otrora le ocurriera a sus antecesores.

Si bien no se habían transformado en Darkling aún, la criatura estaba presente, la mayor parte del tiempo, en su cabeza; oía su voz chirriante, grave, mortuoria. A veces luchaba por salir, a veces sus partes (como aquellas espantosas manos cadavéricas o su voz) terminaban manifestándose. Philip se resistía. Darkling era cada vez más fuerte.

«Eres más premioso de lo que preví —prosiguió Darkling—. Regina y Sylvia eran hermanas. Loreen, la endemoniada mujer hada, también.» Phil deseó haber tenido una vela, la luz con calor tendía a sofocar aquella incesante voz en su cabeza; se dijo que para la próxima visita de Elise, le pediría algunas. «Y pídele un beso —dijo Darkling—. Así pues, cuando se acerque, podré estrecharla fuertemente entre mis brazos.»

Phil abrió los ojos de golpe y se irguió.

—¡NO! —gritó.

Y, de pronto, ahí estaba la sombra que se ocultaba bajo su piel, en el cristal del espejo con borde dorado que estaba erguido ante él como si fuera otra persona. Entre las sombras, reconoció la monstruosa figura del costado de su rostro, la piel grisácea que brillaba como plata con la

luz de la luna de su lado, y aquellas feas protuberancias en la frente, los pómulos y el mentón, como si cuernos intentaran salirle de debajo de la piel. Sus dientes eran amarillos fluorescentes, que destacaban entre las espesas sombras que permanecían bajo su rostro y el cuello, y sus ojos... tan negros que parecían cuencas vacías.

Philip, involuntariamente, se llevó las manos a la cara y palpó. No sintió protuberancia ni frialdad, sólo piel cálida y tersa sobre los huesos. Aquello lo habría aliviado. No obstante, cuando fijó su atención en el espejo, Darkling seguía allí, sonriendo de oreja a oreja, sombríamente.

«Puedes verme, lo sé —musitó—. No puedes evitarlo aunque lo intentes, Philip. Ahora soy parte de ti. Y fuiste tú quien tomó la decisión de que así fuera. Obsérvame. Estás atrapado. No tienes salida. Salvo...»

—¿Qué? —soltó Phil, inquieto. Haría lo que fuera para librarse de Darkling, pensó, lo que fuera.

Darkling debió haber oído ese pensamiento, porque amplió más la sonrisa.

«Ya lo sabes, Phil, tienes ambos instrumentos en tu poder. —Suspiró—. Si quieres librarte de mí, antes deberás convertirte en el Liberador. —Habló con ironía, haciendo reseña a la profecía de Ben Holbrooke, la verdad sea dicha. Phil sabía exactamente lo que Darkling quería: quería que completara el hechizo—. Así es. Quizá no me equivoque tanto contigo. Deberás realizar la ceremonia que me pondrá en mi cuerpo.»

Philip apenas dio crédito a su siguiente pregunta:

—¿Cómo?

«Ya te dije, Philip, tienes en tu poder los tres instrumentos necesarios para llevarlo a cabo: el cuerpo, la gema de la muerte y, ahora, a la muchacha.»

—¿Mary? —repitió en un murmullo. Luego vociferó—: ¡NO! No dejaré que le hagas daño. Me has quitado a mi hermano y a mi tío, no me quitarás a la familia que me queda. Si ese es el precio que debo pagar, pues prefiero la muerte. —Cogió el pesado volumen de su última lectura con Elise (*Don Quijote*), que tenía a un lado de su lecho, y lo arrojó contra el espejo; el cristal se agrietó y cayó en pedazos contra el piso. Phil continuó—: Jamás dejaré que le hagas daño a nadie más. Siempre seremos uno, tú y yo. Siempre.

Se recostó, agradecido de no oír más la voz de Darkling.

A la mañana siguiente, cuando se despertó, tenía sangre en las manos.

Capítulo 18

HALLAMOS LUZ

—¡De todas la malas ideas esta se lleva la palma! —exclamó Abby—. Podrían asesinarte. Loreen tiene leales entre los Hijos del Bosque que con gusto te ensartarían con una lanza ante la menor tentativa de amenaza de tu parte contra su Líder. Rumos, como bien sabes, sería el primero en intentarlo.

—Qué lo intente —dijo Andrew.

—Hablo en serio.

—Yo también.

Andrew cruzó los brazos sobre el pecho y arqueó una ceja. Abby lo fulminó con la mirada. «A veces eres tan testarudo como una mula briosa», pensó. Su hermano, como si hubiera oído aquel elocuente pensamiento, esbozó una torcida sonrisa.

—Sé lo que estás pensando —afirmó—. Qué soy un tozudo, ¿no es cierto? —No esperó respuesta; era verdad—. Debo admitir que tienes razón, con eso de que Loreen tiene leales y Rumos es quien los encabeza. No obstante, hay quienes no están muy satisfechos con las recientes gestiones de su Líder. Otros, incluso, le guardan profundo rencor por la muerte de su antecesora, dicen (muy discretamente) que Loreen tuvo que ver en su muerte.

—Rumores —replicó Abby, y caminó hacia la ventana. Fuera hacia un día precioso aunque el cielo era gris—. Loreen tiene más leales que detractores.

—Querrás decir más enemigos que amantes —atajó Andrew. Abby volvió la mirada. Su hermano descruzó los brazos y suspiró hondo—. Somos como piezas en su juego, Abby, esa es la forma en la que ella nos percibe. Sólo podremos vencer a Loreen poniendo las piezas en su contra.

—Pero, ¿debes ser tú? —soltó Abby, intentando contener las lágrimas

—. No debes sacrificarte. Otra vez no.

—No me sacrificaré. —Andrew se acercó a ella, con una sonrisa aleteándole en los labios; la abrazó y la besó en la frente, luego añadió—: Me arriesgaré. Será por el bien de todos en el pueblo. Loreen me quiere a mí.

—Y te tendrá. —Abigail se echó a llorar allanando su rostro contra el pecho de su hermano.

Andrew susurró.

—No será por mucho tiempo. —Le acarició el cabello—. Ya verás. Te lo prometo.

—¿Crees que sepa dónde está nuestro padre? —preguntó Abby sorbiendo por la nariz—. ¿Que sea verdad que sigue vivo? Nuestro padre.

—Sí. —La voz de Andrew tenía convicción—. Por eso, y por las razones que ya conoces, debo ser yo quien encare a Loreen, allí, donde cree que es intocable, en el bosque, frente a todos los hijos que juró proteger.

Abby se apartó de su lado.

—Iré contigo —aseveró, sabiendo de antemano que, como la vez anterior, su hermano se negaría diciendo «Sé cuidarme solo». En cambio, para desconcierto de Abby, sonrió. Ella insistió—: Iré contigo, Andrew. No podrás evitarlo.

Andrew le acarició la mejilla.

—No lo evitaré —dijo—. Lo juro.

Aquellas palabras confortaron y extrañaron a Abby en partes iguales. Andrew procedió a contarle su idea para acabar con el reinado de maldad de Loreen, con más detalle que la vez anterior. No era tan descabellado como había creído al principio, aunque seguía habiendo sus riesgos, sus consecuencias. El último cabo que debía atar Andrew tenía que ver con los centauros.

—¿Henna? —repuso Abby, confundida. Se había enjugado las lágrimas mientras oía el plan de su hermano, en ese momento su campo visual de Andrew y la reluciente salita de la cabaña, bañada por la límpida luz que entraba por las ventanas, eran una visión eminente. Estaba tranquila.

—Henna siempre ha tenido sus sospechas sobre Loreen —explicó Andrew—. O eso me ha dicho Cleo en una ocasión. Henna está segura,

aunque no tiene las pruebas para demostrarlo, de que Loreen estuvo implicada directamente con la muerte de Rowina, quien fuera su antecesora.

Abby conocía la historia de la muerte de Rowina, que intentaba mantener al bosque y el pueblo libre de la amenaza latente de una horda de argones que se dirigía a los límites del bosque. Nadie sabe hoy día quien envió a los argones (conocidos como mascotas de los grandes amos nigromante y que no actuarían sin la venia de sus amos) para acometer aquel feroz ataque.

—¿Y por qué Henna actuaría en contra de Loreen? ¿Por qué ahora, quiero decir?

—Ahí está el detalle —dijo Andrew, encogiéndose de hombros; omitió decir que esa parte del plan no la había pensado aún, pensó Abby, porque su hermano jamás admitiría que tiene un cabo sin atar, no estaba en su naturaleza. Sonrió turbado—. Obviamente, la respuesta no tocará la puerta.

Y como eco a sus palabras, golpearon la puerta. Los hermanos se miraron absortos.

* * *

—¿Dónde está Olee? —preguntó Céline, extrañada de que fuera Tara quien le llevara el desayuno esa mañana. Olee jamás estaba demasiado atareada o cansada para atender a Céline, o escucharla siempre que ella lo necesitase.

—No lo sé, señorita —dijo Tara—. Adler y el resto no la hemos visto desde anoche.

—Qué extraño.

—Lo mismo digo, señorita. —Dejó la bandeja con el desayuno sobre el regazo de Céline y se irguió como un palo—. La señorita Mary también ha salido. Giinet la vio partir en las primeras horas de la mañana, aunque iba con apuro, se detuvo cuando vio a Giinet y le dijo que no participara al resto de la familia de su salida, que estaría de regreso antes del mediodía. Ya conoce a Giinet, señorita, tiene la lengua más larga que una lagartija. Me lo contó mientras le preparaba el desayuno y, luego, hizo lo mismo con la señora Alice, que armó un pequeño alboroto.

Leonard, según dijo Tara, logró sosegar la preocupación de su madre asegurándole que buscaría a Mary en el pueblo. Leo había partido para cumplir con su palabra después de comer un rápido desayuno a base de frutas trozadas y té, puntualizó Tara. Céline le pidió que se ahorrara los detalles nimios.

—Sí, señorita —dijo Tara, ruborizada.

—Continúa.

Tara asintió.

—Luego busqué a Olee, antes de traerle el desayuno, señorita, pues no me perdonaría que hiciera su trabajo. No estaba en su habitación, quiero decir, en la habitación que compartimos como efectivamente advertí cuando desperté. Tampoco en el cuarto de lavado u otro habitación de la mansión.

Céline preguntó:

—¿Buscaste en el sótano?

Tara frunció el ceño.

—No, señorita.

—Ya.

Céline asintió. Evocó su recuerdo de la criada la noche anterior cuando fue a notificarle de su extraño descubrimiento: la visita de Elise y Mary al sótano. Era un lugar oscuro y frío, lleno de polvo y malos olores, de humedad; había todo tipo de insectos y roedores que, de solo pensarlo, le erizaban la piel a Céline. Tara seguía de pie junto a la cama.

—Señorita —preguntó tímidamente—. ¿Por qué cree que Olee estaría en el sótano?

—Nada, Tara. —Céline, aparentemente tranquila, bosquejó una sonrisa despectiva—. Puedes irte.

Cuando la criada se hubo marchado, Céline se levantó de la cama y cogió uno de los panecillos de Adler, que sostuvo entre sus labios mientras se colocaba la bata de dormir. Luego, mordió un par de pedazos con una ferocidad impropia de ella, y se acercó a la peinadora. Abrió uno de los compartimientos y sacó una vela del interior. Comió el resto de su panecillo antes de salir a toda prisa de su habitación, allá donde iba no llegaba la luz del día, el pasillo que conducía hacia el sótano estaba en una de los extremos más remotos de subsuelo de la mansión.

El corazón de Céline latía cuantiosamente. ¿Sería posible que Olee

regresara al sótano la noche para averiguar a quién ocultaba Elise allí?, se preguntó, ¿lo habría hecho de verdad? Era probable. Céline temía lo peor. Los pasillos y el recibidor, más adelante, los encontró desiertos, aunque la voz de Sam se oía desde una de las recámaras contiguas. Debía darse prisa. Nadie debía verla.

Caminó apresuradamente. No cayó en la cuenta de que iba descalza hasta que sintió el frío del suelo en las plantas de los pies cuando llegó al tétrico corredor donde, advirtió, la puerta que llevaba a las profundidades del sótano estaba abierta. Alzó la vela. Suspiró profundo.

—*Maqo lhe Yhight* —murmuró.

La mecha de la vela se encendió. Otro suspiro y miró hacia la boca negra que era el umbral del sótano. Un escalofrío recorrió su espalda como el rose de unas manos invisibles. «Qué tenebroso», pensó atemorizada. Luego se le ocurrió que abajo debía haber ventanas. La mano que llevaba la vela le temblaba, por tanto la llama también oscilaba.

«Tranquila, Céline. Respira hondo.» Acató a su propio consejo y, acto continuo, entró al sótano.

En efecto, era tenebroso. Primero bajó los peldaños y, antes de que sus temores afectaran su cordura, atravesó la oscuridad hacia el haz de luz que destellaba en la lejanía, entre los montones de antigüedades que, cerca de un siglo, acumularon los Katterblack en el sótano.

Se detuvo, conteniendo el aliento; había oído un retintín cerca del origen de la luz. Enfocó lo vista, sin dar un paso más, entre las sombras reconoció dos siluetas bañada a medias por el resplandor de la mañana que atravesaba una ventanilla en la parte superior de la pared del fondo. La llama de la vela temblaba en su mano como enloquecida. «Soy yo.»

Oyó de nuevo las cadenas, un tin-tin-tín incesante. Luego, un llanto contenido.

Así los encontró Céline cuando avanzó más allá de las sombras, entre la sangre copiosa que bañaba el suelo y los brillantes trozos de cristal. El muchacho sollozaba, con el arrullado el cuerpo de Olee en su regazo. Céline quedó como hipnotizada al ver toda esa sangre, inmóvil, ni siquiera era capaz de gritar.

—¿Philip? —susurró instintivamente cuando lo reconoció.

Phil alzó la cabeza; tenía sangre en las mejillas y en el pelo.

Céline, como alma que lleva el Diablo, echó a correr espantada. Sorprendentemente, la vela seguía en su mano, si bien su llama ya se había extinguido.

* * *

La taberna *Hornwood's* tenía un aspecto descolorido desde fuera. Aunque, pensó Mary, tal vez dentro diera un aspecto diferente. La edificación de tres plantas (que, según había oído ella, reunía a la taberna y el hostel que regentaban los Hornwood en una misma estructura) estaba en pleno cruce entre las calles River East y Long River Side, en el corazón del pueblo, que estaba casi desierto. Sin embargo, ya empezaba a despertar a esas tempranas horas de la mañana.

Los edificios aledaños abrían sus puertas y ventanas, las chimeneas cesaban sus humaradas y los primeros habitantes comenzaban a aparecer en las calles. El mercado del pueblo, a lo largo de Long River Side, comenzaba a recibir a sus primeros compradores. El cielo era gris y confería a la atmósfera un aire friolento. Mary se colocó sus guantes y se caló la capucha de su abrigo antes del bajar del coche de los Katterblack. Jeffrey, uno de los cocheros de los Katterblack, había sido muy amable en llevarla al pueblo esa madrugaba neblinosa. Mary se preguntó si todos en la mansión se habrían enterado ya de su ausencia.

«Sí, seguramente.» Además, como decía Tara, Giinet, a quien se había encontrado mientras salía furtivamente de la mansión, tenía la lengua tan larga como una lagartija. Mary le había dicho que, en caso de que se disparara la alarma de su ausencia, tranquilizara a todos (en especial a la tía Alice) diciéndoles que estaría de vuelta antes del mediodía... O eso era lo que esperaba Mary.

Suspiró. El cartel de madera —que rezaba *Hornwood's* en letras grandes y, en letras más pequeñas, *taberna y hostel*—, pendía de una cuerda atada a la parte inferior de un palco sobre la puerta principal; se mecía tenuemente con los soplos del viento. Mary se acercó hasta que la sombra del edificio la cubrió y tuvo la puerta a su alcance. Estaba nerviosa. «Me dijo que estaría esperando por mí», pensó. Tal vez ni siquiera tenía que tocar la puerta, ésta se abriría sola al cabo de un instante. No ocurrió.

Suspiró hondo y dio varios golpecillos con el puño enguantado.

Un instante después, la puerta se abrió.

—¿Sí, señorita? —dijo el joven que estaba al otro lado.

—Eh... —empezó Mary.

El joven se adelantó.

—Aún no hemos abierto, señorita —dijo educadamente—, si es la taberna lo que le interesa. El hostel, en cambio, está al servicio del público siempre. —Sonrió.

Era alto, observó Mary, más que ella; tenía brazos vigorosos y un pecho amplio, una mata de cabello cobrizo claro que llevaba alborotado y ojos hundidos en el rostro. Aunque su aspecto diera la apariencia de unos diecisiete años o más, su voz infantil y su cara juvenil le hicieron recordar a Mary que el mayor de los hijos de Henry Hornwood había muerto hace algunas semanas en las celdas encantadas del pueblo.

«Quizás deba decirle mi nombre.» Tenía esperanza de que la reconociera de algo.

—Me llamo Mary Cartwright —dijo.

El joven Hornwood abrió mucho los ojos.

—Sí, yo sé quién es, señorita —afirmó—. Es la sobrina de la señora Katterblack.

Mary, aunque un poco decepcionada, bosquejó una sonrisa y asintió.

—En la taberna se ha escuchado mucho de usted, señorita, y de su hermano. —Sonrió de nuevo—. La estaba esperando, señorita Cartwright.

—¿A mí?

—Sí... Quiero decir, no yo, sino la señora Winter. Está dentro. Ha estado despierta toda la noche, mirando por la ventana, esperando por usted. Quizá la vio llegar. —Se enserió un momento y alzó una ceja—. Quiere entrar, supongo.

Mary asintió.

El joven se hizo a un lado abriéndole espacio, Mary se fijó, a la vez que pasaba por su lado, que llevaba calzones sencillos, una camisa de lino sin teñir, e iba descalzo. Se preguntó si no tendría frío, porque la mañana estaba guarnecida de un viento gélido y neblinoso, como en los puertos de Boston.

Los sonidos del pueblo, en plano despertar, fueron silenciados

súbitamente cuando el joven cerró las puertas a sus espaldas.

Dentro estaba tenuemente oscurecido, pero más cálido que afuera, la chimenea que estaba en un extremo del salón principal apenas mostraba un vestigio de las llamas que debieron arder la noche anterior. El lugar estaba ordenado, reparó Mary, a medida que el joven Hornwood se acercaba a las ventanas para abrir los postigos.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó ella mientras se sacaba el pesado abrigo.

El joven se volvió con una expresión apenada.

—Me llamó Clayton Hornwood, señorita —dijo acercándose a ella para tomar su abrigo y hacer una pequeña inclinación—, pero todos me llaman Clay, para acortar, aunque mi nombre no es tan largo como él del señor Startclyde, y a él nadie lo llama Fred para acortar. —Dio un ademán para quitarle importancia a sus últimas palabras, lo que le arrancó una sonrisa a Mary—. Como sea, estoy para servirle.

Otra inclinación y una amplia sonrisa. Mary estaba conmovida. Ése joven era su hermano.

Se oyeron pasos que descendían la escalera del fondo, y ambos jóvenes volvieron la cabeza. La taberna estaba iluminada por el resplandor límpido y blanquecino de la mañana, lo que provocó que la señora Winter (porque, por alguna razón, Mary no albergaba dudas de que la mujer que acababa de entrar era la viuda de Silas Katterblack y no la viuda de Henry Hornwood) se viera tan blanca como un fantasma en pleno amanecer.

Clay cruzó la estancia hacia las escaleras, detrás de la señora Winter. Avisó que las dejaría a solas para realizar otras ocupaciones referentes al hostel antes de ascender los peldaños con premura. Mary y la mujer hada, blanca de pies a cabeza, quedaron solas en la estancia. Aida Katterblack, de soltera Winter, habló por primera vez desde que pusiera un pie en el salón.

—Te estaba esperando, Mary —dijo. Sonreía ampliamente, pero con una serenidad que Mary jamás había visto en la señorita Atwood; la imagen que proveía, al parecer de Mary, era vibrante como si la visión de Aida Winter oscilara entre lo que era real y lo que no—. Toda la noche. Tu madre te ha enviado hasta mí.

—¿Cómo...? —empezó Mary.

—Tu madre —se adelantó Aida— fue una *privilegiada*.

La voz de Claudine resonó en su cabeza como eco a las palabras de Aida: «Eres una de nosotros —decía—. Una de nosotros.»

Mary sintió como si una mareada golpeará su visión, no vio cuando la señora Winter se le acercó, pero, de pronto, la tenía a su lado tomándola por los hombros y llevándola con delicadeza hacia una de las mesas vacías de la taberna. La instó a sentarse. Mary la miró fijamente, aunque su pensamiento estaba tan vacío como el recinto, dudando si debía hacerlo o no. Finalmente, se sentó.

Aida hizo lo propio.

Mary recuperó el aliento al cabo de un minuto.

—¿Qué quiere decir con *privilegiada*? —preguntó. Ciertamente había escuchado eso antes, la última vez de la ardilla parlante que vio en el bosque tras el jardín Katterblack—. ¿Y por qué es tan importante?

—Porque tu vida depende de ello, querida —respondió Aida con ternura—, y también los planes de Darkling. Verás, las hadas privilegiadas, como tu madre y sus hermanas (Loreen y Regina), son de una clase especial, como una red mágica que conecta al mundo de los muertos con el de los vivos, y nosotras, con el don de *shaadet*, somos el medio para que esa conexión ocurra.

—¿Qué es *shaadet*?

—Es el vínculo que hizo posible que pudieras ver a tu madre la noche anterior. Supongo que no has visto solamente a tu madre, los ancestros hablan de otros encuentros... En la mansión Katterblack, que alguna vez fue mi hogar, abundan los fantasmas de seres hádunos. Mi esposo, Silas, empleó por muchos años familias mágicas, sobre todo a seres hádunos... Así nos conocimos. —Suspiró nostálgica—. Pero aquella es otra historia.

Mary seguía turbada. «Una de nosotros —repetía la voz de Claudine, tortuosa, incesante—. Una de nosotros. Una de nosotros. Una de nosotros.» Se detuvo cuando la mano de Aida cubrió la de Mary sobre la mesa. Su mirada era balsámica y el tacto de su piel, era cálido.

—Hoy, mi niña —dijo Aida—, no te contaré mi historia, sino la tuya. La historia que siempre debiste saber.

* * *

Era muy temprano para que tocaran a su puerta, pensaba Lloyd mientras se ataba el cinto de su batín. Tal vez era su madre, pues los golpes tenían cierta resonancia alarmante. Aún tenía el rostro hinchado por el sueño, a pesar de que se llevaba media hora de haberse levantado. Se pasó la mano por el cabello y se acercó a la puerta.

—Lloyd —oyó decir poco antes de abrir. Efectivamente, era su madre—. Te esperan abajo.

Lloyd abrió.

Su madre tenía la frente perlada de sudor, aunque la mañana era fría, y prometía seguir así el resto del día.

—¿Quién? —le preguntó Lloyd. «¿Quién querría visitarnos tan temprano? —dijo para sus adentros—. A lo mejor es Sawyer», se le ocurrió. El oficial Sawyer acostumbra a irrumpir a cualquier hora, siempre con noticias apremiantes. Posiblemente aconteció algo terrible mientras el pueblo dormía.

Lloyd se esperó cualquier cosa.

Su madre respondió.

—¿Loreen? —repitió Lloyd. En efecto, se esperaba cualquier cosa menos a Loreen—. ¿La habéis dejado entrar?

—Sí, Lloyd. Está en la sala de estar, pero...

—¿Qué?

—No viene sola.

Lloyd habría querido preguntar qué quería decir con eso, pero su creciente curiosidad por descubrir la razón de la inesperada visita de la Líder del Bosque no se lo permitió. Calzado solamente con unas chinelas de algodón, salió de su alcoba a una velocidad apremiante. Su madre le pisaba los talones.

Cuando bajó la escalera principal, se detuvo y se volvió hacia su madre.

—Vuelve a la cocina, o a tu habitación —le dijo—. Yo me haré cargo de Loreen. No quiero que nadie nos interrumpa...

—Pero... —empezó su madre.

—Nadie.

La señora Blackfell asintió, con una expresión tribulada, y subió nuevamente la escalera. Debió preguntarle qué quería decir con que Loreen no venía sola, pensó, así estaría preparado. Aunque, de todas

formas, iba a descubrirlo.

—Señor Blackfell —saludó la Líder en cuando Lloyd entró a la sala—. Lamento importunar su mañana. Supongo que debe tener muchos asuntos que atender. Le prometo que no le quitaré mucho tiempo, de verdad.

Al principio, Lloyd no la había reconocido. No estaba vestido como habitualmente lo hacía, casi al descubierto. En cambio, lucía un modelo elaborado por la señora Tawney, de color verde silvestre con encaje negro, que resaltaba su preciosa palidez. El cabello rubio platino lo llevaba recogido en un suntuoso tocado con algunos rizos oscilándole en la frente. Estaba hermosa, sublime.

Lloyd tardó un instante en recuperar el aliento.

—Está bien —dijo finalmente—. Dispongo de tiempo suficiente para atenderla. Siéntese.

Le indicó con un gesto el conjunto de muebles. Loreen sonrió. Acto continuo, se sentaron. Lloyd pensó en una maldición, pues debió decirle a su madre que tan siquiera les llevara un poco de té aunque sea para mantener las cortesías. Luego recordó la última vez que vio a la Líder, en el bosque antes de emprender el viaje a Collin's Meadow.

—Bien —empezó Lloyd—. ¿Por qué has venido?

Loreen se rozó el hombro con la mano con mucha delicadeza. «Cielos —pensó—. Qué suerte ha tenido Andrew; no me imagino por qué querría acabar su amorío con Loreen.» Lo cierto era que sí lo sabía. Mary.

—He venido a abogar por un castigo —dijo Loreen.

Lloyd frunció el ceño.

—¿Para quién?

Loreen suspiró.

—Para mí. —Se atrapó un blanquecino mechón tras la oreja—. He cometido traición contra el Gremio de River Town, he roto las promesas que por décadas hemos mantenido los Hijos del Bosque y los Seguidores de la Luz de este pueblo y sus alrededores... Yo oculté a los hermanos Holbrooke después de los acontecimientos de hace un mes.

—¿Tú? —Lloyd no daba crédito a sus palabras. El Gremio había visitado el bosque al menos una docena de veces para asegurarse de que Philip y Jason no estuvieran ocultos en sus límites. Jamás encontraron el menor rastro de los hermanos. Claro, pensó, los Hijos (y no solamente su

Líder) tuvieron que haber metido sus manos en todo esto—. ¿Cómo?

Loreen le contó, obediente como una niña, cómo llegaron los hermanos Holbrooke al bosque y cómo los había ocultado de los miembros de Gremio. Detalló que una semana después de los acontecimientos de la casa Holbrooke, Philip huyó para evitar que la maldición de Darkling (que recayó en él tras haber asesinado a Richard Katterblack) hiciera daño a su hermano o cualquier de los Hijos del Bosque, lo que conllevaría su entrega inmediata a los miembros del Gremio. Le dio cadenas de plata, afirmó Loreen, para que pudiera contrarrestar sus poderes, y lo dejó partir.

—¿Sabes dónde está? —le preguntó Lloyd.

—En la mansión Katterblack —respondió Loreen, sin titubeos. Extraño, advirtió Lloyd, que lo esté haciendo ahora—. Está oculto en el sótano. Lo sé, porque la voz de la Madre en el viento me lo reveló poco después de su partida.

—¿Por qué has venido a contarme esto ahora? —inquirió Lloyd—. ¿Por qué a mí?

—Porque eres amigo de Philip y procuraras que nada le suceda cuando el resto de Gremio lo tome cautivo —respondió—. Sé que lo quieren muerto, los Altos Seguidores lo han condenado, y que ustedes se han reusado. Esa decisión traerá consecuencias devastadoras para los habitantes de River Town. —Suspiró—. Quiero proteger a los muchachos, son buenos, y les tengo mucho aprecio. Sé que no le harán daño. Y la mejor forma de protegerlos es salvándolos de sí mismos.

—¿Qué quieres decir? —Lloyd no entendía.

—Jason está muy deprimido por la muerte de su hermano, y Philip ha cometido un asesinato.

—¿Qué? —se horrorizó Lloyd—. ¿Quién?

Loreen le contó lo que sabía. «La voz de la Madre en el viento me lo ha revelado.»

—No ha sido Philip, claro —aseveró Loreen—; él es un joven bueno, valiente y habilidoso, como su padre, y también talentoso, como mi hermana. —Lloyd no confiaba en la Líder del Bosque, pero su tono mortificado parecía auténtico. Además, ¿qué quería decir con su hermana?—. Lo hizo la criatura que habita en su interior, la sombra que opaca la luz que es su alma. Darkling. Deben salvarlo. A Philip.

Loreen tenía una única y límpida lágrima en deslizándosele por la mejilla.

—He traído a Jason —prosiguió Loreen—, como muestra de mi arrepentimiento. Aunque, ciertamente, no me arrepiento de nada. Aun así, espero que el Gremio entienda mis razones y no tomen mis acciones como una ofensa o ruptura de nuestras promesas de cuidarnos las espaldas. —Suspiró—. Jason Holbrooke está afuera, inconsciente, al cuidado de Rumos. —Se puso en pie—. Debemos salvarlos, Lloyd. Somos su última esperanza.

* * *

Lo primero que pensó Mary, cuando Aida acabó de contarle su historia (la historia que, según ella, Mary siempre debió saber) fue que era muy deferente a la que, en otro momento, le contó Loreen aquel día en el bosque. Aida Katterblack, como había asegurado Val, había hecho de partera a Sylvia Cartwright cuando alumbró a su primera y única hija.

—Sé qué pensaste cuando viste al joven Clay —dijo Aida, con elocuencia—. Que ese era tu hermano.

Mary abrió mucho los ojos. Se preguntó si la telepatía era otro de los dones de los *privilegiados*.

—Y no, escuchar los pensamientos no es uno de nuestros dones, Mary —adivinó Aida—. Sé que es la primera vez que ves a un miembro de la familia Hornwood después de enterarte que Henry... Bueno, ya sabes, es natural que ese haya sido tu pensar en cuanto viste a Clay, que si bien no es tan parecido a su padre como Kenneth, sí tienes ciertos rasgos, como aquellos ojos hundidos y un perfil aguileño. En cuanto a los dones que se le adjudican a un privilegiado, no cuenta la telepatía. Tal vez tengamos un sentido común más agudo que el resto, pero eso es todo.

Aida le había explicado que el *shaadet* era el don más relevante que poseía un hado privilegiado, porque permitía conectar con otros hados muertos, saber lo que había acontecido en el pasado y lo que, posiblemente, ocurrirá en el futuro. *Shaadet* quería decir «a través de las sombras» en la lengua mancillada del pueblo haduno. Así fue como Aida —que era una privilegiada— supo que Mary la visitaría pronto para conocer la verdad.

Mary evocó, mientras Aida le contaba quiénes eran los privilegiados, el recuerdo de la noche anterior. Como la presencia intangible de su madre se había aparecido en su habitación, y con voz apenas audible, le había pedido que buscara a Aida Katterblack en el hostel de Hornwood. Mary habría partido de inmediato, en ese mismo instante, pero cuando su madre la atravesó con su mano espectral, los síntomas de dolor y profunda debilidad que no sintió al principio la embistieron al final hasta dejarla inconsciente hasta la mañana siguiente.

Mary le preguntó a Aida si le ocurría lo mismo.

—Al principio, sí —contestó la viuda Katterblack—. Después, con la guía del maestro Maelon, el dolor se desvaneció y el *shaadet* se hizo soportable.

—¿Maelon?

Maelon, le dijo Aida, era el maestro de Privilegiados y Guardián de Borash.

«Borash», pensó Mary. Alzó la mirada.

—¿Conoces a Amsu, cierto?

—Sí. —Aida sonrió—. El maestro lo ha enviado para buscarte y llevarte a Borash, donde aprenderás a controlar tu *shaadet* y a formarte como una de nosotros. La elección es solo tuya, Mary, venir con nosotros, quiero decir. —Soslayó la sala principal de la taberna cuando oyeron pasos que descendían por la escalera. Clay reapareció.

—No quiero interrumpirlas —dijo, algo tímido—, pero madre me ha enviado a limpiar y ordenar la barra antes de abrir al medio día.

—Descuida, Clay —repuso Aida, simpática—, tu presencia no nos molesta en absoluto.

Clay sonrió y caminó hacia la barra, con un trapo y un balde con agua. Puso manos a la obra mientras Aida y Mary retomaban su conversación.

—Descuida. —Aida habló bajo—. Es confiable y juicioso.

—Ya. —Mary echó otro vistazo hacia Clay, que parecía absorto en su tarea.

Aida se inclinó hacia atrás.

—Cómo te decía —continuó, a pesar de sus palabras, con tono bastante discreto—, Amsu fue enviado por Maelon para llevarte hasta a Borash. Nuestro querido analim te ha vigilado desde la primera vez que tu don se manifestó: cuando viste el fantasma de tu madre hace

semanas.

—Mi hermano —dijo Mary—. Sam. ¿Él no es...?

—¿... un privilegiado? —completó Aida—. No, no; el don le fue reprimido por su sangre humana, la sangre de su padre. Sam es sólo un jovencito mitad hada.

—Yo soy mitad hada también —alegó Mary.

—Y mitad seguidora de la luz, no lo olvides. —Aida desvió sus resplandecientes ojos jade hacia la barra, donde Clay continuaba con su labor de limpieza—. Eres una Hornwood, como bien sabes. —Dijo aquello último en voz baja—. La magia llama a la magia, Mary, no lo olvides; tú, querida, eres un criatura híbrida entre un ser haduno privilegiado y un seguidor de la luz de sangre pura. La magia corre por tus venas como un caudal embravecido.

Guardaron silencio. Clay salió de la barra y subió las escaleras nuevamente.

—¿Dónde estuviste todo este tiempo? —preguntó Mary a Aida.

—En Borash —respondió—. No habría salido de allí jamás si Maelon no me lo hubiera pedido para esta tarea especial. Mary, no fue a mí a quien acudió el espíritu de Sylvia convencerte de venir con nosotros. Acudió directamente con Maelon. —Suspiró hondo—. Como te dije, Mary, no habría abandonado Borash para regresar a este pueblo si Maelon no me lo hubiese pedido. En este pueblo están enterrados mi esposo y nuestros hijos, nuestros nietos, y quienes continuaron a estos; no quise ver morir a más de nuestras generaciones; llevo apenas diez años sin pisar en mundo exterior; antes, como bien sabes, hice de comadrona para las familias de seguidores de la luz del pueblo.

Clay regresó a la sala principal con tazas llevas de té humeante y emparedados en una bandeja. Lo dispuso todo, servicialmente, en la mesa que ocupaban Mary y Aida. Éstas le agradecieron el detalle, Mary más que nadie, puesto que no había probado ningún alimento desde la cena familiar, la noche anterior. Acto continuo, Clay se marchó escaleras arriba.

Mary devoró su emparedado y lo pasó todo con la infusión a medio enfriar. Aida, por el contrario, apenas probó el té y nada del emparedado.

—Entonces debo ir a Borash, ¿eh? —le preguntó Mary, cuando acabó con su desayuno.

—Sí. —Aida extendió su mano para tomar la de Mary, un gesto que realizó con infinita ternura—. Serán unos pocos meses, no te preocupes. El joven Samuel, que es todo un hombrecito, estará en buenas manos con los Katterblack. Estarás de regreso antes de su onceavo cumpleaños, te lo prometo.

—¿Qué hay de...? —empezó Mary. Cuando cayó en la cuenta de lo que estaba a punto de decir, cerró la boca y apartó la mirada de Aida Katterblack, ruborizada. Su hermano no era el único que la necesitaba.

—Parece que te preocupa el bienestar de alguien más, Mary, ¿no? —comentó Aida, que estaba dotada con un sentido común agudo. Mary alzó la vista; Aida, una ceja—. Se trata de Andrew, ¿no es cierto? El hijo de Agustin Treddaway. Supe, cuando llegué al pueblo, que algo terrible le sucedió.

—También estuviste allí, ¿no es cierto? —repuso Mary—. En el nacimiento de Abby y Andrew, quiero decir.

Aida suspiró.

—Sí —dijo—. Aquel día, la vida y la muerte se encontraron en la misma habitación. La madre de los pequeños murió dando a luz, Agustin quedó destrozado. Había hecho un trato para salvar dos vidas, sin saber que serían dos bebés los que nacerían del vientre de Anne.

—¿Un trato? —Mary no entendía. De pronto se le ocurrió—: ¿Sabes dónde está el padre de Abigail y Andrew?

Aida la miró atentamente.

—No —le dijo—. Ella lo ha enviado lejos, como parte del trato; pero ella lo traicionó.

—¿Quién? —preguntó Mary. Y lo supo. Quizá ella también tenía un sentido común bastante agudo—. Loreen.

—Así es, Mary —asintió Aida—. Tal vez tengamos tiempo para otra historia. Esta vez será la de los Treddaway.

* * *

Cuando tocaron la puerta, esa mañana, Abby pensó que se trataba de una respuesta que los ayudaría a convencer a la líder del clan de los centauros a unirse a su causa para derrocar a Loreen de su dominio del bosque.

No fue así. Andrew se había acercado a la puerta dando largas zancadas, quizás con las mismas esperanzas que habían colmado el pecho y la mente de Abby, y abrió. Más que una decepción, fue una grata sorpresa encontrar a Grace al otro lado, con el entrecejo ligeramente fruncido y algunos mechones de su cabello oscuro surcándole la cara. Andrew se hizo a un lado para dejarla entrar y, acto continuo, había cerrado la puerta.

En aquel momento, la salita de estar había quedado sumida en un silencio excepcional.

Grace, que no había mudado la expresión, preguntó:

—¿Qué sucede?

Los hermanos intercambiaron una mirada. Abby escuchó el pensamiento de Andrew. «Deberíamos decirle», le dijo. «Al fin y al cabo, terminará enterándose.» Su expresión permaneció invariable. Abby estuvo de acuerdo. Se volvió y le contó a Grace los planes de Andrew.

—¡Esta es la peor idea que haya escuchado! —había exclamado Grace; eso que apenas había escuchado la primera parte del plan para acabar con el dominio de Loreen—. No es que la actual Líder del Bosque sea mi persona (ser haduno) favorita, pero, ¿acabar con ella? ¿Se han vuelto locos?

Miró a Abigail, esperando encontrar apoyo a su argumento, pero ésta sólo se encogió de hombros.

—No pienso participar en esto —había dicho Grace—. Esta vez no me arriesgaré.

Abby cruzó la sala y le tomó las manos con dulzura. La miró a los ojos.

—No te lo estamos pidiendo, Gracie —le dijo suavemente—. Solo queríamos que lo supieras. Sé que es una locura, yo misma le di el primer lugar de las malas ideas al plan de mi hermano, pero cuando oigas el resto cambiarás de parecer.

Y así fue. Cuando le contaron la segunda parte, que era posible lograr el apoyo de la líder de los centauros para derrocar a Loreen, la expresión crispada se desvaneció gradualmente del rostro de Grace.

—¿Cómo convencerán a Henna? —preguntó ésta—. ¿Y qué hay de Ulloa? ¿También los apoyará?

Ulloa, el cabecilla de los trolls, que según Andrew, sería fácil de persuadir puesto que su hijo, Saelon, había sido asesinado hacía menos

de dos meses por un lobo Ferir. Grace, rescatando otra vez el pliegue de su frente, preguntó qué tenía que ver una pieza con la otra. Andrew, reflexivo, le explicó que Mary y Philip habían sido atacados en el bosque durante una visita, según le había contado la propia Mary. Mary estaba convencida de que las bestias habían sido enviadas por Loreen para atacarlos. Para matarla.

—No es posible —exclamó Grace, absorta—. Creí que Mary era su sobrina.

—Ya vez por qué debemos acabar con Loreen —soltó Andrew, despectivo—. Es malvada, manipuladora, y no le importa nadie salvo a sí misma. Yo iré al bosque, ahora mismo, me encontraré en secreto con Ulloa y Tamlin, el líder de los faunos, que perdió a un hermano durante el ataque de argones en el que también pereció Rowina, la Líder de Bosque que precedió a Loreen. Sobre seguro que el buen Tam me dará su apoyo.

—¿Y qué hay de Henna? —preguntó Abby. Ésa seguía siendo la gran cuestión.

—Pensaré en algo sobre la marcha —afirmó Andrew—. Quizás, si consigo el apoyo de Ulloa y Tamlin, no será necesario persuadir con palabras a la líder de los centauros, sino con hechos; además, sé que Cleo abogará por mí ante su madre.

Luego, se había marchado.

Abby y Grace duraron las siguientes tres horas aguardando el regreso Andrew. A la mitad de ese tiempo, Abby perdió la paciencia, resopló y abrió la puerta de golpe. Salió al bosque. Siguió el sendero de piedra hasta el jardín Katterblack, con Grace pisándole los talones. Quizás un recorrido entre los árboles, los arbustos y las fuentes de agua, la tranquilizara un rato más, pensó. Con Grace a su lado, seguro que así sería.

Después pensó que debió llevarse un abrigo. Aunque no hizo falta: Grace le puso su brazo sobre los hombros y una mano en el antebrazo; su tacto era cálido. El gris sólido del cielo no cedía, hacía un frío vivificante y el jardín tenía cierto resplandor que solo le confería el rocío de la mañana. La compañía de Grace lo hacía todo mejor.

—¿Crees que lo consiga? —preguntó Abby—. ¿Convencer a Henna?

—Pues, me ha convencido a mí. —Suspiró antes de añadir—: Aunque debo admitir que no es Henna la que me preocupa, Loreen es peligrosa y

está rodeada de leales que darían su vida, o cegarían la de otros, para mantenerla a salvo. Rumos, Tormus, Salim, entre otros. Nunca está sola. Además, Loreen cuenta con el don de las líderes del bosque: puede oír a la Madre en el viento y prever los pasos de Andrew.

Abby había pensado lo mismo.

—Lo sé. —Inhaló, exhaló—. También me preocupa.

* * *

... Anne Treddaway estaba debilitada, temía que muriera incluso antes de nacer la pequeña, entonces creíamos que sería solo un retoño. Vallery —dotada con un talento indiscutible para saber el sexo del bebé en el vientre de su madre— no había advertido la presencia del segundo pequeño. Debes saber, Mary, que traer a un seguidor de la luz al mundo es una labor bastante difícil para una humana, como lo era Anna. Dos, era una casi imposible.

Aun así, no sospechábamos de la existencia del segundo bebé. Las premisas del alumbramiento llegaron más pronto de lo que era debidamente necesario para la supervivencia del bebé. Anne estaba cada día más débil, temíamos que tanto la madre como la pequeña Abigail murieran en el parto.

Misteriosamente, no fue así.

Corría el mes de mayo del año 1875, y la inminente llegada del bebé estaba por producirse. En aquella época, más de una familia de seguidores había encargado su respectivo retoño a la cigüeña. Entre ellos, los Hornwood, los Belwolf y los Blackfell. Aquel día que Anne alumbraría a su pequeña Abigail, la señora Blackfell también meritó de la colaboración de Val para el nacimiento de su primogénito. Me encargó, en su lugar, que asistiera a la señora Treddaway.

Cuando llegué a la cabaña Treddaway, el interior estaba en calma, Agustín dormitaba en una silla de madera que había en la sala, recuerdo. No quise perturbar su descanso, lo necesitaba, por él y por su esposa; estaba profundamente dormido; tenía ojeras color magulladura bajo los ojos. Sin más, atravesé la sala y caminé hacia la alcoba matrimonial. Anne acababa de despertarse, abrió mucho los ojos cuando me vio atravesar el umbral de la puerta. No sabía quién era yo, aunque no hicieron falta

presentaciones. La mujer parecía una bomba de gas a punto de estallar: tenía el cuello y la frente rubicunda, perlados de sudor y la expresión contraída, los ojos le sobresalían de las cuencas. En otras circunstancias, aquella expresión me habría provocado un ataque de risa.

Me puse manos a la obra. Anne se abrió de piernas y yo echó un vistazo. Estaba un poco dilatada, pero no había coronamiento. («Aún es muy pronto», decía para mis adentros, y, escondiendo mis emociones, «demasiado pronto»). El viejo Peter Treddaway había muerto a finales del invierno pasado, me había contado Val. Cuando advertí a Agustín en el vano de la puerta, demacrado y con una expresión absorta que no lo favorecía, pensé se trataba del fantasma de su padre.

Reprimí un sobresalto. Le hice una seña con la mano para que se acercara.

Cuando pasó la contingencia, y la habitación recuperó su calma con la madre hundida entre las almohada, dormida, me aparté un poco para darle algo de privacidad a los jóvenes esposos. Yo tuve partos difíciles, e inevitablemente, ver el sufrimiento de Anne me recordó a mí misma de aquella época. Estuve a punto de morir. Silas jamás se apartó de mi lado. Nunca.

Era feliz.

Recordaba aquellos tiempos, cuando, de pronto, reparé que había estado contemplando fijamente a los esposos. Agustín me pidió que usara magia para salvar a su esposa, pero hay cosas que ni el hechizo más poderoso puede conseguir... O eso pensaba yo entonces. Lamentablemente, le comuniqué que no había nada más que yo pudiera hacer por Anne, que la trágica e inminente muerte de la madre y la pequeña llegaría pronto.

Salí de la habitación antes de que Agustín me viera llorar. Al poco tiempo, y cesadas las lágrimas, Agustín también emergió. Había decisión, y algo más, en su rostro. «¿Se ha vuelto loco? ¿Qué estaba haciendo?», pensé. En cambio le pregunté, desde la cocina, donde me había preparado un bálsamo de jengibre, a dónde iba. Agustín no se volvió para verme a la cara.

—Al bosque —respondió simplemente. Después, salió.

No llevaba abrigo, reflexioné una vez sola, y fuera hacía un frío que ralentizaba el corazón.

Aguardé junto a la ventana su regreso. Anne seguía durmiendo plácidamente; era lo mejor, que tuviera energías para enfrentarse los siguientes espasmos del parto. La mañana, pluviosa, iluminó el bosque que cercaba el humilde hogar de los Treddaway; presencié aquel espectáculo desde la ventana. Esperaba.

Había llovido de noche, y yo solo pensaba que Agustin no se había llevado el maldito abrigo. «¿Cómo lo pudo haber olvidado? —me decía para mis adentros—. Si está junto a la puerta, en el perchero.» Me preparé otra infusión de jengibre, pero esta vez lo aderecé con un poco de ron que había en la alacena.

En fin; me saltaré los detalles nimios de la historia, Mary, si no te molesta. No creo que quieras saber qué bebí, cuándo tiempo vagué por la sala dando círculos esperando la llegada de Agustin o que Anne despertara, o las veces que estuve a punto de sucumbir de sueño junto a la estúpida ventana. ¿Está bien? Me adelantaré un poco. Se acerca el medio día, y Clay regresará pronto para abrir la taberna a los más pintorescos habitantes de River Town.

Continuemos...

Agustin regresó cerca del amanecer. Tenía mejor semblante, aquellos ojos azules tenían un brillo ferviente que me contagió de su buen humor. Estuvo en el bosque, efectivamente. Se encontró con Loreen. Hicieron un trato, me dijo Agustin. Dos vidas a cambio de una misión que debía realizar para la Líder. Le daría doce años para cuidar de su familia antes de emprender su misión, una que el propio Agustin desconocía. «Te daré doce años, Agustin. Doce años. Y una vez se cumpla ése periodo, vendrás a mí una noche y yo te enviaré a tu misión —le había dicho Loreen—. Doce años. Luego, me servirás.»

Agustin, que había ido al bosque con una decisión en mente, aceptó sin más.

Loreen, a cambio de una promesa y un poco de sangre de parte de Agustin, le entregó una posición lunar. El frasquito de cristal contenía la medida exacta de posición para salvar las dos vidas que Loreen prometió. Anne, después de beberla, consumó su ciclo de preñez. Sorprendentemente, y contra mis propias teorías sobre el daño que pudiera causar a la madre y a la criatura una poción lunar —cuyos efectos, dada su naturaleza, serían mortales para ambos—, funcionó.

Claro que funcionó. Salvó dos vidas.

Sé por tu mirada, Mary, más que por mi agudo sentido común, lo que estás pensando.

Loreen lo engañó. Siempre supo que Anne llevaba dentro de su vientre a más de un retoño. Que llegado el momento, la madre moriría, pero los bebés vivirían. Lo sabía. Por eso, le concedió a Agustín doce años, para que cuidase de los pequeños el tiempo suficiente; tiempo que aprovechó para instruirlos en las artes del combate y de dominación, del conocimiento, de los idiomas mágicos y de la conjugación, y supieran protegerse a sí mismos cuando el inevitable momento de la partida llegase.

Yo me marché del mundo exterior siete años después.

Agustín, según las historias, desapareció en medio de la noche hace cinco años.

Capítulo 19
DE VUELTA A LA OSCURIDAD

—¡Señorita! —La voz de Tara, que entró precipitadamente a la habitación, se oía alarmada. Su rostro estaba rubicundo y tenía una expresión de vivo terror que Elise no le había visto jamás—. ¡Señorita! ¡Señorita!

Elise se volvió.

—¿Qué sucede? —preguntó.

Tara se detuvo, jadeante, frente a ella. Inhaló profundamente.

—Ha sucedido algo terrible —explicó; tenía los ojos húmedos—. Ha venido el oficial Sawyer, señorita, está abajo... La han encontrado en el sótano, había sangre y cristal en todas partes, señorita, era espantoso, ¡espantoso! —Después, se echó a llorar. Elise se acercó a ella y le ofreció su hombro.

«En el sótano», había dicho. El corazón de Elise palpitaba con el mismo frenesí que el de una avecilla atrapada. Temió por Philip, que se escondía en el sótano. Tara había dicho que la encontraron a *ella* no *él*, así que albergó un poco de esperanza. Sin embargo, seguía siendo muy confuso.

Tara cesó de llorar; sorbió por la nariz y se enjugó los ojos. La cofia se le había torcido un poco, pero Elise no hizo ademán de arreglársela como habría hecho en otro momento. En ese instante sólo le importaba lo que la criada estaba por decirle. Y por qué estaba el oficial Sawyer abajo.

—Porque la han encontrado muerta, señorita —repuso Tara cuando Elise le hizo la pregunta. Le entraron ganas de llorar pero se aguantó como era debido. Continuó—: La señorita Céline bajó al sótano y la encontró muerta, señorita. Había sangre y cristal roto en todos lados, señorita, ¡en todos lados!

—¿A quién encontró? —preguntó Elise. La faltaba el aire.

—A Olee, señorita —dijo Tara. Y empezó a llorar de nuevo.

Esta vez, Elise no la consoló. Salió como posesa de la habitación y atravesó los pasillos hacia el inicio de la escalera que descendía hacia el recibidor. Desde arriba, vio como el oficial Sawyer y sus hombres se llevaban encadenado a Phil. Su madre, Coselin, Sam y Leonard estaban en la estancia. Adler y Giinet, ambos con sendas lágrimas en las mejillas, también se encontraban allí. La atmósfera era escalofriante, percibió Elise en una fracción de segundo antes disponerse a bajar a escalera a con premura.

—¡Phil! ¡Philip! —gritó ella.

Todas las cabezas giraron hacia Elise al unísono, al tiempo que ella corría hacia Philip. Se le lanzó encima y lo abrazó por el cuello, hundió la cara en su pecho. Philip le habría devuelto el abrazo, estrechándola por la cintura, si no tuviera las manos esposadas a la espalda. Elise no advirtió la sangre hasta que lo miró a la cara, de cerca, y se apartó mecánicamente.

—Philip... —susurró, absorta por lo que mostraba su campo de visión.

El muchacho estaba mucho más pálido y demacrado de lo que ella había esperado; tenía las mejillas hundidas, los labios resecaos, y surcos oscuros bajo los ojos. Tenía salpicaduras de sangre en las mejillas y en el pelo, que tenía pagado a como costras parduzcas a su cabeza. La ropa también estaba ensangrentada, observó Elise con horror; las manos, lo pies, el regazo y el cuello. En el piso de mármol del recibidor había un rastro de pisadas sanguinolentas que pertenecían a Philip.

Elise enfocó la mirada en el chico. Imperaba absoluto silencio.

—¡Aléjate de él, muchacha, es peligroso! —oyó decir a una voz gutural. Tardíamente reparó en la presencia del señor Startclyde, que estaba inclinado junto a un cuerpo envuelto en una mortaja con manchones rojizos (que debía ser el de Olee por su robustez, pensó). Elise no le hizo caso, volvió la vista hacia Phil, flanqueado por dos oficiales. Sawyer estaba en la puerta, aguardando.

—Hazle caso, Elise —dijo Céline, lloriqueando, entre su madre y Coselin—. Es un asesino. Es peligroso.

—¡No! —expresó Elise, desolada—. No es cierto. Phil no lo hizo. Darkling, ¡fue Darkling! —Giró la cabeza hacia Philip—. Díselo, Phil,

díselos.

Philip mantuvo la boca cerrada. Una sombra oscurecía el bello color marrón de sus ojos.

—Lo siento, Elise —dijo, y bajó la cabeza.

Desde la puerta, Sawyer dio una orden. Sus hombres lo sacaron encadenado. Philip no se resistió, ni siquiera la miró. Elise gritó e hizo ademán de correr otra vez hacia él, pero unas manos (las de su hermano, observó de refilón) la envolvieron por la cintura y tiraron de ella en sentido contrario. Ella pataleó, sollozó y gritó «¡Phil, díles que fue Darkling!» a viva voz mientras los oficiales y el señor Startclyde, con el cuerpo de Olee en la mortaja, salían por la puerta y ésta se cerraba.

La estancia quedó como congelada. Adler y Giinet, que lloraba en silencio, se retiraron hacia la cocina. En el recibidor, solo quedó la familia.

Elise, que había estado gimiendo entre lágrimas en los pies de su hermano, se enjugó la cara con el dorso del brazo y se levantó. Alice abrazaba a Sam, que parecía afligido. Mary... Mary no estaba allí, observó Elise. Ella también habría insistido en la inocencia de Philip.

—Madre, lleva a Sam a su habitación —pidió Leonard—. Elise y yo debemos hablar. En privado.

—No creo que sea una buena idea —intervino Céline; tenía los ojos inyectados en sangre y sorbía cada tanto por la nariz, que se cubría con un pañuelo blanco. Había estado llorando—. Todavía está muy afectada.

«Hablan como si no estuviera aquí —pensó Elise—. ¡Como si estuviera loca!» Fue desbordada por la cólera. Se giró con acritud hacia su hermana. No necesitaba su maldita compasión, ni mucho menos.

—Es tu culpa —le espetó—. Entregaste a Phil al Gremio porque sabes que lo amo. Eres malvada, Céline, no te detienes por nada. Te revuelcas cada noche en secreto con Rolan Falahee porque sabes que jamás serás feliz con un joven de color a la luz pública. Si tú no eres feliz, nadie tiene derecho a serlo. Eres egoísta...

—Elise, ¡basta! —prorrumpió Leonard.

Una vez más, la estancia quedó en silencio.

—Elise tiene razón —dijo Céline, con voz calma. Sus ojos tenían un brillo vidrioso, como si las lágrimas se le hubiesen congelado dentro de las órbitas. Suspiró—. Soy egoísta, e infeliz. Pero eso no quiere decir que

yo haya entregado a Phil para hacerte daño, Elise. Él... o Darkling... asesinó a Olee, mi querida Olee. ¿Qué querías que hiciera?

—Céline no llamó a Sawyer —intervino Leonard—. Lo hice yo.

Elise evocó las palabras de su hermano la otra noche. «Voté sí», había dicho; para ejecutar la disposición de los Altos Seguidores y condenar a muerte a Philip. Aquel recuerdo se le clavó como una daga en el vientre. Giró la cabeza, mirando a los integrantes de su familia, uno a uno.

«Mi familia», pensó. Acto continuo, subió las escaleras hacia su habitación.

* * *

Cuando Mary retornó a la mansión Katterblack, junto antes del mediodía, encontró Giinet inclinada en el suelo de mármol del recibidor, limpiando lo que parecían pisadas hechas con sangre que Mary había visto también impresas los peldaños de la fachada antes de entrar. «¿Qué sucedió aquí?», pensó. La pregunta cruzó su mente, pero cuando vislumbró la expresión lamentable en el rostro de Giinet decidió que no era ella la persona indicada para darle respuesta.

Subió la amplia escalera principal y se dirigió a la habitación de su hermano.

—¡Mary! —exclamó alegre Sam—. ¡Has vuelto!

Ella sonrió.

—Por supuesto.

—Ha ocurrido algo terrible —dijo él—. ¿Ya te has enterado?

—No. —Entró a la habitación y cerró la puerta—. Pero vi la sangre en el recibidor. ¿Qué ha sucedido? ¿Estás todos bien?

—Si te refieres a la familia, todos estamos bien. —Sam suspiró. Mary se acercó a la cama de su hermano y se sentó en el borde, junto a Sam, preguntándose qué había querido decir con eso—. En cuanto a la servidumbre...

—¿Qué, Sam? —quiso saber Mary.

Temía lo peor. Y con justa razón, pensó Mary después de que oyera la explicación de su hermano. Olee estaba muerta. Mary no dio crédito a las palabras de Sam, por eso repitió «¿Muerta?» un par de veces para convencerse. Olee, que era su favorita entre las criadas, estaba muerta.

Céline, según ésta misma le aseguró entre lágrimas al oficial Sawyer, bajó al sótano esa mañana para descubrir la misteriosa razón del comportamiento de su hermana de las últimas semanas. Y allí los encontró. (Mary no podía imaginarse como las sospechas de Céline desbocaron en el sótano, se le ocurrió que tal vez había enviado a Olee a seguir a Elise). La criada había sido herida en el cuello y en el vientre con fragmentos del cristal roto de un espejo. Había sangre en todas partes. Céline salió gritando, asustada, y se topó con Leonard, que regresaba del pueblo después de su intento por buscar a Mary. Leonard envió a por el oficial Sawyer y el señor Startclyde para que se llevaran al homicida y al cadáver, respectivamente.

—Philip no lo haría —afirmó Mary—. Fue Darkling.

—Lo mismo dice Elise —dijo Sam—. Que no fue Philip. Pero éste no dijo lo contrario.

—Claro que no —dijo Mary para sí en voz alta—. Philip debe sentirse culpable; es tan bueno, no merece que lo encierren, no merecía que le ocurriesen esas cosas terribles a él y a su familia. Debería ayudarlo. —Se le ocurrió que en Borash podría hallar una respuesta—. Debo hablar con Elise.

Se puso en pie. Sam la imitó.

—No quiere hablar con nadie —soltó—. Se ha encerrado desde que Sawyer se llevó a Philip. —Arrugó el ceño—. Tú lo sabías, ¿verdad? ¿Que Phil estaba oculto en el sótano?

Mary asintió.

—Sí. —No tenía motivo para mentir—. Hay muchas cosas que debo contarte sobre Phil, Sam. —«Pero este no es el momento — se dijo—. Aida me estará esperando en el bosque al atardecer.» Desde allí se marcharían a Borash. Antes de partir, Mary tenía que resolver algunos asuntos—. Será cuando regrese.

—¿A dónde irás? —preguntó Sam.

—Haré un viaje largo al reino de las hadas.

—¿El de las historias de nuestra madre?

—El mismo. —Mary sonrió.

El entusiasmo traslucía en los ojos de su hermano.

—Llévame contigo —le pidió—. Seré bueno, te lo prometo.

—Me temo que no será posible, Sam, esta vez no. —Le puso las

manos en los hombros a su hermano y lo miró fijamente—. Debo realizar este viaje yo sola. Pero estaré de vuelta pronto, y quizás la próxima si me acompañes.

—¿Y por qué debes ir? —insistió Sam.

«Porque allí aprenderé a controlar mi don, podré ver a nuestra madre sin sufrir daño alguno —quiso decirle—. Estaré rodeada de privilegiados como yo. Seré una de ellos.» Suspiró profundamente. Sonrió.

—Te lo diré todo en cuanto regrese —dijo en cambio—. Te lo prometo. Ahora, debo ir...

—¿Te vas ahora? —la interrumpió su hermano.

—No —respondió—. Al atardecer. Antes, voy a necesitar un favor de ti, Sam.

Sam asintió solemnemente.

—Lo que sea —dijo.

Mary le contó. Era una faena sencilla, le dijo, que debía realizar una vez ella se haya marchado. La familia seguramente querría buscarla, pensarán que Darkling (a través de Mahlon West) hizo otro intento por capturarla. Andrew también pensará lo mismo. Querrán buscarla. Por eso razón la faena que le encomendó a su hermano era importante. Cuando acabó de explicarle, regresó a su habitación. Encontró hojas, tinta y pluma en uno de los cajoncillos de su peinadora. Qué suerte.

En seguida empezó a escribir. Ya era mediodía.

* * *

Abby y Grace estaban en la sala de estar, tal y como Andrew las había dejado antes de marcharse. Se preguntó si habrían pasado toda la mañana en aquella estancia aguardando ansiosamente su regreso. Era pasado de mediodía.

—Entonces —dijo Abby, turbada. Andrew no necesitaba el don de la luz de su familia para saber que su hermana tenía miedo—. ¿Nos dirás qué ha ocurrido?

—Por supuesto. —Andrew suspiró y se acercó a los muebles de la salita. Le hizo una seña de cortesía a Abby y a Grace para que también se sentaran, pero su hermana rehúso la invitación y se mantuvo rígida junto al umbral del pasillo de las habitaciones, con el ceño

profundamente fruncido; su expresión apenas varió; cruzó los brazos ante el pecho, a la espera. Andrew continuó sin más preámbulos—. He logrado convencer a Ulloa, por los trolls.

—Eso es bueno —congratuló Grace.

—¿Qué hay del resto? —espetó Abby.

—Gargamello, por los ogros, y Tamlin, por los faunos, están de nuestra parte. Misa y otras sátiras, también.

La mirada de su hermana seguía inexorable, puesta en él.

—¿Y Henna? —preguntó Abby.

Andrew no soportó más la tensión en la estancia. Se levantó. Caminó hacia la ventana frotándose la parte posterior de la cabeza para aliviar un extraño escozor que sentía bajo el cuero cabelludo. Se mantuvo allí, contemplando el bosque en derredor de la cabaña y dándoles la espalda a las otras dos chicas, un largo rato. Pensó que Abby leería su mente, o que sacaría sus propias conclusiones basándose en la actitud de su hermano. Sin más, Andrew se volvió y notó que las chicas seguían rígidas como estatuas, esperando su respuesta.

—Henna no está segura de que deponer a Loreen como Líder de los Hijos del Bosque sea lo correcto —dijo finalmente Andrew. Suspiró hondo antes de seguir—: Si bien los líderes y cabecillas de todas las clases de Hijos del Bosque están de acuerdo que Loreen ya no es digna de ocupar su actual posición, entre los Hijos sigue habiendo quienes la quieren y respetan como lo que es. Henna no hará su voluntad, me dijo, basándose en rumores de antaño. “La muerte de Rowina a manos de argones fue una tragedia, sí (fueron las palabras de Henna), pero eso no quiere decir que Loreen haya participado directamente con el ataque de esas bestias”...

—¿Y qué hay de lo demás? —inquirió Abby—. ¿Le contaste el resto, los otros motivos?

—Sí.

Andrew le había contado a Henna que Loreen lo había seducido y manipulado para llevarse al lecho. Henna le dio la impresión de que eso ya lo sabía, así como los detalles de los encuentros entre la Líder y Andrew. «Prometió que me diría dónde está mi padre», insistió. Henna sólo lo miró, sin decir nada, quieta. Andrew no se dio por vencido.

—Siempre supo dónde Mahlon West tenía a Samuel Cartwright y Elio

Blackfell —había argüido Andrew—. Y no se lo informó al Gremio, me dijo a mí dónde buscarlos y acabé en las manos del nigromante.

—Loreen afirma lo contrario —dijo Henna—. Dijo que la Madre no lo mencionó hasta que tú acudiste a ella una noche. Que la Madre probablemente notó la vehemente disposición que tenías para encontrar a su sobrino, y se compadeció de ti...

—Miente —replicó Andrew—. Siempre miente.

—¿Cómo saberlo, Andrew? —La voz de Henna estaba cargada con un tono de infinita dulzura (casi maternal, pensó Andrew al recordarla). La líder de los centauros cruzó los brazos sobre su pecho descubierto, y prosiguió—: Yo tampoco confío en Loreen, muchacho. Pero estamos hablando de iniciar una rebelión; habrá quien querrá defender su honor. Podría morir gente, Hijos del Bosque, mis iguales. Y todo por suposiciones... Mis hijas podrían ser asesinadas, y yo...

Jamás había visto tan preocupada a Henna, que habitualmente tenía un talante regio e imperturbable. Andrew supo que aquello era una causa perdida.

Después retornó a casa.

—Y eso fue todo —dijo para finalizar—. Henna no participará; por lo tanto, tampoco lo hará ninguno de los centauros de su clan. Sin los centauros, protectores y guerreros de la vanguardia del bosque, ningunos de los otros clanes y grupos de Hijos querrá enfrentarse a Loreen.

La sala quedó en silencio cuando Andrew acabó. Abby parecía desinflada; Grace, turbada, con la mirada perdida las manos que tenía tomadas sobre su regazo. El aire estaba denso como un puré, pero aún se podía respirar, pensó Andrew con elocuencia. En ese instante, Abby clavó sus fieros ojos azules en él. Quizás escuchó su tonto (y descolocado) pensamiento. Quizás no.

Abby, ceño fruncido, cuadró los hombros.

Andrew percibió que algo extraño estaba sucediendo. Y al parecer, fue el último en caer en la cuenta de ello, pues Grace ya se había levantado del mueble y desenfundaba ligeramente una daga de su cinturón.

Abby se acercaba recelosamente a la puerta; con seguridad trataba de prever los pensamientos del inesperado visitantes ante de que

irrumplieran. Se acercó tanto como pudo a la planicie de madera y pegó la oreja. Un instante después, se apartó y le hizo una seña a Grace para que guardara la daga. Grace, aún escamada, obedeció.

Abby se irguió y abrió la puerta. Al otro lado, observó Andrew, estaba una mujer de blanco que bien pudo haber confundido con un fantasma (o con Loreen, pensó fugazmente). Era una mujer hada, lo supo por su cabello blanquecino y sus ojos de color jade, un rasgo muy habitual entre los de su clase. La sonrisa gentil y permanente de un hada no traslucía en su rostro, pero, en cambio, tenía una expresión de calma, serenidad.

Abby seguía escudriñándola con la mirada, como si intentara penetrar un muro de piedra.

—¿Quién eres? —preguntó Andrew, adelantándose.

La desconocida desvió la mirada hacia él.

—Me llamo Aida Winter —respondió—. Naturalmente, no me recuerdan.

—¿Por qué habríamos de hacerlo? —dijo Abby.

—Fui yo quien los trajo a este mundo, sin quitarle méritos a su madre.

Andrew estaba más confundido que antes. Abby le lanzó una mirada de *qué se supone que haga a continuación*, pero Andrew no lo sabía, de modo que solo se encogió de hombros y volvió la vista hacia la desconocida. Siempre había creído que Vallery Atwood había hecho de comadrona en su nacimiento, aunque jamás había sido un tema que quisiera discutir. Su madre había muerto en el parto.

—Te pareces mucho a tu padre —dijo Aida Winter, con mirada soñadora, a Abigail—. Y tú, Andrew, te pareces mucho a tu abuelo Peter, que murió poco antes de que nacieras. Quizás hayas oído hablar de él. —Suspiró. Luego, más seria, continuó—: He venido a contarles la historia de su padre, Andrew y Abigail, la verdadera razón por la que Agustín abandonó a sus hijos a mitad de la noche hace cinco años. Tal vez se les sea de ayuda en sus planes para acabar con el dominio de Loreen.

—¿Cómo sabes...? —empezó Abby.

—Aquí no —la interrumpió Grace—. Ella puede oírnos.

—No puede, querida —replicó Aida—. Hace años que la Madre abandonó a Loreen.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Andrew. Supo la respuesta antes de

la mujer hada hablara.

—Aquí no —repitió Grace, cautelosa. Era posible que también hubiese captado la insinuación de Aida. «Quizás Loreen ya no pueda oír a la Madre —pensó Andrew en ese instante—. Pero sí podía tener informantes en las sombras.» Era la única explicación—. Mejor dentro —agregó.

Todos estuvieron de acuerdo. Entraron.

* * *

«Otra vez —pensó Philip—. De vuelta a la oscuridad.»

Se subió a la cama enjuta, se puso de puntillas y afianzó los dedos en el borde de la ventanilla, la única que había en la celda, que efectivamente le recordó a la escotilla que había en el sótano de los Katterblack. Era rectangular y con barras de hierro. Phil apenas pudo echar un vistazo afuera. Su escaso campo visual le mostró un callejón oscuro; no muy lejos, auscultó el paso de los habitantes del pueblo, sus voces, el traqueteo de los carruajes y de los carromatos.

Había un mundo allí fuera. Él posiblemente no lo volvería a ver.

Suspiró hondo y se bajó. No debería pensar en lo que vendría, se dijo. Había elegido su destino en el momento que le clavó la daga a Darkling en la Habitación de los Conjuros. Sabía que su vida cambiaría para siempre, que lo perdería todo, quizás no llegara a vivir para contemplar el cambio, pero eso no lo detuvo. Lucas (¡su hermano querido!) murió estando a su cuidado. Debió protegerlo. No todo fue culpa de Horace.

Y Horace también estaba muerto.

Con todo, había puesto a salvo a Jason. «Ella prometió que lo cuidaría. Lo prometió por Regina, que era su hermana; mi madre.» Eso le proporcionaba un poco de alivio. Los miembros del Gremio jamás lo encontrarían.

—Dinos, Philip —había intentado sonsacarle el oficial Sawyer, hace unas horas, cuando lo metieron a la celda—. ¿Dónde está tu hermano?

—A salvo —se limitó a responder Phil.

—¿Dónde? —bramó Reedstter, que parecía una bomba a punto de estallar. Philip sabía que Stephen creía, y con seguridad, que el asesino de su hija se escondía bajo la piel del muchacho. Pero se contenía.

—Habla, muchacho —insistió el señor Belwolf, en tono más conciliador—. Jason estará a salvo con nosotros.

—No —había dicho Phil—. No es cierto. Lo quieren entregar a los Altos Seguidores..., después de matarme.

—Nadie hará eso, Philip. —La turbación de Félix Oakwater parecía auténtica, según Phil, pero no debía confiarse. El alcalde frunció el ceño—. ¿Cómo lo sabes?

—Eso no importa ahora. Solo lo sé. Y no dejaré que le hagan daño. —«Es el único hermano que me queda», pudo haber dicho, pero se le ocurrió que los hombres frente a él ya lo sabían. Se preguntó dónde estaba Lance Greystar, su orador de combate, que sobre seguro lo habría escudado como un guardián—. Nunca lo encontrarán —añadió.

—Escapaste esa noche como si fueras un criminal en fuga, Phil, cuando tu deber como miembro del Gremio era entregarte a tus pares para proteger al resto de los habitantes de la criatura que hoy se esconde bajo tu piel —abundó el oficial Sawyer—. Ahora, se cuenta el primer cadáver subyugado por tu mano. Asesinaste a la criada de los Katterblack.

—¡Yo no lo hice! —estalló Philip. «¡¿Cuántas veces debo decirlo?!»—. Fue Darkling.

—Eso ya lo sabemos —dijo Sawyer.

Phil continuó como si no lo hubiese oído.

—Y tenía un deber mayor que entregarme al Gremio: proteger a mi hermano.

—Exponiéndolo a las garras de Darkling —ironizó Stephen Reedstter, que seguía tenso como una vara, esperando la menor oportunidad para estrangularlo—. No me hagas reír, muchacho. Quiero que me muestres al asesino de mi hija. Quiero verlo a la cara... —Parecía guardarse para sí, en opinión de Phil: «Mientras lo estrangulo con mis propias manos»—. Vamos, muéstranos al asesino de Elio Blackfell, Joseph Westwick, Kenneth Hornwood y muchos otros; muéstranos...

—¡Basta, Stephen! —espetó Oakwater, aferrando una mano en el hombro de Reedstter para contenerlo. Phil pensó que eso no funcionaría por mucho tiempo, Reedstter parecía indetenible—. No es momento de vernos las caras. Además, el muchacho tiene grilletes de plata, lo que ha evitado que Darkling se manifieste del todo en el cuerpo de Phil...

—Si es así, ¿cómo logró asesinar a la criada de Katterblack? —inquirió Reedstter.

Todos volvieron la mirada hacía Phil. «¿Cómo?», parecía decir aquellos pares de ojos.

Philip no lo sabía. Su último recuerdo de la noche anterior fue haber arrojado el libro de *Don Quijote* contra el espejo y haberse recostado, sin oír más la incesante voz de Darkling en su cabeza; es más, no había vuelto a oírla desde aquel momento. No obstante, sentía la presencia oscura bajo su piel, como la sombra de una negra serpiente circulando por sus venas. Seguía allí.

A la mañana siguiente, cuando despertó, tenía sangre en las manos. Eso era todo. Después, apareció Céline, que lo vio con el cadáver ensangrentado de Olee en su regazo. La joven murmuró su nombre y salió corriendo despavorida, con una vela de llama extinta en las manos.

Las miradas de los miembros del Gremio que estaban en su celda (la misma celda donde estuvo Kenneth Hornwood después del incidente en la mansión Katterblack, sabía Phil, y donde más tarde fue encontrado muerto junto a Caroline Reedstter) seguían puestas en él, a la espera de una respuesta. Phil no supo qué decir. Bajó la cabeza y lloró en silencio.

Oakwater, Sawyer, Belwolf y Reedstter se marcharon.

Phil se quedó allí solo, en la oscuridad, como estuvo las últimas semanas en el sótano de los Katterblack. Al menos allí tuvo las frecuentes visitas de Elise, su amada Elise, quien lo consoló en sus momentos más penumbrosos, donde sentía que no podía más, que el dolor de la pérdida lo arrollaría. Esperaba que Elise estuviera bien, a salvo, como indudablemente estaba en ese momento sin la amenazante presencia de Darkling. Y Mary... Sobre todo Mary, a quien Darkling deseaba tener para conseguir su cometido...

—¿Por qué has traído el cuerpo contigo? —le preguntó Jason el día siguiente de los eventos en la casa Holbrooke.

—Porque será nuestra única oportunidad —le dijo Phil.

Jason no pareció entender —o sí—, porque frunció el ceño y no preguntó qué había querido decir con eso.

El cuerpo que Horace había hecho para Darkling también estaba escondido en el bosque, en el mismo refugio donde se habían ocultado los hermanos Holbrooke por una semana entera.

Extraño, observó Philip, que el cuerpo (hecho con partes de cadáveres humanos) no diera muestra de descomposición en todo ese tiempo. Pensó en contarle su plan al Gremio en la siguiente reunión. Transferir la maldición al cuerpo y luego asesinarlo, diría en la reunión. La magia oscura de la Banshee se perdería. Parecía fácil, alcanzable.

Antes tenía que convencer a los miembros del Gremio, lo que sería, sin duda, difícil.

Philip se acostó de lado en su enjuto y plano lecho. Nada más poner la cabeza en la almohada, se oyó el estruendo de la enorme puerta de hierro abriéndose. Creyó que se trataría de Stephen, para estrangularlo, por lo que se irguió de nuevo como un resorte. La persona que entró era mucho más alta que Reedstter, observó. Y también más joven.

—Phil —dijo Lance, una vez cerró la puerta y se volvió.

—Sí. Soy yo. —Se puso en pie—. Soy Philip, orador.

Lance caminó hacia él, sin un ápice de temor. Lo abrazó como un padre abrazaría a su hijo en un reencuentro. Phil recordó el día que Lance Greystar visitó la casa Holbrooke para brindarle, en ausencia de su padre, sus conocimientos en el arte del combate. Aquel recuerdo lo hizo soltar unas lágrimas, que se enjugó rápidamente al momento de separarse. Lance lo tomó con firmeza por los hombros y lo miró de arriba abajo, con una amplia sonrisa en los labios, comprobando que estuviera bien.

Lo estaba, pareció concluir, salvo por los grilletes de plata que impidieron que Phil le devolviera el abrazo.

—Lo que ocurrió en la mansión Katterblack —dijo Lance—. Sé que no fue tu culpa. Y tampoco lo que ocurrió en tu casa, Philip, sé que debes pensar mucho en ello, que pudiste haber hecho mucho más para salvar a Lucas. Pero lo hiciste, hiciste mucho. —Sonrió otra vez. Phil no estaba seguro de haber hecho mucho, pero sabía que Lance intentaba consolarlo antes del fin. Estaban sentados, muslo con muslo, en la enjuta cama—. Nadie pudo haber hecho más que tú, Phil. Eres valiente, como lo fue tu padre.

Philip suspiró.

«Lo dudo.»

* * *

Rompió a llover a mitad de la tarde. El cielo estaba opaco y los estruendos sacudían las ventanas del estudio —y seguramente de toda la mansión— con fuertes ventadas que agitarían el alma de un hombre. Lloyd Blackfell, como muestra, se sobresaltó cuando una centella iluminó el estudio, seguida por un estruendo. No pegó un bote, ciertamente, aunque el libro que leía sí se le cayó de las manos y golpeó el piso.

Lo recogió y, cerrado, lo puso en el escritorio. Miró hacia la puerta, que se abría.

—Señor —dijo la sirvienta—. Ha despertado.

—¿Quién? —preguntó Lloyd.

—El muchacho.

Obviamente, la mujer no se refería a su hermano Peter.

Lloyd se levantó. Supuso que Jason Holbrooke despertaría en algún momento, pero no sabía qué le diría cuando aquel momento llegase. Qué tonto, se dijo Lloyd, debió pensar en algo en el preciso instante que acostó al laxo muchacho en la cama de uno de los cuartos para huéspedes. En cambio, había salido precipitado para despedir a la Líder del Bosque, asegurándole que Jason estaría bajo su cuidado hasta que lo presentara ante el Gremio. Loreen se había inclinado y besado en la mejilla.

—Gracias —le dijo en un murmullo seductor. Luego se marchó a lomos del adusto Rumos.

—¿Qué debo hacer, señor? —preguntó la sirvienta, angustiada.

—Nada —dijo Lloyd—. Yo me haré cargo.

Salió del estudio, creyendo que, en el recorrido hacia la alcoba que había conferido a Jason, se le ocurrían algunas palabras. Pero cuando llegó ante la puerta no tenía absolutamente nada. Salvo, claro, que debía proceder calmadamente. Jason, como bien sabía, era un joven brioso e insufrible. Quizá el dolor de la pérdida logró aplacarlo, se le ocurrió a Phil.

—¿Dónde estoy? —espetó Jason.

Estaba de pie junto a la ventana, ni siquiera se había vuelto para descubrir quién había abierto la puerta. «Tal vez si me vieras lo entenderías», pensó Lloyd. Se limitó a decir:

—En la mansión Blackfell, Jason. Nunca has venido aquí.

Jason se volvió.

—¿Lloyd? —Arrugaba el ceño—. ¿Cómo llegué aquí?

—Es una historia larga... —Meditó un poco—. Bueno, no tanto. Loreen te trajo aquí.

—¿Por qué? —inquirió Jason. Aunque no lo había manifestado, fue evidente, por su expresión, que no le había creído.

Lloyd le explicó. La lluvia no cesó mientras hablaba, a veces echaba vistazos más allá del hombro de Jason, donde las gotas de lluvia se pegaban al cristal de la ventana y descendían lentas como lágrimas. Jason permaneció inamovible cuando Lloyd mencionó lo de asesinar a Philip por orden de los Altos Seguidores.

—Si lo asesinan —dijo Jason con gesto reflexivo—, la maldición será transferida a mí.

—Sí. —«Eso es lo único que te importa, maldito idiota —pensó Lloyd, conteniendo sus airadas emociones—, lo que te suceda.» Disfrutó ver el rostro de Jason cuando le dijo que, una vez la maldición le fuera transferida, sería enviado a Moscú para buscar una posible reversión—. Harán pruebas mágicas contigo, pruebas que podrían resultar mortales —dijo para finalizar.

Jason bajó la mirada. Guardó silencio un rato.

—Bueno —dijo por fin; parecía entusiasmado—. Eso supone que viviré más que Philip, ¿no?

—Así es —asintió Lloyd.

Jason cruzó la habitación hacia la cama, donde se arrojó como una bala. Estaba satisfecho, o eso parecía. ¿Satisfecho porque iba a vivir más que cualquiera de sus hermanos?, se preguntó Lloyd. Sabía que Jason era competitivo, mas no que fuera un jovencito tan frío de pensamiento... y corazón. Y entonces recordó: la madre de Jason era un hada, y las hadas eran conocidas por tener un comportamiento desequilibrado, aunque no era así siempre; como muestra, Vallery Atwood.

Jason suspiró. Tenía catorce años. Era el único de los hermanos que había heredado un extraordinario cabello rubio y ojos jade, ambas características de una madre hadúna; Phil tenía cabello y ojos castaños como su padre, según cuentan; el pequeño Lucas, en cambio, tuvo en vida tanto características de su padre como de su madre.

—Tengo hambre —dijo Jason—. Dile a tu grotesca criada que me traiga algo de comer.

—Yo mismo te serviré —dijo Lloyd, secamente.

Jason dio un ademán con la mano.

—Como quieras.

* * *

Gustaf entró al estudio de Reedstter, donde lo aguardaban el señor y la señora Reedstter. Hacía una atmósfera fría, que Gus acreditó a las recientes lluvias y a la inminente venida de la noche. Stephen, sentado tras su escritorio, alzó la vista y amplió una sonrisa para recibirlo.

—Giselle me ha dicho que querías verme —dijo Gustaf. Echó una rápida ojeada hacia la señora Reedstter, que, con las manos tomadas por detrás, contemplaba a través de la ventana con gesto irreflexivo. Extraño, pensó, Barbara no salía de su alcoba desde que encerraran a Ian en las celdas encantadas de la comisaría del pueblo. Regresó la vista a Stephen—. ¿Se trata del mensaje de mi padre? ¿El Gremio ya lo sabe?

Como la vez anterior, la segunda carta enviada por los Altos Seguidores desde Moscú (también escrita a puño y letra por su Principal, Harold Wolfgang) había llegado a primeras horas del día a manos de Gustaf. En la carta, su padre ponía que los Altos habían deliberado sobre la decisión que el Gremio de River Town había tomado para preservar a la progenie de Holbrooke. Y la resolución (unánime, destacó su padre) fue entregar a ambos jóvenes a las máximas autoridades mágicas en Moscú. Esta vez, subrayó el Principal Wolfgang, no se admitiría protesta.

«Eso al menos supondrá un poco más de tiempo de vida para Philip», reflexionó Gustaf luego de haber leído el mensaje aquella mañana. Sabía que una vez tuvieron a los jóvenes Holbrooke en su poder, los Altos llevarían a cabo por su propia mano la sentencia de muerte de ambos hermanos.

Luego de haber leído el mensaje, Gustaf se había reunido con Stephen en el jardín para compartir el desayuno acompañados por el pequeño Nathaniel. Stephen leyó la carta, sonrió, y puso en su regazo prometiendo que convocaría una reunión con el Gremio, esa misma tarde, para discutir la nueva resolución de los Altos Seguidores.

Stephen suspiró dramáticamente.

—No, todavía no. —Se irguió hacia atrás y entrelazó los dedos sobre

el escritorio—. Me temo que he tenido una mañana y una tarde muy ocupada, Gustaf, no puedo desentender los negocios familiares.

—¿Ni siquiera estando en juego las vidas de los habitantes de este pueblo? —dijo Gustaf.

Stephen hizo un mohín con la boca y se encogió de hombros, un gesto poco habitual en él.

Barbara Reedstter, inamovible, continuaba mirando el oscuro exterior a través del ventanal empañado del costado frontal. Su actitud inquietaba a Gustaf.

—En ese caso, ¿por qué has enviado a por mí a tu criada? —interrogó éste. No veía la hora de partir a casa, regresar a Suecia como un héroe después de quitarle la máscara traidora al señor Reedstter. Su padre estará orgulloso, pensó. Seguía de pie frente a Stephen—. ¿Yo debería...?

—Deberías sentarte —atajó Reedstter. Sonrió ampliamente—. Y esperar con nosotros.

Cuando dijo «nosotros», un escalofrío recorrió la espalda de Gustaf; éste, instintivamente, dirigió una mirada al costado donde estaba la señora... No. Esa no era la señora Reedstter, comprendió en el mismo instante que percibía el aroma de hollín en el aire del estudio. Sintió que se asfixiaba.

«Catelyna Dur —pensó—. Es ella.»

En ese intervalo, la nigromante se volvió como llamada por el pensamiento de Gustaf. Era tal cual la habían descrito: toda roja, blanca y oscura, pero provista de una belleza impetuosa. La Flecha Quebrada, le decían. Su padre fue Arrow Dur, la Flecha Veloz, que durante años traicionó a muchos seguidores de la luz procurando sus muertes; varios Wolfgang, entre ellos.

Catelyna Dur le dirigió una sonrisa despectiva y luego se volvió hacia la ventana.

—Esperar ¿qué? —preguntó Gustaf, regresando la vista hacia Stephen.

—A Westwick. —Reedstter se recostó en el respaldo y suspiró profundamente. Luego añadió—: Vamos, Gustaf, siéntate. Ephraim llegará pronto.

* * *

El bosque estaba húmedo y escasamente visible. Hacía frío. Las ráfagas de viento soplaban entre las copas de los árboles en una danza que hacía rasguear a las hojas, que, a su vez, desprendían un ligero rocío sobre Abigail, Andrew y Aida. Al poco tiempo, se les unieron Cleo la centaura, que llevaba una antorcha llameante, y el fauno Tamlin, que avanzaba más serio de lo habitual. El bosque se oscurecía más y más.

Andrew no temía. Había visitado aquel lugar cientos de veces cuando estuvo prendado de Loreen. No se sentía bien recordar aquella época de su corta vida, dada la naturaleza del cometido que estaba por realizar. Si pudiera regresar el tiempo, pensó, sin duda jamás habría probado los labios (y otras partes del cuerpo) de la malvada Líder del Bosque. Le quedaba poco, pensó Andrew. Y seguía avanzando.

Se dirigían hacia el corazón del bosque. El pequeño convoy de seguidores e hijos del bosque, avanzaban envueltos en un silencio mortuorio. Si Aida estaba en lo correcto, Loreen no los advertiría acercarse, después de todo llevaba años sin oír *a la voz en el viento* (exactamente desde que hiciera una poción lunar para Agustin Treddaway, su padre, y pudiera salvar dos vidas). Loreen sabía todo lo que pasaba porque tenía oteadores en las sombras, en todos lados, una red que le servía a ella.

Ya nunca más. En ese momento, Henna y algunos centauros de su confianza se estaban haciendo cargo de aquellos informantes. Loreen no lo verá venir. «Y tampoco me verá irme», pensó, aunque su propio pensamiento le produjera un poco de escalofrío.

Loreen lo esperaba, sí, para que cumpliera su parte del trato, como habían pactado la noche anterior. Lo esperaba. Su hermana avanzaba a su lado, vista al frente, con el arco de olmo (el mismo que años atrás le regaló su padre) aferrado en su mano, y varias flechas con plumas negras metidas en el carcaj que llevaba en la espalda.

«¿Segura que quieres hacer esto?», dijo Andrew, con voz fuerte a través del pensamiento.

Abby ladeó la cabeza y asintió sucintamente. Quizás sí estaba segura, pero eso no evitaba que temiera a lo que pudiera pasar cuando efectúe su tiro: podría ser su única oportunidad. Además, todavía estaba la amenaza de los centauros que le eran leales a Loreen, aunque Henna se había comprometido a evitar que impidiesen la voluntad de todos los

líderes menores entre los Hijos del Bosque.

Abby le había preguntado cómo lo evitaría. Henna, con una mirada enigmática, aseguró darles a los centauros una elección: la vida o la muerte. Ellos finalmente decidirían; Loreen no contaba con tanto leales entre los centauros como Henna, que era una líder auténtica. «Una elección —pensó Andrew, desapacible—, es más de lo que Rumos y su convoy merece.»

—¿Dónde...? —oyó decir a su hermana. No acabó la pregunta, y no fue necesario.

—Ha desaparecido —murmuró Cleo.

—Pero si estaba aquí hace un momento —dijo Tamlin, más fascinado que nervioso.

En efecto; Aida Winter, la mujer hada que los había acompañado al bosque para persuadir a la líder de los centauros a unirse a su causa de Andrew, había desaparecido sin que nadie advirtiera cuándo y qué rumbo había tomado. Aida les había contado la historia de su padre. Loreen lo había engañado, manipulado (y de cierta forma salvado la vida a Abby y Andrew) hace muchos años. Sin embargo, no impidió la muerte de la madre de los mellizos y, a parte, envió al padre lejos donde nadie sabía a día de hoy si estaba vivo o no.

Además, Aida aceptó reunirse con Henna y los otros líderes y cabecillas de las distintas razas de hijos del bosque para contarles cómo se había hecho Loreen con el control de una pequeña hueste de Hijos de Isidora (entre los que se contaban los argones que atacaron el bosque y provocaron la muerte de Rowina, y los lobos Ferir que asesinaron al hijo de Ulloa y atacaron a Phil y Mary hace algunas semanas) y conseguido su puesto actual como Líder. Ulloa estalló en cólera cuando acabó de oír la historia de Aida, y pidió asesinar a Loreen con sus propias manos, por el hijo que perdió. «Todos hemos perdido a alguien por culpa de Loreen y sus horribles acciones contra de los Hijos del Bosque que juró proteger tras la muerte de Rowina —había intervenido Henna, diplomática—. Todos merecemos participar de su caída, Ulloa, pero nuestras manos no deberían mancharse de sangre por una criatura que no lo merece. ¿En qué nos convertiríamos? ¿Monstruos?»

Andrew se había adelantado.

«Nosotros lo haremos —sugirió—. Mi hermana y yo no hemos

perdido a tantos como ustedes por culpa de Loreen, y tenemos la oportunidad de recuperar a nuestro padre. Nosotros seremos los monstruos que acaben con ella.» Le habría gustado agregar que Loreen también era un monstruo, pero no fue necesario. Los Hijos se mostraron de acuerdo.

Andrew y el resto siguieron avanzando luego de la misteriosa desaparición de Aida.

—Deberías contarle a Mary —instó Abby en voz baja—. Sobre Aida. Esa mujer es como ella: una clase especial de hada, Aida misma lo dijo. Claudine, la posadera en Collin's Meadow, también era una de ellos. ¿Recuerdas lo que le dijo a Mary? —Andrew lo recordaba; asintió—. Le dijo que era uno de ellos, pero Aida nunca dijo a qué se refería con *una clase especial de hada*.

Andrew suspiró.

—No importa —dijo—. Como Claudine, Aida también se ha marchado. Quizás no volvamos a verla.

—Podríamos...

—No —espetó Andrew. Se detuvo y ladeó la mirada.

Abby lo imitó. El corazón del bosque estaba a escasos pasos del pequeño convoy. Todos cruzaron una mirada —miradas llenas de zozobra, miedo, nerviosismo, decisión— y guardaron silencio. El bosque entero pareció congelarse en el tiempo un prolongado instante. Luego, sopló otra ráfaga de viento y gotitas de lluvia se desprendieron de las hojas y cayeron sobre ellos como si la Madre les diera su bendición. Tamlin sonrió. Cleo extendió la mano y le entregó la antorcha a Andrew. Nadie podía prender un fuego en el bosque, pero Henna misma le había entregado la llama que los había guiado en el penumbroso camino, entre la fría humedad del entorno y el rumor del viento; la llama permaneció inexorable.

Andrew tomó el asta y sintió el calor en la mejilla. Su hermana, Tamlin y Cleo se dispersaron. Había Hijos del Bosque en derredor, pero se mantenían a la vez distantes, como si previeran lo que estaba por ocurrir. Algunos apenas le dirigieron una mirada a los cuatro recién llegados, ninguno emitió saludo. No estaban allí de visita; estaban allí para matar a su Líder.

Andrew avanzó con la antorcha en alto hacia la pequeña colina que

había en el centro. Apenas un vistazo desde abajo, bastó para ver a la Líder, que destacaba en la cima por su resplandeciente blancura en contraste con el opaco cielo del ángelus. Lo esperaba. Estaba hermosa, ciertamente.

Andrew suspiró hondo y empezó a subir la cuesta.

Capítulo 20

LOREEN

El último día de la vida de Loreen empezó con una mañana fría y lluviosa.

El cielo era gris sólido, y el viento levantaba partículas de agua con cada ráfaga. Loreen tuvo una madrugada estupenda, pues se había deshecho del estorboso muchacho que había quedado a su cargo, entregándolo a Lloyd Blackfell. Esperaba que el joven señor Blackfell lo entregara prontamente a los miembros del Gremio y estos tomaran el gesto de Loreen como una ofrenda de avenencia de los Hijos del Bosque.

«En primer lugar —pensó—, jamás debí involucrarme con los hermanos Holbrooke; fue suficiente con que se enteraran que los hermanos Cartwright también son mis sobrinos. No deda tentar a la suerte.»

Lo hecho, hecho está. Después de su breve visita a los Blackfell, regresó al bosque, acompañada por Rumos, uno de sus más leales seguidores (y de los más confiables, sin quitarle crédito a Salim), que había llevado en su lomo a Jason hasta la mansión Blackfell, aun cuando la idea de hacerlo le desagradaba. Con todo, cumplió su obligación. Además, seguramente el centauro aguantó de buena gana pensando en el alivio que sentiría —al igual que Loreen— tras dejar a Jason Holbrooke con los Blackfell.

Y así fue, observó Loreen en el trayecto de regreso, pues a ella le pareció ver un amago de sonrisa en la adusta cara de Rumos, una expresión rayana en el arrobamiento. Loreen compartía el mismo sentimiento, aunque con cierto regusto amargo. Jason era una criatura bellísima —casi tanto como Andrew, pensó—, de modo que deshacerse de él no le resultó del todo satisfactorio. Nada tenía que ver con que fuera su sobrino, o que posiblemente acabara muerto a manos de los

Altos Seguidores, no. A Loreen la entristecía no haber tenido tiempo suficiente para seducirlo y llevárselo al lecho, en el tronco del sabino, como años atrás hizo con su amado Andrew.

Al menos sí lo besó. Un efímero roce de labios al momento de la despedida. Nada más, desgraciadamente.

Bueno, se consoló Loreen, con los años llegarían muchos otros jovencitos con quienes podría yacer, tanto o más preciosos que Jason, Philip o hasta Andrew. «No —se advirtió—, como Andrew ninguno. Ni en mil años.»

La primera vez que yació con Andrew, éste tenía quince años y era un jovencito inexperto; recordar aquellos días le producía un divino escozor en la entrepierna y en el pecho, muy desiguales uno del otro. Ella le había enseñado Andrew (como una oradora enseñaría a su aprendiz) artes que iban más allá de las enseñanzas que recibiría el joven en un Seminario. Le había enseñado otras disciplinas: el placer de los sonidos, el coito de los cuerpos y, lo más importante, el éxtasis de la mente (o lo que algunos llamaban *amor*).

Sí, Loreen se había enamorado perdidamente del muchacho, y, debía admitir, aún lo estaba. En todos sus años no había tenido un mejor amante, uno que aprendiera rápido y, lo que era mejor, la superará en las artes del placer y el éxtasis mental. Al principio creyó que Andrew también estaría enamorado. Luego, no estuvo tan segura. Entonces apareció la maldita hija de Sylvia, a quien, según sus informantes, Andrew había hecho visitas nocturnas en las últimas semanas.

Loreen estalló en cólera cuando lo supo aquello. Incluso había confrontado a Andrew, más calmada. El joven, muy jovial, le había preguntado si estaba celosa de que usara con otras lo que ella le había ensañado. Loreen le había respondido rotundamente que no lo estaba, cuando la realidad era diferente. Quería muerta a la maldita hija de su hermana.

La suerte le sonrió cuando la joven se apareció aquella tarde, acompañada por Philip. Tuvo que contenerse de ahorcarla cuando la vio, aunque, ciertamente, su impulso fue sosegado en parte por la profunda impresión que le causó el parecido de Mary con su madre. Hacía mucho que Loreen había se olvidado del rostro de Sylvia, pero cuando vio a la muchacha los recuerdos destellaron en su cabeza como una lucero

relampagueante.

Sorprendida, y también dolida por el naciente enamoramiento de Andrew hacia Mary (su maldita sobrina), Loreen envió a su leal Rumos a por los lobos Ferir que atacaron a los jóvenes esa tarde. Esperaba que las bestias no le hicieran daño a Philip, que de todos sus sobrinos conocidos era su favorito, porque le recordaba a su antepasado Ben Holbrooke. Aunque si los eventos de aquel día hubiesen terminado con la muerte de Phil, además de la de Mary, Loreen lo habría considerado un mal necesario.

Habría llorado, claro está, eran sus sobrinos al fin y al cabo. Aquel pensamiento la hizo reír.

—¿En qué piensa, señora? —preguntó Rumos.

Loreen, que estaba oculta tras el orondo tronco de un árbol, cambiándose el pomposo vestido verde silvestre con encaje negro que le había pedido prestado a la señora Tawney (aunque la ésta insistió en dárselo como regalo), paró de reír gradualmente antes de responder:

—Oh, nada, querido Rumos. —Suspiró risueña—. Sólo pensaba en mí planes para esta tarde.

Oyó un resoplido.

Rumos sabía a qué planes se refería, naturalmente.

La noche anterior había visitado la cabaña de los Treddaway para cobrar su parte del trato que hiciera con Andrew hace más de un mes. Rumos, Tormus y otro par de sus centauros más leales la acompañaron, aunque se mantuvieron en las sombras de bosque, para protegerla ante cualquier eventualidad.

Desgraciadamente fue la odiosa de Abigail Treddaway quien abrió la puerta y la recibió con arco y flecha en mano. La amenazó con atravesarla si no se marchaba pronto. Loreen no se mostró dispuesta —o intimidada— por la amenaza. Estaba decidida a no irse sin antes hablar con Andrew. Más que decisión, sabía que la muchacha no cometería la locura de asesinarla allí mismo, sin más, pues podría desenlazar una batalla campal —como la que ocurriese hace casi ochenta años durante el eclipse púrpura— entre hijos del bosque y seguidores de la luz del pueblo.

Nadie deseaba tal acontecimiento, se sosegó Loreen, menos con la amenaza de Darkling y Mahlon West rodando en derredores de River

Town.

En fin; no hicieron falta más amenazas de muerte, Andrew salió de las sombras de la casa como sol emergiendo en el horizonte tras una noche ominosa. El corazón de Loreen latió fuertemente en su pecho.

Al final, Loreen había logrado convencerlo de pasar una noche más a su lado. Otra vez, pensó, haciendo uso de su conocimiento del paradero de Agustin.

«Acepto —había dicho Andrew. Ella se alegró entonces, aunque supo esconder sus emociones—. Mañana. Cuando caiga la noche.» En unas horas, Andrew se reuniría con ella. Lo estaría esperando. Como en los viejos tiempos. Loreen le diría dónde está su padre, aunque aquello no aseguraba que lo volviera a ver con vida. Sin embargo, lo usaría a su favor para aquel encuentro no fuera el único sino el primero de muchos otros...

«Un nuevo comienzo.»

Loreen acabó de cambiarse el vestido verde con el que había visitado la mansión Blackfell, por su habitual túnica semitransparente de tul blanco, una prenda que con el tiempo se volvía más y más exquisita, nada que ver con la maldición de llevar un pesado vertido y un prieto corsé que corta la respiración. No lo cambiaría por nada en el mundo. Además, se sacaba muy fácil.

Emergió del árbol que le hacía de tapadera, donde la aguardaba Rumos. Descubrió que el centauro no estaba solo.

—Salim, querido, vaya sorpresa me has pegado —dijo—, no te oí llegar.

El fauno se adelantó un paso e inclinó la cabeza cortésmente.

—Señora, lamento importunaros con mi presencia...

Loreen se acercó a él y lo puso una mano en la fofa mejilla, que tenía cubierta de una maraña de cabello grueso entrecano, y notó que estaba húmeda (de sudor, no de lluvia, estaba segura). Sonrió.

—Tu presencia nunca me importa —la aseguró. Y para sus adentros añadió: «Salvo cuando estoy con uno de mis amantes; te encanta mirar furtivamente, lo sé»—. Dime, ¿qué pasa, Salim? ¿Ha ocurrido algo en mi ausencia que deba saber?

Salim le lanzó una mirada de *cómo-sabe-que-a-ocurrido-algo-si-no-puede-oír-a-la-Madre*, la misma mirada que cruzaba su rostro siempre

que Loreen se anticipaba a sus informes. Salim sabía que Loreen había perdido su facultad de oír la voz en el viento cuando invocó el *Hog'tve*, la «energía ancestral», con la que pudo realizar la poción lunar que entregó a Agustin, hace años, a cambio de sus servicios.

Fue el precio que tuvo que pagar por abrir las puertas del Gran Lecho del Mundo de las Sombras («Un mal necesario», pensó). Sin embargo, con el tiempo, supo a agudizar su intuición y establecer a sus informantes en cada rincón del pueblo y sus entornos, donde estos serían su nueva *voz-en-el-viento*.

Salim, solemnemente, cambió el peso de una pierna a la otra y empezó a hablar.

—¿Estuvo aquí? —soltó Loreen—. ¿Cuándo? —«Ha venido más pronto de lo acordado», pensó. Luego se le ocurrió que quizás Andrew estaba tan impaciente como ella por el encuentro que había decidido adelantarse.

Qué equivocada estaba. Qué tonta.

—Ha venido a pedir el apoyo de Tamlin, Ulloa, Gargamello, Henna y el resto de líderes y cabecillas de cada una de los clanes de Hijos del Bosque —continuó Salim—. Apoyo, mi señora, para deponerla como nuestra Líder.

Loreen sintió como si la hubiesen golpeado en el estómago y sacado todo el aire. Andrew, ¡su Andrew!, estaba conspirando en su contra. Sabía que el muchacho la culpaba por haberlo enviado a Collin's Meadow, donde fue captura y abusado por Mahlon West. Si bien ella sabía, por sus informantes, que West se ocultaba en las ruinas de la fábrica Cartwright, jamás se habría imaginado que Claudine (¡mil veces maldita!) acabaría remitiéndolo a las garras del nigromante. Loreen había supuesto que la mujer le entregaría el niño y ya está. No contó con que Claudine acabaría cogiéndole cariño.

—Maldito bastardo... —empezó Rumos, iracundo. Se había puesto rojo como una granada.

—Cálmate, Rumos —le dijo Loreen. Miró a Salim—. ¿Qué han decidido los Hijos? ¿Lo apoyan?

—Sí, mi señora. —Salim pareció encogerse—. Todos.

Loreen sintió otro golpe, esta vez en el pecho.

Salim no había acabado.

—Excepto Henna, señora —añadió.

«Henna», pensó Loreen, aliviada. Sin embargo, no podía creer que seguía conservado su posición gracias a la puta líder de los centauros, que jamás se había reservado su desconfianza hacia Loreen. Henna sospechaba, y con razón, que Loreen había tenido que ver en la muerte de Rowina.

Que la líder de los centauros se haya negado, disipaba sin más los planes de Andrew y el resto de Hijos del Bosque de deponerla como la Líder. Nadie intentaría revelarse en su contra sin tener el respaldo de los centauros, que eran la fuerza castrense del bosque. Por un momento, Loreen se sintió en las nubes. Rumos se encargó de bajarla.

—Debe hacer algo, mi señora —le dijo—, el muchacho intentó sublevar a los Hijos en su contra.

Tenía razón. Andrew debía pagar, sí, pero de qué forma. Loreen no quería dañar a su bien máspreciado. Se fijó en el gesto duro y en la mirada inescrutable que poseía Rumos en ese momento. Si no imponía una represalia contra Andrew, perdería la lealtad del centauro. (¿Quién la protegería entonces, con todos los hijos del bosque en su contra?). Debía pensar. Quedaba poco tiempo para que cayera la noche. Andrew llegaría. Lo sabía. El muchacho era como su padre, cumpliría con su palabra así sus planes hubieran sido truncados. Él vendría. Y Loreen lo estaría esperando.

—Bien, señora, ¿qué ha decidido? —dijo Rumos—. Yo mismo estaría dispuesto a empalarlo si es su deseo.

Nada más imaginarlo, se le revolvía el estómago a Loreen. En cambio, sonrió.

—Sé que sí, Rumos —dijo suavemente—. Pero seré yo quien se ocupe de Andrew.

El centauro asintió notablemente satisfecho. Entonces a Loreen se le ocurrió.

—No será de lo único de lo que me ocupe —siguió ella—. He decidido reformar a los Hijos del Bosque, elegir nuevos líderes que me sean leales. —Hizo especial énfasis en la última palabra de forma adrede para que Rumos lo captara; el centauro asintió—. Llevo pensándolo mucho tiempo. —Era mentira; se le acababa de ocurrir—. Pero hasta ahora no había decidido cuándo empezar. Y el momento ha llegado.

—Así es, señora —dijo Salim, campante. A mansalva se postularía para ser el líder de los faunos.

—¿Qué haremos con los líderes y cabecillas que ya tenemos? —comentó Rumos—. Hacerles la guerra sería nuestra perdición, los seguidores de la luz y el resto de los seres mágicos en el pueblo se pondrían de su parte. No tendríamos oportunidad, señora. —Se puso rojo otra vez, y no por la ira—. A menos que... que...

—¿Qué? —preguntó Loreen.

—Que seamos implacables.

Implacables quería decir que debían actuar discretamente y atacar por la retaguardia, cuando ellos menos se lo esperasen. Eso seguramente acabaría en una masacre, pero si Loreen y sus leales se hicieran con el control del Bosque, nadie —ni siquiera el *puto* Gremio de River Town— podría contra ellos. Todo o nada. La idea heló a Loreen un instante, pero se recuperó rápidamente.

—Está bien, Rumos —dijo ella—. Seamos implacables.

El resto del día continuó con normalidad, aunque a mitad de la tarde rompió a llover con vientos, que —al parecer de Loreen— parecían huracanados. Se refugió en el lecho que antes sirvió de escondite a los hermanos Holbrooke, donde estuvo custodiada por Rumos y su primo Tormus. Acabó empapada. En la fría oscuridad pensó que jamás volvería a pisar el corazón del bosque (salvo esa noche para encontrarse con Andrew) mientras tuviera enemigos en todos lados.

Se preguntó si volvería a estar en paz.

«Sí —se respondió—. Tras la reformación del bosque.» Algunos morirán, claro, pero algunas vidas bien valían la paz que buscaba para sí misma. Además, tenía otros planes. Ninguno tenía que ver con ese espantoso bosque.

Rumos entró al refugio con una antorcha.

—Señora —dijo, tendiéndole un objeto con la mano que no sostenía la llama—, aquí está.

Loreen cogió la daga: una hoja ordinaria con una empuñadura ordinaria, no se necesitaba más que eso para acabar con la vida de un humano, o de un seguidor de la luz, en su caso. Loreen sopesó el arma, se acercó a Rumos y le besó la cuadrada barbilla. Había pensado en recompensarlo de otro modo, hay quien dice que el centauro Jaxellius y

la primera esposa del Madon IV, una mujer hada, procrearon a los primeros faunos. Loreen sentía curiosidad, sí, por el apareamiento entre los centauros (cuyos machos estaban bien dotados por lo bajo, se había fijado), sin embargo, ella no estaba dispuesta a saciar esa curiosidad con Rumos. Al menos no en ese momento.

—La he hecho yo mismo, señora —abundó Rumos, después de recibir su efímera compensación—. Así, al menos, tendré cierta participación en la muerte del muchacho. Siempre lo que querido muero, señora, es un...

—Lo sé. —Ella sonrió—. Pronto lo estará.

—Sé que no quiere pisar el corazón del bosque, señora, pero los Hijos empezarán a sospechar. Querrán saber por qué la Líder no está en su sitio, velando por todos en el bosque, y en cambio se refugia en esta cueva. Se harán muchas, muchas preguntas...

—He enviado a Salim.

—Disculpe, señora, pero Salim no es nuestra Líder.

Tiene razón, meditó Loreen. No podía permitir que su temor la dominara.

—Está bien —dijo—. Iré. Además, no falta mucho para que caiga la noche.

—No, señora —asintió Rumos, mientras la conducía afuera—. Quienes le somos leales entre los centauros estaremos cuidando de usted, señora, como siempre.

Aquel comentario le valió otro beso en la cuadrada barbilla al centauro.

Loreen pensó, mientras avanzaban entre los sombríos árboles hacia el corazón, que una vez más debía faltar a su palabra. Otro mal necesario.

—Señora —dijo Salim, absorto, cuando la vio llegar al corazón del bosque—. Creí que...

Loreen levantó una mano haciéndolo callar.

—Ya sé lo que creíste —espetó; no estaba de humor para oír al fauno ni a nadie—. Hoy no quiero recibir a nadie, Salim, salvo a mi querido Andrew. ¿Entendido? —El fauno asintió—. Bien. Porque no tengo tiempo para... eh... bueno, ya sabes, debo prepararme para mi reunión de esta noche.

—Sí, señora. —En ese momento la mirada de Salim se desvió hacia el

destello que escapaba de entre los dedos de Loreen. Ella también lo notó, a través de los enormes ojos gotosos del fauno. La mortecina luz del día arrancaba un opaco destello de la hoja de la daga que tenía oculta con la mano. Era pequeña, y si no tuviera filo, podría esconderla en su puño.

Loreen entrecerró más los dedos. No quería que nadie, sobre todo sus enemigos, viera aquel destello.

Sonrió.

—Tengo hambre —manifestó—. Debería comer ahora.

—¿Quiere que le traiga algunas bayas y...? —sugirió Salim.

Una vez más, Loreen lo interrumpió.

—Nada de eso —dijo, agitando las manos—. No quiero bayas ni semillas, pasto, tierra, nada de este maldito bosque. Envía a una de las sátiras al pueblo; que traiga un poco de pan, queso y leche fresca.

—Las sátiras...

—Ya sé que no pueden salir del bosque —le increpó Loreen—. Los habitantes del pueblo se asustarían con sus piernas velludas, aunque pocos, ciertamente, se fijarán en ese detalle cuando descubran que en realidad andan desnudas. —Suspiró—. Ponle un vestido a Misa y envíala pronto... —Alzó otra vez la mano—. Ya sé que vas a decir ahora, Salim, ¿de dónde sacarás un vestido? Da la casualidad que yo tengo uno que le servirá a la desaborida Misa como anillo al dedo de una prometida.

Loreen le dio el resto de las indicaciones a Salim, como dónde encontrar el vestido en cuestión y con que debía pagar el pan, el queso y la leche. Algunos le debían favores a la Líder del Bosque, mágicos y no mágicos por igual, panaderos y queseros, también el que cuida de las vacas. La señora Tawney, inclusive. Todos alguna vez acudieron, o en algún momento lo harán, para pedir el favor de la Líder del Bosque.

—Quiero que todo esté perfecto para cuando llegue Andrew — finalizó Loreen.

—Sí, señora.

El fauno asintió solemne, y se marchó.

Loreen se volvió hacia el febril sabino que se alzaba en la cima de la colina, con ramas retorcidas que parecían rasgar el cielo opaco del ocaso. Sus hojas purpúreas, y brillantes, se mecían con las embestidas del viento. Cuando Loreen llegó a la abertura, que por décadas había sido su lecho, sintió un escalofrío. Era como una boca esperando engullirla al

completo. La tierra y el pasto a su alrededor estaba húmedo. «Me prometió que estaría cerca aunque yo no lo notara —intentó confortarse. Miró a los lados, donde el ocaso arrancaba sombras de los árboles que cercaban la colina—. Prometió que cuidarían de mí, como siempre.» Pero desde arriba no podía verlos. Loreen se sentía sola y vulnerable.

De pronto sintió una presencia, una presencia conocida, que la estaba mirando desde abajo. Se volvió.

«Andrew.»

Loreen llevó la mano con que sostenía la daga a la espalda y sostuvo el arma con la cuerda de cáñamo que le ceñía la túnica a la cintura, esperando que su larga cabellera la ocultase hasta que el momento finalmente llegara. El joven subía la cuesta. Su cabellera, como oro batido, se mecía a su paso. Su mirada azul la atravesaba incluso desde la distancia. «Es una pena que algo tan hermoso tenga que acabar», pensó.

—Estás aquí —suspiró Loreen; con todo, no podía contener su emoción.

—Siempre cumplo mi palabra.

—Lo mismo dijo tu padre cuando... —Y se calló pensando para sí: «Debes controlarte.»

Si Andrew notó su brusca interrupción, no dio muestra de ello. Había algo extraño en su mirada, en su postura, en el gesto de sus labios; Loreen lo conocía muy bien para saber que algo más estaba sucediendo. Apartó aquel pensamiento. Andrew no le haría daño. «Y, en tal caso, Rumos está cerca. Él me cuidará.»

—Siempre cumples tu palabra, sí —dijo Loreen—. Y también eres sabio.

Andrew sonrió.

Qué hermoso cuando sonreía, pensó Loreen. Era una lástima que tuviera que acabar. Sentía el metal sujeto y punzante en la parte posterior de la cintura. Una ráfaga de viento gélido hendió los árboles y le alborotó el cabello rubio platinado a Loreen. Ella hizo ademán de apartárselo de la cara, pero de pronto notó el roce de unos dedos en su frente. Andrew se había acercado a ella a una velocidad asombrosa. Ella, más que sorprenderse por su abrupta aproximación, se sintió un cosquilleo en el pecho y más abajo.

Los seguros dedos de Andrew le ciñeron los mechones sueltos tras la oreja. El corazón de Loreen latía velozmente, y a diferencia de otros encuentros, ella no pudo disimularlo: sonrió como una tonta, consciente de que lo hacía. Andrew se acercó tanto a sus labios que pensó que la besaría, pero únicamente rozó la punta de su nariz con la suya.

—Me dijiste que sabías dónde estaba mi padre —le susurró al oído Andrew; la tomó con firmeza por la menuda cintura y la asió contra su cuerpo; empezó a trazarle besos por el cuello, la oreja, el mentón y, finalmente, uno apasionado en los labios. Continuó—: Prometiste que me dirías esta vez...

—Lo haré —jadeó Loreen.

—Dime —siguió Andrew, sin parar de besarle el cuello y luego entre los pechos, escasamente cubiertos por el tul. Loreen jadeó extasiada. Él no se detuvo—: Dime, ¿dónde está mi padre? —La tomó por la nuca y le plantó otro fogoso beso—. Dime, dime...

Loreen jadeaba, con el pecho ardiente y un delicioso escozor en el vientre. Se apartó de Andrew.

—Te quiero dentro —dijo ella. Y lo tumbó sobre el pasto, al pie del sabino. Luego se subió sobre él a horcajadas y lo atacó a besos apasionados y roces ávidos—. Tómame. Ahora, Andrew. Te quiero dentro de mí.

A continuación, Andrew le desató la cuerda de cáñamo de la cintura. Loreen no llegó a escuchar el golpe sordo del puñal contra el pasto, pero supuso que debió de haberse oído. De todas formas, el joven estaba demasiado entretenido con sus senos para notarlo, y ella demasiado entregada a la pasión para temer se descubierta. Se sentía en la encima; no le importaba nada más, nada, solo los besos y roces de Andrew.

Lo que ocurrió a continuación no lo vio venir...

Se hizo un silencio súbito —ni voces, murmullos o la brisa que hiciera entrechocar las hojas— como si el bosque entero se helara por un viento glacial. Andrew se había quedado inmóvil, Loreen tardó un instante en caer en la cuenta de aquello. Se apartó un poco, incapaz de decir nada por temor a que sus peores miedos se hicieran realidad, y miró al muchacho fijamente. Su expresión era inescrutable. Ella se puso en pie. Escuchó el sonido de las hojas. La brisa volvía a soplar.

—¿Q-Q-Qué ocurre? —titubeó Loreen. Ladeó la cabeza y divisó un

muro de hijos del bosque, todos ellos, en derredor de la colina, inamovibles. La estaban mirando. Sus ojos centelleaban entre las espesas sombras—. ¡¿Qué ocurre?! —repitió a viva voz.

Andrew se puso en pie. Loreen vio un destello en el suelo y se inclinó rápidamente para coger la daga. Cuando se irguió, la punta de una flecha surgió de su vientre, empapada de sangre. Loreen profirió un bufido. Vio plumas negras oscilando a su espalda antes de regresar la vista atónita hacia Andrew. La daga se le resbaló de las manos. Luego ella se derrumbó en el pasto con el rostro del joven en el centro de su campo visual.

«Andrew —pensó agonizante. Hacía frío—. Mi Andrew. Yo te salvé la vida...» Intentó decirle a dónde había enviado a su padre, vaya sí lo intentó, pero las palabras le salieron a borbotones junto con la sangre.

Capítulo 21

EMANCIPACIÓN

—Ya estamos todos —entonó Reedstter, satisfecho—. Como se habrán dado cuenta, caballeros, esta noche nos acompaña la Gran Ama Cateryna Dur, conocida en toda Europa y Asia, y cuya estirpe se remonta a tiempo inmemoriales. Leal servidora de otro de los Grandes Amos Nigromantes de todos los tiempos.

«Termina ya con tanta adulación, Stephen —pensó Gustaf. Se estaba impacientando—. Ya sabemos quién es Cateryna Dur y a quien sirve además de sí misma. Eres un maldito traidor, y de los peores.» Era una pena que la misma sangre corriera por sus venas. Gustaf le había hecho creer que era un traidor, como él, para que aquel encuentro ocurriese.

Si asesinaba a Cateryna Dur y, además, descubría a Reedstter, quizás lo añadirían en una nueva edición de la Enciclopedia, entre los Grandes Héroes como Ben Holbrooke o Katter el Negro. Debía reconocer que era más de lo que podía pedir por esa hazaña, así que solo se conformaría con la congratulación y unas palabras de su padre, además de un puesto entre los Altos Seguidores. Era todo lo que pedía.

—Basta de halagos pueriles, Stephen —lo interrumpió la Gran Ama Dur. Estaba sentada en un precioso sillón de terciopelo rojo y soportes dorados—. Ya se hicieron las debidas presentaciones, y los caballeros saben perfectamente quién es cada quién. —Clavó sus ojos, que relucían como monedas de oro, en Gustaf—. Aunque no estoy segura de la naturaleza de la presencia del joven Gustaf Wolfgang aquí.

—Te lo he dicho —repuso Stephen—. Gustaf es uno de mis parientes lejanos.

—Eso ya lo sé. —Dio un ademán y desvió la mirada—. Conocí a vuestros antepasados.

«Querrás decir que mataste alguno de nuestros antepasados», pensó

Gustaf. Se contuvo.

—Como decía, Cateryna, Gustaf me ha dado un argumento muy confiable de por qué le debía participar nuestros planes en conjunto con los Mormont. Su familia ha tenido algunas inclinaciones hacia la oscuridad, como los Reedstter. —Sonrió ampliamente—. Ha asegurado apoyar al Gran Amo Mormont cuando tome las riendas de la familia Wolfgang, el sitio que hoy ocupa su padre. Quiere formar parte de nuestro selecto grupo. Así como el joven Ephraim.

El joven señor Westwick parecía menos pendenciero y más asustadizo de lo que Gustaf había previsto. Por lo visto, Stephen no le había informado que una nigromante de gran peligrosidad como Cateryna Dur formaría parte de sus planes. Mucho menos, que se convertiría en traidor de la noche a la mañana al integrarse al convoy de perjurios y mentirosos con el que se había encontrado a su llegada.

Cateryna emplazó nuevamente su dorada (y sombría) mirada hacia Gustaf. Era evidente su recelo con la afirmación de Stephen. Gustaf se mantuvo impasible, no obstante estaba haciendo un auténtico esfuerzo para controlarse a sí mismo. El hedor a hollín no hacía más que acrecentar su ira hacia la nigromante. Suspiró hondo a la vez que Stephen retomaba la palabra.

—En fin —empezó Reedstter—. Aclarada las discrepancias, debe...

Gustaf no pudo contenerse.

—¿Asesinaste al señor Hornwood? —preguntó a Cateryna—. ¿Por qué?

Si la nigromante se sorprendió ante aquel giro de los eventos, no dio muestra de ellos. Miró fijamente a Gustaf, un largo instante, inamovible. Luego se atrapó un precioso mechón de cabello rojo tras la oreja.

—Yo no maté a ese imbécil —dijo finalmente—. Fui enviada a este remoto lugar para vigilar a los Holbrooke y a los Oakwater, que son los enemigos de mi señor. Hornwood no me interesa en absoluto.

—Mientes —soltó Gustaf, caldeado—. Ambos sabemos que fue Frank Hornwood quien asesinó a tu hermano Magnus durante la Casería Sangrienta. Tal vez querías venganza por tu hermano, aunque el hijo de Henry dijo que habías ido a buscar algo más, algo que intercambiarías por el hechizo que lo libraría de la maldición de Darkling.

—Eso no es cierto —dijo Cateryna.

—Y lo engañaste —siguió Gustaf—. Le abriste la garganta con tu espada frente a su hijo. Kenneth, se llamaba el muchacho, que te expulsó de la taberna retirándote la invitación. Lo asesinaste. No tienes por qué mentir.

—Tienes razón —replicó Cateryna con un tono extrañamente calmado—. Frank Hornwood asesinó a mi hermano (Magnus era mi favorito, y lo mató), claro que quería venganza, pero yo no hice nada de lo que has dicho. No he pisado este pueblo en doce años hasta hace unos días, Stephen te lo puede asegurar.

—Es cierto —afirmó Reedstter inmediatamente.

—Mi espada me fue robada —siguió Cateryna—. Ocurrió hace cinco meses y un par de semanas, el mismo tiempo que se me acusa de haber asesinado a Hornwood. —Se puso en pie. Gustaf se tensó—. Días después de haber desaparecido, me fue devuelta misteriosamente. Quien fuera que mató a Henry Hornwood quería hacerle creer a todos que había sido yo. —Sonrió volviéndose—. Pero no fue así.

Gustaf también se levantó. En ese momento sintió el filo de la daga en su antebrazo, el arma que siempre llevaba consigo; ahora, más que nunca antes, se alegraba de haberla ocultado en la manga de su camisa esa mañana. Era lo único que haría una diferencia entre la vida y la muerte.

—¿Por qué debería creerte? —preguntó Gustaf.

Stephen, tras el escritorio, se levantó a su vez.

—Gustaf —inquirió—, ¿por qué sientes tanto interés por la muerte de Henry Hornwood? Creí que estabas de nuestro lado...

—Créeme o no —dijo Cateryna—. Podré seguir viviendo por la eternidad si eliges lo uno o lo otro. Yo no maté a Hornwood, lo hizo alguien que se hizo pasar por mí para obtener algo de ese hijo de puta. —Giró la cabeza hacia Stephen—. Y es evidente, Stephen, que nuestro camarada de armas te ha engañado para obtener este encuentro entre nosotros. Hace años que los Wolfgang se convirtieron en una pila de santurriones. Uno de ellos, el padre de Gustaf, es quien los dirige.

—¿Es cierto? —preguntó Stephen, pasmado. Sus ojos estaban clavados con acritud en Gustaf.

Éste no respondió.

—Pero si somos familia —indicó Stephen.

Ephraim seguía inmóvil, en el sillón, con la espalda muy recta. Su garganta se hinchó como la de un sapo cuando tragó saliva, pues era previsible que nada bueno iba a suceder. Gustaf lo sabía. Lo primero que cruzó por su mente fue que llevaba la delantera contra la nigromante, puesto que la ésta no llevaba su legendaria espada consigo. Stephen tampoco estaba armado.

—Somos familia, Stephen —asintió Gustaf. Miró a Cateryna—. Y tienes razón. —Se permitió una sonrisa—. Los vínculos entre los Wolfgang y los Servidores se acabaron indefinidamente cuando Richard Wolfgang murió.

—Confíe en ti —siguió Reedstter—. Te consideré como un hijo.

—Tus hijos están muertos o encerrados, y si no acabas con esta prole de traidores y asesinos, el joven Nathaniel terminará igual que sus hermanos.

—No lo escuches, Stephen —dijo Cateryna. Sonreía—. Mi Amo siempre ha apreciado profundamente la lealtad de los Reedstter y los tiene en alta estima.

—Los Reedstter, en Europa, terminaron muertos gracias a esa alta estima de tu Amo —replicó Gustaf—. Todos los que lo sirven acaban igual. —Miró a Stephen—. Debes entenderlo.

—¡Calla de una vez! —Cateryna tenía una expresión crispada en el rostro; el mechón rojizo se le escapó nuevamente de la oreja, y le caía sobre el ojo izquierdo como un hilo de sangre. Apretaba los puños—. Calle de una vez antes de que...

Dio un paso hacia Gustaf, pero se detuvo. Gustaf sacó la daga de su manga con una velocidad impresionante, casi como por arte de magia, y la empuñó hacia la nigromante. La *nuxus* destelló cuando murmuró su nombre. Dur retrocedió. Ephraim se puso en pie. El aire en el estudio de Reedstter se volvió tenso y más frío que hace un instante.

—Lamento hacer esto, Stephen, pero tendré que entregarte al Gremio por traición a los seguidores de la Luz. —Volvió la mirada hacia Cateryna, a quien no había dejado de apuntar con la daga resplandeciente—. En cuanto a ti...

—¡Basta! —increpó Reedstter.

Gustaf volvió la mirada, sorprendido. Stephen alzaba una mano y fruncía en ceño a su máxima capacidad, como si le doliera el

pensamiento. Luego se oyó un estallido de cristal. Gustaf y el resto ladeó la cabeza. Ciertamente uno de los ventanales había estallado hacia dentro. «¿Qué sucede?», pensó Gustaf. Olía a lluvia y a hollín en partes iguales. Una serpiente traslúcida penetró al estudio a través de la ventana rota.

Entonces Gustaf lo comprendió. Reedstter lo había provocado.

—¡Detente, Stephen! —le gritó Gustaf, desviando la dirección de la daga hacia Reedstter. La luz que desprendía lo cegaba.

Reedstter no se movió. Esbozó una sonrisa terrorífica. En aquel instante, la serpiente de agua salió disparada hacia Gustaf con una precisión y una celeridad impresionantes. En lugar de atravesarlo, se cerró en su cuello. Gustaf lo sintió como el apretón de una mano intentando asfixiarlo. La *nuxus*, aún centellante, se le escapó de las manos. Oyó una risa. Alguien que hablaba. Luego el suelo se alzó a su encuentro. Lo último que vio fue el brillo agonizante de la daga extinguiéndose frente a sus ojos como las ascuas de una hoguera en medio de la oscuridad.

* * *

Andrew se deslizó entre las sombras del pasillo que conectaba la cocina y el recibidor de la mansión Katterblack. Estaba silencioso. No era la primera vez que visitaba furtivamente el hogar de los Katterblack, la verdad sea dicha, y quizás tampoco fuera la última. Primero tuvo que evadir al cocinero, Adler, que, al su parecer de Andrew, hacía de custodio de la puerta de la cocina. Se detuvo bajo el umbral del recibidor.

Oyó voces. Las reconoció inmediatamente: Céline y la señora Katterblack (la nueva señora Katterblack, se recordó). Echó un rápido vistazo. Las dos estaban de pie de la amplia escalera del recibidor. Céline parecía realmente apenada; tenía una carta en la mano que agitaba como un abanico. Andrew, intrigado, aguzó el oído.

—... ido misteriosamente —decía Céline—. Y sólo ha dejado una carta para mi hermano. —La carta en cuestión oscilaba en su mano, precisó Andrew—. Debo dársela a Leonard. La carta me la ha entregado Sam. Y no solamente una: ha dejado una carta para cada uno de los miembros de la familia. De momento, Sam sólo me entregó la mía y la de Leonard, a

quien debo hacérsela llegar.

—Leonard ha salido —le informó la nueva señora Katterblack. La mujer le daba la espalda a Andrew, que estaba oculto en las sombras del pasillo contiguo a tres metros de distancia—. “Parece que ha ocurrido un acontecimiento inesperado en el bosque”, fue lo que dijo antes de marcharse. Todos los miembros de Gremio están reunidos en el salón de los Viejos Conjuros ahora.

Andrew se preguntó si su hermana se habría marchado al salón de los Viejos Conjuros también, pues la había dejado en la cabaña en compañía de Grace Startclyde, a quien le estaba contando los detalles de lo sucedido. Andrew, en cambio, había pensado que debía ser el primero el contarle a Mary que Loreen (que era su tía) estaba muerta, y que él había participado en su muerte. Aunque había sido Abby, tras ver las intenciones de la Líder del Bosque de apuñalar a Andrew con una daga, la que disparó primero su flecha contra Loreen. Andrew aún tenía fresco el recuerdo de la mujer hada desplomándose a sus pies y verla morir. Había intentado decirle dónde estaba su padre, Andrew lo notó, aunque no llegó a entender las palabras de la mujer. La sangre salió a borbotones de entre sus labios. Estaba increíblemente pálida...

Parpadeó.

—Madre enloquecerá cuando sepa que Mary se ha marchado —dijo Céline en ese momento.

«¿Mary?», pensó Andrew. Emergió de su escondite sin siquiera habérselo propuesto.

—¿Andrew? —dijo Céline, atónita—. ¿Qué haces ahí?

—¿Mary se ha marchado? —preguntó en cambio Andrew.

Céline titubeó.

—Sí —dijo. Bajó la mirada—. Me ha escrito una carta: decía que se marchaba un tiempo del pueblo, no dijo dónde y por cuánto tiempo exactamente. Solo se marchó. El único que la vio partir fue Sam...

—Se marchó —repitió Andrew, con la mirada disipada. «Se ha marchado y sin despedirse de mí». Ella no lo haría, decidió. Miró a Céline—. Puede ser una trampa de Darkling —soltó alarmado—, o de Mahlon West.

—No, Andrew —repuso Céline—. Sam la vio partir. Además, en la carta puso que regresaría pronto, que no la buscaran, que no estaba en

peligro. Que nos ama. —Suspiró profundamente. Coselin Katterblack se puso a su lado y le brindó su hombro como paño de lágrimas cuando empezó a sollozar afónicamente. La carta seguía oscilando en su mano.

«La carta.» Andrew hizo ademán de arrebatársela. Céline lo vio acercarse y se apartó rápidamente.

—Quiero leerla —dijo Andrew.

—No. —Céline fruncía el ceño; se pegó la carta contra el pecho como un bebé a quien debía amamantar—. ¿Te has vuelto loco? Esta carta no es para ti, es para Leonard. Mary ha dejado una para cada miembro de la familia, Sam me ha entregado la mía hace un momento. No puedes leer la carta de Leonard. No puedes.

Andrew se adelantó desafiante.

—Céline... —empezó, pero se interrumpió.

Las miradas de la joven y de la nueva señora Katterblack se emplazaron hacia el tope de la amplia escalera. Andrew las imitó. Allí estaba Sam, el hermano de Mary, en la cima. Comenzó a bajar los peldaños de mármol pausadamente, sin apartar la vista de los miembros de su familia y de Andrew.

Sobre todo de Andrew. Una vez abajo, extendió su mano, en la que llevaba una carta.

—Toma —dijo Sam Cartwright—. Esta es para ti. Mary me dijo que vendrías y que debía entregártela.

Andrew aceptó la carta que le tendía el jovencito. Éste tenía enormes ojos jade, un rasgo característico en los seres hadúnos. Recordó la primera vez que lo vio, en el despacho de Claudine, contando monedas (entonces se llamaba Newt, pensó Andrew con sorna). Luego destelló el recuerdo del joven Sam en los brazos del subordinado, en el oscuro recinto de la fábrica Cartwright, cuando Mahlon West lo amenazó.

Andrew enfocó los ojos en el niño.

—¿Adónde ha ido? —le preguntó suavemente. Quizás tuviera más suerte que Céline para sacarle esa información, pensó. Pero se equivocó.

Sam se encogió de hombros.

—Lejos —respondió lacónico—. Estará bien. —Esbozó una amplia sonrisa—. No lo estaría diciendo con tanta tranquilidad si no fuera cierto.

—No —suspiró Andrew. Y también sonrió—. Supongo que no.

—Además —abundó Sam con un tono que destilaba inocencia pura —, la mujer de blanco y la ardilla parlante que vimos en el bosque la acompañaban.

Andrew frunció el ceño.

—¿Qué mujer de blanco? —preguntó.

—Sí, Sam. —Céline dejó caer una mano en el hombro de su primo—. No mencionaste a ninguna mujer de blanco. Y, además, ¿de qué ardilla parlante estás hablando?

Sam, de un momento a otro, enarcó mucho las cejas. Ese gesto inspiró ternura en Andrew. Era evidente que el jovencito había hablado de más. «Y que sabe más de lo que asegura.» Esa reflexión tranquilizó a Andrew.

Al mismo tiempo, lo inquietaba.

* * *

La respuesta de los miembros del Gremio, luego del anuncio de Félix Oakwater de la muerte de la Líder del Bosque, fue un silencio mortuorio que se prolongó un minuto entero. «Más de lo que ella merece», pensó Abby. Sintió la mirada del señor Startclyde fijada en su rostro. Obviamente sabía —de algún modo— que había sido su mano la que provocó el deceso de Loreen.

El resto no tardaría en saberlo también. Félix Oakwater clavó sus ojos en ella.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó el señor Reedstter, que parecía de mejor humor aquel día.

—No sabemos los detalles —repuso Oakwater—. Aunque estoy seguro que Abigail podrá contarnos todo lo que sucedió hoy en el bosque.

—¿Por qué lo sabría ella? —soltó Ephraim Westwick.

Abby dio un paso al frente.

—Porque —dijo— fui yo quien disparó la flecha que segó la vida de Loreen.

—Dios mío —murmuró Belwolf, santiguándose.

Un murmullo de voces se elevó en la sombría estancia del salón de los Viejos Conjuros. Hace mucho que había oscurecido fuera. Las antorchas pendían, aquí y allá, en argollas de hierro soldadas a las gruesas

columnas y a las antiquísimas paredes del recinto; sus llamas mantenían a raya a la absoluta oscuridad que imperaba en los extremos más distantes del sitio habitual de las reuniones.

Abby podía oír los pensamientos que iban acompañados con aquellos murmullos. «Esta abominación no debería estar entre nosotros», pensaba Stephen Reedstter, aunque la sonrisa en su cara era una abominación aún más espantosa. «Es una asesina además de...», pensaba el señor Startclyde, que, al reparar en la mirada de Abby y prever lo ella estaba haciendo, se reservó el resto de la frase.

«Dios la ayude», pensaba Eudoxio Belwolf, con una mirada piadosa puesta en ella.

—Acércate al centro, Abigail —instó Oakwater—. Cuéntanos qué ocurrió en el bosque.

Abby suspiró hondo. Se acercó, claro está, y encaró a cada uno de los miembros del Gremio que formaban un círculo de siluetas sombrías alrededor de ella. Leonard Katterblack, Lance Greystar y Oscar Witheford estaban en la parte más iluminada del círculo de hombres; sus rostros (excepto el de Lance, que tenía una mirada gentil y hasta le sonrió tenuemente) se mantenían inexpresivos. Startclyde, Reedstter, Westwick y el oficial Sawyer estaban en la parte menos iluminada, y sus rostros eran solo formas curvadas en la oscuridad, sus ojos destacaban como nebulosos luceros. Lloyd estaba en una parte intermedia, entre la luz y las sombras, con una mirada aprensiva.

«Debo decirles...», pensaba. Pero Abby no llegó a escuchar lo que Lloyd debía decirles. El alcalde Oakwater se unió al círculo de hombros.

—Cuéntanos, Abby —repitió—. Y no te guardes ningún detalle.

Abby suspiró profundo y empezó desde el principio.

El principio: los encuentros amorosos entre su hermano y la Líder del Bosque. Advirtió que ninguno de los miembros parecía sorprendido. Lo sabían. Claro. Abby continuó con la promesa que le había Loreen a Andrew desde que sus encuentros empezaran: decirle dónde estaba su padre, Agustin Treddaway, que se había esfumado de casa una noche hacía cinco años. (Mientras lo decía pensó en lo que le había dicho Andrew después de la muerte de Loreen: «Quiso decirme, Abby. —Y cuando Abby le preguntó qué quería decir, su hermano contestó—: Quiso decirme dónde estaba papá, pero no la entendí; la sangre...»). El

Gremio tampoco mostró sorpresa por aquel fragmento; al parecer, engatusar jovencitos y manipularlos con promesas era algo que hacía Loreen con mucha frecuencia.

—Loreen se apareció anoche en la cabaña —siguió—. Le pidió a Andrew una noche más; a cambio, le diría dónde estaba nuestro padre. Aseguró que estaba vivo. —Abby prefirió omitir la parte donde los visitaba Aida Winter, esa tarde, y la historia que esta les contó sobre el pacto entre su padre y Loreen, entre otros detalles, como que su hermano estaba conspirando contra Loreen—. Llegó el momento del encuentro. Yo acompañé a Andrew, porque temía que Loreen lo dañase. Me oculté y lo vi todo... Bueno... De pronto la Líder desenvainó una daga y yo, mi arco.

»Disparé...

* * *

Turbado e intranquilo, Andrew salió de la mansión Katterblack por el mismo camino por el que había entrado: el acceso de la cocina. Adler no estaba allí cuando atravesó la estancia, lo que supuso un alivio ya que no debía darle explicaciones y podía continuar su camino sin interrupciones. «Se ha marchado —pensó al cruzar la puerta—. Y no se ha despedido.» Ciertamente, no fue el único de quien Mary no se despidió.

La brisa era fresca y ventosa. Andrew se abrazó a sí mismo sin aflojar el agarre de la carta que tenía en la mano. Tiritó. Empezó a caminar por el sendero de piedra que serpenteaba a través del jardín; a través del vasto paraje, los árboles y arbustos, matorrales y las fuentes de agua. Casualmente, se fijó, estaba a varios pasos de la fuente con la trucha, donde semanas antes había encontrado a Mary agonizando como una posesa. Se aproximó a la fuente y se sentó en el borde de yeso. El agua caía de la boca de la trucha como un interminable escupitajo.

Inhaló hondo. Examinó la carta. Estaba sellada con cera de vela y la huella de un pulgar. En el dorso ponía: *Para Andrew*. Andrew pensó que era la primera vez que distinguía la caligrafía de Mary, abierta y perfilada, y sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Después de otra honda respiración, rompió el sello improvisado y desplegó el papel.

Dentro había más de aquella caligrafía abierta y perfilada. Hermosa.

Querido Andrew:

Si estás leyendo esta carta, yo ya me habré ido.

He preferido evitar las despedidas, pues no me iré definitivamente ni mucho menos. Regresaré. No sé exactamente cuándo ocurrirá, pero regresaré, estoy segura. Ahora mismo te debes estar preguntando a dónde me he marchado. Tristemente, por motivos que me superan, no te puedo revelar mi destino de este viaje. En cambio, sí te puedo contar su razón.

He partido a un lugar donde aprenderé a controlar mi habilidad especial, esa de la que has presenciado su manifestación en más de una ocasión, una dádiva que podría acabar con mi vida si no aprendo a manejarlo a tiempo. Créeme cuando te digo que es difícil alejarme de mi familia, aún más en este momento de dolor y oscuridad, pero, como diría mi padre, “en el mundo hay males incorrectos y males necesarios”. Este es el caso de un mal necesario. Allí, al lugar donde voy, aprenderé a controlar este don, lo que podría suponer de gran ayuda para acabar con Darkling.

Por cierto, no he partido sola. Me acompaña Aida Winter, que, como yo, ha aprendido a controlar su don entre sus iguales en un lugar del que es mejor no hacer mención en esta carta..., o eso he pensado yo al momento de escribirte.

Aida, además, me ha contado una historia: la historia de tu padre y cómo Loreen lo engañó hace diecisiete años, la verdadera razón de su partida, y le he encargado que también te la contara a ti y a Abby antes de marcharnos. Claramente, tú y tu hermana tenían derecho a saber la verdad: tu padre, donde quiera que esté según los designios de la malvada Loreen, siempre los ha amado, de la misma forma que mi padre nos amó a mi hermano y a mí. Tomaron sus decisiones para a mantenernos a salvo, si bien a veces estas no fueron las correctas. Fueron humanos y se equivocaron.

Yo he perdonado a mi padre y, ciertamente, también a mi madre. Espero que algún día puedas hacerlo tú también.

Te encargo el cuidado de mi hermano, Sam; enséñale combate y dominación, sabe tan poco de nuestro mundo como yo semanas atrás; protégelo, por mí, Samuel es lo último que me queda de mis padres.

Yo estaré bien, te lo prometo. Nos reuniremos pronto.

Con amor,

Mary.

«Con amor», pensó Andrew. Suspiró hondamente. El aire olía a rocío y a plantas. Alrededor, los sonidos de la noche cantaban y el viento sacudía las copas de los árboles. El agua de la fuente seguía cayendo. Andrew se levantó, guardó la carta en el bolsillo de su pantalón y continuó su camino a casa.

MIENTRAS, EN EL BOSQUE...

En el corazón del bosque, la tierra se agitó y se resquebrajó. El estruendo sacudió los árboles y ahuyentó a las aves de sus nidos. La tribulación se propagó entre los Hijos del Bosque que cercaban la zona donde tuvo origen aquella terrible agitación. Las sátiras, colindantes al lugar, estuvieron entre los primeros en sentir la onda expansiva que se disparó en el aire, y el temblor que sacudió sus cuerpos, todo simultáneamente.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Misa, que encabezaba aquella discusión sobre la misteriosa desaparición del cadáver de Loreen.

Nadie respondió. Nadie lo sabía. Las sátiras compartieron una mirada llena de zozobra y miedo.

Más allá de lugar donde estaban las sátiras, Cleo y su madre (Henna, líder de los centauros) viraron sus cabezas al unísono. Luego intercambiaron una mirada. Tenían buen oído, y aún mejor percepción, sabían perfectamente dónde había tenido lugar aquel acontecimiento. Partieron inmediatamente. Los siguieron otros seis centauros de su alta confianza.

Los trolls no estaban ni mucho menos cerca del corazón del bosque (siempre pernoctaban apartados del resto de sus pares Hijos del Bosque), pero la sacudida llegó hasta ellos escasa por la distancia, arrancándolos de un profundo sueño que los mantenían en pie.

Tamlin y el resto de los faunos, un grupo constituido por doce (once, quitando al fofo Salim, que desapareció misteriosamente junto con el cuerpo de Loreen, aunque sus iguales aún no habían caído en la cuenta de ello), fueron sacudidos por el fuerte temblor. Tamlin le aseguró al resto, turbados, que lo recién acontecido fue más que una manifestación de la Madre. Hilig, otro de los faunos, le preguntó por qué estaba tan seguro de ello. Fue cuando los embistió la onda expansiva y no quedó duda.

Rumos y Tormus no se habían marchado después de la muerte de la Líder como el resto de los Hijos del Bosque creía. Rumos estaba buscando el cadáver de Loreen a partir de un exiguo rastro de sangre que se extendía desde el corazón del bosque hasta los límites más septentrionales del boscaje. «Fue Salim, maldito sea», se decía, cuando la tierra empezó a temblar bajo sus patas, y sus compañeros de búsqueda se alzaron en sus cuartos traseros, enarbolados. Rumos permaneció inamovible... hasta que la onda expansiva golpeó su rostro con un roce vehemente que torció el gesto irreflexivo de su cara. Los árboles y sus hojas se agitaron.

Rumos irguió el cuello. «Mi señora», pensó. Luego echó a correr hacia el corazón del bosque.

Y así ocurrió con todos los Hijos del Bosque —cerca o lejos— del origen.

Excepto los ogros, debo añadir, ellos se mantuvieron inmóviles como troncos en sus lechos fangosos. Solo Gargamello, su líder, entreabrió los ojos y frunció su monstruoso ceño. Cuando la onda expansiva lo golpeó en los párpados, se espabiló y salió, lánguidamente, de entre el lodo, y avanzó hacia el corazón del bosque.

Esperadamente, Misa fue la primera en salir de la espesura y en recibir los primeros rayos de luz de luna que caían copiosos sobre el blanco y antinatural sabino que coronaba la colina en el corazón del bosque. Meneó la cabeza. Imperaba un silencio absoluto. Como antes del temblor y de la onda expansiva, pensó ella. Alzó la vista. Entonces la vio: una mano con dedos engarfiados surgiendo de la tierra resquebrajada.

Los dedos se movieron y, acto continuo, se irguió la silueta de un hombre, cubierto de tierra y raíces; su rostro era una máscara oscura debido a la suciedad, y su cabello una maraña mugrienta que Misa asemejó a un pintoresco sombrero de plumas negras, aunque algunos mechones dorados relucían entre la suciedad de la tierra, advirtió luego. El hombre —como revivido de entre los muertos, pensó Misa— daba profundas bocanadas de aire como si hubiera contenido la respiración por mucho tiempo. Quizás así había sido.

Respiró hondo y avanzó hacia él. Estaba totalmente desnudo, apreció la sátira mientras se le acercaba; sus muslos sobresalían de la tierra y el forraje como colinas más pequeñas. Los ojos del hombre, azules

intensos, se clavaron en ella como dos luceros flameantes. Misa contuvo un respigo y se detuvo a una distancia segura.

—¿Quién eres tú? —le preguntó al desconocido—. Y ¿qué te ha ocurrido?

El hombre sosegó su respiración. Ladeó alerta la cabeza cuando oyó el traqueteo de los galopes de Henna, Cleo y el resto de los centauros que saliendo de la espesura del bosque hacia la colina. El hombre clavó sus ojos azules en Misa con profundo temor.

—N-No dejes que me lleven —barbotó. Tenía mucho miedo, se le notaba en la voz.

—¿Cómo te llamas? —repuso Misa.

Los centauros aparecieron en tropel. Henna los encabezaba a todos. Cuando el hombre la vio, notó Misa, pareció notablemente aliviado. Se sacudió la tierra del cabello e intentó hacer lo mismo con su cara. Así lo encontraron Henna y el resto de los centauros e hijos del bosque que acudieron a ver.

El hombre se volvió hacia Misa. Su rostro le era confiable.

—Mi nombre es Agustin Treddaway —respondió—. Y quiero ver a mis hijos.

Apéndice

SEGUIDORES DE LA LUZ

Gremio de River Town:

- FÉLIX OAKWATER, Principal del Gremio;
- ELIO BLACKFELL, raptado por Mahlon West;
- RICHARD KATTERBLACK;
- OSCAR WITHEFORD;
- STEPHEN REEDSTTER;
- CHRISTIAN SAWYER;
- EUDOXIO BELWOLF;
- ARNOLD GREYSTAR;
- LANCE GREYSTAR, hijo Arnold;
- [HENRY HORNWOOD], asesinado por Cateryna Dur;
- FREDERICK STARTCLYDE;
- [JOSEPH WESTWICK], asesinado por Mahlon West;

En River Town:

- PHILIP HOLBOOKE, joven de diecisiete años, maestro de piano;
- JASON HOLBROOKE, de catorce años, hermano de Philip;
- LUCAS HOLBROOKE, de doce años, hermano de Philip;
- HORACE HOLBROOKE, tío de Philip;
- ALICE CARTWRIGHT-KATTERBLACK, esposa de Richard;
- CÉLINE KATTERBLACK, joven de diecisiete años, hija de Richard y Alice;
- ELISE KATTERBLACK, de quince años, hija de Richard y Alice;
- MARY CARTWRIGHT, de dieciséis años, sobrina de Alice Katterblack;
- SAMUEL CARTWRIGHT, hermano de Mary, raptado por Mahlon West;
- ABIGAIL TREDDAWAY, jardinera de los Katterblack, melliza de Andrew;
- ANDREW TREDDAWAY, jardinero de los Katterblack, mellizo de Abigail;
- otros empleados de los Katterblack: SUTR, mayordomo; OLEE, TARA,

GIINET, criada al servicio de las mujeres de la familia; ADLER, cocinero;
JEFFREY, WISTON, cocheros;

—LLOYD BLACKFELL, joven de diecisiete años, hijo de Elio;

—PETER BLACKFELL, hijo menor de Elio;

—BARBARA REEDSTTER, esposa de Stephen;

—CAROLINE REEDSTTER, de dieciocho años, hija de Stephen;

—IAN REEDSTTER, de dieciséis años, hijo de Stephen y Barbara;

—NATHANIEL REEDSTTER, niño de nueve años, de Stephen y Barbara;

—GINA WHITEFORD, de dieciséis, hija de Oscar;

—ULISES WITHFORD, de catorce, hijo de Oscar;

—VERONICA SAWYER, hija de Christian;

—DELMAR BELWOLF, de veinte años, hijo de Eudoxio;

—MEREDITH BELWOLF, joven de dieciséis, hija de Eudoxio;

—GRACE STARTCLYDE, hija de Frederick y Margot Treddaway;

—ELOISE STARTCLYDE, segunda esposa de Frederick;

—MARCELUS, EMMA, hijos de Frederick y Eloise;

—MARTIN OAKWATER, muy anciano, padre de Félix;

—OPHELIA OAKWATER, esposa de Félix;

—MARK, HOGAN OAKWATER, de cinco y dos años, hijos de Félix y Ophelia;

—KENNETH HORNWOOD, de diecisiete años, hijo de Henry;

—CLAYTON HORNWOOD, de trece años, hijo de Henry;

—HARRIET HORNWOOD, niña de nueve años, hija de Henry;

—ANNETTE GRAYSTAR, esposa de Lance Greystar;

—KYLIAN FALAHEE, banquero adinerado, seguidor de la luz, hombre de color;

—ROLAN FALAHEE, hijo de Kylian;

—VALLERY ATWOOD, mujer hada, institutriz de las hermanas Katterblack;

—JANEEN TAWNEY, costurera del pueblo;

—WALLACE FLINT, guardián del cementerio de River Town;

Hijos del Bosque de River Town:

—LOREEN, Líder del Bosque, es una mujer hada;

—HENNA, líder del clan de centauros;

—CLEO, joven hija de Henna;

- RUMOS, TORMUS, parte del clan de centauros;
- TAMLIN, líder de los faunos;
- SALIM, HILIG, otros faunos;
- MISA, sátira;
- ULLOA, cabecilla de los trolls;
- SAELON, ROLLO, MALLO, sus hijos;
- GARGAMELLO, líder de los ogros;
- RWIN, TWIN, MWIN, elfos voladores;

De los Altos Seguidores:

- HAROLD OLAF WOLFGANG, Principal de los Altos Seguidores;
- GUSTAF SVYN WOLFGANG, hijo de Harold;
- IGOR FEDYENKA, perito de los Altos Seguidores;

En Collin's Meadow:

- MAGDALENA (que en realidad se llama Claudine), dueña de la posada La Última Morada;
- BRUTUS, MORAY, secuaces de Magdalena, a quien llama «sus hijos»;
- NEWT, huérfano acogido por Magdalena;

En otras partes:

- LEONARD KATTERBLACK, hijo de mayor de Richard, vive en Nueva Orleans;
- COSELIN KATTERBLACK, esposa de Leonard;
- VINCENT, bebé de un año, hijo de Leonard y Coselin;
- EPHRAIM WESTWICK, hermano de Joseph;

Algunos fallecidos y desaparecidos en años (semanas, meses) anteriores:

- LUCAS HOLBROOKE, murió en el ataque del Amo Blackstarr a River Town;
- REGINA HOLBROOKE, mujer hada, esposa de Lucas, murió en un sueño;
- MARGOT TREDDAWAY, asesinada por Mahlon West;
- WESTON HORNWOOD, hermano de Henry, se suicidó;
- MICHAEL CARTWRIGHT, hermano de Alice, asesinado por Mahlon West;

—SYLVIA CARTWRIGHT, mujer hada, esposa de Michael, asesinada por Mahlon West;

—KEDR, joven hado, mensajero de Silas Katterblack, asesinado hace muchos años por un argón;

—AGUSTIN TREWDDAWAY, desapareció misteriosamente, una noche hace cinco años;

SERVIDORES DE LA OSCURIDAD

- DARKLING, producto de una maldición a los Hornwood;
- MAHLON WEST, nigromante, sigue ordenes de Darkling;
- LAILA GREEN, mujer hada, amante de Mahlon;
- SPYDER, NYCRO, hermanos nigromantes, vástagos del último Spicer;
- CATARYNA DUR, Gran Ama del clan Dur;

Agradecimientos

Quiero agradecer a esas pocas personas que participaron directa o indirectamente en la creación de este libro. Gracias a Esmeralda Tairú, seguidora de la luz y, además, una de los prosélitos más fervientes de la saga. Sin ti este libro no estaría viendo la luz tan pronto (demasiado, en mi opinión). El Grupo Joven Lectura, que son esenciales: Yetsimar, que hace una edición impecable (que pueden juzgar ustedes mismos); Eric, Maveris, que leen y opinan cada uno de mis trabajos, cosa que agradezco; a la joven Helen, que me ayuda con los nombres de los capítulos, entre otras cosas, y Jordan, que hace las portadas de mis sueños.

Gracias los bloggers de literatura y de la comunidad de booktubers, gracias por compartir conmigo y con su público esta fascinante historia.

Y por último, pero no menos importante, a mi familia, gracias por su apoyo.

B. J. CASTILLO
Marzo de 2019

LA HISTORIA CONTINÚA EN...

EL CONJURO NEGRO

Libro #3 de la trilogía Crónicas de Luz y Oscuridad: Hechizo Nocturno

Próximamente...

Y DE LA MISMA SERIE...

[Libro #1 *Lunas Caídas* >>> Compra aquí](#)

[Libro #2 *Estrellas Danzantes* >>> Compra aquí](#)

[Libro #3 *Soles Rotos* >>> Compra aquí](#)

[Libro #4 *Noches Eternas* >>> Compra aquí](#)

[Precuela *Antes del Amanecer* >>> Compra aquí](#)

[Spin-off *El Seguidor Caído* >>> Compra aquí](#)

[Spin-off *Heddir* >>> Consigue aquí](#)

Nota del autor: dada la extensión de la serie, te sugiero dos formas cronológicas de leerla: la primera por orden de publicación de los títulos; la segunda, por orden cronológico de las tramas, comenzando con *Antes del Amanecer* (1812), luego la trilogía *Hechizo Nocturno* (1892) y la saga que inicia con *Lunas Caídas* (2012).

Y DEL MISMO AUTOR

DÍAS DE FURIA

Libro #1 de la trilogía Gente del Futuro

Brooklyn, NY. La quietud de Evelyn White es irrumpida inesperadamente, una fría y tranquila noche de principios de verano, cuando un hombre desconocido toca su puerta. El hombre asegura venir del futuro. Naturalmente, ella no le cree. Y, de pronto, una esperada y peligrosa oportunidad de demostrarle la verdad se presenta ante ellos. Los pyxis, seres de otra dimensión con el único fin de cambiar el curso de la historia a su favor, entran en escena. “El tiempo es una rueda: el peligro yace en su interminable curva, cerrada y vertiginosa; como la vida, es irreflexivo pero mutable.” Desde esa noche, la vida de Evelyn cambia para siempre, uniendo su destino al de los agentes del futuro, miembros de una organización secreta consagrados a echar abajo los planes de los pyxis y su Líder Supremo, una criatura que se esconde entre las sombras del tiempo y el espacio, y que irá hilando un escenario catastrófico para la humanidad y la vida como la conocemos.

[*Libro #1 **Días de Furia** >>> Compra aquí*](#)

[*Libro #2 **Viajera** >>> Compra aquí*](#)

QUIZÁS TAMBIÉN TE INTERESE

RELATOS DE GENTE DEL FUTURO

[*Relato #1 **El Hombre del Futuro** >>> Consigue aquí*](#)

[*Relato #2 **Ataque en Staten Island** >>> Consigue aquí*](#)

[*Relato #3 **Nada más que silencio** >>> Compra aquí*](#)

B. J. Castillo

Nació en febrero del año 1997, en Venezuela. Desde muy joven se fascinó por la escritura, aunque no con la aspiración de convertirse algún día en autor o siquiera escribir un libro; todo lo contrario, escribía para su disfrute y el de sus compañeros de clase, ya que sus primeros trabajos constaban de tramas pequeñas para obras escolares. Fue en 2013 cuando empezó a interesarse por la lectura, lo que lo llevó a querer realizar su primer trabajo. En ese entonces, aprendió a escribir y a estructurar la trama de una novela fijándose en la prosa de quienes hoy considera sus maestros, entre ellos: George R. R. Martin, principalmente; Cassandra Clare, autora de *Cazadores de Sombras*; Robert Louis Stevenson, cuya obra *La Isla del Tesoro* es una de sus favoritas, y por supuesto, J. R. R. Tolkien.

Asimismo, pudo completar su primera novela titulada *Lunas Caídas* (2015), de la saga juvenil 'Crónicas de Luz y Oscuridad'. A ésta le seguirían otros tres volúmenes publicados en años consiguientes, *Estrellas Danzantes* (2016), *Soles Rotos* (2016) y *Noches Eternas* (2017), y una precuela titulada *Antes del Amanecer* (2017).

Actualmente estudia Comunicación Social, mención periodismo, en la ciudad de Caracas, capital de su país de origen.

bjcastilloauthor.blogspot.com

Instagram: b.j.castillo

Twitter: @bjcastilloautor

Facebook: facebook.com/bjcastilloauthor